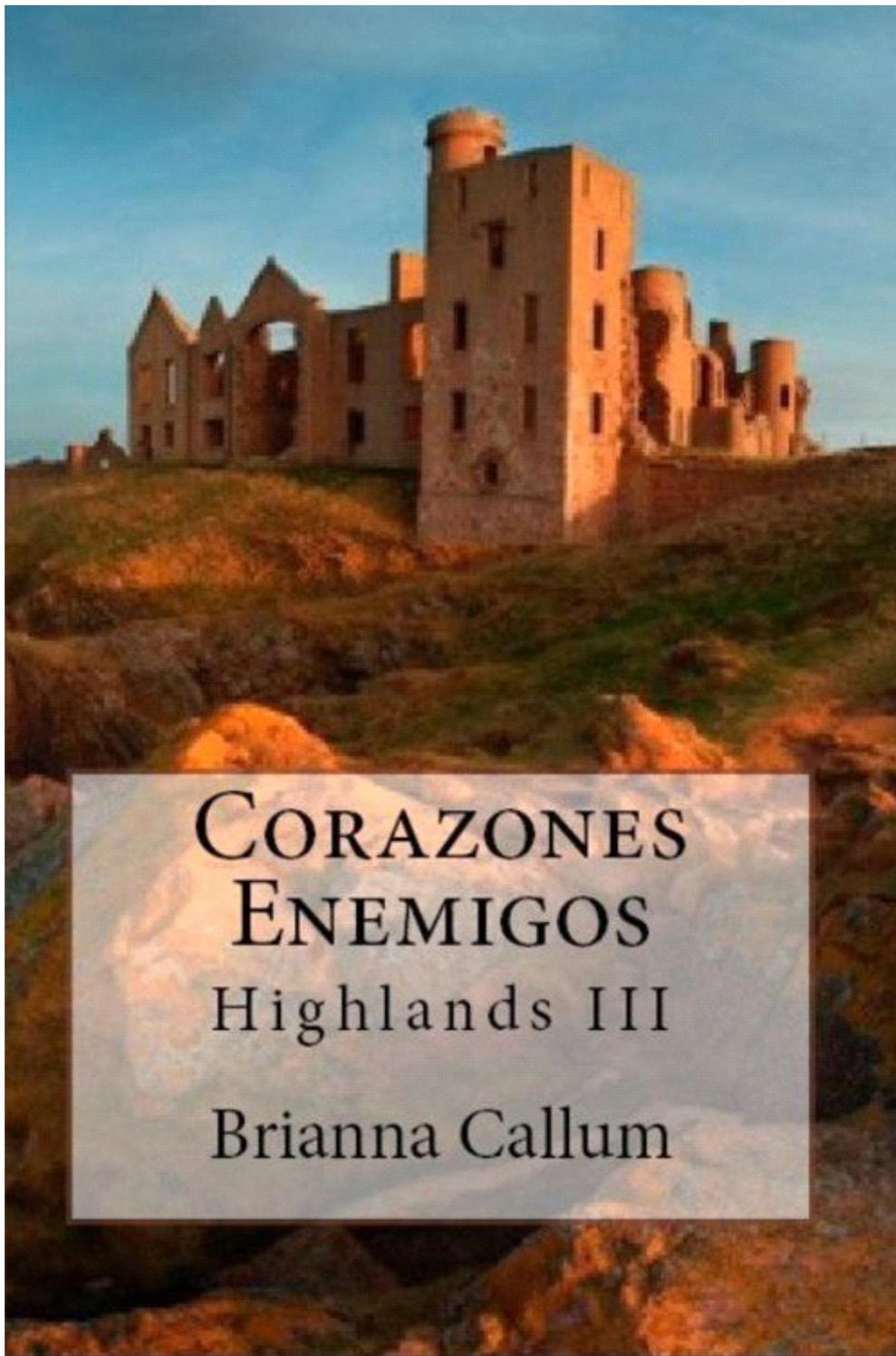




**CORAZONES  
ENEMIGOS**  
Highlands III  
Brianna Callum



CORAZONES  
ENEMIGOS  
Highlands III  
Brianna Callum

# Corazones enemigos

Brianna Callum

*Highlands III*

Quiero dedicar este libro, como siempre, a mi hermosa familia,

y a mis fieles lectores.

A Brian, David y Fernando, los tres hombres de mi vida.

A mis padres y hermanos.

A mi ahijada, Nadia Kloker.

Y muy especialmente, a mi hermana Rita y a mis queridas amigas: Sandra Onofre, Gabriela Abergine, Alejandra Maldonado, Iris Martinaya, Anna Karine, Susana Oro y Mabel Ciampo.

Familia, lectores, amigas, gracias por estar siempre a mi lado.

Son muy importantes para mí, aunque eso, ya lo saben.

# Agradecimientos

A mi hermana Rita Costa, y a mi querida amiga Anna Karine; las dos lectoras de prueba de lujo que tuvo Corazones enemigos.

Gracias por sus comentarios, chicas; fueron invaluableles.

# Prólogo

*Highlands, Escocia*

*Septiembre - Año de Nuestro Señor de 1616*

La intensa lluvia caía sobre él, implacable, despiadada. Tan despiadada como se había vuelto de repente su corazón.

De pie. Erguido como un árbol imposible de doblegar, Cameron McInnes mantenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y la mirada fija en la sepultura a sus pies. Aquella mirada de color pardo estaba cargada de dolor, también de intensa ira y deseo de venganza. Un deseo que no vería satisfecho hasta que el último de sus enemigos dejara de respirar.

Fuertes ráfagas de viento hacían ondear su *plaid*[1] verde, azul y negro, alrededor de sus poderosos muslos. Las botas de piel de ciervo, antes impecables, ahora se veían cubiertas de lodo. El agua seguía cayendo pesadamente sobre él, pegaba sus largos cabellos dorados a su recio y masculino rostro de nariz recta y barbilla cuadrada, y a sus hombros musculosos, que quedaban revelados bajo la camisa rústica empapada.

Cameron continuaba imperturbable. La lluvia lavaba la sangre que cubría su cuerpo, su cabello y su ropa. Sangre que se deslizaba de sus manos y de su poderosa espada, y fluía a sus pies como un arroyo teñido de rojo. Sangre que no le pertenecía, y sangre que no había logrado aplacar su sed de venganza.

# Primera Parte

# Capítulo I

Cameron nunca olvidaría el día en el que conoció a Brenna MacKenzie. Aquella noche quedaría grabada en su memoria y en su corazón hasta el día de su muerte; porque ese había sido el día en el que se había enamorado por primera y única vez en sus veintisiete años.

Ya habían pasado muchas lunas desde aquella noche en la que había estado en el castillo de los MacKenzie, celebrando el cumpleaños del laird; pero él la recordaba con la misma nitidez como si hubiese sucedido ayer.

*Siete meses atrás*

*Febrero - Año de Nuestro Señor de 1616*

Ian y Cameron, sentados en la misma mesa que el gran señor de los MacKenzie, aunque a una distancia considerable del laird, conversaban entre ellos mientras daban cuenta a la segunda jarra de cerveza cada uno.

Varias mozas se les habían insinuado en lo que iba de la noche; pero Ian se mantenía apático. Hacía un tiempo que Cam notaba algo extraño en su amigo, y esa noche lo había comprobado cuando Ian ni siquiera había mirado dentro del escote de la pulposa muchacha que insistentemente se había inclinado hacia él de manera para nada recatada. Y aunque él hubiese llevado gustoso a alguna de ellas a que le calentara las sábanas, se había visto obligado también a rechazarlas con tal de intentar sonsacar a su amigo qué era lo que tanto lo preocupaba.

Cameron conocía muy bien a Ian, por lo tanto, aunque él insistiera con que nada le sucedía, Cam no podía creerle. Veintisiete años tenían los dos, y casi el mismo tiempo lo habían pasado juntos, así que Cameron podía reconocer los gestos, las miradas de quien él consideraba su hermano; y era indudable que Ian estaba turbado esa noche. Luego de indagar durante bastante tiempo, Cameron se había dado por vencido al comprender que no habría caso, que Ian no diría nada.

Esa noche, el rumbo de la conversación terminó adentrándose en otro de los grandes dolores de cabeza de los McInnes: los MacPherson, sus más acérrimos enemigos y quienes no perdían oportunidad para robarles ganado o quemar alguna de las viviendas que quedaban más cercanas a los lindes de sus tierras. Aunque la conversación se detuvo abruptamente, justo cuando Cameron ya no fue capaz de prestar atención a las palabras que Ian pronunciaba, puesto que sus cinco sentidos habían caído presos de la belleza que acababa de ingresar al salón del homenajeado.

La bulla, junto con el sonar de la gaita y del laúd, se apaciguó dando paso a un suave murmullo en el que se repetían dos nombres: *lady Brenna* y *lady Fiona*.

—¡Hijas! —Exclamó el laird en cuanto vio a las muchachas avanzar entre las mesas y dirigirse directamente hacia él. El hombre se puso de pie y, con evidente euforia, caminó al encuentro de las jóvenes mujeres.

Cameron se sentía hechizado.

Las pesadas puertas de madera oscura se habían abierto de par en par y una hermosa joven mujer de veintitantos años, de largo cabello negro y ojos del color de la noche, había hecho ingreso al salón, seguida por otra mujer, tal vez tres o cuatro años menor que ella, y por dos guardias armados, pero Cam, desde ese instante, solo había tenido ojos para la primera.

Cameron quedó sin respiración. Observaba abstraído el andar delicado y elegante de esa que parecía ser una diosa.

—Si no exhalas el aire y respiras, te morirás, y ni siquiera podrás presentarte —se burló Ian, al tiempo que codeaba a su amigo. Había susurrado aquellas palabras en voz baja, solo para que él las oyera.

Cameron le respondió con un gruñido gutural, pero no quitó sus ojos de la esbelta figura enfundada en una túnica de color maíz y cubierta por un tartán a cuadros verdes, azules y negros, combinados con líneas rojas y blancas.

Las mujeres y el hombre mayor se encontraron en medio del salón. De inmediato, se fundieron en un abrazo interminable. Un momento después, el hombre guió a sus hijas hacia la enorme mesa principal, y las instó a tomar asiento junto a él, una a cada lado de la cabecera de la mesa; lugares que ya habían sido desocupados por los guardias más íntimos del hombre, quienes habían estado ocupando esos sitios hasta que las mujeres llegaron.

—Propongo un brindis por mis niñas —expuso el laird, estando aún de pie. Alzó su copa llena de vino. Cuando lo hizo, sus ojos se vieron empañados debido a la emoción que evidentemente lo embargaba—. Por mis queridas Brenna y Fiona, que han regresado hoy a casa... —luego de clavar su oscura mirada en la de su hija mayor, añadió—: para quedarse.

Brenna asintió con la cabeza.

Brenna y su hermana Fiona, luego de la muerte de su madre, por pedido de su propio padre se

habían trasladado a Inverness con la intención de que crecieran guiadas por una mano femenina. Ese papel lo había cumplido a la perfección una de las tías de las muchachas. En Inverness, en la acogedora residencia de la anciana señora, las muchachas habían pasado más de diez años; pero ya era hora de regresar a casa. El hogar de ellas era allí, en el castillo de los MacKenzie, en esas tierras enclavadas entre valles, lagos azules y montañas majestuosas.

En efecto, habían vuelto para quedarse.

Poco a poco los suaves acordes del laúd empezaron a llenar una vez más el salón, así como también se reiniciaron las conversaciones variadas en las distintas mesas, y la succulenta cena.

Cameron vio a Brenna recorrer la estancia con la mirada. Percibió, por sus gestos, que algunos rostros le resultaban conocidos, aunque con seguridad más de diez años más viejos que cuando ella los había visto por última vez. A esas personas ella las saludó con una sonrisa cariñosa y con una leve inclinación de cabeza. Otros rostros le habrían resultado completamente ajenos... como el de él.

Cameron no pudo dejar de clavar su mirada en Brenna, y se le atascó el aire en el pecho cuando notó que ella reparaba en él. Brenna sostuvo la mirada de Cameron durante unos segundos, antes de apartar sus ojos con timidez, y sonrojarse un poco.

Cameron moría de deseos de acercarse a ella, no obstante, sabía que lo más apropiado era que reprimiera sus anhelos. Las hijas del laird habían regresado a casa, y él comprendía que el hombre querría pasar tiempo con ellas, y ponerse al día. Sin contar, que además, su actitud hubiese resultado poco prudente.

Cameron continuó *devorando* a Brenna MacKenzie con los ojos durante toda la noche; ya ni siquiera fue capaz de disimular. Tampoco le importaban los codazos que Ian le propinaba, o las sutiles bromas que su amigo le hacía. Hasta que felizmente para Cameron, el hombre de los ojos azules optó por dejarlo hacer lo único que él era capaz de hacer en ese momento: contemplar a lady Brenna MacKenzie.

Esa noche, Cameron McInnes supo, con certeza, que no descansaría hasta que esa hermosa mujer fuese su esposa. Sabía que no la quería para pasar el rato en la cama. Brenna MacKenzie no sería su amante, sería su mujer bajo todas las leyes posibles.

\* \* \*

Las horas habían pasado, y los comensales empezaron a retirarse a sus aposentos. Lady Brenna también lo haría, y Cameron no quería perder la oportunidad de interceptarla.

Con una inclinación de cabeza y un saludo educado, Cameron se despidió del señor del castillo y de quienes lo acompañaban, luego se encaminó hacia las escaleras.

No le costó demasiado averiguar en qué ala del castillo se encontraban las habitaciones de la joven mujer. Se dirigió hacia allí y se ocultó al final del pasillo. Recostó la espalda contra la fría piedra arenisca rosa, y se ocultó al refugio de la oscuridad que le brindaba el haber apagado previamente la antorcha adosada a la pared en ese sector.

Un largo rato después, Cameron por fin oyó suaves pisadas y voces femeninas. Desde la ubicación estratégica que ocupaba, podía observar el recinto completo sin ser visto.

Lady Brenna y su hermana caminaban una al lado de la otra. Cam las oyó susurrar. Alcanzaba a percibir claramente parte de la conversación.

—No lo sé —dijo lady Brenna a su hermana, en respuesta a algo que ella le había preguntado—. Solo pude averiguar su nombre; pero no sé si tiene esposa.

Cameron, intrigado, no dejaba de preguntarse de quién hablaban las mujeres. De un hombre, seguro, ¿pero de quién?

Lady Fiona se acercó al oído de la mujer del cabello de color ébano, y le susurró algunas palabras en secreto. Ella se llevó las manos al rostro para ocultar una sonrisa, mientras asentía con la cabeza.

—¡Qué sueños con él! —Le deseó lady Fiona a su hermana Brenna, entre risitas cómplices, antes de correr hacia el que Cameron supuso sería su cuarto, y desaparecer tras la puerta.

Brenna permaneció unos instantes contemplando la puerta del cuarto de su hermana; luego suspiró sonoramente, y volteó hacia su propia puerta. Se disponía a ingresar a sus aposentos, pero el sonido del metal chocando contra la roca la alertó, y se detuvo. Miraba con un poco de temor hacia el lugar en el que Cameron se ocultaba.

Lentamente para no asustarla, Cameron avanzó hasta quedar iluminado por la luz de la luna que se colaba por una pequeña ventana. Vio a Brenna fruncir el ceño y, aunque en un principio ella pareció algo tensa, al distinguir su figura y reconocerlo, su rostro adquirió un notorio gesto de sorpresa.

—No se asuste, lady Brenna. No voy a hacerle daño —le dijo él con suavidad, procurando no elevar la voz para no ser oído por el resto de los moradores de la fortaleza.

—Usted no debería estar aquí —fue la respuesta de ella—. No creo que mi padre le otorgara a un hombre habitaciones cerca de los aposentos de sus hijas.

—Y no lo ha hecho. Mis habitaciones están en el ala contraria a la suya; pero necesitaba verla, lady Brenna. No podía retirarme a dormir sin antes hablar con usted.

—¿Hablar conmigo? No le entiendo, lord McInnes —en cuanto ese nombre salió de los labios

labios de la mujer, sus mejillas adquirieron un tono rojizo elevado; tanto que Cameron pudo percibirlo a pesar de la poca iluminación del pasillo.

—¿Conoce mi apellido? —preguntó Cameron, mientras una sonrisa de satisfacción curvaba sus labios.

—Mi padre... eh... él tuvo la amabilidad de ponerme al tanto de quiénes eran los invitados a su fiesta de cumpleaños —explicó ella, aunque mientras decía aquello, desvió la mirada.

—Ah... Entiendo; pero de todas formas, permítame presentarme formalmente ante usted, lady Brenna. Mi nombre es Cameron McInnes, y para mí es un placer conocerla, milady —Cameron se inclinó en una elegante reverencia, antes de añadir con algo de picardía—: Soy el hijo mayor del laird McInnes, tengo veintisiete años, y soy soltero...

Brenna dio un respingo. Instintivamente miró hacia el lugar en sombras desde donde había visto aparecer al hombre rubio.

Cameron imaginó que ella estaría cavilando si acaso él había oído o no la conversación que ella había tenido con su hermana momentos antes de que él apareciera. Cameron tuvo el tupé de sonreírle y de guiñarle un ojo.

—Debo retirarme, y usted no debería estar aquí —volvió a recordarle Brenna a Cameron, ahora con nerviosismo renovado.

Ella comenzó a voltear hacia la puerta, pero él la detuvo al tomarla suavemente de la mano.

Brenna quedó inmóvil mientras observaba cómo ese hombre descarado se llevaba su mano a los labios y depositaba un beso sobre sus nudillos.

—Quiero que sepa que solo tengo intenciones honorables para con usted, milady —le confesó él, y así volvió a sorprenderla una vez más—. ¿Me dejará cortejarla?

—Yo... usted... —Brenna titubeó.

Cameron inclinó su cabeza, acercándola así bastante a la de Brenna; tanto que pudo percibir sobre la piel de su rostro la respiración tibia y algo agitada de ella.

—¿Me lo permitirá, lady Brenna? —volvió a preguntar—. Dígame que sí, y me hará el hombre más feliz de toda Escocia.

Ella se mordió el labio inferior, pero luego le sonrió tímidamente, antes de asentir levemente con la cabeza.

—¿Es eso un sí?

—Lo es... —fue su respuesta, e inmediatamente bajó el rostro y la mirada con timidez.

Cameron suspiró sonoramente. Con las puntas de sus dedos alzó la barbilla de la muchacha, y ella elevó los ojos hasta posarlos en los suyos. Cameron se aproximó más a ella y, con suma delicadeza, la besó en los labios.

Al cabo de un breve instante, Cam se apartó unos centímetros de Brenna, entonces ella se tocó los labios recién besados con las puntas de sus dedos.

Brenna era una mujer adulta de veinticinco años. A su edad, ya debería haber estado desposada y con un puñado de niños, no obstante, había pasado los últimos diez años viviendo casi como una religiosa junto a su tía en extremo protectora. En aquellos diez años, su vida social había sido prácticamente nula; mucho menos, había tenido oportunidad de ser cortejada. En materia amorosa, podría decirse que Brenna MacKenzie era tan inocente como una niña.

—Nunca me habían besado —confesó sin pensar. Y Cameron sintió que ninguna otra confesión podría haberlo hecho más feliz en ese momento. El corazón bombeó acelerado dentro de su pecho.

—Desde hoy la besaré cada vez que me lo permita, bella Brenna. Ahora vaya a descansar, y sueñe conmigo —le pidió con picardía y con una sonrisa, a la cual ella se unió de manera cómplice—. ¿Acepta mañana, después del desayuno, unirse a mí en un paseo por los jardines? —le preguntó Cam antes de dejarla partir.

—Sí, me encantará pasear con usted.

Cameron se despidió de su novia con un nuevo beso en los labios, y esperó hasta que lady Brenna desapareciera dentro de su habitación antes de emprender su camino hacia el ala contraria del castillo, en la cual se encontraba el cuarto que le había sido asignado por el dueño de casa.

\* \* \*

Al día siguiente, y cada día que siguió a ese hasta su partida, Cameron continuó con el cortejo. Paseó con lady Brenna por los jardines, la llevó al lago, bailaron, conversaron... y se enamoraron profundamente uno del otro.

Cuando Cameron abandonó las tierras de los MacKenzie para regresar a su hogar, lo hizo teniendo una prometida y con la promesa de regresar a visitarla con frecuencia.

Así habían pasado los meses uno tras otro, y el amor entre Cameron y Brenna se había afianzado. Los enamorados se amaban con locura, y a ello se debía que hubieran empezado a hablar de llevar a cabo una boda, sobre todo, porque se les hacía cada vez más difícil estar lejos el uno del

otro.

## Capítulo II

El laird Galen McInnes había partido en un viaje hacia las Islas de Skye con objeto de visitar a su gran amigo, el laird Colin MacDonald.

En ausencia de su padre, Cameron quedó al frente de la fortaleza y de las obligaciones que ello conllevaba. No solo eso, Cameron también se vio obligado a atender un asunto de índole personal con su hermana, puesto que luego de una visita que ella y su gran amigo y mano derecha, Ian Mc Dubh, hicieran a una feria ambulante que se había instalado cerca de sus tierras, tanto ella como el hombre habían empezado a comportarse de manera diferente a la acostumbrada.

Cam notó varias cosas extrañas. Lo más evidente fue que tanto Kate como Ian, se evitaban. Se saludaban ahora sin siquiera mirarse y, durante el corto tiempo que coincidían en un lugar, ya sea para desayunar o para la cena, resultaba palpable la tensión entre ellos. Ni se dirigían la palabra ni se miraban, pero cuando creían que el otro no lo miraba y que no eran observados por otras personas, Cameron los había descubierto contemplándose.

Ya hacía cinco días de esa salida y las cosas continuaban igual o peor, ya que el humor de ellos era un completo desastre. Kate estaba apática e Ian carecía por completo de alegría. Un oso enfurecido parecía mucho más calmo de lo que Ian había estado esos últimos días. Se lo había pasado gruñendo y con el ceño fruncido. Era innegable que algo había pasado entre ellos durante el paseo, y Cameron estaba dispuesto a averiguar la verdad.

La noche de la feria, Ian le había relatado el nefasto suceso ocurrido con MacPherson. No había dado demasiados detalles, y solo se había explayado cuando él se lo había pedido. En conclusión: Ian se había descuidado, Kate había sido capturada por un MacPherson, y después Mc Dubh la había rescatado. Cam especulaba que Ian y Kate podrían haber discutido a causa de ello, sin embargo, estaba casi seguro de que la tirantez existente entre los dos se debía a algo diferente.

Otra de las cosas que a Cam le había llamado la atención en demasía esa noche en la que había conversado con su amigo, habían sido las heridas que Ian tenía en los nudillos.

Cuando Ian y Cameron se habían encontrado en el estudio, las lesiones de Mc Dubh ya no sangraban; tenía varias costras secas y, sorprendentemente, múltiples astillas en la piel. Era como si Ian hubiese dado puñetazos contra un tronco, cosa bastante absurda, pero a Cam no se le ocurría otra forma con la cual su amigo podría haberse lastimado así.

Cameron conjeturaba que Ian podría haber descargado su enojo contra algún árbol... *¿Pero furia a causa de qué? ¿Por el enfrentamiento con MacPherson, o hay algo más?* Ian no había dicho

ni una sola palabra, y Cam podía asegurar que tampoco lo haría. Decidió entonces que era hora de mantener una conversación con su hermana, y así despejar varios interrogantes.

Con determinación, Cameron salió al exterior del castillo. Luego de buscar con la mirada, vio a Katherine arrodillada en el suelo arreglando su jardín; sacaba las malas hierbas y podaba sus plantas de flores.

Su hermanita, con los rizos castaños claros revueltos, sus bonitos ojos pardos y su pequeña nariz pecosa, era una belleza, y no sería extraño que su amigo se hubiese prendado de ella...

Mientras la observaba, Cam advirtió que Kate, de vez en cuando, echaba miradas furtivas al techo del cobertizo, en donde Ian cambiaba algunas de las tablas rotas... Si la intuición y el poder de observación no le fallaban, estaba convencido de que su hermana estaba enamorada de su amigo.

Por el tenor de las maldiciones que el hombre en cuestión había pronunciado en la última hora, todo el castillo debería suponer que él ya se había martillado los dedos en más de una oportunidad; aunque ninguna de las personas del clan había sido lo suficientemente valiente como para acercarse al guerrero furioso a curarle las lesiones. Cam sonrió, pensando que cualquiera de ellos hubiese preferido meterse en un foso lleno de lobos antes que enfrentarse con el malhumor de Ian.

Kate estaba bastante distraída ya que fue necesario que Cameron la llamase varias veces hasta que ella por fin reparó en su presencia.

—¡Oh, Cam! No te había visto —se disculpó, cuando él le señaló que hacía un buen rato que estaba allí—. Creo que estoy un poco distraída hoy —agregó, con una sonrisita dulce.

—¡Ya veo! ¿Qué pensamiento era ese que te mantenía tan abstraída, pequeña? —le preguntó él, mientras la ayudaba a ponerse de pie.

Ella esquivó su mirada, y se sonrojó hasta las orejas.

Kate había pasado los últimos cinco días reviviendo su encuentro íntimo con Ian... Era justamente eso en lo que ella había estado pensando en ese momento; recordando el sabor de sus besos, la pasión de sus caricias, el calor de su piel...

—Eh, nada Cam —respondió con nerviosidad. Se limpió las manos en el desgastado delantal, con la mirada posada en un punto fijo cercano a sus pies.

Cameron frunció el ceño.

—Kate, me gustaría mucho hablar contigo. Vamos a dar un paseo, querida —la invitó él. Una invitación que no aceptaba una negativa.

Katherine asintió con la cabeza. Se quitó el sucio delantal, y lo depositó sobre uno de los bancos de tronco que Ian había construido hacía algunos años para ella. Después se tomó del brazo que Cam le ofrecía, y juntos caminaron por un sendero que los llevaba hacia la pradera verde y púrpura.

—Katherine, necesitamos mantener una charla, y lo que voy a pedirte es que seas absolutamente sincera en cada cosa que digas.

—Lo intentaré, Cam —susurró.

—Bien. En estos últimos días, después de que tú e Ian regresaran de la feria, he notado que las cosas han cambiado un poco entre ustedes. ¿Qué pasó allí, Kate? ¡Y no vayas a decirme *nada*, porque no voy a creerte! —le advirtió—. ¡Quiero que me digas la verdad, hermanita!

—No sé por dónde empezar —dijo, y negó con la cabeza.

Cam percibió su consternación.

—Ian... ¿Él te ha hecho algo, Kate? —McInnes la tomó de los hombros, y la obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Se ha propasado contigo?

—No, Cam. Ian no ha hecho nada de eso —lo defendió con prisa.

—¿Entonces qué es lo que sucedió entre ustedes, Katherine? Porque no puedes negarme que tú estás triste por su causa.

—No, no voy a negártelo...

Kate había pensado detenidamente en lo que Ian le había dicho esa noche... En un principio sus palabras la había deprimido bastante, pero después se le había ocurrido una idea. Se permitió pensar que tal vez Ian solo había pronunciado esas palabras dolorosas a causa de su maldito sentido del honor, puesto que él se creía inapropiado para ella y esa era la mejor forma de alejarla... Y si era así, si él de verdad la quería, era posible que su hermano pudiese interceder y tal vez convencer a Ian de que sería el candidato perfecto para ser su esposo.

—¡Entonces comienza a hablar, Kate, porque me estás haciendo perder la paciencia con tantos silencios! —impuso Cameron, quien aguardaba a que ella dejara de meditar en sus locas ideas.

—Voy a contarte todo, Cameron; pero primero tendrás que prometerme que me dejarás hablar sin interrupciones. Diré la historia completa solo si tú haces la promesa.

—De acuerdo —concedió él.

—Eso no es todo lo que quiero pedirte. También quiero que me jures que no te enfurecerás, ni lastimarás a Ian.

—¡Lo sabía! ¡El maldito te hizo algo! ¡Voy a matarlo! —rugió colérico.

—¡No matarás a nadie! Y si empiezas así, no te diré nada —le advirtió, y puso los brazos en jarra.

Cameron procuró parecer calmo para que ella hablara de una vez por todas. Asintió con la

cabeza, y la alentó a continuar.

—Lo primero que voy a confesarte serán mis sentimientos —tragó saliva de manera nerviosa—. Yo estoy enamorada de Ian —Kate cerró los ojos para darse ánimos y, cuando volvió a abrirlos, miró a su hermano y notó que aparentaba tranquilidad y que no se veía sorprendido. Era como si ella le estuviese relatando algo que él ya sabía—. En realidad esto no es nuevo, he amado a Ian desde que era una niña —continuó explayándose y sacando a la luz lo que guardaba su corazón—. Yo sería la mujer más feliz de esta tierra si él me tomara por esposa.

—Siempre lo sospeché. Lo de tus sentimientos por él —aclaró, y señaló con la cabeza hacia la zona en donde se ubicaba el cobertizo—. Continúa Kate.

—El otro día, en la feria, sucedieron algunas cosas...

Su hermano la miraba con los ojos entornados y parecía listo para salir a golpear a alguien en cualquier momento, aunque no volvió a interrumpirla.

—Fue un paseo maravilloso, Ian y yo nos divertimos muchísimo. Recorrimos los puestos, escuchamos a un juglar, y hasta bailamos un *Reel* —su voz sonaba soñadora.

Cam quería rogarle que fuese al grano, pero había prometido guardar silencio, así que se armó de paciencia.

—No sé cómo, en varias ocasiones quedamos muy cerca uno del otro, como a punto de besarnos... pero Ian finalmente siempre se alejaba —dijo, y no pasó desapercibida la decepción en su voz.

—¡Por lo menos en algún momento fue sensato! —opinó él, ya sin poder contenerse en silencio.

Kate no le prestó atención.

—Entre nosotros hay una atracción innegable. Soy consciente de que no sé mucho de estas cosas del romance, aún así, te puedo asegurar que Ian estaba tan afectado como yo, Cam... En un momento quise decirle que lo amaba, y él no me lo permitió. Me exigió que nunca más volviese a intentar decírselo, y que arrancara lo que sentía por él de mi corazón.

—¿Te explicó por qué te pedía eso? —preguntó Cam, intrigado con la conducta de su mejor amigo. *¿En caso de estar él también enamorado de Kate, por qué razón no le hace frente a los sentimientos?*

—Dijo que yo no podía quererlo porque él era un simple plebeyo que no era digno de mí. Que yo tenía que casarme con un hombre de mi nivel; con alguien que pudiese ofrecerme lo que me merecía, ya sabes: título, riquezas, posesiones... Cosas que a mí no me importan, Cameron. Yo solo lo quiero a él.

—Entiendo, Kate. Ven aquí, pequeña —la tomó de la mano, y la llevó hasta un banco de madera; se sentaron uno junto al otro. Sin soltarla de la mano, comenzó a explicarle el porqué de la

conducta de su amigo—: Ian nunca olvidó sus orígenes. ¿Recuerdas cuánto se enfureció cuando yo le dije que daría mi vida por él?

—Sí, lo recuerdo. Él está convencido de que su vida no vale nada al lado de la tuya, solo porque su origen es humilde.

—Ahí es donde tengo que corregirte, hermanita; Ian cree que no vale nada al lado de ninguno de nosotros. Toda mi vida lo he tratado como a un igual, porque él se ha ganado ese lugar; sin embargo, no se siente a la par. ¡Aún seguiría llamándome *milord* ó *Mi señor* si cuando éramos pequeños yo no lo hubiese amenazado con dejar de ser su amigo! —exclamó, y negó con la cabeza llena de recuerdos—. Comprendo que no se sienta a tu altura para ser tu esposo... Pero dime, Kate, ¿eso no fue todo lo que ocurrió ese día, verdad?

—No. Fue cuando él me rechazó de esa manera que yo salí corriendo, me mezclé entre la gente, y me oculté para que él no me encontrara. Me sentía tan herida y avergonzada que quería perderlo de vista; al menos por un momento.

Cam la miró con un gesto de reproche.

—Sé que fue un error —se apresuró a aclarar—. Ian finalmente me encontró, y ahí fue cuando MacPherson me atrapó, antes de que yo volviera con él.

—¿Te das cuenta del riesgo que corriste, Katherine?

—Eso fue exactamente lo mismo que me dijo Ian al rescatarme. Nunca lo había visto así —murmuró—. Su voz era fría como el hielo cuando le habló a mi captor, y sus ojos estaban repletos de ira...

—Es un guerrero, Kate; el mejor que he visto en mi vida. Y si Ian tenía la mirada de furia que recuerdo haberle visto alguna vez en las batallas, ¡puedo asegurarte que MacPherson se debe haber cagado en sus botas! —exclamó Cam, y sonrió orgulloso de su amigo.

—Bueno, puede ser. ¡Aunque con lo mal que olía ese hombre repugnante, no creo que se distinguiese si se había hecho en sus botas o no!

Por un instante, los hermanos rieron compartiendo la broma, sin embargo, la charla no había terminado y Kate sabía, condenadamente bien, que ahora venía la parte más vergonzosa de explicar.

—¿Qué pasó entonces, después de que Ian expulsara a MacPherson de las tierras de McInnes?

—Él seguía furioso, pero también advertí su miedo. Era miedo por mí, Cam; pánico por lo que podría haberme sucedido, lo sé. Entonces todo sucedió muy rápido... Ian me tomó en sus brazos, y me besó... muy apasionadamente —su voz se había tornado más baja, casi imperceptible.

—¿Él? ¿Tú y él?

—No, fue solo un beso... ¡Fue tan maravilloso! —exclamó con voz soñadora—. Era como

haber perdido la razón; nada más existió en ese instante, solo él y yo. Sin embargo, Ian, inoportunamente, recuperó el juicio —dijo decepcionada.

—¿De qué estás hablando, Kate?

—Yo quería ser su mujer, Cam. Sé que debería estar avergonzada, pero no lo estoy. Yo lo deseaba. Anhelaba entregarme a él, y se lo confesé; también cuánto lo amaba, y le pedí que se casara conmigo.

—¿Tú le dijiste eso? ¿Katherine, acaso te has vuelto loca? Ninguna muchacha decente le dice esas cosas a un hombre y sigue siendo virgen.

—¡Yo, lamentablemente, lo sigo siendo! ¡Ese condenado y su sentido del honor! Volvió a darme todas sus malditas excusas de por qué él no era apropiado para mí, y descargó todo su enojo y frustración lanzando puñetazos contra un tronco.

—Katherine —sonrió su hermano—. ¿Te das cuenta? Él se cree indigno de ti, sin embargo, es el hombre más honorable que pisa esta tierra... —palmeó la mano de su hermana—. ¡Hablaré con él, y lo haré recapacitar! No te preocupes, hermanita; si hay un hombre que te merece, y no importan los títulos o las posesiones, ese es Ian Mc Dubh, y yo me encargaré de que el muy testarudo lo comprenda.

—¡Oh gracias, Cameron! Sabía que tú me comprenderías —Kate abrazó a su hermano, se sentía esperanzada. Lo cubrió de besos.

—Kate... solo... no vuelvas a lanzarte a sus brazos hasta que no estén debidamente casados, ¿de acuerdo?

—Lo prometo, hermanito. Haré lo posible por mantener las distancias hasta que tú hables con él.

—Bien. Ahora volvamos al castillo que ya está refrescando y tú no has traído una capa —Cam miró hacia el cielo cubierto de espesas nubes, y negó con la cabeza—. Parece que se avecina una tormenta. ¡Espero que Ian haya podido terminar de reparar el cobertizo y que aún le quede algún dedo sin machucar! —Los dos estallaron en carcajadas al recordar la diatriba que había soltado Mc Dubh desde el techo.

\* \* \*

Cameron prometió a su hermana que hablaría con su querido amigo luego de la cena, de hecho, iba a hacerlo. Estaba a punto de hablar con Ian acerca de los sentimientos de Katherine, cuando un hombre joven de gran altura, notoriamente fatigado y algo sucio, ingresó al salón flanqueado por dos guardias del castillo.

—Mi señor —habló uno de los escoltas, dirigiéndose a McInnes—. Este caballero ha pedido expresamente entrevistarse con usted.

Cam se puso de pie, y se acercó al hombre. Ian, con gesto serio, hizo lo mismo y se colocó a la derecha de su amigo, unos tres pasos detrás para custodiarlo; había posado una mano en la empuñadura de su espada.

Cam observó al recién llegado de arriba abajo con seriedad. Notó que aquel hombre tendría unos veinticinco años. A pesar del polvo que cubría sus ropas, se veía que eran de buena calidad. En general, el aspecto del joven de cabello negro no demasiado largo y ojos oscuros, se notaba cuidado. Supuso que su suciedad y su barba crecida de dos o tres días se deberían a un extenso viaje a lomos de caballo. Cam únicamente habló después de sacar sus conclusiones.

—Portas los colores de MacKenzie —no era una pregunta sino una afirmación. Cameron conocía a la perfección el tartán del clan aliado—. ¿Quién eres y quién te ha enviado?

—Mi nombre es Jason y me ha enviado mi tío, el Laird MacKenzie, señor. Tengo órdenes explícitas de hablar con Cameron McInnes, y rogarle su ayuda —al hombre le costaba un poco hablar de corrido sin que se le entrecortaran las palabras puesto que todavía estaba cansado por el viaje realizado.

—Yo soy Cameron McInnes —se presentó—. Ven, Jason MacKenzie, eres bienvenido a mi mesa, y allí me podrás contar qué es lo que te trae por aquí.

El anfitrión hizo señas a unas siervas que estaban apostadas junto a la puerta que conducía a las cocinas, para que el viajero fuera prontamente atendido.

—Milord, le agradezco su hospitalidad, pero me temo que no tenemos tiempo para tantas formalidades. Lo que me trae aquí es un asunto que no admite más demoras.

—Bueno, habla entonces, hombre; pero al menos siéntate un momento, y bebe una copa de vino mientras lo haces.

—Gracias —el joven asintió. Bebió el líquido en pocos y largos tragos para no demorar demasiado, y empezó a explicar el motivo de su viaje—. Mi tío me ha enviado para solicitar su ayuda, milord.

—Sí, sí, ya has dicho eso. ¿Pero qué es lo que ha sucedido para que tu tío envíe por mí?

—En realidad, mi tío lo necesita a usted, y a algunos hombres más de su clan, que pueda llevar —bebió unos tragos más de la copa que le habían vuelto a rellenar con un vino caliente con especias,

que pronto le devolvió la temperatura a su cuerpo. Fuera la noche estaba fría y el viento helado se le había calado hasta los huesos a Jason MacKenzie.

—Bien, Jason. Estoy esperando que hables.

Jason asintió.

—Un grupo de hombres del clan MacPherson ha secuestrado a las hijas de mi Laird.

—¿Qué? —rugió Cam. Los presentes levantaron la vista, sobresaltados con la reacción de su señor—. ¿Se han llevado a Brenna?

—Sí, milord. A mis primas lady Brenna y a lady Fiona.

El puñetazo que Cameron estrelló contra la mesa dejó a todos perplejos. Nadie hubiese esperado tal reacción, cargada de efusividad y de absoluta ira; sobre todo porque excepto Ian, el resto desconocía la verdadera naturaleza de la relación de Cameron con lady MacKenzie

—¿Cuándo se las llevaron?

—Se las llevaron hace tres días. Ellas viajaban hacia el sur a visitar a unos familiares, entonces su caravana fue interceptada en el camino poco después de salir de las tierras de MacKenzie —negó con la cabeza, su voz y su mirada estaban cargadas de pesar—. La mayoría de los guardias fueron asesinados y ellas dos capturadas. Una de las doncellas que pudo huir se escondió entre unos matorrales y, cuando los MacPherson huyeron, regresó al lugar para verificar si alguien continuaba con vida. Solo dos de los diez hombres que formaban el séquito fueron salvados; el resto de ellos estaban muertos.

—¿Por qué no fui avisado antes? —Inquirió—. ¡Ya han pasado tres días! —Los ojos pardos fulminaban a MacKenzie—. ¡Mierda! —soltó abruptamente, y se separó de la mesa. En esa situación, no soportaba quedarse quieto—. ¡Ya podría haberles sucedido cualquier cosa en manos de esos desgraciados!

—Mi señor, en cuanto el laird fue informado salió con un grupo de hombres detrás de los MacPherson, y me envió a mí en su busca —explicó el joven—. He cabalgado por dos días, sin detenerme más que unos minutos para atender mis necesidades, eh, lo siento señorita —se disculpó Jason al notar por fin la presencia de Kate.

—No tiene por qué disculparse, señor, yo lamento mucho lo que ha ocurrido con sus primas —expresó Kate con educación.

—Gracias —él asintió, después regresó su atención a Cameron—. Mi señor, entonces, ¿vendrá usted conmigo a ayudarnos a rescatar a mis primas?

—Desde luego. Prepararé a un grupo de hombres, y partiremos en menos de una hora —expuso con firmeza—. Tú, si quieres, aprovecha a comer algo y a descansar un poco MacKenzie; pero antes de que transcurra una hora te quiero listo para emprender el viaje —concluyó, sin dar lugar a

refutaciones.

El joven asintió de acuerdo, y se relajó un poco en la silla. Era como si todo su cuerpo implorara por un merecido descanso, sin embargo, solo tenía menos de una hora para recuperar sus fuerzas.

Katherine, apenada por él, le acercó una fuente con comida y una jarra con más vino especiado. Él se lo agradeció sinceramente mientras devoraba, a grandes bocados, la exquisita carne asada. Mientras lo observaba, Kate se preguntaba seriamente cómo haría ese hombre, que había cabalgado durante dos días y dos noches, para volver a lanzarse en una travesía tal vez más dura que la anterior.

—Alistaré mis cosas —acotó Ian, y se puso de pie antes de que Cameron abandonara el salón.

—No, Ian —respondió Cameron, y se detuvo al pie de la escalera de piedra—. Tú no irás con nosotros.

—¿Qué? —Preguntó con incredulidad—. ¿Piensas mezclarte en una escaramuza con los MacPherson, y no vas a llevarme contigo? —Ahora era Ian quien se movía inquieto, en torno a su amigo—. Voy contigo —dijo con resolución—, necesitas quien te cuide las espaldas, amigo mío —su tono era decidido, no obstante, Cameron pensaba ser más firme aún.

Cam se acercó a Ian, apoyó las manos sobre los hombros de su amigo, e hizo contacto visual.

—Necesito que cuides de alguien que es mucho más importante que mis espaldas, y esa, sabes que es mi hermana, Ian. Entiende que en ausencia de mi padre, no puedo dejarla sola —le sonrió de lado—. Necesito que el mejor guerrero la proteja; y no hay nadie mejor que tú.

Ian quiso protestar. Cam lo silenció al negar con la cabeza.

—Únicamente puedo partir tranquilo al saber que ella está contigo. Ian, en mi ausencia, y hasta que regrese mi padre en un par de días de su viaje por las islas de Skye, tú estás a cargo del castillo y de su gente. Confío plenamente en ti para que tomes las decisiones adecuadas con respecto a cualquier asunto que se presente y, sobre todo, te encomiendo la seguridad y el bienestar de Katherine. Me llevaré a un grupo de veinte hombres, el resto queda plenamente bajo tus órdenes.

—Procuraré no traicionar tu confianza —dijo Ian, e inclinó la cabeza a modo de reverencia.

—Lo sé —fue la respuesta de Cam. Palmeó a su amigo en la espalda y, sin decir ni una palabra más, se encaminó hacia las escaleras. Mientras caminaba, Cameron ladraba órdenes a sus hombres.

—¡Será un gran Laird algún día! —Exclamó con admiración Jason MacKenzie, con la mirada todavía fija en corredor oscuro.

—¡Si no lo matan antes! —Refunfuñó Ian, en evidente desacuerdo por no poder acompañar a su amigo en esa batalla.

\* \* \*

Cameron y sus hombres se encaminaron hacia las tierras de los MacPherson; tierras que lindaban a dos días de camino hacia el norte con las tierras de su padre, el laird McInnes. Él y sus guerreros iban decididos a arrasar con cuanto hombre del clan opuesto se interpusiera en su camino; sin embargo, no fue necesario ningún enfrentamiento, ni derramamiento de sangre.

Como por acción de un milagro, lady Brenna y lady Fiona los interceptaron a ellos a mitad de camino. Les explicaron que habían podido escapar de sus captores, aunque no ofrecieron mayores detalles, y les rogaron que no siguieran hacia las tierras de sus enemigos y, en cambio, pidieron a los hombres que las llevaran de regreso a su hogar.

Cameron no tuvo otra opción más que cumplir con los deseos de su prometida, y acompañó a las dos damas hacia las tierras de Mackenzie. No obstante, juró que haría pagar a sus enemigos por la osadía de haberse llevado a las muchachas; aunque aquello, debería esperar...

Mientras el séquito se alejaba, lady Fiona, montada en un blanco corcel, volvió la vista hacia atrás. Cerró los ojos durante unos breves instantes, como si quisiera retener en ellos un recuerdo. Alzó los párpados, y suspiró. Por el bien de todos, debía seguir adelante, y callar.

\* \* \*

Luego de haberse ausentado del castillo por un puñado de días, Cameron regresó a su hogar dispuesto a dos cosas: En primer lugar, debería hablar con el testarudo de su querido amigo Ian. Necesitaba saber si él sentía por Kate lo mismo que ella sentía por él; y, si era así, haría lo imposible porque esos dos se desposaran. En segunda instancia, anunciaría a su padre y a su hermana—su mejor amigo ya era conocedor del asunto— de su compromiso y pronta boda con Brenna MacKenzie. Pero Cameron no pudo llevar a cabo ninguno de sus objetivos.

Al llegar al castillo, Cameron se encontró con que su padre, el laird, había regresado de su viaje por las islas de Skye.

Esa no fue la única sorpresa que Cameron se llevó al ingresar al inmenso salón de piedra gris,

adornado en las paredes con pesados tapices rojos que mostraban el dibujo de dragones rampantes y flores de brezo.

Su padre, el inmenso hombre de largos cabellos plateados y rostro de vikingo, se veía cansado. Lo recibió sentado en su sillón preferido y, aunque se incorporó para darle un fuerte abrazo, Cameron advirtió el esfuerzo que el hombre hacía al ponerse de pie y el leve movimiento que hizo al llevar una de sus nudosas manos hacia la cintura, evidentemente dolorida por el largo viaje a través de las montañas a lomos de caballo.

Cameron tomó asiento frente a su progenitor, luego le preguntó por Katherine y por Ian, puesto que aún no los había visto. Fue entonces cuando su padre le ofreció una respuesta que provocó que él casi se atragantara con el vino que le habían servido y que justo bebía.

No podía creer lo que sus oídos escuchaban. Sin poder evitarlo, la desesperación y la urgencia se apoderaron de su ser mientras su padre, muy tranquilamente, le explicaba que había prometido en matrimonio a la pequeña Katherine con el gran laird de Skye, y que la idea en un principio había sido que él, Cameron, partiera inmediatamente escoltándola a ella hacia las tierras de su prometido. Debido a su ausencia y a que el viaje no había podido ser aplazado por una promesa más que el hombre mayor había hecho al joven laird, había sido Ian quién había escoltado a Kate hacia Skye.

Cameron sintió que la sangre se agolpaba en sus oídos. No podía dejar que se cometiera semejante error. Sabía que el laird Colin MacDonald era un gran partido. MacDonald era un hombre poderoso, con riquezas, honorable, guapo según decían... y, sobre todo, era un buen hombre; pero Katherine no lo amaba. Ella amaba a Ian Mc Dubh y, si la intuición no lo engañaba, sospechaba que su amigo le correspondía.

No, Cameron no podía quedarse de brazos cruzados a sabiendas de que su hermanita estaría sufriendo por tener que desposarse con un hombre a quien no amaba; y que su amigo también tendría el corazón desgarrado al ver cómo la mujer que amaba, porque Cameron podía jurar que así era, era entregada en matrimonio a otro; y para colmo, tenía que ser él mismo quién lo hiciera. Eso era demasiado para cualquiera, y él debería impedirlo.

Cameron no perdió más tiempo, si lo hacía, justamente podía no llegar a tiempo. Volvió a subir a lomos de caballo y, con un grupo de sus hombres, volvió a internarse en la abrupta geografía escocesa, esta vez hacia el oeste; hacia las Islas de Skye.

Otra vez había relegado su anuncio de compromiso con Brenna MacKenzie; pero Cameron se juró que en cuanto regresara a casa con su hermana y su cabezota amigo, comunicaría sus planes a su padre. Pensaba desposarse con la mujer a quien amaba con todo su corazón antes de que acabara el año, y para eso no faltaban más que unos pocos meses...

Y Cameron lo había hecho.

Poco más de dos semanas después de su partida hacia las Islas de Skye, Cameron regresó a su hogar luego de haber pasado por grandes momentos de tensión, los cuales recién se vieron aliviados cuando finalmente vio a su querida hermana Katherine contraer matrimonio con su mejor amigo, Ian

Mc Dubh.

Fue entonces, al llegar los últimos momentos de los festejos de esa boda, cuando Cameron ya no pudo aguantar más el retener las palabras. Se puso de pie frente a todos los invitados a las nupcias, incluidos el padre de su prometida, la propia Brenna y la hermana de ella, y mirando a la mujer que le había robado el corazón un par de meses atrás, confesó su amor por ella y solicitó formalmente su mano al laird MacKenzie.

La declaración fue recibida con un fuerte sonrojo y una hermosa y enorme sonrisa por parte de Brenna. Por otro lado, ambos lairds y padres de los futuros novios, festejaron la noticia. Ellos dos también estaban de acuerdo con el compromiso y próximo, muy próximo en realidad, enlace entre Cameron McInnes y Brenna MacKenzie.

Esa noche se festejó por partida doble, y al día siguiente empezaron a ultimarse los detalles para el enlace... aquel enlace, aquellos planes, que finalmente fueron truncados debido a la crueldad y salvajismo de los MacPherson.

# Capítulo III

Los MacPherson eran un clan belicoso. Tenían problemas con tres cuartos de los clanes de las Tierras Altas, y aquellos que no eran sus enemigos, era porque con seguridad eran de su misma calaña.

El laird Balgair MacPherson y sus dos hijos mayores, Beathan y Darach, no tenían respeto por nada ni por nadie. Sanguinarios y ambiciosos, buscaban y conseguían lo que querían a fuerza de violencia. Eso era lo único que ellos sabían hacer.

Desde que muchos años atrás muriera el padre de Balgair y él heredara el liderazgo de su gente, el clan se vio sumido en una decadencia absoluta.

Balgair descuidó a su pueblo. Les negó ayuda y una guía cuando ellos se lo pidieron y, sobre todo, el malvado hombre no supo administrar los recursos de su tierra.

Los campos de los MacPherson, antes fértiles y productivos, se convirtieron en pocos años en terrenos estériles en los que ya no crecía la siembra y en donde los esqueléticos animales terminaban muriendo de inanición.

Para Balgair y sus dos hijos mayores, resultaba más cómodo y divertido convertirse en vulgares cuatrerros y llevar a su gente por ese mismo camino, que trabajar duro, de sol a sol, para que el clan fuera lo que alguna vez había sido: Un clan próspero y pacífico.

Pero la prosperidad y la paz para los MacPherson, y para el resto de los clanes de las Tierras Altas, quienes se habían transformado en sus enemigos, había terminado el día que Balgair había enterrado a su padre.

Nyah, de veinticuatro años, y Hope, de dieciocho, los hijos menores de Balgair, eran harina de otro costal, y sin duda hubiesen sido el orgullo de sus antepasados, quienes seguramente se estarían removiando en su tumba al ver en lo que se habían convertido Los MacPherson. Pero los jóvenes, si bien lo deseaban, nada podían hacer para frenar al laird y a los otros hombres; aunque nunca participaron en aquellas escaramuzas en contra de sus vecinos.

Muchos de los aldeanos de las tierras de los MacPherson habían emigrado en busca de un lugar mejor para vivir; pero otros tantos se habían quedado. Estos últimos vieron como con el tiempo sus chozas se convertían en poco más que ruinas, y sus cuerpos se volvían enfermizos y débiles a causa de la escasez de comida.

Nyah y Hope, a espaldas de su padre y de sus hermanos mayores, procuraron colaborar con los aldeanos del clan que habían decidido quedarse en aquellas tierras olvidadas por Dios. Les proporcionaban alimentos y medicinas, así como paja y maderas para las construcciones y, en muchos de los casos, hasta ayudaban a los aldeanos a reparar con sus propias manos los techos o las cercas.

Hope y Nyah habían deseado más de una vez poder salir de aquellas tierras, puesto que cualquier lugar en el mundo hubiese sido mejor para ellos que su propio hogar; pero nunca lo hicieron. Ellos permanecieron allí por aquella gente que los había adoptado como sus ángeles guardianes y que dependía de ellos para que sus existencias no fueran aún más miserables.

Pensar en su pueblo era el único aliciente que Nyah y Hope tenían cada mañana para salir de sus camas, aún a sabiendas de que seguramente al terminar el día, habrían ganado un nuevo enemigo, o que su progenitor y sus hermanos mayores junto a sus hombres de confianza, habrían provocado una nueva desgracia.

Ellos sentían asco y vergüenza de tener sangre MacPherson corriendo por sus venas; pero tampoco podían olvidar que el suyo había sido un clan de gente noble y trabajadora, cuando había sido liderado correctamente por su abuelo.

Un laird justo, eso era lo que necesitaban Los MacPherson para volver a florecer y ser un clan pacífico. Y aunque aquel parecía ser un deseo de niños, un imposible susurrado a la almohada, o en una plegaria silenciosa al cielo, esa gran transición para ellos comenzó la noche en la que Brenna MacKenzie fue secuestrada por segunda vez.

# Capítulo IV

*Septiembre - Año de Nuestro Señor de 1616*

Brenna MacKenzie, escoltada por cuatro hombres de su padre y acompañada por su doncella de confianza, regresaba de su paseo de seis días por la ciudad de Inverness, en donde había visitado a su querida tía y a una costurera.

Brenna había querido que fuese Miss Marguerite quien le confeccionara su traje de novia, puesto que ella había sido su costurera personal durante los diez años que había residido en Inverness. La mujer de cabellos negros pintados de plata y profundas arrugas alrededor de sus ojos color celeste, no solo era eficiente en su trabajo, sino que les prodigaba un especial cariño a las MacKenzie, y eso, Brenna lo valoraba en demasía.

Era de noche, y la luna, en cuarto menguante, jugaba a las escondidas detrás de unas nubes que remolonamente eran barridas a lo largo del firmamento.

La calma reinante invitaba al adormecimiento. Se oía el arrullo lejano de un río, la sinfonía susurrante de las hojas de los árboles apenas meciéndose con la brisa nocturna, el ulular de una lechuza de tanto en tanto...

Aquella paz parecía querer burlarse del caos que se desataría poco después, cuando la caravana cruzara por el estrecho pasaje contenido a ambos lados por las paredes de las montañas. Allí, en ese punto geográfico ridículamente cerca de destino, y en ese instante que quedaría para siempre grabado a fuego en los recuerdos, empezaría una nueva historia.

\* \* \*

Cameron cenaba esa noche en el castillo de su futuro suegro, el laird MacKenzie, mientras esperaba la llegada de su prometida.

Al transcurrir las horas y notar el retraso de los viajeros, quienes tenían previsto llegar a destino esa misma noche para la hora del *céilidh*[2], Cam, junto a su mano derecha, Ian Mc Dubh, y una patrulla de diez hombres, salieron a recorrer el camino.

No habían cabalgado más de una hora, cuando al llegar a un pasaje rocoso, los hombres se encontraron con un panorama macabro.

Los cuatro escoltas de la prometida de Cameron yacían en medio del camino pedregoso. Estaban muertos y sus cuerpos habían sido salvajemente mutilados. No había señales de las dos mujeres, ni tampoco de los atacantes, y la oscuridad nocturna dificultaba su rastreo.

Los hombres, desesperados y con la ira impulsando sus movimientos, emprendieron una búsqueda desenfadada a través de las montañas escarpadas. Guiados por el instinto, cruzaron zonas de bosques exuberantes y ríos caudalosos, en una carrera contra el tiempo y en contra de un enemigo, hasta entonces, sin rostro.

Cameron e Ian tenían una sospecha de quienes podrían ser los autores de ese nuevo ataque a la hija de MacKenzie, sin embargo, hasta no dar con los culpables, no podían estar seguros de su identidad; aunque la intuición los hacía guiar al séquito hacia las tierras de los MacPherson.

Un trozo rasgado de tela, prendido en un pequeño arbusto de frutos rojos, llamó la atención de Ian, quien lo recogió y entregó a su amigo. Cameron lo reconoció de inmediato como el tartán de los MacKenzie, entonces los amigos supieron que iban por el camino correcto.

Cameron ordenó a los hombres que agudizaran los sentidos y forzaran la vista en busca de huellas frescas o nuevas pistas, como la del trozo de tela que, él sospechaba, había sido plantada adrede por su inteligente novia.

Un trecho más adelante en el camino, Cameron fue el primero en oír un gemido débil y lastimero. Se apeó del caballo, seguido inmediatamente por Ian, y ambos hombres se acercaron a una pequeña pendiente.

Allí la hierba era espesa.

Los hombres miraron con detenimiento hacia el lugar del cual había provenido el sonido, que ahora había cesado. La incertidumbre crispaba los nervios, no obstante, ellos procuraban mantener el temple.

Las primeras luces del día comenzaron a filtrarse entre las hojas de los abetos, y tiñó el paisaje levemente de anaranjado.

Un nuevo gemido.

—Allí —señaló Ian. Gracias a la mediana claridad, había distinguido dos bultos ocultos detrás

de unos arbustos moteados.

Cameron tragó saliva y apretó los puños mientras descendía la pendiente a la carrera. El corazón parecía querer salirse por su garganta, mientras que el terror le apretaba y le retorció las entrañas.

Un nuevo gemido. Parecía el de un animal herido, pero Cameron ya había notado que no se trataba de ningún animal, sino de un ser humano. Y Dios lo amparara, porque si no se equivocaba, esa larga cabellera negra que asomaba entre las hojas, era la de su preciosa mujer.

Se sentía desesperado.

La ladera no era demasiado extensa, pero esos pocos metros se le hicieron eternos y, mientras los recorría, Cameron rogaba a Dios para que Brenna estuviese sana y salva. Esperaba que aquello que provocaba que ella se quejara no fuera más que un insignificante golpe.

Pero no fue así.

Cameron llegó junto a su prometida y se arrojó a su lado, de rodillas en la hierba humedecida por el rocío. La tomó con cuidado y, aunque el interior de su cuerpo temblaba, sus manos se mantuvieron firmes, asidas a la pequeña cintura y espalda, mientras la volteaba y luego la encerraba entre sus brazos para acunarla.

Su mirada de color pardo recorrió el cuerpo femenino, y de inmediato reconoció la gravedad de las múltiples heridas que teñían de rojo la ropa de viaje que ella vestía. Todo su ser se estremeció de ira e impotencia.

El corazón de ella latía débil, y sus inhalaciones no eran más que un torpe intento por incorporar aire a un cuerpo que ya no tenía fuerza siquiera para realizar ese movimiento involuntario.

Brenna abrió los ojos, y le regaló a él una de sus últimas miradas.

—Cam... —susurró. Ni siquiera levantó la mano para acariciar la mejilla masculina. Aunque era ese su deseo, sabía que su brazo no respondería—. Luché, luché y... ellos no pudieron... —las palabras se atascaban en su garganta. No eran más que sonidos casi imperceptibles.

—Mi valiente Brenna —le respondió Cam con dulzura, mientras él sí podía cumplir su deseo de recorrerle a ella la mejilla con sus dedos, ahora temblorosos—. ¿Quién te hizo esto? —Necesitaba saberlo. El deseo de venganza era cada vez más grande dentro de su pecho, tanto que le estaba impidiendo respirar con normalidad.

—Balgair McP... Pherson y sus dos hijos mayores —logró decir, aunque no sin dificultad.

—Te juro que pagarán con sus vidas —prometió.

—No pudieron tocarme. No los dejé —volvió a repetir, siempre en susurros dolorosos y entrecortados—. Solo tu mujer, mi amor... de nadie más —declaró, y sonrió débilmente al hacerlo.

—Lo sé. Lo sé, mi valiente Brenna —respondió él.

Cameron tuvo que tragar saliva para apartar el fuerte nudo que se había instalado en su garganta, pero no lo logró. Sin embargo, no podía dejar que ella supiera que ese era el final. Irreversible, e impostergable.

No obstante, Brenna lo presentía.

—No quiero que llores por mí, Cameron McInnes —le pidió, a modo de despedida, sabiendas de que esos eran sus últimos instantes junto a él.

—Te amo, Brenna. Te amaré siempre —declaró Cameron. Estrechó el cuerpo tembloroso contra su pecho, y enterró el rostro en el cabello negro, mientras apretaba los ojos fuertemente para contener las lágrimas—. Te amaré siempre...

Esas últimas palabras de Cameron se mezclaron con el suave *Te amo* que los labios femeninos modularon en una última exhalación que se llevó con ella todo lo que Cameron McInnes había sido alguna vez.

Un rugido herido y cargado de ira cortó el apacible amanecer de las Highlands, y una bandada de pájaros, asustados, levantó vuelo hacia el cielo teñido de anaranjado.

Mientras Cameron había estado junto a Brenna, Ian había llegado hasta el otro cuerpo que yacía a una corta distancia del primero. La joven doncella de Brenna MacKenzie estaba muerta. Había sido golpeada y, por el estado de sus faldas y la sangre entre sus muslos, la muchacha también había sido violada.

Ya no había nada que los hombres pudieran hacer por las dos mujeres más que hacer pagar con sangre a los culpables de semejante salvajismo, y Cameron ya sabía, a ciencia cierta, el nombre de ellos.

Cameron se permitió unos pocos instantes más para llorar su pena junto al cuerpo de su novia. Al cabo de un rato la depositó suavemente sobre la hierba, la besó en los labios, luego se quitó la capa y la cubrió a ella con la prenda.

Ian se acercó a su amigo con el cuerpo de la doncella entre sus brazos, la recostó junto a su ama, y la muchacha también fue cubierta por el abrigo.

Mc Dubh apretó el hombro de su amigo en señal de apoyo.

Cameron levantó los ojos hacia él. Su mirada contenía el frío del hielo y, al mismo tiempo, el fuego de la rabia contenida.

—Fueron los MacPherson —dijo Cameron con voz gutural—. Y quiero sus cabezas. ¡Quiero su maldita sangre tiñendo la tierra! —gruñó.

Ian asintió.

—Vamos, no pueden estar lejos de aquí. Sabes que lucharé a tu lado, y puedo prometerte que ellos pagarán por lo que han hecho.

Cameron se puso de pie. Dirigió una última mirada al bulto que contenía los cuerpos de las mujeres, y apretó la empuñadura de su espada. Respiró profundamente antes de voltear hacia los hombres que lo acompañaban e impartir órdenes.

Aunque hubiese preferido devolver él mismo el cuerpo de la criada y el de su novia al padre de ella, Cameron sabía muy bien que no podía dejarlas allí a la intemperie hasta que ellos regresaran, puesto que serían presa fácil para los animales carroñeros. Delegó aquella tarea en dos jóvenes guerreros. Momentos después, él y los demás highlanders montaron sobre sus caballos y, a rápido galope, se lanzaron detrás de sus enemigos.

\* \* \*

Cameron McInnes y los hombres que lo acompañaban, se dirigieron hacia el norte. Cabalgaron a una velocidad endiablada durante todo el día sin detenerse. Apenas se retrasaba alguno para aliviar su vejiga, y enseguida volvía a ponerse a la par del grupo. No podían pensar en alimentarse, no cuando el único pensamiento que cruzaba la mente del líder, era la venganza.

Dieron con los MacPherson cuando no había pasado mucho de la medianoche.

Los vándalos acampaban en un claro y era notorio que habían llegado allí recientemente. Ian no se había equivocado. Los MacPherson les habían llevado ventaja, pero sin dudas había sido pequeña, y ellos habían estado pisándoles los talones todo el tiempo.

Los MacPherson eran seis, y estaban sentados alrededor de una hoguera. Mientras reían de las mismas groserías que decían unos y otros, asaban un pequeño conejo sobre las llamas y bebían grandes cantidades de whisky de dudosa procedencia y calidad.

Cameron había hecho que sus hombres dejaran los caballos ocultos entre los árboles. A pie se acercaron al claro y, con determinación, salieron a la luz estratégicamente ubicados para rodear a sus enemigos.

—MacPherson —Habló Cam con voz firme y sin pizca de temor. Se había detenido frente al aludido—. Ponte de pie, y paga por tus crímenes.

Balgair echó un vistazo a su alrededor. Los recién llegados los superaban en número. Volvió a mirar al gigante rubio, y esbozó una sonrisa de dientes podridos.

—McInnes —dijo en tono burlón, mientras a desgana obedecía; pero no sin antes colocar su mano sobre la empuñadura de su espada. Con la otra mano acarició su espesa barba trenzada que se confundía con sus mugrientos cabellos largos—. ¿Qué os trae por aquí?

Cameron soltó un gruñido gutural, y se abalanzó sobre él.

—¡Lo sabes bien, hijo de puta!

Los hombres de MacPherson, quienes aún permanecían en sus lugares, quisieron reaccionar a favor de su líder, no obstante, cada uno de ellos era asediado por un hombre de Cameron.

Se desató una lucha encarnizada, en la que el entorchocar del acero y los gritos y gemidos de los que eran heridos, rompieron la apacibilidad nocturna.

Ian despachó a Beathan MacPherson sin tener que esforzarse demasiado.

Darach, el otro hijo del laird enemigo, yacía a poca distancia, con una herida mortal en el corazón. Darach había querido defender a su padre, pero Cameron, en una lucha de dos contra uno, había salido victorioso. Cam había detenido un golpe de espada de Balgair con su espadón corto y, aunque había perdido su arma en la faena, había alcanzado a sacar su *Claymore*, e instantes después la enterró en el pecho de Darach.

El laird MacPherson seguía enfrascado en la lucha contra McInnes.

Un hombre salió sigiloso de entre el follaje, y se acercó a Cameron sin que él se percatara. Iba a asentarle una estocada a traición.

Ian divisó el movimiento gracias a su visión periférica. Pateó en el estómago a su contrincante, y logró derribarlo. En dos rápidas zancadas se puso detrás de su amigo, justo a tiempo para detener con su *Claymore* el golpe descendente que el recién llegado lanzó con su espada.

Ian y Cameron siguieron luchando espalda con espalda, tal como solían hacer en las batallas. Así los guerreros se protegían mutuamente.

—Tú me debes una, Mc Dubh, y hoy ajustaremos cuentas —amenazó el mugriento montañés. Con furia arremetió contra Ian.

Ian también lo había reconocido. Se mantuvo impassible y, con maestría, detuvo todos los ataques. Sus ojos azules se convertían en hielo en todas las batallas, pero allí, frente a ese hombre que una vez había osado capturar a *su* Kate, su mirada era aún más intimidante. El filo de su espada se enterró en el muslo derecho de su enemigo.

—Te equivocas, Ron MacPherson —gruñó Ian. Levantó la espada para luego hacerla descender en un golpe limpio. Logró rasgar la tela mugrienta y la piel del abdomen de su oponente. Sin darle descanso al hombre que parecía un oso mugriento, Ian volvió a atacar—. Te enviaré al infierno —dijo, y le enterró la espada, en una estocada mortal, en el pecho.

Ian dirigió una mirada a su alrededor. Los demás hombre de MacPherson estaban todos muertos, también dos de los highlanders que habían ido con ellos.

Cameron seguía combatiendo contra Balgair.

El viejo estaba herido, pero no quería darse por vencido. Lanzó varias estocadas más hacia Cameron, y una de esas le alcanzó el hombro.

McInnes, hirviendo de rabia, esquivó un nuevo golpe, giró sobre sus talones, y acompañando sus movimientos, dejó que desde lo más profundo de su pecho surgiera un grito de furia y a la vez de alivio, cuando el filo de su hoja cortó la garganta de su oponente. Con ello daba por terminada la batalla.

Cameron permaneció de pie. Vio cómo el cuerpo de su enemigo se desplomaba en el suelo, y poco a poco se teñía la tierra con su sangre derramada.

Ian apoyó una de sus manos sobre el hombro de su amigo

—Vamos a casa, Cameron —le sugirió—. Ya has hecho justicia.

Cameron volteó lentamente hacia Mc Dubh. Su mirada se veía vacía.

—No se hará justicia hasta que el último de los MacPherson deje de respirar —sentenció. Su voz había sonado lejana, gutural.

—Los culpables ya están muertos. El resto del clan no tiene por qué pagar por los crímenes cometidos por sus líderes —refutó Ian.

—Todos ellos son mis enemigos, y no descansaré hasta que estén muertos —gruñó con ira.

—Te equivocas. Por primera vez no estoy de acuerdo contigo, y le ruego a Nuestro Señor para que entres en razón antes de que cometas más crímenes de los que cometieron aquellos que acabamos de ajusticiar.

Ian volteó hacia el resto de los hombres, y empezó a impartir órdenes puesto que notaba que su amigo, por el momento, no se encontraba en condiciones de hacerlo.

Recuperaron los caballos que habían dejado ocultos en el bosque. También utilizaron los animales pertenecientes a los hombres del otro clan.

Los cadáveres fueron recostados sobre las monturas y cubiertos con mantas. Como se encontraban cercanos a las lindes de las Tierras de los MacPherson, soltaron los caballos con los cuerpos de los enemigos. Los animales conocían el terreno, así que los hombres esperaban que llegaran hasta la fortaleza de sus dueños.

Una vez que los supervivientes estuvieron listos, emprendieron la marcha de regreso hacia las Tierras de los MacKenzie. Cameron ahora dirigía la comitiva, aunque se mantenía sombrío y en

absoluto silencio.

Continuaron la marcha de más de treinta horas, transportando a sus propios muertos. Llegaron a destino recién a la madrugada del siguiente día.

Cameron ni siquiera quiso descansar; en cambio, se dirigió directamente a la tumba de Brenna, a llorar allí su pena.

El día había amanecido triste. El cielo estaba completamente cubierto por espesas nubes de un profundo tono de gris. El viento arreciaba con fuerza. Azotaba a Cameron, igual que lo azotaban la pena y el dolor lacerante que se había instalado en su pecho desde hacía casi tres días.

Las primeras gotas gruesas comenzaron a caer.

Cameron no se movió del lugar al que sus pies se habían anclado. Su vista permanecía clavada en la tierra aún suelta de la sepultura.

Pronto la lluvia se desató violenta, y lavó la sangre que cubría el cuerpo del hombre, su cabello y su espada. Esa era la sangre de sus enemigos. De aquellos que habían pagado con su vida por haberle arrebatado a su mujer... Pero Cameron McInnes no se sentía satisfecho con aquel puñado de muertes. Su corazón ahora albergaba un nuevo sentimiento, algo que nunca antes había sentido con tanta intensidad.

El odio y el deseo de venganza ardían en las entrañas de Cameron, recorrían sus venas, y envenenaban su sangre.

Cameron ya no era el mismo que había sido alguna vez. Ya nunca lo sería. No hasta que aquel deseo de venganza dejara de consumirlo, y eso no ocurriría hasta que el último con sangre MacPherson en sus venas, dejara de respirar.

# Segunda Parte

# Capítulo V

*Ocho meses después*

*Mayo - Año de Nuestro Señor de 1617*

—Tenemos que acabar, de una vez y para siempre, con estos enfrentamientos sin sentido —sentenció el laird McInnes con su grave tono de voz. Su puño cerrado sobre la superficie de la mesa había servido para enfatizar sus palabras. Sus ojos, una extraña mezcla en la que el verde se fundía con el marrón, se veían cansados, y las arrugas profundas alrededor, evidenciaban su avanzada edad. Sin embargo, el hombre no descansaría hasta que pudiera encaminar a su gente. Su pueblo y, sobre todo su hijo, aún necesitaban de su intervención.

»—Es inadmisibile —continuó diciendo—, que las personas de nuestros clanes se crucen casualmente en algún camino o taberna, y se trencen en una salvaje lucha, tal como si no fuesen más que unos animales, y con el único pretexto de que nuestros clanes son rivales... —negó con la cabeza—. Es un despropósito.

—Por esa razón estoy aquí, McInnes —respondió por fin el hombre más joven, quien se hallaba sentado justo frente al anciano, del otro lado de la pesada mesa de madera—. Usted sabe, más que bien, del riesgo que he corrido al presentarme ante usted, en sus propiedades, desarmado, y sin un escolta. Creo que solo eso, es garantía y prueba suficiente de que deseo la paz para nuestra gente, tanto como usted mismo la desea.

McInnes asintió lentamente con la cabeza. Sus cabellos plateados caían sueltos hasta sus hombros, antaño poderosos, y ahora levemente encorvados hacia adelante debido al peso de los años y de las responsabilidades.

Sí, McInnes sabía perfectamente que MacPherson tenía razón. Durante un momento en el que no pronunció palabra, el anciano se dedicó a estudiar las facciones y el porte del muchacho.

Las muchachas deberían considerarlo guapo con su gran altura, aunque no fuera demasiado corpulento. Vestía los colores MacPherson y, aunque sus ropas descoloridas y desgastadas eran una muestra más de la decadencia en la que había caído su clan, las prendas se veían pulcras y prolijamente remendadas.

El cabello castaño ondulado le llegaba al joven hasta poco más de los hombros. Lo llevaba suelto y limpio. No se podía negar que el joven tenía facciones agraciadas, no obstante, lo que capturó la atención del anciano laird, fueron los ojos de Nyah MacPherson. Sus ojos grandes y del color de las castañas, poseían una fuerza y una determinación que lo impactaron.

McInnes también supo, que ese joven laird que estaba frente a él, no estaba hecho de la misma madera podrida que su padre y hermanos mayores. Nyah MacPherson, sin dudas, era un digno heredero de su abuelo y sería su orgullo si el anciano viviera.

—Entonces, McInnes, ¿pensará usted en mi propuesta? —Inquirió Nyah. Sin darle tiempo a responder, añadió—: He estado dándole vueltas al asunto y, después de pensar en todas las opciones, creo que esa es la única forma de consolidar verdaderamente la paz entre nuestros clanes.

—No tengo nada que pensar, Nyah —habló McInnes con firmeza—. Ya tomé la decisión —aseguró.

El joven esperó expectante, aunque sin demostrar su ansiedad, por una respuesta. De ella dependía el futuro de mucha gente.

—Estoy de acuerdo contigo. Lo llevaremos a cabo cuanto antes.

Cuando Nyah estrechó la mano de McInnes, sintió que todo riesgo que hubiese corrido al presentarse sin defensa alguna ante él, con aquel pacto que acababan de sellar, estaba justificado. Respiró con alivio.

\* \* \*

—¿¡Qué diablos...!?! —La potente voz masculina rasgó el aire, haciendo sobresaltar a los dos hombres que se estrechaban las manos amistosamente.

Con una rapidez asombrosa, Cameron dejó atrás las puertas doble de madera, cruzó el salón con largas zancadas y, con la agilidad de una pantera, saltó sobre la amplia mesa. Antes de que alguien pudiese reaccionar, Cameron había tomado a MacPherson por la pechera de la camisa, que crujió al desgarrarse por la fuerza que el poderoso puño ejercía al aferrarla.

Cameron empujó al joven laird contra uno de los muros. Lo apresó contra la fría piedra, y le apoyó su poderoso antebrazo en la garganta para retenerlo. Sus ojos, amenazantes, irradiaban ira.

Nyah lo dejó hacer. No hizo ningún movimiento en su defensa, ni pronunció palabra alguna. Fue

McInnes quien habló.

—¡Cameron, suéltalo! —ordenó el anciano mientras se acercaba a su hijo. Cuando estuvo junto a él, sostuvo su brazo para que aflojara la presión que ejercía sobre el cuello del joven.

Cameron hizo caso omiso a las palabras de su padre.

—¿Qué mierda haces aquí? —preguntó en cambio, dirigiéndose a su oponente.

Sus facciones parecían esculpidas en granito, y sus ojos desprendían tanto odio que aún si no hubiese poseído una imponente anatomía, con eso solo hubiese sido suficiente para verse intimidante.

Pero Cameron no logró intimidar a MacPherson. Nyah estaba dispuesto a todo con tal de salvar a la gente de su clan.

—Suéltame, y podremos conversar como personas civilizadas —sugirió el muchacho con la voz ahogada a causa de la presión que Cameron imponía sobre su cuello.

Cameron soltó una carcajada sardónica, sin pizca de humor.

—¿Hablar? ¿Cómo personas civilizadas? —Entrecerró los ojos y los clavó en el par castaño que no lo perdía de vista—. ¿Te olvidas que eres un MacPherson? —tragó saliva. Acumuló toda su rabia, y la soltó con las siguientes palabras—: Un maldito salvaje hijo de puta.

—No soy como ellos —dijo Nyah en su defensa. Al decir *ellos*, había hecho referencia a su padre y a sus dos hermanos mayores.

—¡Eres un MacPherson, y todos son asesinos!

—¡No! No lo somos —refutó—. La maldad de nuestro clan murió con mi padre y mis hermanos. Yo soy el nuevo laird, y si estoy aquí, es porque busco terminar con la enemistad de nuestros clanes.

—¡Eso no sucederá nunca!

—Cameron —habló el laird a su hijo. Ahora su voz en un tono más suave. Apoyó una vez más su mano en el brazo de Cam, y lo obligó a soltar a Nyah; luego se interpuso entre ellos—. Hijo, escucha. Gente buena; gente que no se dedica a las armas, está enfrentándose con sus vecinos sin ningún motivo más que porque unos responden al apellido McInnes y los otros a MacPherson. Es una guerra sin sentido que nos llevará a ambas familias a la destrucción. Eres inteligente, y lo sabes. No dejes que tu rabia personal destruya a tu pueblo. Eres el futuro laird, y debes ser racional.

Cameron lo sabía, pero no podía olvidar su profundo dolor. Le resultaba tan difícil arrancarlo de su pecho, de sus pensamientos...

—Cameron, hijo... —prosiguió Galen McInnes, al comprobar que, aunque su hijo pareciera ausente y sumido en sus propios pensamientos, colmados de aquellos demonios que lo perseguían día

y noche desde hacía ocho meses, lo oía—. Ahora solo tienes que pensar y actuar en beneficio de nuestro clan. El clan que heredarás y deberás llevar adelante a mi muerte o cuando yo ya no me encuentre facultado para estar al frente. Piensa en tu pueblo, hijo. Piensa en tu hermana y en los hijos que ella y tú mismo, algún día, traerán a este mundo. Está en tus manos que ellos nazcan en una tierra de paz. Está en tus manos que nuestra familia pueda vivir sin temor a ser atacada o predispuesta a atacar a un MacPherson... Piénsalo, hijo.

Cameron pareció volver al momento real, en el que aún permanecía en la sala, con su padre, y con él...

—¿Por qué está él aquí? —preguntó una vez más, señalando despectivamente al joven laird.

—He venido en busca de un acuerdo de paz —respondió Nyah, privando al viejo laird de responder—. Tu padre y yo, como cabezas de familia, hemos llegado a un acuerdo que terminará con esta guerra de clanes que inició mi padre, y que, si nosotros hacemos un esfuerzo, también morirá con él.

—¿Un acuerdo? —preguntó Cam. Fruncía el entrecejo.

Si tenía que ser sincero con sí mismo, Cameron debía aceptar que tampoco quería ver a las personas de la aldea pelear como perros salvajes y resultar heridos. Aunque también era cierto que quería ver destruidos a los MacPherson; pero debía ser responsable y resguardar a su gente, que no dudaba en trezarse en lucha para *defender* el honor de su apellido.

—Sí, un acuerdo que unirá a nuestros clanes y traerá la paz definitiva a nuestra tierra —asintió el laird McInnes.

A Cameron no le estaban gustando las palabras de su padre, sin embargo, aguardó y escuchó lo que el anciano tenía para decirle. Que, definitivamente, no le gustó en lo más mínimo.

—Te desposarás con Hope MacPherson —soltó el anciano sin más.

Cameron sintió la sentencia caer sobre él como una piedra pesada. La rabia ascendió desde el centro de su pecho. Apretó los puños y las muelas, y así, entre dientes, rugió la única palabra que fue capaz de pronunciar.

—¡No!

—Lo harás. Es la única alternativa que tenemos.

—No lo haré nunca. Jamás me uniré a esa familia de asesinos —espetó.

Nyah apretó a su vez sus puños y muelas para no protestar por aquellas ofensas.

—Ya he dado mi palabra. La boda se celebrará aquí, en una semana a partir de hoy —ordenó Galen McInnes.

Cameron no tenía alternativa. Dirigió una nueva mirada de odio a quien él consideraba su enemigo, luego clavó sus ojos en los de su padre.

El anciano permaneció firme.

Cameron asintió levemente con la cabeza, por obligación puramente; luego se retiró del salón con paso firme y apresurado. Propinó un fuerte portazo al alcanzar el pasillo, demostrando la rabia que sentía ante aquella idiotez que le imponían hacer.

Cameron decidió que se desposaría con su enemigo por el bien de su gente, pero se juró que nunca uniría su sangre a la de aquella familia a la cual tanto odiaba.

Nunca, jamás, tocaría a aquella que iba a ser su esposa. Si su apellido tenía que morir con él, así sería, pero de ninguna manera permitiría que la sangre McInnes se mezclara con la sangre MacPherson... La sangre de esos asesinos. Sus enemigo

## Capítulo VI

—Mi lady, deje eso que yo puedo hacerlo —pidió la enclenque anciana. Intentaba, con sus manos arrugadas y temblorosas, hacer bajar a la muchacha que, haciendo equilibrio sobre una precaria banqueteta, hacía lo imposible por reparar los postigos de la ventana que destrozara la última tormenta que dos días atrás había arreciado sobre aquellas tierras olvidadas de la mano de Dios.

—Quédate tranquila, Beth, que no me supone ningún esfuerzo —mintió la muchacha, cuyo rostro juvenil evidenciaba que tenía no más de dieciocho años. Sus pequeños pies en puntillas, su frente perlada de sudor, y sus manos haciendo malabares con el pesado martillo, los clavos y los postigos podridos, desmentían sus palabras.

—Pero, milady —volvió a protestar la anciana. Ahora sostenía el banquillo, como si con eso pudiera evitar que la muchacha cayera —puede caerse de allí, y partirse la crisma. Deje eso, y le pediré al viejo Charles que lo repare...

—¿Al viejo Charles? —la muchacha sonrió de lado, aunque sus ojos, vueltos de cara a la casucha, ocultaban tristeza. Sostuvo el travesaño, apoyó el clavo sobre este, y propinó un golpe con el martillo.

Una pareja de aves que se había apoyado sobre el techo de paja solo instantes antes, asustada, se alejó en un revuelo de alas y gorjeos.

—Sí, mi señora, le diré al viejo Charles —asintió la mujer.

—El pobre viejo no podría ni subir a este banquito, Beth —dijo con ternura.

—Pero, lady Hope, estas no son tareas que a usted le correspondan —volvió a refutar la anciana.

—Me corresponden, Beth. Debo velar por el bienestar de mi pueblo —*de lo que queda de él*, pensó la joven con tristeza, aunque no exteriorizó sus palabras, y las reservó solo para ella.

Entre las vidas que la mala alimentación y las fiebres habían arrebatado, y las migraciones de más de la mitad de los aldeanos, quienes habían preferido abandonar las tierras MacPherson en busca de un lugar mejor, el clan se había visto reducido mayoritariamente a ancianos débiles. Eran pocos los jóvenes, o personas de mediana edad que aún permanecían allí.

Desde que Nyah asumiera como laird del clan, él y Hope habían conversado a diario acerca

del futuro. En sus planes estaba hacer florecer nuevamente sus tierras. Tal vez de esa manera, quienes se habían ido decidieran regresar. Aunque, desde luego, no sería una tarea fácil de realizar y, sobre todo, no sería realizada de un día para el otro.

El primer paso importante para que los hermanos pudieran empezar a cumplir con los objetivos que se habían planteado, era terminar con la enemistad entre clanes, y la peor aversión era con el clan de los McInnes. Claro que los McInnes tenían razones suficientes para odiar a los MacPherson, no obstante, también era cierto que ellos ya habían tomado venganza de los culpables de sus desgracias.

Nyah había dicho a Hope, su pequeña hermana, que creía haber encontrado la solución para traer la paz y terminar con aquella guerra que a nadie convenía; sin embargo, no le había comunicado a ella cuál era esa idea.

Sin revelar una palabra, Nyah había partido hacia las tierras de sus vecinos sin siquiera llevar una escolta, arriesgando así su vida, pero con el firme propósito de comunicar al laird McInnes de sus intenciones de paz, y con la esperanza también de llegar a un acuerdo.

De su partida habían pasado ya seis días, y Hope aún no había recibido noticias.

La anciana masculló cosas ininteligibles que no eran otra cosa más que exabruptos y maldiciones hacia las negras almas de su antiguo laird Balgair MacPherson y sus dos hijos mayores, Beathan y Darach; los únicos culpables de todas las desgracias que ellos estaban padeciendo. Hope la ignoró y continuó con su tarea.

La muchacha pasó allí, manos a la obra, durante un buen rato más. El sol centellaba en lo alto, cada vez con mayor intensidad mientras se acercaba el mediodía.

Hope hizo sombra con una de sus manos, y levantó los ojos hacia el cielo despejado. No parecía que fuera a volver a llover, al menos no ese día. De todas formas, no podía confiarse y dejar su tarea a mitad de hacer. Era bien sabido que en aquella parte de las Highlands, y en aquella época del año, las tormentas podían llegar de manera imprevista.

La viejecita se había resignado a dejar a su ama trepada en aquella destartalada tarima, reparando su, no menos destartalada, ventana.

El pedregullo crujió bajo las patas del animal que a paso tranquilo se acercaba por el camino. Ambas mujeres miraron hacia la dirección de la cual provenía el sonido, y a la más joven se le iluminaron los ojos. La sorpresa y el apuro por querer descender de la tarima la hicieron enredarse en la falda y trastabillar.

—¡Hope! ¡Demonios! ¿Qué haces allí arriba? —gruñó el recién llegado. Él ya se había apeado de su montura justo frente a la cabaña, y no le había demandado más que dos largas zancadas llegar junto a la joven y con manos firmes tomarla por la cintura—. ¿Acaso quieres matarte?

—Oh, no exageres, Nyah —descartó ella el asunto. Sonrió con dulzura a su hermano mientras

examinaba que no estuviese herido, solo entonces lo abrazó cariñosamente—. Te he extrañado —añadió después—, y he estado muy preocupada por ti.

—Todo ha salido bien, hermanita. Los McInnes también desean la paz —informó, y se detuvo un momento antes de proseguir. Su hermana había posado en él sus enormes ojos color miel y no los apartaba. Un nudo le comprimió la garganta al joven laird. Desvió la vista; fingía mirar unas briznas de pasto. Aunque no lo demostrara, en su interior era puro nerviosismo.

—¿Qué sucede, Nyah? —Quiso saber Hope. Su hermano jamás exteriorizaba sus emociones, pero ella lo conocía tan bien, que no le resultaba difícil percibir las, y ahora había notado intranquilidad en él.

—Es que... Hope, yo...

Nyah no sabía cómo comunicarle la noticia a su hermana.

Durante todo el viaje se había repetido que era la única alternativa que tenían. Al menos, la única que demostraría a las dos familias que ya no había motivos para enfrentarse. También era esa la mejor manera de comunicarle al resto de los clanes que los MacPherson ya no eran un clan belicoso, pero...

¿Cómo podía él sacrificar de esa manera a su hermanita?

Nyah se había informado bien y tenía entendido que Cameron McInnes siempre había sido un hombre justo y honorable, pero al enfrentarse a él supo que ese hombre odiaba a los MacPherson tanto como a la peste. ¿Cómo podría su hermana convivir con un hombre que la odiara solo por llevar en sus venas la sangre que llevaba?

Nyah cerró los ojos. Se sentía arrepentido por sus últimos actos; no obstante, ya no había vuelta atrás.

—Nyah, ¿me dirás qué te tiene tan preocupado? Acabas de decirme que todo está bien y que nuestros vecinos también desean la paz... No entiendo...

—Hope, los McInnes y yo cerramos un trato del que ya no puedo retractarme. Sin embargo, ahora no estoy muy convencido de haber hecho bien...

Hope iba a abrir su boca. Nyah la detuvo apoyando un dedo sobre sus labios.

—Lo siento, pequeña, pero la única forma de que nuestros clanes terminen con los enfrentamientos, es uniendo a las dos familias... mediante el matrimonio.

Hope frunció el ceño.

—¿Matrimonio? —un escalofrío de anticipación le recorrió la espalda.

Hope tenía entendido que la única hija de Galen McInnes, lady Katherine, una joven que

debería de tener su misma edad o tal vez un año más; si no se equivocaba, acababa de desposarse hacía algunos meses. Inmediatamente, dedujo que no sería Nyah quien se desposaría con una McInnes, entonces... Tragó saliva. Quiso preguntar, pero ni una sola palabra salió de sus labios.

—Te desposarás con Cameron McInnes... en cuatro días.

Hope empalideció. Estaba segura de que las piernas no soportarían su peso, que en realidad no era mucho puesto que no era demasiado alta y, además, era menuda. Se alejó de su hermano para sostenerse de la pared de adobe de la cabaña de Beth.

La anciana había dejado a los hermanos en el exterior para que conversaran tranquilos y ella había ingresado a su casucha. Desde allí había oído todo el intercambio de palabras. Conmovida, se persignó y elevó una oración por el bienestar de su ama. No tenía un buen presagio. Esperaba que sus huesos se equivocaran y que nada malo le deparara el futuro a lady Hope.

—Hope... —Nyah volvió a acercarse a su hermana.

—Déjame un momento, por favor —pidió la muchacha con voz ausente. Su hermano respetó su voluntad y, aunque se apartó unos pasos, no la perdió de vista.

*Cameron McInnes...* Hope cerró los ojos y las imágenes en su cabeza la remontaron al pasado. Recordaba haberlo visto de lejos hacía un tiempo; aunque nunca había alcanzado a distinguir con claridad su rostro, solo sus cabellos dorados cayendo sobre los anchos hombros. Él montaba un magnífico corcel, y ella había estado oculta entre la espesa hierba, temerosa de que él y sus hombres advirtieran su presencia. Recordaba su porte señorial... también recordaba a su hermosa prometida, Brenna MacKenzie. Hope sollozó.

Las piernas ya no la sostuvieron, y cayó de rodillas en la gravilla. Nyah amagó con acercarse, pero ella lo detuvo con un gesto de la mano y negando con la cabeza.

Cameron McInnes sería su esposo. ¿Pero cómo podría quererla a ella alguna vez, si había sido su propia familia quien le había arrebatado a él a quien debería haber sido su verdadera esposa? Hope no podía olvidarse de la valentía de aquella mujer formidable, ni de su belleza. ¿Cómo podría McInnes conformarse con ella, después de haber tenido a Brenna MacKenzie como prometida?

¡Malditos fueran su padre y sus dos hermanos mayores por todas las maldades que habían cometido! Hope deseaba haber podido hacer algo por Brenna MacKenzie cuando la mujer había sido secuestrada por segunda vez, pero su padre no había vuelto a llevarla a su propiedad, tal como sí había hecho en el primer secuestro...

Cerró una vez más los ojos e inhaló una profunda bocanada de aire. Poco después, muy lentamente, volvió a ponerse de pie. Su suerte estaba echada.

Nyah se acercó a su hermana.

—Hope... ojalá hubiese otra manera... —empezó a decir el joven laird. Ella lo silenció alzando

una mano y negando con la cabeza.

—¿Cuándo debo partir? —preguntó. Imaginaba que la boda se llevaría a cabo en el castillo de los McInnes. Su tono de voz había estado cargado de resignación, igual que la de un condenado que comprende que ya nada puede cambiar su suerte.

Nyah sintió como si un puñal estuviese cortando su corazón en pedazos; no obstante, cuando respondió, lo hizo con firmeza.

—Mañana a primera hora —dijo—. Es un viaje de tres jornadas, por lo tanto llegaremos con el tiempo justo para la ceremonia.

La joven asintió.

—Los McInnes se encargarán de comunicar la noticia al resto de los clanes y de invitarlos a la... boda.

—Iré a prepararme —anunció Hope, sin pizca de emoción.

—Vamos, te llevaré en mi caballo hasta casa.

—No —negó también con la cabeza, luego dejó la mirada posada en un punto lejano. Contenía las lágrimas. Quería evitar que Nyah las viera—. Yo... Yo prefiero caminar... Lo necesito.

Nyah no la contradijo, y en vez de adelantarse, tomó las riendas del animal y lo hizo avanzar a su lado mientras seguía a Hope desde una corta distancia, pero sin molestarla. Comprendía y respetaba que su hermana necesitaba acostumbrarse a la idea de casarse... en cuatro días.

## Capítulo VII

Esa noche, Hope no pudo pegar un ojo. Se sentía tan nerviosa y angustiada... Tenía tanto miedo. Se preguntaba cómo la recibirían los McInnes: El laird, su hija, la gente del clan... su futuro esposo.

Cuando fue la hora de levantarse, Hope se encontró con que no había logrado descansar adecuadamente. Y a primera hora, tal como le dijera su hermano el día anterior, y con las primeras luces del día asomando entre las cumbres, Hope y Nyah, montados a caballo, emprendieron el viaje.

La chica había llenado una bolsa de viaje con sus pocas y pobres pertenencias, que no eran más que dos vestidos remendados, dos camisas de lino, algunas prendas íntimas, y el vestido de novia que usara su abuela y que le había heredado a ella. Aquella era la única prenda, junto con el ajuar correspondiente, que se encontraba en condiciones aceptables; el resto, incluida la ropa de viaje que vestía en ese momento, eran prendas dignas de cualquier pordiosero.

Aunque Hope siempre se encargara de mantener limpias, y de remendar y zurcir prolijamente las ropas que poseían ella y Nyah, los estragos que habían hecho el paso del tiempo y los múltiples usos, eran más que evidentes en lo descolorido de las telas, que parecían gritar a los cuatro vientos la pobreza de sus dueños.

Hope se sentía tan avergonzada de tener que presentarse con esas fachas ante su futuro esposo, pero no había tenido nada mejor que ponerse. Hacía varios años que no se compraba ni un retazo de género. ¿Pero cómo iba a poder pensar en comprarse alguna prenda, o tela para hacerse algún vestido, cuando la gente de su clan se moría de hambre?

Con la intervención de Dios, la situación algún día cambiaría. Hacía ocho meses que Nyah se había convertido en el nuevo laird y, aunque no le correspondieran aquellas tareas, desde el primer día había comenzado a trabajar codo a codo con los aldeanos. Habían preparado la tierra y hecho la siembra, y pronto podrían recoger la primera cosecha.

Si la gente del clan volvía a confiar en su señor y llegaban nuevos arrendatarios, su hermano pensaba adquirir algunas cabezas de ganado y animales de corral. Probablemente, el próximo invierno aún sería duro, aunque no tanto como los últimos que les había tocado atravesar y, con seguridad, para el siguiente año las cosas podrían mejorar. Los hermanos MacPherson tenían plena fe en que así sería.

Hope y Nyah llegaron a las tierras de McInnes en la mañana del día en el que se celebraría la boda.

El nerviosismo y ansiedad estrujaron el corazón de la muchacha a medida que los caballos avanzaban por la suave lomada en la que se erigía la inmensa fortaleza de piedra gris. Un cuerno resonó, y el sonido cruzó el aire para anunciar su llegada. Minutos después, los pesados portones de madera se abrieron para darles paso.

Una muchedumbre acudió al encuentro de los recién llegados. Eran mayoritariamente aldeanas y niños que cantaban a su paso y les arrojaban flores.

Los ojos de Hope se llenaron de lágrimas. Esa era la primera muestra de afecto que recibía en mucho tiempo, de personas fuera de su clan. Aquella era la primera señal de que la paz había comenzado a instalarse entre las dos familias.

La puerta del castillo se abrió, y por ella, Hope vio salir a un hombre alto de cabellos plateados.

—Ese es el laird Galen McInnes —le susurró Nyah a Hope cerca del oído. Había pegado su caballo al de ella para poder hablarle.

Detrás del hombre mayor caminaba una pareja. La bella mujer, tomada del brazo del enorme highlander, vestía elegantemente. Era muy joven, y Hope supuso que tendría aproximadamente su misma edad. Llevaba el cabello castaño claro recogido solo en la coronilla, y sus ojos pardos combinaban con su vestido verde musgo.

La mujer, que Hope estaba segura de que se trataba de lady Katherine McInnes, o Mc Dubh, tal como Nyah le había dicho era el apellido de su flamante esposo, le sonrió.

Cuando los anfitriones llegaron hasta ellos dos, Nyah ya había desmontado de su caballo y, luego de tomar a su hermana por la cintura, la había ayudado a apearse también.

—¡Bienvenidos! —la voz del anciano laird fue la primera en oírse y contribuir a desmoronar un poco, solo un poco, la tensión que sentían los hermanos MacPherson.

—Gracias por recibirnos en su hogar, lord McInnes —dijo Hope, al mismo tiempo que se agachaba en una leve reverencia. Su voz había sonado tan suave, que no había sido más que un débil murmullo.

—¡Pero faltaba más, muchacha, si ahora ustedes dos serán parte de esta familia! —exclamó el hombre, y estrechó a Hope en un abrazo que la sorprendió sobremanera. Luego, McInnes saludó a

Nyah con un fuerte apretón de manos y unas efusivas palmadas en el hombro—. Dejen que les presente a mi hija Kate y a su esposo, Ian Mc Dubh.

Ian Mc Dubh, el inmenso highlander, los saludó respetuosamente, aunque en sus ojos azules se atisbaba un poco de recelo. Era evidente que Hope y Nyah, al igual que cualquiera que llevara el apellido MacPherson, no gozarían de su confianza tan fácilmente.

En cambio, lady Katherine, Kate, como Hope había oído que nombraban a la joven mujer, se acercó a ellos, dejó que Nyah besara sus nudillos, y cuando saludó a Hope, lo hizo con un abrazo cariñoso, luego la tomó de las manos.

—Estoy segura de que seremos buenas amigas. ¡Qué digo amigas! —corrigió Kate—. ¡Seremos hermanas!

Hope volvió a emocionarse ante aquellas palabras tan amables y cariñosas que le dedicara su futura cuñada.

—Será un honor para mí, lady Katherine, si usted me considera su amiga o una hermana —respondió con timidez.

—Oh, Hope... ¿Me permites que te llame así?

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí, lady Katherine! Usted puede llamarme Hope si así lo desea.

—¡Por Dios! ¿Deja de llamarme *lady Katherine*! —la regañó dulcemente—. Solo Kate, ¿de acuerdo?

Hope ya se sentía bastante más aliviada. Una extraña felicidad había anidado de pronto en el centro del pecho. Sonrió. Esa era la primera vez que sonreía desde que su hermano le comunicara los detalles de los planes de paz, y del acuerdo.

—Gracias, Kate —agradeció sinceramente, y apretó las manos que aún sostenía entre las suyas. Las lágrimas empañaron los ojos de Hope, y ese sutil brillo no pasó desapercibido a Kate.

—Señores, si nos disculpan, me llevaré a la novia para que pueda descansar, comer algo, y prepararse para la ceremonia —anunció Katherine. Luego se dirigió a su esposo, quien intercambiaba algunas palabras con Galen y Nyah—. Ian, ¿por qué no escoltas tú a lord MacPherson hasta sus aposentos, y te aseguras de que reciba todo lo que necesite? Ya sabes, querido: un copioso desayuno, una tina de agua caliente... lo que él necesite —recalcó.

Kate estaba al tanto de la precaria situación en la que vivían los MacPherson; tampoco le habían pasado desapercibidas sus ropas desgastadas. Confiaba en que su esposo le ofreciera ropa limpia y nueva al joven laird, si resultaba que él no poseía prendas a la altura de la boda que se llevaría a cabo.

Pero Nyah las tenía.

Tenía el tartán con los colores de su clan, donde predominaban el rojo y el negro combinados con finas líneas blancas y amarillas. Era una prenda que aunque no estuviese nueva, sí se veía impecable. Había pertenecido a su abuelo, quien orgullosamente se lo había entregado a él en el lecho de muerte, cuando Nyah no era más que un pequeñito de poco más de doce o trece años. Nyah nunca había vestido ese plaid, en cambio, lo había escondido para que sus hermanos mayores no se lo quitaran.

Ian acompañó a Nyah al primer piso del castillo. Ingresaron en una habitación confortable en la que habían prendido previamente un fuego en el hogar. Pronto los siguieron unos criados portando cubos humeantes para llenar la tina que había sido acomodada junto a la chimenea.

En los próximos instantes, más personas llegaron al cuarto. Una de ellas fue una mujer vestida de manera sencilla y con sus cabellos rojizos cubiertos por una cofia blanca, quien depositó una bandeja sobre la pequeña mesa apostada junto a la ventana del cuarto. Bajo la servilleta de lino había trozos de carne asada, queso y panecillos recién horneados. Un humeante tazón desprendía un delicioso aroma que pronto impregnó cada rincón de la estancia. La otra, fue una muchacha que cargaba una pila de toallas limpias y una barra de jabón.

Solo después de que todos los criados se retiraran y dejaran solos a los dos hombres, Ian volvió a hablar.

—Lord MacPherson, ¿necesita usted alguna otra cosa? —Preguntó, mientras estudiaba minuciosamente a su interlocutor—. Lo que sea —añadió después con énfasis.

Nyah negó con la cabeza.

—No, Mc Dubh. No necesito más —dijo—. Ya he recibido demasiado —Señaló con una mano, abarcando todo el cuarto en ese gesto—. Gracias.

Ian asintió con la cabeza.

Nyah percibía la fija atención de Ian Mc Dubh sobre él. No lo culpaba, pero tampoco dudó en decirle lo que pensaba.

—Mc Dubh —lo detuvo cuando el hombre llegaba junto a la puerta—. No tiene por qué desconfiar de mi hermana o de mí. No somos como ellos —dijo. No era necesario que aclarara a quienes se refería al decir *ellos*. Ian sabía que aludía a Balgair, Beathan y Darach.

Ian asintió respetuosamente. No podía olvidarse de que, aunque vistiera ropas sencillas, ese hombre era un laird, y él le debía respeto. Luego se retiró del cuarto.

Ciertamente, Ian estaba convencido de que tanto lady Hope como lord MacPherson, eran buenas personas. Al menos eso era lo que había percibido. Esperaba que su intuición no le fallara en esa ocasión. Deseó, también, que su amigo pudiera olvidar el dolor, o al menos mitigarlo. Esperaba que Cam pudiera apartar el rencor y el odio, y que pudiera cambiar su forma de pensar e intentara ser feliz con aquella mujer que en pocas horas se convertiría en su esposa, aunque por sus venas corriera

\* \* \*

Hope siguió a Katherine camino a las escaleras. Antes de subir echó un rápido vistazo al inmenso salón, y alcanzó a ver que era una estancia magnífica. Las paredes de piedra gris estaban cubiertas con grandes y ricos tapices bordados, y un fuego acogedor chisporroteaba en la gran chimenea ubicada justo en el centro de la pared principal. Largas mesas habían sido dispuestas perpendiculares a la mesa cabecera, la cual se hallaba sobre una gran tarima que la elevaba sobre las otras.

Hope también alcanzó a distinguir a varias criadas, vestidas con largas faldas oscuras, jubones del mismo tono y blusas blancas, como las cofias que cubrían sus cabellos, que correteaban de un lado a otro. Unas extendían manteles, otras cargaban la cubertería y las copas. Un grupo de hombres acarreaba largos tablones que, Hope supuso, cumplirían la función de asientos.

En cuanto la muchacha llegó al pasillo en el que aparecían los primeros escalones, ya no había podido seguir curioseando, sin embargo, echó un último vistazo hacia atrás.

El laird McInnes, aún junto a la puerta de ingreso al salón, intercambiaba algunas palabras con un hombre menudo que, por las ropas que vestía, parecía un mozo de cuadras, notó Hope. También se percató de que el anciano, su futuro suegro, se veía molesto.

—¿Me sigues, Hope? —se oyó la voz de Katherine, con una extraña resonancia puesto que provenía de la mitad de la escalera.

—Eh... sí, lady Katherine. Voy detrás de usted —se apresuró a responder. En el apuro había olvidado que había acordado llamar *Kate* a su cuñada, no *lady Katherine*.

—Kate, dime, *Kate* —la reprendió.

—Lo siento —se disculpó Hope, sintiéndose avergonzada.

—¡Oh, vamos! —Se giró en el escalón, volvió a descender los que le llevaba de ventaja a la otra chica, y al llegar a su lado la tomó del brazo—. Tampoco es para que me pidas disculpas. ¡Y ahora vamos a darnos prisa, de lo contrario, el agua de tu baño y tu desayuno, se enfriarán!

La escalera, rodeada por muros a ambos lados, distaba de ser angosta. Podrían subir o bajar tres personas, una al lado de la otra, y aún así no estar apretadas. Cada cuatro o cinco escalones

había una antorcha encendida adosada a la pared que iluminaba el camino.

Una vez que llegaron al último escalón, un largo pasillo de muros y puertas se desplegó ante la asombrada mirada de la joven que, desacostumbrada a tanta inmensidad, no dejaba de asombrarse.

El cuarto que le habían asignado a Hope se encontraba justo antes de llegar al final del corredor. Era la habitación más hermosa que la muchacha había visto jamás. Se encontraba junto a la de su futuro esposo, según le informó Katherine.

La magnificencia de la estancia era impresionante, con los ricos muebles y la amplia cama con dosel de dos plazas, del cual pendía un pesado cortinado blanco con detalles bordados en color azul que hacía juego con las cortinas de las ventanas; no obstante, no fue ese lujo el que impactó a la muchacha.

Las cortinas de las ventanas se hallaban en ese momento recogidas a ambos lados con gruesos cordones de un vibrante color azul y permitían el paso de la luz del día. Fue lo que vio a través de la ventana lo que impactó a Hope hasta conmoverla.

La construcción se hallaba sobre una lomada, permitía así a sus moradores contemplar el verde valle salpicado de brezo morado, flores amarillas y cardos, que se desplegaba a sus pies. Más allá se avistaban los picos altos de las montañas que rodeaban buena parte de la propiedad. Algunos hilos plateados descendían de los gigantes, trazando caminos serpenteantes. Uno desembocaba en un inmenso espejo de agua rodeado por una tupida arboleda.

—¡Qué belleza! —exclamó, con los ojos color miel agrandados a causa del asombro y húmedos por la emoción que aquel magnífico espectáculo le regalaba a cada uno de sus sentidos; porque también podía sentir la suave brisa despeinarle los cabellos, y traerle consigo el perfume de las flores y de la hierba.

—Sí, realmente lo es —secundó Kate. Se apoyó en el alféizar de la ventana junto a ella—. He residido en estas tierras toda mi vida, y ni un solo día dejé de maravillarme ante tanta belleza —dijo, luego mantuvo silencio durante unos instantes, antes de añadir—: ¿Ves allí? —señaló hacia el algo.

Hope siguió con su mirada la dirección que le indicaba Kate.

—Mhmm —asintió.

—Allí, en aquel bosque, se encuentra la cabaña que Ian construyó para nosotros —dijo, con voz soñadora—. Fue atento con todos los detalles. Nuestro cuarto también tiene unas vistas adorables del lago y de aquellos picos... —señaló las montañas que se hallaban ubicadas al noroeste.

—¿Tú... eh...? Es decir... ¿Tú y tu esposo no residen aquí, en el castillo? —Preguntó. Hope se había hecho ilusiones con la idea de no sentirse sola en aquel lugar desconocido, con un esposo que, sospechaba, no tenía muchos deseos de estar con ella. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía pensar, si él ni siquiera se había presentado para recibirla a su llegada?

Kate percibió la tristeza en la voz de la joven.

—Digamos que Ian y yo repartimos nuestro tiempo entre el castillo y la cabaña. Ya sabes, mi esposo es la mano derecha de mi hermano y de mi padre, así que no puede apartarse de sus obligaciones que, lógicamente, están aquí —explicó.

Kate tomó a Hope de la mano y, sin dejar de hablar, la condujo hacia la mesa en la que había sido dispuesto un succulento desayuno. Le señaló la silla para que se sentara, y ella tomó la que estaba frente a la de Hope. Quitó la servilleta que cubría los platillos, y con un gesto de la mano la alentó para que se sirviera.

—Acompáñame, por favor —le pidió Hope, refiriéndose a los alimentos.

Kate aceptó por cortesía la invitación de Hope, aunque apenas tomó un bocado. Luego retomó el tema que había dejado inconcluso.

—En algunas ocasiones, cuando Ian viene al castillo, yo me quedo en la cabaña; aunque en general lo acompaño. Él también lo prefiere —explicó, y sonrió con picardía, recordando cómo solían buscar con su esposo cualquier excusa para verse y robarse un beso.

—¿Entonces podré verte con frecuencia? —Quiso saber Hope—. Es que... —enrojeció de vergüenza.

—Temas quedarte sola, rodeada de gente desconocida, ¿no es así? —Kate le palmeó la mano que reposaba sobre la mesa. Negó con la cabeza cariñosamente—. No temas, Hope. Ahora eres parte de esta familia, y todos te trataremos como tal.

Hope hizo una mueca, torciendo la boca levemente hacia un lado.

—¿Eso crees? —Se animó a preguntar con angustia—. No puedo olvidar que hasta hace una semana, nuestros clanes estaban enemistados... ¿Crees que aquí podrán mirarme y no pensar en todas las atrocidades que cometieron mi padre y mis dos hermanos mayores? ¡Oh, Kate, no lo creo!

—Tú misma acabas de decirlo. Esas atrocidades fueron perpetradas por tu padre y por tus dos hermanos mayores. Tú y, por lo que me ha dicho mi padre, tu hermano Nyah, no compartían los modos y métodos de ellos. Ustedes y su gente son inocentes de aquellos delitos, Hope. No tienes de qué preocuparte.

Hope dudaba de que fuera así.

—Cameron... —se animó a decir en un susurro.

Al oír el nombre de su hermano, Kate tragó saliva y sonrió; pero era evidente su nerviosismo, así como también era notorio que algo ocultaba.

—¿Cameron? ¿Qué sucede con él? —preguntó Kate, fingiendo no entender.

—Es que... —Desvió la mirada—. Pienso que él no desea verme.

—¡No, Hope! —se apresuró a exclamar Kate, sin embargo, Hope la detuvo con un gesto de la mano.

—Sé que algo sucede. Mi hermano Nyah no fue muy explícito, pero sé que algo le preocupa, y se relaciona con mi futuro esposo. Supongo que él no estaría de acuerdo con tomarme como esposa... —Desvió la mirada hacia el ventanal, y Kate notó el brillo de lágrimas en los ojos color miel de su interlocutora, que se veían traslucidos a la luz del día—. Hoy... Él no ha venido a recibirme a mi llegada —dijo en un susurro—. No es necesario ser muy instruido para deducir lo que eso significa —concluyó, con la voz quebrada.

—No, Hope. Él... Cameron ha tenido que salir de repente a atender un asunto —mintió Kate, odiándose por tener que hacerlo. No obstante supo, por la mirada escéptica que le dirigió su futura cuñada, que no había mentido bien.

Hope guardó silencio.

Nunca había tenido tiempo de pensar en los asuntos del corazón. Había oído historias de sus abuelos y del gran amor que había habido entre ellos. Sin embargo, también había presenciado durante un corto tiempo, hasta que ella cumpliera los diez años, el doloroso matrimonio de sus padres. Ellos jamás se habían profesado amor.

Hope recordaba con nitidez la mirada triste y distante de su madre, como si en un punto lejano, en aquel en el que posaba sus ojos, pudiese encontrar la paz que no hallaba en su triste realidad. Su madre había pasado horas así, perdida en sus pensamientos; en aquel mutismo en el que se había ido sumiendo hasta que un día, ya no pronunció palabra alguna.

Su madre había obedecido los mandatos de Balgair. Le temía. Le había temido hasta el día de su muerte; y también lo había despreciado. Sin embargo, Hope jamás la había oído reprocharle nada. Recordando el pasado de sus padres, Hope no podía dejar de preguntarse si sería así también su matrimonio.

Ella nunca se había enamorado, y hasta que su hermano no le dijera que ya había sido acordado su matrimonio, jamás se le había cruzado por la cabeza la idea de desposarse. No amaba a su prometido. Siquiera lo conocía. Solo lo había visto aquella vez, y a la distancia...

Había oído hablar de Cameron McInnes. Balgair y sus hermanos mayores no habían hecho más que hablar de él en forma despectiva; no obstante, Nyah lo había descrito como a un hombre justo y honorable... un hombre bueno. ¿Sería realmente así?

Hope hubiese deseado verlo al llegar. Hubiese sido una buena señal que él la recibiera en sus tierras; pero no, él no había aparecido en ningún momento.

—Hope... —la voz de Kate la sacó de sus pensamientos y especulaciones.

—¿Si?

—Te decía que —retomó Kate, al notar que la muchacha no la había oído, distraída como había estado en sus pensamientos— Cameron es un buen hombre, solo que ahora está dolido y resentido por lo ocurrido a Brenna...

—Entiendo —asintió.

—Verás que el de ustedes será un buen matrimonio —dijo, y en realidad, estaba exteriorizando lo que en su corazón era un deseo. Porque Kate anhelaba, fervientemente, que Cameron volviera a ser el hombre que había sido antes de la muerte de Brenna.

Por el bien de su hermano, Kate tenía la secreta *esperanza* de que esa dulce mujercita que se desposaría en pocas horas con él, tuviera el poder de derretir el hielo que recubría su corazón y transformar en amor el odio que allí se albergaba, y que últimamente había guiado todos los actos de Cameron.

Kate se retiró del cuarto de Hope en cuanto ingresó la doncella que le habían asignado a la novia para que la ayudara a alistarse para la boda. Ella misma aún debía cambiarse de ropa y peinarse.

Mientras Hope asistía a su propia transformación externa, con su sencillo aunque primoroso vestido de bodas, volvió a sumirse en sus pensamientos...

No podía saber qué le depararía el destino, tampoco, si el de ella y Cameron sería un buen matrimonio o no. No obstante, de alguna manera, Hope buscó aferrarse a esas palabras que había pronunciado su cuñada antes de retirarse del cuarto, y quiso creer que podrían ser ciertas.

Sí, tal vez el de ellos podría llegar a ser un buen matrimonio. Al menos, Hope estaba dispuesta a brindar lo mejor de sí para que así fuera.

## Capítulo VIII

Hope tenía las manos heladas. Estaba tan nerviosa... Jamás había sentido tanta ansiedad o expectativa en su vida. Se miró en el espejo de medio cuerpo que había en su cuarto, y se sorprendió con la imagen que le devolvía el reflejo.

Nunca se había visto tan elegante como se veía ahora, con el vestido de pesado terciopelo blanco bordado con hilos dorados, que se pegaba a su menuda figura y delineaba sus formas suavemente redondeadas en los lugares apropiados, y resaltaba su talle esbelto y la diminuta cintura.

Aunque no alcanzara a verlo en el espejo, sabía que la falda, sin volumen añadido, caía hasta cubrirle las zapatillas de seda que iban a juego con el traje.

Un escote pronunciado terminaba justo en el comienzo de sus pechos, y destacaba las suaves cumbres y el cuello de cisne. Las mangas largas demarcaban sus gráciles brazos, aunque no revelaban nada de su piel.

Sus rizos castaños habían sido recogidos en un moño flojo, y adornados con varias florecillas diminutas y perfumadas, siendo apenas algunos pocos mechones los que caían sobre su nuca descubierta.

Al quedar el rostro despejado, los delicados rasgos de Hope tomaban protagonismo. Sus enormes ojos color miel, bordeados por pestañas largas y rizadas de color cobrizo. Su graciosa nariz pequeña y sus labios bonitos, del color del fruto del serbal. Algunas pecas, producto de su constante exposición al sol, se depositaban sobre el puente de su nariz y, lejos de afearla, le conferían un aire aún más inocente del que ya poseía. Como detalle final, la doncella había cubierto el rostro y el cabello de Hope con un velo levemente traslúcido.

Un guardia tocó a la puerta en ese instante para anunciarle que ya era hora de salir hacia la capilla. Luego, él mismo le ofreció su brazo y la escoltó hasta el salón. Una vez allí, Hope no se detuvo a observar la decoración del recinto. Su hermano, más guapo que nunca, y su futuro suegro, aguardaban por ella junto al hogar.

—Estás preciosa. Pareces un ángel —le dijo Nyah con orgullo, al tomarla delicadamente del brazo.

—Bellísima —asintió Galen McInnes, el hombre que en breve se convertiría en su suegro.

A Hope no le salían las palabras. Solo podía pensar y preguntarse: ¿dónde se hallaba su

prometido? ¿Acaso ya estaba en la capilla? Hope había creído que recorrerían juntos el camino desde el castillo hasta el recinto religioso, pero, en apariencia, había vuelto a equivocarse.

—Permíteme —pidió Galen, y le prendió a Hope un broche de plata en el vestido. De la joya pendía un trozo de tela de color verde, azul y negro con finas líneas amarillas y rojas; era el tartán de los McInnes. De esa manera, Hope rendiría honores al clan de su prometido y el que, desde la boda, también sería su clan. También, ese era un claro símbolo de que la novia era bienvenida en esa nueva familia—. Te lo envía Cameron —dijo el laird.

Hope parpadeó ante la sorpresa, y sintió que se le cerraba la garganta a causa de la emoción. Su prometido le había enviado ese obsequio y ella no pudo evitar ilusionarse.

—Gracias —susurró Hope, y acarició con devoción la tela a cuadros—. Lo llevaré con orgullo.

—Lo sé, muchacha —dijo el hombre, y la besó fraternalmente en la frente—. Ahora vamos que ya es hora —añadió McInnes. Hizo una seña hacia la puerta de salida para indicar el camino—. Cameron nos espera en la capilla, junto a Katherine, Ian y los demás invitados. ¡Han venido representantes de casi todos los clanes de las Tierras Altas! —acotó complacido.

Nyah asintió con la cabeza. Eso era muy bueno para el propósito de demostrar que la enemistad entre los MacPherson y los McInnes se había resuelto. De esa manera, el clan hasta ahora belicoso, volvería a ser insertado en la sociedad de las Highlands.

El hecho de que el laird McInnes acompañara a su futura nuera hasta la capilla, también era una muestra más que dejaba ver que su familia la había aceptado, y con ella, a su hermano Nyah y al resto del clan.

De todas aquellas muestras, los presentes podrían deducir que la enemistad se había disuelto y, con ella, cualquier motivo que pudiera haber llevado a los miembros de esos dos clanes a enfrentarse.

Los aldeanos, quienes habían llegado a la fortaleza para presenciar la boda del hijo de su señor, entonaban una dulce melodía al paso de la novia. De entre la muchedumbre se abrió paso una mujer de rostro amable, quien se acercó a Hope para entregarle un ramito de brezo blanco.

—Para la buena suerte, milady —le dijo la mujer.

Hope agradeció a la aldeana. Debido a los nervios, había olvidado por completo que no llevaba ningún ramo de flores. Tomó el ramillete entre sus manos, que aún se sentían heladas puesto que ni siquiera con el cálido y delicioso sol del mediodía habían alcanzado a calentarse; eso también se debía a los nervios, sin dudas.

La capilla no se encontraba muy alejada del castillo, sin embargo, Hope no supo cuánto demoraron en llegar. Desde que había salido de su cuarto, se encontraba como levemente fuera de su cuerpo; como si viviera todo desde una burbuja o desde otra realidad, a una velocidad diferente a la

que realmente discurría todo a su alrededor.

Hope veía los rostros de la gente. Ellos le sonreían a su paso y le deseaban felicidad. Oía, como lejanas, las voces, los acordes de la gaita, los cánticos... Hablaban de amor.

Nyah apretó levemente la mano que Hope descansaba sobre su brazo. Era una señal de apoyo. Ella miró a su hermano, y le sonrió mecánicamente. Estaba segura de que su sonrisa había parecido una mueca, pero ya no podía controlar siquiera eso.

El corazón bombeaba aceleradamente dentro de su pecho. Demasiado. Tanto que su fuerza parecía llevarle la sangre a borbotones hasta los oídos.

Hope nunca se había desmayado en toda su vida, pero se le ocurrió pensar si acaso no estaría por hacerlo en ese momento.

Identificó la capilla en una construcción sencilla de muros blancos y líneas simples. La multitud que se agolpaba en la puerta se abrió en dos mitades, formando así un corredor para permitirles el paso a ellos tres: el laird McInnes, Nyah y ella.

Hope reconoció a Katherine y a su esposo Ian al final del corredor humano. Una alta e imponente figura se encontraba entre ambos y, Hope supo, por el salto impresionantemente fuerte que dio su corazón dentro de su pecho, que ese hombre apuesto como nadie, pero con la mirada más vacía que ella había visto jamás, era su prometido y futuro esposo, Cameron McInnes.

Sus piernas se tornaron imposibles de sostenerla, y tuvo que apoyarse con fuerza en el brazo de su hermano.

—¿Estás bien? —se preocupó Nyah.

—No —dijo sinceramente, con la voz ahogada.

—Todo está bien —le susurró Nyah junto al oído—. Él es un buen hombre —añadió después, tal vez para convencerse a sí mismo de que no estaba arrastrando a su hermana a un martirio. Nyah jamás se podría perdonar si por pensar en el bien de su clan, terminaba condenando a Hope a una vida de infelicidad.

Hope tomó una bocanada de aire, y procuró recomponerse.

La novia y los dos hombres se aproximaron a la entrada de la capilla. Kate la recibió con una sonrisa; Ian con una leve inclinación de cabeza.

Cameron permanecía inmóvil y con los ojos fijos en su persona. La muchacha se preguntó en qué pensaría, aunque inmediatamente se dijo que era mejor no averiguarlo, puesto que era muy probable, debido a la mirada de hielo que portaba su prometido, que aquellos pensamientos no fueran agradables.

—Lord Cameron, os entrego el mayor tesoro que poseo: mi hermana Hope —dijo Nyah en tono

formal.

Cameron se mantuvo en silencio durante un instante que, para el resto de los presentes, pareció eterno.

Internamente, Cameron luchaba para mantener aplacada la furia que en ese momento hacía hervir su sangre. Se sentía descompuesto por lo que estaba obligado a llevar a cabo. Comprendía las razones que había tenido su padre para arrastrarlo a ese matrimonio que finalmente él había aceptado; sin embargo, se odiaría siempre, durante toda su vida por ello.

Cam tenía que aparentar ante su gente y ante los demás clanes. Debía fingir y hacerles creer que su odio hacia los MacPherson había muerto el día que había terminado con la vida de Balgair, Beathan y Darach; pero él sabía que no era así. Eso jamás sucedería. Nunca dejaría de sentir odio por esa sangre.

—Señora —fue la única palabra que Cameron fue capaz de pronunciar, y lo había hecho con los dientes apretados. Se inclinó en una leve y educada reverencia.

—Mi señor —susurró Hope, en una extraña mezcla de emoción y temor ante lo imponente de su figura.

Al estar junto a Cameron, Hope notó que él era aún más alto de lo que ella había supuesto al verlo a la distancia. Ahora comprobaba que ella no le llegaba a él ni al hombro. También comprobó que no se había equivocado en un primer momento, él era el hombre más guapo que había visto jamás.

Todo en él, desde sus vestiduras impecables y de alta calidad, su broche de oro enjogado, su porte poderoso y sus aires arrogantes, evidenciaba su posición y su fortuna. Aún así, aquello que llamó poderosamente la atención de Hope, fueron sus cabellos dorados, los cuales caían sobre sus hombros y la espalda como cuando tiempo atrás lo había visto a la distancia montado sobre su magnífico corcel... Los cabellos sueltos lo hacían ver salvaje, igual que sus ojos pardos, los cuales podrían haber sido hermosos si tan solo no hubiesen portado aquella mirada carente de sentimientos. Si no hubiesen tenido una mirada... vacía.

Hope podría haberse echado a llorar allí mismo porque sabía que los causantes de aquel vacío, de aquel dolor no exteriorizado, habían sido personas allegadas a ella.

En ese instante, Hope sufrió por él, por su prometido, y deseó con todas sus fuerzas y con su alma, ser capaz algún día de borrar aquel vacío de sus hermosos ojos y, desde luego, también de su corazón. Porque a Hope le había bastado solo una mirada, para percibir que el corazón de Cameron McInnes también estaba vacío.

El párroco carraspeó, y con una bondadosa sonrisa en los labios se acercó a los novios para dar comienzo a la ceremonia; aunque en aquella primera parte, el religioso no intervendría.

El primer rito que se llevaría a cabo, ante la mirada expectante de los invitados, sería el de

*Unidad de las velas* y el intercambio de votos.

Junto a los novios había sido dispuesto un candelabro de plata con tres velas. El cirio central era algo más grueso que los otros dos que habían sido decorados con cintas y trozos de tartán.

Los lairds, McInnes y MacPherson, se acercaron al candelabro, y cada uno en representación de su propio clan, procedió a encender una de las velas de los costados. Dejaron apagado el cirio central; ese era el que representaba la unidad de los dos clanes y la nueva familia que formarían los esposos.

Aquel era el glorioso momento que todos esperaban.

Una vez encendidas las dos velas, los cabezas de familia se alejaron, y fue el turno de los novios de pronunciar los votos.

Hope volvió a sentir una peligrosa debilidad en sus piernas cuando Cameron, de frente a ella, la tomó de las manos. Su corazón volvió a saltar dentro de su pecho, pero se detuvo abruptamente, justo después de que él comenzara a hablar.

Hope oyó a su prometido pronunciar unas frases en gaélico. Hermosos versos colmados de promesas. Eran palabras que hablaban de amor y unión para toda la vida... Sin embargo, Hope supo al instante que Cameron no sentía nada de lo que decía y que solo recitaba las palabras por obligación y por seguir un rito.

No lo culpaba. Hubiese sido obtuso de su parte creer que él la amaría desde el primer día; aunque no pudo evitar sentir desilusión ante su falta absoluta de emociones.

Cuando fue el turno de Hope de pronunciar sus promesas, ella sí puso su corazón en ello, y le juró a él, a Cameron McInnes, que lo amaría y respetaría toda la vida; e internamente volvió a prometerse que haría hasta lo imposible por verlo feliz. Secretamente, Hope también le pidió a Dios por un milagro... Deseaba con fervor que algún día, Cameron fuera capaz de amarla...

Cameron volvió a sentirse asqueado cuando al finalizar los votos tuvo que encender la vela central utilizando el cirio que había encendido su padre momentos antes. Al mismo tiempo, Hope hacía lo propio con el cirio encendido por Nyah.

En ese breve instante en el que ambas llamas encendieron una nueva luz, los ojos de los novios se encontraron... Fue un instante casi imperceptible y puramente mágico, en el que todo lo demás, interno y externo, dejó de existir...

Vitores y aplausos devolvieron a los novios al presente, y aquel instante, que fue solo eso: un instante efímero, único e irrepetible, quedó allí oculto y detenido en el tiempo, casi, como si jamás hubiese existido.

Cameron apartó sus ojos de los de Hope con rapidez, como si algo lo hubiese quemado y, maldiciendo para sus adentros, la tomó del brazo.

Las palabras en gaélico que habían construido las frases recitadas con anterioridad, aún resonaban en los oídos y en las perturbadas mentes de los novios mientras ellos recorrían el pasillo central de la capilla, camino al altar.

*«Tha mise Cameron McInnes a-nis 'gad ghabhail-sa Hope MacPherson gu bhith 'nam chéile phòsda...»*

*«Tha mise Hope MacPherson a-nis 'gad ghabhail-sa Cameron McInnes gu bhith 'nam chéile phòsda...»*

*«Ann am fianais Dhé 's na tha seo de fhianaisean tha mise a'gealltainn a bhith 'nam fhear pòsda dìleas gràdhach a gus tairis dhuitsa...»*

*«Ann am fianais Dhé 's na tha seo de fhianaisean tha mise a'gealltainn a bhith 'nam bhean phòsda dhìleas ghràdhach a gus thairis dhuitsa...»*

*«Gus an dèan Dia a'bhàs ar dealachadh.»[3]*

El ministro religioso recibió a los novios en el altar, mientras los invitados se acomodaban en los bancos del interior de la capilla.

Hope seguía confundida. Todo su cuerpo aún vibraba producto de aquella mirada que había compartido con Cameron mientras encendían las velas. ¿Qué significado tenía lo ocurrido? Por un instante, aún más breve que un suspiro, a Hope le pareció que los ojos de él no se encontraban vacíos. ¿Acaso lo había imaginado?

El reverendo dio inicio a la ceremonia religiosa.

Hope miró de reojo a su novio. El rostro masculino parecía el de una escultura. Se veía frío, duro, e inexpresivo. Un nuevo escalofrío de temor volvió a recorrerle a ella la espalda. Por la tensión que ejercían las mandíbulas, supo que él apretaba las muelas. También notó cómo el cuello del hombre se tensaba.

Ni una sola vez él la miró.

Hope volvió la vista al frente y la fijó, sin mirar en realidad, en el borde superior de la camisa del párroco. Ya no prestaba atención a lo que el anciano decía... ¿Acaso su novio lo hacía?

Luego del largo discurso, los novios intercambiaron los anillos.

Hope bajó la mirada hasta sus manos y observó la banda de oro con nudos celtas grabados en ella que su esposo había puesto en su dedo anular. Los intrincados nudos representaban el amor eterno, lo infinito, lo perdurable... ¿Realmente sería así su matrimonio? ¿Podría nacer un amor tan

grande entre ellos dos como para ser eterno?

El ministro carraspeó para llamar la atención de la novia, que permanecía abstraída mirando la alianza.

—Mi señora —pronunció Cameron, con un dejo de ironía en la voz que tal vez solo Hope percibió.

Él apenas le dirigió a ella una rápida mirada cuando tomó una de sus manos. En ese gesto no había delicadeza, solo urgencia.

Urgencia. Cameron tenía urgencia porque todo eso, que él llamaba *teatro*, terminara de una buena vez.

Liam, uno de los capitanes de su ejército, le había dicho mientras él se dirigía a la capilla, que era afortunado, puesto que la mujer con la cual se desposaría era hermosa. ¿Pero qué podía importarle a él que esa mujer tuviera la gracia de un hada y, por lo que había alcanzado a ver a través del velo traslúcido, el rostro de un ángel? ¿Qué podía importarle que ella fuera hermosa, si para él no era más que su enemigo, y la odiaba?

Sí. Odiaba su sangre y odiaba la familia de la cual ella provenía.

Cameron echó un vistazo al perfil femenino. El velo que ella llevaba sobre el rostro no alcanzaba a disimular sus facciones. Tragó saliva. Se preguntaba si acaso la tonta mujer estaba llorando. Parecía que sus pestañas estaban húmedas... Volvió a apartar la vista, maldijo para sus adentros y se recriminó una y mil veces. ¿Qué diablos le importaba a él si ella lloraba o no? Si él... él, la odiaba.

El ministro tomó las manos juntas de los novios, y enlazó sus muñecas con dos tiras de tartán. Una de las tiras era de color verde, azul y negra con líneas amarillas y rojas; la otra, era la de los colores de los MacPherson: rojo y negro con líneas blancas y amarillas... Un rito más que significaba que Cameron y Hope unían su familias. Que dejaban de ser dos, para convertirse en uno...

La pareja fijó la vista en las dos tiras de tartán entrelazadas, en sus manos juntas y en los dedos enredados.

El corazón de Hope redobló dentro de su pecho.

El de Cameron, parecía haberse paralizado. Tal vez, porque había sido solo entonces cuando había tomado real conciencia de lo que estaba haciendo.

Se sintió horrorizado.

Se había unido a una MacPherson... Había traicionado a Brenna...

Cameron quiso correr lejos, por el campo abierto donde pudiera estar solo y gritar su frustración. Pero no pudo. Tenía que quedarse allí. Entonces percibió el leve temblor de la mano

femenina... ¿O acaso era que ambos temblaban? El párroco hacía un rato que recitaba una bendición. Él solo alcanzó a oír la última parte.

—...*fad do ré gun robh thu slàn. Mórán làithean dhuit is sìth, Le d'mhaitheas is le d'nì bhì fàs*[4]. —Recitó el anciano, luego añadió—: Puede besar a la novia.

Los novios, aún con las manos entrelazadas, volvieron a ponerse frente a frente.

Cameron levantó con lentitud el velo que cubría parcialmente el rostro de la que ahora era su esposa. Se quedó sin respiración al comprobar que sí, que aquel velo que él había creído no cubría sus rasgos, había ocultado la belleza angelical de aquella mujer de inmensos ojos del color de la miel más clara que él había visto jamás. El reflejo de las llamas de las velas jugueteaban en sus iris y hacía que sus pestañas, largas y rizadas, despidieran destellos del color del cobre bruñido.

Sus ojos volvieron a encontrarse. Esta vez sin ninguna barrera interponiéndose entre ellos. Cameron alzó sus manos, tal vez en un acto reflejo, y tomó el rostro de Hope. Ella parecía tan dulce, tan inocente... que por un instante, se dejó llevar...

Cerró los ojos, y la besó.

Hope no pensó en nada. No quiso especular, ni tampoco imaginar qué sería lo que cruzaba por la cabeza de su esposo; simplemente, disfrutó de aquel beso... el primer beso que recibía en los labios, y el beso más importante que había recibido jamás.

La magia que envolvía a los esposos se rompió con la misma rapidez con la que había llegado, y Cameron se separó de Hope. Y también resultó ser solo Hope, la única persona que alcanzó a ver su mirada aterrorizada, como si él se hubiese percatado de que acababa de cometer un pecado, justo antes de que recompusiera su máscara inexpresiva y continuara con la representación.

Los recién casados salieron al atrio de la capilla, y allí recibieron los saludos y felicitaciones de sus familiares y de los demás invitados.

Un muchachito se acercó a los esposos y les entregó una herradura para la buena suerte; luego el novio arrojó un puñado de monedas a los niños. Tristemente, Hope intuyó que Cameron lo hacía solo por seguir la tradición y no porque temiera la mala fortuna en su matrimonio.

Cameron seguía representando su papel al pie de la letra. Tomaba a su flamante esposa de la mano y, delante de la puerta de la capilla, agradecía los buenos deseos de sus vecinos y aldeanos.

Una gaita empezó a sonar, y una lluvia de pétalos de flores cayó sobre la pareja.

Tal vez fue el griterío feliz de la gente, o quizás los acodes de la gaita, los que amortiguaron el silbido de la flecha cruzando el aire...

Hope ahogó un grito de horror cuando la sagita rozó sus cabellos e impactó en la pesada puerta de madera, justo detrás de ella.

Cameron, instintivamente, con los ojos cargados de asombro, se aseguró de que su esposa estuviese bien. Inmediatamente después desvió su atención hacia la flecha, de la cual pendía una nota.

Cameron buscó el puñal que llevaba en una funda de cuero en su cintura, y con urgencia cortó las cintas que ataba su muñeca a la de Hope. Las tiras cayeron al suelo con exagerada lentitud, como si una fuerza superior las suspendiera en el aire y retrasara su caída; o eso al menos le pareció a la chica... Quizás solo fue la brisa.

Cameron se acercó en dos zancadas a la puerta de la iglesia, en donde la flecha aún vibraba a causa del impacto.

Se había armado un gran revuelo alrededor. El laird McInnes ya había enviado a Liam, el capitán de su ejército, y a un par de sus hombres, en busca del agresor.

Ian Mc Dubh utilizaba su propio cuerpo como escudo para proteger a su esposa Katherine y al laird McInnes, a quienes urgió a que ingresaran nuevamente a la capilla. Cuando ellos estuvieron en su refugio, Ian se acercó a Cameron, también para custodiarlo.

Hope, ajena a lo que sucedía en torno a ella, se agachó para recoger las cintas que todavía permanecían en el suelo y que algunos invitados habían pisoteado en su urgencia por buscar un refugio. Nyah, que ya había llegado junto a su hermana, la tomó del brazo para ponerla de pie.

—Espera —le pidió ella. Recogió las tiras de tartán, y las aferró con fuerza en un puño apretado que, sin saber por qué, llevó hasta el centro de su pecho.

—Vamos, Hope. Es peligroso aquí afuera. Debes ir adentro —la instó el joven laird. Ella le obedeció, pero antes buscó a su esposo con la mirada. Él estaba bien, y estaba bien custodiado.

Cameron arrancó la flecha de la madera, tomó la nota, y la leyó. Sus mandíbulas se tensaron y sus ojos llamearon. Arrugó la carta en su enorme puño, transformándola en un bollo informe.

—¿Qué lleva escrito? —le preguntó Ian Mc Dubh a su amigo, mientras apoyaba una de sus manos en su hombro.

Cameron no respondió con palabras, sino que le entregó el papel arrugado. En su rostro pálido podían, ahora sí, leerse varias emociones diferentes.

Ian extendió el papel y leyó la única palabra que la dramática nota contenía:

«*Traidor*»

Ian y Cameron se comunicaron con una mirada, tal como siempre habían sido capaces de hacerlo. Ambos sabían quiénes podían ser los autores de esa nota, aunque no lo mencionaron en voz alta.

Los culpables debían ser los miembros de uno de los pocos clanes que no había asistido a la

boda, y no porque su excusa fuera la distancia a la que se encontraban sus tierras. Ellos podían tener motivos aún más poderosos para no haber asistido y, mucho más, para enviar aquel claro mensaje: Los MacKenzie.

## Capítulo IX

Los festejos de la boda, a pedido expreso del laird McInnes, no fueron suspendidos. Tampoco fue dado a conocer el contenido de la nota, aunque con el alboroto que se había armado, muy pocos habían notado que la flecha había sido portadora de una misiva.

Una vez extremadas las medidas de seguridad, las cuales se habían visto vulneradas aprovechando la cantidad de gente que había acudido al castillo, se llevó a cabo el *Céilidh*.<sup>[5]</sup>

Los esposos cumplieron con casi todo lo que el protocolo les tenía previsto: compartieron la abundante comida con los invitados, brindaron, escucharon las recitaciones de los bardos, y disfrutaron de la música que los gaiteros tocaron para ellos; aunque no compartieron ningún baile.

Ninguno de los novios salió a la pista y, aunque se habían sentado durante toda la velada uno junto al otro, no intercambiaron entre ellos ni una mirada, ni una palabra... ni siquiera se tomaron de las manos.

A una hora prudente para que los recién casados se retiraran a sus aposentos, el laird McInnes, sentado a la cabecera de la mesa, se inclinó hacia su hijo, ubicado a su derecha, y se dirigió a él:

—Ya es hora de que tú y tu esposa se retiren, Cameron —dijo. Cameron permaneció en silencio y con gesto serio, entonces su padre añadió—: Y procuren consumir la unión —el tono utilizado por el laird, lejos había estado de ser solo una sugerencia.

—Padre —siseó Cam, había apretado fuertemente las muelas—. Lo que mi esposa y yo hagamos en ese cuarto, solo es asunto nuestro.

—Te equivocas, hijo. Los demás clanes estarán pendientes de que la de ustedes sea una unión verdadera. Dudo que pidan las sábanas como prueba de la consumación, tal como lo hacían nuestros antepasados, pero te aseguro que estarán pendientes del cotilleo de las criadas.

Cameron cerró las manos en puños, en un claro gesto de impotencia.

—¡Maldición, padre! —Gruñó.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Cameron McInnes —concluyó el laird—. Ahora toma a tu esposa, y retírense.

El laird había hablado en voz baja, solo para Cameron, aún así, Hope había alcanzado a oír

cada palabra.

El ministro bendijo el lecho matrimonial, luego dejó solos a los recién casados.

\* \* \*

El barullo del piso de abajo, en el que se fusionaban los acordes de las gaitas, las voces y los cánticos, ascendía hasta el cuarto aunque de forma amortiguada.

Hope se encontraba en el centro de la habitación. No sabía qué hacer.

La madre de Hope había muerto cuando ella tenía diez años, luego, la niña había estado rodeada de hombres el resto de su vida, excepto por las viejas aldeanas y criadas, aunque ninguna de las mujeres le había brindado una charla prenupcial. Sin embargo, Hope no era completamente ignorante... al menos en teoría.

En el pasado, Hope había oído algunas conversaciones comprometidas a escondidas. Gracias a ello, tenía una muy vaga idea de a qué se refería el laird McInnes cuando le había dicho a su hijo que consumara el matrimonio, y cuando mencionó *la prueba* que estarían esperando los invitados. No obstante, no sabía qué se esperaba de ella, o qué tenía que hacer. Se sentía muy nerviosa. Era la primera vez que se quedaba a solas con su marido.

Cameron tampoco daba el primer paso. Había caminado hasta la chimenea y allí, de espaldas a Hope, apoyó las manos en la repisa.

La muchacha admiró la amplia espalda de su esposo, cubierta por la fina camisa blanca con puños de encaje que se amoldaba y tensaba en sus anchos hombros. Se veía tan guapo con el plaid alrededor de sus caderas estrechas y sus firmes piernas enfundadas en botas de piel de ciervo, notó Hope.

Ella se permitió un instante más para maravillarse con los reflejos dorados que desprendían sus cabellos, y en ese momento, él le recordó a uno de esos héroes vikingos, protagonistas de las historias que, siendo pequeña, le había contado su abuelo antes de morir y que tanto la habían hecho soñar despierta.

Hope carraspeó suavemente para aclararse la voz, y avanzó lentamente hacia él; su marido.

—Eh... mi señor —susurró. Notó como los músculos de la espalda de él se tensaban, entonces, con temor, retrocedió un paso.

Cameron volteó lentamente en el lugar.

—¿Qué quieres? —le preguntó secamente

—Yo...eh —dudó—. Yo no sé... —bajó la vista. Sus mejillas se habían teñido escarlata. Tragó saliva.

—¿Qué cosa, no sabes? —inquirió.

—No sé qué debo hacer —dijo en un murmullo. Retorcía sus manos con nerviosismo. Levantó los ojos tímidamente para buscar los de él—. No sé qué es lo que esperas de mí.

Cameron rugió su impotencia acumulada. Ojalá hubiese sido capaz de gritarle que lo único que esperaba de ella, era que desapareciera de su vida; que lo dejara en paz. Pero por alguna razón desconocida e inexplicable, aquellas palabras no salieron por su boca, en cambio, se quedaron dolorosamente atascadas en su garganta.

—No espero nada de ti, mujer —dijo solamente. Clavó sus ojos en los de ella y avanzó en su dirección. Hope se estremeció ante la cercanía.

Al entrar en la habitación, en algún momento que a Hope le había pasado desapercibido, Cameron había desatado las cintas del cuello de su camisa, y así había quedado abierta la parte superior de la prenda, la cual revelaba una porción de piel dorada. Ella observó el amplio pecho y el atractivo cuello masculino. Quedó obnubilada. Observaba cómo su garganta latía con furia y se tensaban sus tendones. Volvió a elevar la vista en busca de los ojos de él, y descubrió que esa noche los destellos verdes eran más pronunciados de lo que lo habían sido durante el día.

—Yo...

—No espero nada de ti —volvió a repetir él, cuando no los separaban más que unos escasos centímetros, resultando así su presencia sumamente amenazante—. Y desde ahora, te advierto que no esperes absolutamente nada de mí, porque no lo obtendrás —concluyó Cameron.

—Yo no te entiendo, mi señor —susurró Hope, y retrocedió un paso. Junto a él, se sentía más diminuta... indefensa.

—¿Qué cosa no entiendes? —inquirió en tono seco.

—Lo que acabas de decir. Que no esperas nada de mí, y que yo no debo esperar nada de ti.

—¿Y? ¿Acaso he hablado en alguna lengua que es incomprensible para ti? —se burló él despectivamente.

—No, mi señor; pero tú no te has dado a entender con claridad —refutó Hope, bastante indignada ya por el comportamiento de él. Durante un instante, había olvidado que él le infundía temor y se había erguido con una profunda inhalación de aire.

—Te lo explicaré con pelos y señales, mujer, ya que parece que eres algo dura de entenderas.

Hope abrió la boca, mezcla de sorpresa y mucho de indignación.

—Yo... yo n...no —tartamudeó, roja de rabia.

Cameron la ignoró completamente.

—Escúchame bien, porque no deseo volver a repetirlo. Tu hermano y mi padre querían que se llevara a cabo este absurdo de matrimonio para terminar con los enfrentamientos de nuestros clanes. Muy bien, ya pasamos por la capilla y hemos hecho todo lo que se esperaba que hiciéramos. ¡Hasta las estúpidas velas encendimos!, ¿no es así? —preguntó con mofa.

—Pero... —quiso interrumpir ella para protestar. Cameron no se lo permitió.

—¿Querían esta unión? ¡Bien! ¡Ya les dimos el teatro! Pero de mí no obtendrán nada más. Ni ellos, ni tú —concluyó con firmeza.

—Sig... Sigo sin comprender —susurró Hope, en voz apenas audible, y retrocedió otro paso, puesto que Cameron se alzó sobre ella.

—¡Mujer! —Gruñó él con exasperación—. ¿Querías ser una McInnes? ¡Bien, ya puedes estar contenta! Ante la Ley y ante Dios, lo eres. ¡Pero que me cuelguen si creen que voy a unir mi sangre a la tuya! ¡Eso nunca ocurrirá! Ante los demás, eres mi esposa, pero para mí, sigues siendo una MacPherson... —La miró con furia, antes de añadir—: mi enemigo.

—No... no, mi señor —Extendió la mano para tocarlo en el brazo, pero desistió ante su mirada de hielo—. Tú te equivocas. Yo no soy tu enemiga. Yo... Yo he prometido amarte.

Cameron soltó una estruendosa carcajada carente de humor. Los ojos de Hope se llenaron de lágrimas.

—A ver si lo entiendes. Siento odio por tu familia y por tu sangre. *Ellos* me quitaron lo mejor que tuve en la vida... —apretó los puños—. Me quitaron a la mujer que amaba —las palabras, cargadas de rabia, eran pronunciadas sin que Cameron se detuviera a pensar en ellas. Simplemente, fluían fuera de él, como si necesitara por fin descargarlas.

Hope se sostuvo del poste de la cama. Las piernas habían empezado a fallarle, y una poderosa angustia se había instalado en su pecho y en su garganta, haciéndole doler el corazón y ahogándola salvajemente.

—Prefiero morir sin descendencia —continuó Cam—, y que conmigo se termine mi apellido, que manchar la sangre noble de los McInnes con la de unos asesinos.

—Nyah y yo no somos asesinos —se defendió Hope en un angustioso murmullo—. Tampoco lo son los pobres viejos que quedan en nuestro clan. Ellos... Ellos y nosotros somos gente buena —

sollozó. Necesitaba defenderse y defender a su gente, aunque sospechaba que no serviría de nada. Podía verlo en los ojos de él, igual prosiguió—: Nunca compartimos las maneras de mi padre y de mis hermanos mayores. Por favor, mi señor, créeme. Ya has hecho justicia con los únicos culpables de tus desgracias.

Cam negó con la cabeza.

—Ahora mismo, tú también eres mi desgracia —soltó sin piedad.

Hope llevó las manos a su boca para amortiguar sus sollozos.

—Guardaremos las apariencias, señora, pero tú y yo jamás consumaremos este matrimonio. Jamás me uniré verdaderamente a ti —sentenció.

Hope asintió con la cabeza. Su corazón se había destrozado en mil pedazos dentro de su pecho, junto con las esperanzas que inocentemente había cultivado.

—Ellos... —Hope señaló con la cabeza hacia la puerta—. Yo oí lo que dijo tu padre —titubeó a causa del nerviosismo—. Ellos estarán esperando... no concluyó la frase.

—¿Una prueba? —inquirió Cameron.

Hope asintió, e inmediatamente lo vio extraer la daga de su cinturón. La misma daga con la que había cortado las cintas con las que habían sido atadas sus muñecas durante la ceremonia matrimonial.

—No voy a matarte —dijo él, lejos de utilizar un tono de voz tranquilizador; luego, delante de los ojos de su esposa, cruzó su palma izquierda con la hoja afilada.

Hope ahogó un grito cuando un grueso hilo de sangre brotó de la mano masculina.

Cameron cruzó la distancia que lo separaba de la cama, bruscamente descorrió las mantas y, con la mano manchada de sangre, tomó la sábana inferior hasta arrugarla en un puño, cerca del centro del paño.

—Ya tienes tu maldita prueba de consumación —dijo. Soltó la sábana y se alejó de la cama. La sábana, antes pulcramente blanca, ahora se veía manchada de rojo—. Una prueba tan falsa como este maldito teatro que es y será nuestra unión. —Cameron echó un nuevo vistazo al lecho—. Felicitaciones. Eras virgen —dijo con ironía. Luego se alejó hacia la puerta que comunicaba ambos cuartos.

Hope cayó de rodillas al suelo y ya no hizo nada por reprimir el llanto que hacía rato la ennegecía.

—Lo soy... —pronunció en voz apagada.

Cameron no le prestó atención. Detestaba ver llorar a una mujer, y mucho más, ser él el

causante de ese llanto; pero se recordó que ella era su enemiga y que no debía importarle lo que sentía o dejaba de sentir.

Se recordó, una vez más, que aunque Hope no hubiese agredido y asesinado a Brenna, sí lo habían hecho sus familiares más directos, y él jamás podría mirarla a ella y no recordar eso.

Después de que Cameron se retirara del cuarto, Hope se arrastró sobre la cama, sin siquiera haberse quitado el traje de bodas. Arrojó al suelo la sábana manchada, y luego se arrebujó entre las mantas. El fuego crepitaba aún con fuerza en la chimenea, no obstante, ella se sentía helada por dentro y por fuera.

Antes de desposarse con Cameron, había temido por la forma en la que la trataría su esposo, pero aquello había superado todas sus expectativas... Él la odiaba. ¿Cómo podría ella ser capaz de revertir semejantes sentimientos?

Había albergado esperanzas en que el de ellos podría ser un buen matrimonio, pero luego de lo que había sucedido esa noche, sus esperanzas se habían convertido en poco más que desechos... Cenizas de absurdos sueños e ilusiones que jamás debería haberse permitido tener.

Buscó en su bolsillo las cintas que guardaba de la ceremonia de la boda. Las tomó con fuerza entre sus manos y las llevó a su pecho; entonces, lloró. Lloró durante largas horas, por ese hombre que no merecía sufrir lo que estaba sufriendo.

A pesar de la manera odiosa en la que Cameron la había tratado, Hope sentía pena por él. Su alma lloraba al ver en la persona fría en la que se había convertido, porque intuía que ese que se había desposado con ella, no era el verdadero Cameron McInnes. No podía serlo.

Hope, dentro de su corazón, sabía que el hombre que se encontraba tras la puerta, era un ente creado por el dolor. Un ser al que le habían congelado el corazón cuando le habían arrebatado a la mujer que había amado... Seguramente todavía la amaba, supuso Hope, porque cuando él había hablado de ella, de Brenna MacKenzie, sus ojos se habían encendido con pasión arrolladora, mezcla de dolor e ira, pero pasión al fin. Nada comparado a lo que mostraban esos ojos durante el resto del tiempo.

El llanto de Hope se prolongó durante gran parte de la noche, hasta que ya no tuvo más fuerzas siquiera para llorar, y se quedó dormida.

Después de salir del cuarto de Hope y de cerrar la puerta que comunicaba ambas habitaciones, Cameron se dejó caer al suelo, con la espalda apoyada en el muro. Flexionó las piernas, apoyó los brazos sobre las rodillas, y allí escondió su cabeza.

Se sentía el ser más despreciable de la tierra.

Por empezar, Cameron sentía que había traicionado a su amor, casándose con otra. Y para colmo de males, su esposa era una MacPherson. ¿Qué pensaría Brenna de él si pudiera verlo? La idea... ese pensamiento, quemaba su cabeza hasta el punto de hacerle sentir un ardor y un dolor punzante a la altura de las sienes.

Cameron sacó la nota que había guardado dentro de su *sporrán*. [6] Leyó una vez más la palabra que él mismo no dejaba de repetirse desde que saliera del castillo y caminara hacia la capilla.

«Traidor»

«*Traidor*» «*Traidor*» «*Traidor*»

La palabra seguía retumbando en su cabeza.

Por un instante, Cameron pensó en la mujer que, del otro lado de la puerta, lloraba sin cesar. No le gustaba sentirse culpable por su sufrimiento, pero tampoco podía dejar de sentir odio por la sangre que corría por sus venas. Tampoco debía dejarse engañar por su apariencia, decidió. Ella podía verse como un ángel, pero su sangre era la de demonios.

Arrugó la nota nuevamente, y la arrojó al fuego. Sus ojos permanecieron fijos en el arrugado papel encendido hasta que no fue más que cenizas.

Cameron se dijo que tendría que explicarle al laird MacKenzie de la verdadera naturaleza de su unión con Hope MacPherson. Era imperioso que el hombre que hubiese sido su suegro, supiera que él no había tenido otra alternativa y, que si se había desposado con esa mujer, solo había sido por obligación y para traer la paz a su gente.

Rogó al cielo para que el hombre pudiera entender sus razones. También rogó para que Brenna, quien ahora seguramente estaría entre los ángeles, también lo comprendiera y perdonara.

Más que nada en el mundo, Cameron necesitaba que Brenna lo perdonara por desposarse con Hope MacPherson, porque él, jamás podría perdonarse a sí mismo.



# Tercera Parte

## Capítulo X

En la mañana, cuando Hope salió del lecho, se sentía extenuada. No había conseguido dormir ni dos horas seguidas en toda la noche. Se acercó al espejo. En el triste reflejo comprobó que haber ocupado llorando gran parte de esas horas que deberían haber sido de sueño, solo había contribuido a que su imagen fuera deplorable. Su piel lucía una palidez digna de un muerto, y los ojos, enrojecidos y enmarcados por oscuros círculos, la hacían parecer enferma. Así se sentía. Enferma. Enferma de angustia y de dolor.

*¿Podré algún día ser feliz? ¿Podré algún día ver sonreír a mi esposo?*

Aún formulándose preguntas de las cuales no obtendría respuesta, al menos por el momento, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas para contemplar la belleza que le ofrecía el imponente paisaje de las tierras de McInnes.

Las suaves ondas de la superficie del lago, con los primeros rayos del sol, parecían doradas esa mañana. *¿Se verán así cada día?* Se preguntó Hope, que por un brevísimo instante había conseguido olvidarse de las preocupaciones.

Abrió los pesados postigos de la ventana, y de inmediato sintió la caricia de la brisa fresca en su piel escasamente cubierta. Sintió escalofríos.

En algún momento de la madrugada, Hope se había arrastrado fuera de la cama y, no sin un gran esfuerzo, había logrado quitarse el traje de bodas, para quedar vestida solamente con una fina enagua. Luego había guardado el precioso vestido que perteneciera a su abuela en el arcón que había a los pies del lecho.

Haciendo caso omiso al fresco, Hope observó el gracioso vuelo de un gran ave cerca de la cima de una de las montañas que, formando una especie de herradura, circundaba el verde valle salpicado de brezos blancos y púrpuras, que no dejaban de mecerse acariciados por la brisa matinal.

—Milady, ¿ya está usted levantada tan temprano? —Preguntó la doncella, a pesar de ser esa pregunta una obviedad, puesto que Hope estaba de pie frente a la ventana. Sin dejar que la joven dama le respondiera, la mujer se acercó a ella y continuó hablando—: ¡Mi señora! ¿Pero qué hace con las ventanas así, de par en par? ¡Y usted casi desnuda! ¡Que se me va a pescar un resfriado!

Hope pretendía protestar, pero la doncella ya estaba cerrando los postigos. Resignada, se apartó de la ventana y se encaminó hacia el ropero. Durante el día anterior, alguna de las muchachas del servicio había acomodado allí sus escasas pertenencias.

Abrió la puerta tallada y se quedó mirando los vestidos. Hizo una mueca de disgusto. Eran todos tan sencillos... Se le ocurrió pensar que hasta la servidumbre tenía mejores prendas que las que ella poseía. Y no es que ella fuera una mujer frívola y coqueta, solo que se sentía avergonzada de tener que presentarse ante su nueva familia con aquellas fachas.

Greta, así es como se llamaba la doncella, se unió a ella junto al ropero. Negó con la cabeza, al mismo tiempo que repetía la acción que había llevado a cabo junto a la ventana. Apartó a Hope del armario, y cerró las puertas.

—No, no, mi señora. Aquí le he traído un vestido muy bonito que le envía lady Katherine —dijo.

Hasta entonces, Hope no había reparado en la fina prenda de color amarillo muy claro que había estado apoyada sobre el respaldo de una silla y, que sin dudas, Greta había dejado allí al ingresar en la habitación.

—¿Katherine? —repitió Hope.

—Así es, milady. Lady Katherine me ha pedido que le diga que ella se sentiría muy feliz, si usted pudiera lucir el vestido durante el desayuno, mientras espera la llegada de la modista.

—¿La modista? —Preguntó Hope, confundida.

—Sí, mi señora. Su esposo ha enviado por la modista para que le confeccione un nuevo guardarropa. Tengo entendido que ella traerá algunas prendas que ya tiene confeccionadas, y las ajustará a su talle. También le tomará las medidas y, de acuerdo a su gusto, le diseñará nuevos vestidos...

Greta seguía hablando sin parar. Hope no había podido concentrarse en ninguna palabra que le siguiera a la frase: *Su esposo ha enviado por la modista*. ¿Acaso sería eso cierto? ¿Cameron se había preocupado por ella y había enviado a llamar a la costurera? No pudo evitar que el regocijo hiciera cosquillas a su corazón, y sonrió.

—Siéntese, querida —Greta señaló la cómoda en la que reposaba un espejo de medio cuerpo—. Vamos a ponerla bien bonita —añadió con tono cariñoso.

Hope asintió, y con una euforia inusual se dirigió al lugar indicado. De pronto, aquel indicio de que su esposo se preocupaba por ella le devolvió un poco de la esperanza que la noche anterior creía se había esfumado por completo. Tal vez aún tuviese una mínima posibilidad de que su matrimonio no fuese tan malo como Cameron le había jurado que sería.

Greta ayudó a Hope a vestirse y luego le recogió el cabello en un moño flojo que dejaba varios de sus rizos enmarcando el delicado rostro. Luego echó mano a los secretos de belleza que había aprendido de una condesa francesa a quien había tenido que atender varios años atrás. Con aquellos trucos, lady Hope pronto se vio radiante.

Cuando la señora estuvo lista, Greta se dispuso a salir del cuarto. Al pasar junto a la cama reparó en la sábana arrugada que estaba en el suelo. La mancha roja no pasó desapercibida a la mujer, quien sonrió complacida. Minutos después, todos los habitantes del castillo McInnes ya conocían la noticia de la consumación del matrimonio de los señores, y pronto también se desparramaría entre los aldeanos y los demás clanes.

Era un hecho. Los McInnes y los MacPherson por fin habían hecho las paces y sus clanes estaban más unidos que nunca.

# Capítulo XI

Hope descendió las escaleras. Sentía el estómago contraído a causa del nerviosismo. Antes de llegar al descansillo, suspiró. A la vuelta de ese recodo quedaban dos o tres escalones más, y luego estaría en el salón. Inspiró profundamente para darse valor, enderezó los hombros, alzó la barbilla y retomó la marcha.

Volvió a quedarse sin aire y sintió que el corazón bombeaba frenético, cuando la enorme estancia apareció frente a sus ojos. Ya no había tantas personas como el día anterior. Era evidente que solo quedaban los residentes del castillo, y Nyah.

Cameron, quien como era su costumbre se había levantado con los primeros rayos del sol para acudir a su entrenamiento de espadas con Ian, ahora se encontraba sentado a la derecha del laird en la mesa principal. Alertado por el murmullo, levantó los ojos, y vio a la que ahora era su esposa al pie de la escalera.

Apretó los puños y los dientes con fuerza.

Durante el entrenamiento se había mostrado apático, y su amigo lo había notado.

Ian había estado toda la maldita hora agujijoneándolo y tratando de sonsacarle el motivo de su mal humor. Él no había dicho ni una palabra y había procurado entrenar lo más duro posible. Si hubiese sido por Cameron, aún estarían en la liza. Pero Ian, hartado de su pésimo humor, y después de comprobar que no podía ayudarlo si él no le confesaba qué le ocurría, le había *sugerido*, con la confianza que le otorgaban años de amistad y el cariño fraternal que se prodigaban, que se fuera al diablo. Y luego, Ian se había retirado, y lo había dejado a él con una frustración indescriptible.

Sin saber qué hacer, Cameron había ido a darse un baño. Tal vez el agua fría le aclarara las ideas. Además, debía alistarse para presentarse en el salón a la hora del desayuno y hacer el papel de intachable esposo. Y allí estaba ahora, a pesar de que hubiese preferido estar en cualquier otro sitio. Cruzaba el salón bajo la atenta mirada de los presentes y, sobre todo, de su padre, para ir en busca de... ella.

Hope sintió que se le cerraba la garganta. Durante una buena cantidad de tiempo había permanecido inmóvil. Era como si sus piernas se hubiesen negado a dar un paso. En cuanto había llegado al pie de la escalera, sus ojos, como un imán, habían buscado a Cameron... Entonces lo vio ponerse de pie. Ella no sabía por qué o para qué lo hacía, hasta que lo vio avanzar en su dirección, y cruzar el salón.

Se veía tan guapo... Aún cuando había sustituido las ropas de gala del día anterior por unas de buena calidad pero más sencillas, notó Hope.

Cameron llevaba el cabello atado en una coleta baja y, al tener el rostro despejado, sus rasgos cobraban protagonismo. Hope concentró su atención en sus ojos. Intentaba adivinar sus emociones, pero él se encargaba de que fueran indescifrables.

—Señora —la saludó Cameron, e inclinó respetuosamente la cabeza.

—Mi señor —respondió Hope, con la voz levemente temblorosa. Se sentía espantosamente nerviosa, a pesar de ello, se inclinó en una breve reverencia mientras esbozaba una tímida sonrisa.

Cameron procuró ignorar la extraña sensación que la dulzura de la muchacha provocó en su interior. *¡Demonios!* No podía dejar que su deliciosa apariencia, exquisitamente femenina y delicada, lo engatusara. Con ese vestido amarillo pálido parecía tan etérea... Resultaba tan fácil creer que ella no era más que un ser inocente...

A regañadientes, Cameron le ofreció el brazo a su esposa. Ella aceptó su cortesía, y lo compensó con una nueva sonrisa. Cuando ella se aferró a su brazo, Cameron percibió el leve temblor de su mano, y supo que se sentía nerviosa. Entonces, cometió el error de mirarla a los ojos...

*¡Maldición!* ¡No debía volver a mirarla a los ojos! Y es que esos ojos contenían tantas emociones, que a él podían hasta quitarle la respiración. Cameron iba a apartar la vista, cuando ella se aclaró la garganta, y le habló. Su voz parecía una melodía.

—Mi señor, quiero darte las gracias —empezó a decir Hope. Cameron iba a acotar alguna cosa, pero ella hizo caso omiso, y prosiguió—. Me ha informado mi doncella que has enviado a llamar a la modista para que confeccione un nuevo guardarropa para mí... Yo no quisiera que te pusieras en gastos por mí, pero también comprendo que no puedo ir vestida con... —titubeó. Bajó la vista al tiempo que sus mejillas se sonrojaban— con mis ropas humildes —concluyó. Volvió a buscar los ojos de Cameron, quien parecía hipnotizado—. Te lo agradezco.

Cameron parpadeó bruscamente, y con ese gesto fue como si volviera a la realidad. Esa realidad cruel en la que él no deseaba estar.

—No me agradezcas nada, mujer. Eres mi esposa y, como tú bien lo has dicho, no puedes pasearte por ahí con harapos.

Antes de que Hope replicara, Cameron inició la marcha para guiarlos a ambos hacia la mesa. Afortunadamente, él miraba hacia el frente, de lo contrario, hubiese alcanzado a ver el brillo de las lágrimas asomando a los ojos femeninos.

Hope se tragó su angustia. Lo que Cameron había dicho era verdad. Las ropas que ella poseía no eran más que harapos comparados con las vestimentas que usaban los McInnes; pero la manera ruda en la que él había pronunciado las palabras... eso era lo que a Hope más le dolía.

—¡Querida! ¿Cómo has amanecido? —Se interesó sinceramente el laird.

—Muy bien, lord McInnes —mintió Hope.

—Me alegra, muchacha. Ahora siéntate y comparte con nosotros, tu nueva familia, esta comida.

Hope asintió con la cabeza y rodeó la mesa para sentarse junto a su esposo, quien, cumpliendo con lo que se esperaba de él, descorrió la silla de ella y esperó a que se sentara para tomar asiento él mismo.

Hope saludó a los demás comensales de la mesa principal.

Sentado a su derecha estaba su adorado hermano Nyah, quien la tomó de la mano con fuerza, y la miró a los ojos para buscar en ellos alguna señal de malestar. Hope se encargó de ocultarlo, también le sonrió con el objeto de que él no se inquietara.

Lady Katherine y su esposo Ian estaban ubicados justo enfrente de Cameron y de ella. También la saludaron: Mc Dubh educadamente, Kate con una gran sonrisa cariñosa. Hope se alegraba de que ella estuviera allí, y así se lo hizo saber.

—¡Oh, mi querida! Tenía muchas ganas de desayunar contigo —le dijo Kate en respuesta—. Además, así podré acompañarte cuando venga la modista. ¡Qué maravilla! Tal vez, hasta aproveche la ocasión yo también para encargarle un nuevo vestido.

Kate no lo dijo en voz alta pero, realmente, debería ir pensando en encargarse un nuevo guardarropa. Últimamente había comido más de la cuenta y, aunque seguía viéndose delgada, sus viejos trajes le quedaban demasiado ceñidos.

Luego del desayuno, Hope acompañó a Nyah hasta la salida. Había llegado el momento en el que él debía regresar a sus tierras, con su gente.

—¿Me juras que McInnes te ha tratado bien, Hope? —Le preguntó Nyah por fin, una vez que estuvieron solos—. Dime la verdad, hermanita, por favor —le rogó. Estaban frente a frente. Hope desvió la mirada.

—Sí —susurró.

—No sé si creerte, Hope —titubeó. La tomó de la barbilla con suavidad, con intenciones de alzar su rostro y mirarla a los ojos. Ella no se lo permitió—. Siento que me estás ocultando algo, y así, intranquilo como estoy, no puedo dejarte sola aquí.

Hope no podía confesarle la verdad de su matrimonio a nadie, ni siquiera a su hermano. Extrañamente, sentía que si lo hacía estaría traicionando la confianza de Cameron. ¡Por Dios! Era una completa idiotez, porque lo que él menos le tenía a ella, era confianza; sin embargo, ese era un secreto, y era solo de ellos dos.

Esta vez, Hope alzó la barbilla con determinación.

—Puedes marchar tranquilo, Nyah. Mi esposo se comporta como un caballero y jamás me haría daño —al pronunciar aquellas palabras, supo que era verdad... o al menos, quiso creerlas; que Cameron jamás le haría daño.

—De acuerdo —asintió Nyah—. Si me prometes que es así, entonces no puedo más que dejarte aquí, con... tu nueva familia. —sonrió con melancolía. Un puño invisible parecía haberle cerrado la garganta. Tragó con fuerza, para ver si así aliviaba la presión. No sirvió de nada. La angustia seguía allí instalada.

—Tú siempre serás mi familia, Nyah —susurró Hope entre sollozos. Se colgó del cuello de su hermano, y él la estrechó fuerte contra su pecho.

—¡Pequeña! Júrame que enviarás por mí si tu esposo osa maltratarte. ¡Júralo, Hope!

—Nada malo me sucederá. Ya te lo he dicho —volvió a tranquilizarlo.

—Pero no me has hecho la promesa que te he pedido.

—Porque sé que no es necesario hacerla.

Un mozo de cuadras llegó en ese momento con el caballo de Nyah. Los hermanos volvieron a estrecharse en un abrazo antes de que Nyah montara y se alejara camino a sus tierras.

Hope sintió el abrazo cariñoso y reconfortante sobre sus hombros y, sin necesidad de mirar, supo que se trataba de su cuñada.

Era increíble, pero Kate la trataba con cariño y como si realmente ella fuese su propia hermana; y ese, era el mismo sentimiento que Hope sentía por ella. Tenía una hermana, una amiga, como jamás antes había tenido.

Hope volteó hacia Katherine para agradecerle el que hubiese acudido a consolarla, pero antes de que pronunciara palabra, la joven mujer comenzó a parlotear con entusiasmo, y a contarle las buenas nuevas.

—¡Oh, Hope, la costurera ya está en el castillo! Nos espera en el salón de costura —anunció. Enredó su brazo al de su cuñada, y la condujo hacia el castillo—. He estado mirando las telas que ha traído, y todas son bellísimas. Una más hermosa que la otra. Creo que lo tendrás muy difícil a la hora de decidir cuáles te gustan más.

Kate seguía hablando. Quien la hubiese visto y escuchado, hubiese apostado que iba distraída y solo pensando en las telas y en los vestidos que saldrían de ellas; no obstante, Kate estaba muy atenta a aquello que sucedía delante y alrededor de ella.

Cameron salió en ese momento al patio. Se detuvo junto a la puerta del castillo, y miró en dirección a las dos mujeres. Su mirada parda se cruzó con la de Hope y, durante un breve aunque intenso instante, algo ardió en sus ojos.

Hope experimentó lo mismo que había experimentado cada vez que él la miraba de esa manera, cuando por una ínfima fracción de tiempo, de los ojos de Cam parecía apartarse ese velo con el cual él solía enmascarar sus emociones. Era en aquel momento cuando ella podía ver más allá de lo que él quería mostrar, entonces, el aire se escapaba de sus pulmones y ella se olvidaba de cómo hacer para respirar. Pero como había ocurrido hasta entonces, con premura él apartó los ojos de ella, luego volteó hacia su derecha, y se alejó hacia las caballerizas.

A Kate le bastó esa sola mirada que intercambiaron los esposos para comprobar dos cosas: una era que Cameron batallaba contra lo que su flamante esposa le producía; lo otro, era que Hope estaba obnubilada por Cameron... No tenía dudas; aunque era evidente que a la chica algo le producía tristeza. Cuando Cameron había apartado la mirada y se había retirado sin siquiera saludar, la desilusión había hecho acto de presencia inmediato en los iris de la mujer.

Kate anotó mentalmente que debería hablar urgentemente con Ian y averiguar qué era lo que sucedía realmente entre ellos dos. Sin embargo, esa conversación debería esperar, puesto que por delante tenían una tarde entre géneros y costuras.

Y así fue.

Hope pudo retirarse a su dormitorio pasadas las diez de la noche.

La modista había llevado varios vestidos a los cuales solo tuvieron que hacerles algunos ajustes para que a Hope le quedaran de su talla. Esos trajes ya estaban guardados en su ropero. También había elegido, con la ayuda de Kate, algunas telas y la costurera le había tomado las medidas para confeccionarle nuevos vestidos y túnicas. Esos llegarían al castillo en dos tandas: la primera en una semana, y la segunda en quince días. Sus viejos vestidos ya habían sido guardados por la doncella en el fondo del arcón que había a los pies de su cama.

Se había pasado el día entero en el cuarto de costura, inclusive, había tomado todas las comidas allí; y ahora, por fin en su cuarto, Hope reflexionaba acerca de lo que había sucedido durante el día.

No había vuelto a ver a Cameron después de esa mañana. Estaba segura de que él aún no se había retirado a su dormitorio, y se preguntaba qué estaría haciendo.

Dio vueltas en su cama preguntándose también si su esposo acudiría a ella, aunque inmediatamente se reprendió por ser tan tonta y siquiera guardar la esperanza de que lo hiciera. Cameron ya se lo había aclarado la noche anterior. En la intimidad, jamás serían un matrimonio de verdad; sin embargo, él se había ocupado de ella, haciéndole confeccionar una gran cantidad de vestidos, y la había mirado con tal intensidad...

Volvió a dar vueltas en la cama y a reprenderse. Solo era para aparentar. ¿Pero también lo había sido aquella mirada?

Mientras ella y Kate habían estado tomando la cena, mantuvieron una conversación respecto a Cameron. Hope revivió algunos fragmentos y se quedó pensando en aquellas palabras.

—Kate... ¿tú podrías contarme cómo era Cameron antes de que ellos... antes de que...? —había pedido ella a su cuñada, en un titubeo del cual Kate la había rescatado sabiamente.

—¿Antes de que Brenna muriera?

Hope había asentido en un silencioso agradecimiento porque ella no le hiciera repetir a cada momento quienes habían sido los culpables de aquella desgracia.

—Cameron era un hombre feliz... un hombre bueno —había dicho Kate—. *Quiero creer que sigue siendo un hombre bueno; pero su alegría...* —había negado tristemente con la cabeza—. *Su alegría ha desaparecido por completo.*

Hope había sentido la necesidad de disculparse; no obstante, guardó silencio. Kate tenía más para decir. Hope la escuchó atentamente, aunque su propia angustia se acrecentaba con cada palabra.

—Antes, Cameron reía a cada instante, y su sonrisa alcanzaba sus ojos... Sus ojos... —Había negado amargamente—. *Sus ojos antes estaban cargados de emociones, Hope; sin embargo ahora... ¿Tú has notado su mirada vacía, no es verdad?* —Ante el gesto de asentimiento de Hope, Kate continuó—: *Parece tan frío ahora, tan... desapasionado por todo, excepto por la ira... ¡Oh, Dios! ¡Mi pobre hermano!*

—Yo... yo lo siento, Kate. ¡Dios! *Quisiera que estuviese en mis manos hacer algo por él; por devolverle al menos un poco de felicidad; pero... pero...* —había sollozado—. *Yo no soy Brenna, y él jamás... jamás me querrá.*

Kate la había consolado con un fuerte abrazo, pero sobre todo, depositando en ella su confianza.

—Tú, Hope. *Estoy segura de que tú eres la esperanza para que mi hermano vuelva a ser el hombre que era antes* —había dicho Kate con determinación.

—¿Yo? —había preguntado con incredulidad. Claro que ese era su gran deseo; ser capaz de hacer feliz a su esposo; no obstante, Hope sabía que tal vez ella, debido a su línea de sangre, sería la última persona que Cameron podría querer a su lado.

—Sí, tú... ¿Hope, crees que con el tiempo puedas amar a mi hermano? —había preguntado Kate, a lo que Hope no había podido más que asentir tímidamente y con las mejillas sonrojadas. Puede que resultara osado de su parte pretender amar a Cameron McInnes; pero la verdad era que estaba convencida de que tarde o temprano lo amaría con todo su corazón. Tal vez ya lo hiciera... aunque aún era prematuro afirmarlo.

Kate había sonreído satisfecha.

—*Tienes que ser tú, Hope. Tenle paciencia, querida, y ayúdalo a derribar ese muro de hielo que cubre su corazón. Debajo, verás que se oculta el corazón más noble y bondadoso de la tierra. Transforma su ira en amor, Hope, te lo ruego* —le había suplicado Kate.

*¡Dios! ¡Si tan solo supiera cómo hacerlo!*, había pensado Hope.

Hope oyó la puerta del cuarto contiguo, y sus recuerdos de la tarde se esfumaron en el aire, y dieron paso solo al presente. Se sentó apresuradamente en la cama, con el corazón palpitando aceleradamente en su pecho. Se alisó el cabello con nerviosismo y acomodó las sábanas. Aguardó. Contenía la respiración.

¿Acaso Cameron acudiría a ella esa noche? ¡Dios! ¡Que lo hiciera!

Los minutos transcurrieron. Hope oía sus pasos.

Siguió aguardado...

Empezó a soltar el aire lentamente. Palpó la suavidad de las sábanas una vez más, y sonrió tristemente con nerviosismo. Había sido una tonta al creer que él la buscaría, ahora lo comprobaba. Tal vez al día siguiente...

Pero tan angustiada como esa noche fueron para Hope las quince noches que le siguieron a esa, y siempre con el mismo resultado frustrante: Hope aguardaba que Cameron acudiera a su dormitorio; no obstante, eso jamás ocurría.

## Capítulo XII

Si bien Hope y Cameron nunca compartieron el dormitorio durante las primeras semanas de su matrimonio, sí se habían visto obligados a estar juntos en varias ocasiones durante las horas de día.

El trato que le prodigara Cameron a Hope había sido correcto ante los ojos de todos, sin embargo, había sido un trato formal y desapasionado, y en apariencia, carente de afecto.

Hope, alentada por Kate, siempre se había mostrado cerca de su esposo, y a él no le había quedado más opción que incluirla en las conversaciones y muchas veces en algunas actividades variadas. Y, aún cuando ninguna de aquellas opciones había sido posible, él se había visto obligado, al menos, a tener a Hope dentro de su campo de visión. Tal como ocurría en ese momento...

Su adorable hermana, quien tenía la habilidad de sacarlo de quicio desde que llegara al mundo, se las había ingeniado para organizar ese paseo absurdo y, claro, lo había arrastrado a él junto con el resto del grupo conformado por: desde luego Kate, Ian, y... Hope. Primero habían cabalgado los cuatro hasta el lago, luego, sin que pudiera hacer mucho más que protestar y que esas protestas cayeran en saco roto, Cameron se había visto sumido en ese *almuerzo campestre*, tal como lo definiera Kate.

Ian también tenía la culpa de que él ahora estuviese allí, sentado en la hierba y *disfrutando* del día soleado y caluroso, puesto que su amigo, vulnerable hasta el mismísimo tuétano cuando se trataba de algún pedido de su mujercita, había afirmado muy risueñamente, que podrían ejercitar con las espadas junto al lago. Desde luego, las espadas aún no habían sido quitadas de las fundas de cuero, y ellos llevaban allí toda la bendita mañana.

Kate había convencido a Hope para que la acompañara al agua, y ahora ellas chapoteaban cerca de la orilla. Los rayos del sol se derramaban sobre sus cabelleras sueltas y arrancaban destellos cada vez que ellas se movían.

—¡Ian! ¡Cam! ¡Vengan aquí! —Los invitó Kate, haciendo señas con la mano—. ¡El agua está deliciosa! ¡Nademos un rato!

Cam negó con la cabeza. Al verlo, Ian se sumó a la negativa.

—Ahora no, querida.

—¡Pero, Ian! —Protestó su mujer haciendo un mohín—. ¡Mi hermano también te volverá a ti un amargado!

Ian sonrió. Cameron bufó.

Kate se volteó fingiendo enfado, y comenzó a quitarse el vestido para quedarse vestida únicamente con una delgada camisa de lino de color verde oscuro que le cubría solo hasta las rodillas.

—Vamos, Hope. Quítate el tartán y el vestido que iremos solas a nadar.

—Yo... no sé si quitarme la ropa, Kate. —Echó un vistazo hacia donde estaban los dos hombres—. No me parece apropiado.

—¡Oh, Hope, no seas tan tímida! Además, no vamos a desnudarnos. Nos dejaremos las camisas puestas —declaró. Kate ya estaba lista para entrar al agua, por lo tanto, se acercó a su cuñada y empezó a tironearle del tartán para que se lo quitara.

—De acuerdo —asintió Hope. Apartó a Katherine y aunque se moría de vergüenza, comenzó a desvestirse. En pocos minutos, ella también quedó vestida solo con la prenda de lino, en su caso, de un tono maíz claro. Sus mejillas, caldeadas por el sol y por la timidez, se habían coloreado intensamente.

Cameron volvió a bufar al ver a las dos mujeres semidesnudas internarse en el lago. Pero antes de que el agua las cubriera hasta la cintura, él había alcanzado a divisar las torneadas pantorrillas de la que era su esposa.

Tragó saliva, y se maldijo.

Había visto mucho más que solo las pantorrillas. La había observado quitarse la ropa lentamente, y podría haber jurado que hasta con manos temblorosas. Las prendas habían caído al suelo, y él, como un imbécil, no había podido apartar los ojos de las delicadas formas que se revelaban bajo la delgada tela ocre.

Los dos hombres observaron atentamente a las dos mujeres zambullirse y nadar hacia el centro del espejo de agua. Ellas se detuvieron. Flotaban a una buena distancia de la orilla. Kate salpicó a Hope, y ella, en un primer momento se mostró sorprendida, pero al ver que Katherine sonreía pícaramente, pronto se sumó a los juegos de su cuñada. Reían y jugaban como dos niñas. Se zambullían, pataleaban, y se salpicaban con agua.

Sin que Cameron siquiera se diera cuenta, sus labios se curvaron en un extremo hacia arriba. Ian alcanzó a verlo por el rabillo del ojo, aunque no hizo referencia alguna por miedo a que su amigo ocultara ese pobre atisbo de sonrisa que era la primera que esbozaba en mucho tiempo.

Los juegos continuaron durante un rato, hasta que de pronto Hope sorprendió a todos con un inesperado y desgarrador grito de dolor, para posteriormente desaparecer bajo las aguas.

—¡Hope! —Gritó Kate y, sin pensarlo dos veces, se sumergió detrás de ella.

—¿Qué demonios? —espetó Cam, mientras se ponía de pie abruptamente, seguido casi de

inmediato por Ian, quien había gritado llamando a su esposa.

Los dos hombres corrieron hacia la orilla. Ian no perdió tiempo en quitarse las botas, y pronto se encontró nadando desesperadamente hacia el centro del lago.

Cam, aún confundido, dudó un instante aunque inmediatamente hizo lo mismo que su amigo. Llegaron casi a la par.

Kate intentaba arrastrar a Hope hacia la superficie, pero para su complexión, era una tarea inútil. Hope parecía haber perdido el sentido.

Ian alcanzó a las dos mujeres. Tomó a Kate entre sus brazos e intentó que ella abriera las manos.

Kate aferraba con puños de hierro la camisa de la otra mujer. Negaba desesperadamente con la cabeza. No quería soltarla. No podía soltarla y dejarla allí, en el fondo del lago, donde seguramente Hope se ahogaría.

—*No, no* —moduló Kate con los labios.

Ian, al ver que el miedo había engeguado a su esposa, la zamarreó con delicadeza, luego la tomó por la barbilla y guió su cabeza para mostrarle que Cameron también estaba allí y que ya tenía a Hope tomada por la cintura. Solo entonces Kate liberó a Hope, y las dos parejas pudieron ascender a la superficie y luego nadar hacia la orilla.

Hope seguía inconsciente.

Cameron se puso de rodillas y recostó a su esposa sobre la hierba con delicadeza. Allí, empapada y dormida, parecía una niña indefensa, y él no sabía cómo actuar en ese momento.

—¡Cameron! ¡Debes hacer algo! —le exigió Kate. Ella intentaba soltarse del férreo abrazo de Ian, quien la cobijaba bajo una manta.

—Ella... —dudó Cam—. Creo que se ha ahogado.

—¡No! —Aulló Kate—. No puede ser. Vi a Hope luchar contra el dolor y contener la respiración hasta último momento. Cuando ustedes dos nos encontraron, no hacía mucho rato que Hope había perdido el sentido. ¡No puede haberse ahogado! —afirmó.

Cameron dudó un instante antes de pasar uno de sus brazos por debajo del torso femenino y elevarlo un poco. La cabeza de Hope cayó hacia atrás y sus labios se entreabrieron. Las largas pestañas cobrizas hacían sombra sobre los pómulos ahora pálidos, y Cam temió que ella estuviera muerta.

Sostuvo con una de sus manos la nuca de Hope y acercó su rostro al de ella. Entonces lo percibió. Era débil y casi imperceptible, pero allí estaba su aliento tibio haciéndole cosquillas a su propia mejilla.

Cameron alzó los ojos hacia Kate e Ian. Él no lo sabía, pero los tenía brillosos.

—¡Está viva! ¡Aún respira! —exclamó y, sin hacer caso a los suspiros de alivio que exhaló su hermana, volvió su atención al rostro de Hope y la zarandeó suavemente—. ¡Despierta! ¡Vamos, mujer, abre los ojos! —dijo con un poco de brusquedad, aunque internamente, y sin que siquiera él lo notara, aquello había sido una súplica.

Cameron estiró la manga de su propia camisa empapada para que el puño cubriera su mano. Aferrando la tela, la pasó por el rostro de Hope, mientras seguía llamándola por su nombre.

—Toma —Kate le entregó a Cam un puñado de hierbas. Había oteado alrededor, a sabiendas de que esa planta crecía en esa zona más seca del bosque. En cuanto la había visto, creciendo junto a otros arbustos, la había reconocido. Su padre había traído las semillas muchos años atrás cuando había viajado al continente, y desde que ella era pequeña, lo había oído decir que su fuerte aroma podía despertar a un muerto.

Cameron frotó las hojas en sus dedos y el aroma acre y penetrante de la planta lo ahogó, no obstante, acercó sus dedos a las fosas nasales de Hope, y esperó... No debió esperar mucho, puesto que el intenso aroma también se coló en la nariz de Hope, y la invadió por completo. Ella despertó casi de inmediato, entre toses, e inhalaciones profundas en busca de aire.

—¿Qué...? —Hope manoteó para alejar los dedos de Cameron, todavía muy cerca de su nariz. Volvió a toser. Cameron la ayudó a incorporarse más—. A...agua —Pidió Hope. Sentía la garganta seca y la nariz le ardía. El penetrante aroma no se quitaba de su nariz. Se la frotó en un gesto casi aniñado.

Cameron fruncía el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara? —le preguntó él.

—Eso... huele muy mal —dijo ella y, sin proponérselo, le arrancó a Cameron una sonrisa. Una estruendosa carcajada en realidad.

—¡Por Dios, mujer! ¡Sí que huele horrible! Pero el olor de esta planta te ha traído de entre los muertos.

Ahora fue Hope quien frunció el ceño.

—¿De entre los muertos?

—¡Claro que no, Hope! —aclaró Kate, mientras se acercaba a su lado. Había ido en busca de un odre de agua. Tal vez había sido la única que entendiera que Hope tenía sed. Extendió el brazo para alcanzárselo, pero fue Cameron quien la tomó de sus manos, y la acercó a los labios de Hope—. Solo habías perdido el conocimiento —concluyó Kate. Observaba a su hermano detenidamente, y lo que veía, la hizo sonreír con gusto.

—¿Qué fue lo que te sucedió allí? —le preguntó Cameron a Hope. Él había señalado con la

cabeza hacia el lago, pero sin quitar sus ojos del rostro de ella.

Hope mantenía la mirada baja. Ahora que había tomado consciencia de que se encontraba entre los brazos de su esposo, sentía que algo se estrujaba en sus entrañas.

—Mi pierna... sufrí un calambre... Fue... —alzó los ojos lentamente hacia el rostro de Cam. Negó con la cabeza—. Fue horrible. Sentía los músculos agarrotados. Me hundía... —bajó nuevamente la mirada. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y es que recordar aquellos instantes reavivaban el terror que había sentido de morir y de no ver más a Cameron—. Yo pataleaba para ascender —continuó relatando—, contenía la respiración, pero... —volvió a negar con la cabeza, esta vez en signo de impotencia.

—Shhh —susurró Cam y, sin detenerse a pensarlo, alzó su rústica mano y acarició, podría decirse con ternura, la tersa mejilla de Hope—. Ya no hables de eso.

Los ojos de ambos volvieron a encontrarse, y el tiempo, aunque escaso, se detuvo en aquel instante mágico.

Cameron carraspeó. *¿Qué estoy haciendo? ¡Maldición!* Ni él mismo lo sabía.

—Tu pierna. —Cam indicó toscamente con un ademán—. ¿Ahora te duele?

—Un poco —respondió. Si Cam había demostrado ternura, ya no lo hacía, y eso a ella le dolió profundamente porque alcanzaba a ver con claridad que él luchaba contra cualquier sentimiento cariñoso que ella pudiera despertar en su interior.

Cameron, creyendo que si dejaba de abrazarla y ya no la mantenía estrechamente aferrada contra su pecho podría más fácilmente ignorarla, la soltó y luego se posicionó a los pies de Hope.

—¿Cuál? —preguntó con un poco de brusquedad.

Hope demoró un instante en comprender la escueta pregunta.

—La izquierda —respondió al comprenderla, pero no esperaba lo que vendría después, y fue por ello que Hope se sorprendió al sentir el tacto de su esposo sobre su pie, luego sobre su tobillo hasta ascender hacia su pantorrilla en un masaje rústico, pero que a ella logró hacerle contener el aliento...

Y a él, quitarle la respiración.

*¡Demonios!*, se maldijo Cam. Todavía no podía comprender en qué cuernos había estado pensando para creer que hacerle un masaje en la pierna a esa muchacha, tendría en él un efecto más leve que el que le provocaba estrecharla entre sus brazos.

*¡Y un cuerno!* Esas pantorrillas que parecían talladas en marfil, y que por cierto, a él deberían importarle un comino, sin dudas estarían presentes esa noche inquietando sus sueños.

—¡Maldición! —Masculló Cam, y apretó las muelas—. ¡Pescarás una pulmonía, mujer!

—Sí —respondió ella simplemente. Que Cameron atribuyera su estremecimiento al frío aire y a su ropa empapada, era mucho mejor a que él se percatara de que habían sido sus manos masculinas deslizándose sobre su pierna, tocándola como ningún hombre jamás la había tocado antes, y su peligrosa cercanía, aquello que había erizado su piel y agitado mariposas en su estómago.

Cameron se alejó de Hope para ir en busca de la manta que ella se había quitado antes de ingresar al lago. Volvió a su lado, y la envolvió en el plaid. También había recogido el vestido. Lo colgó sobre uno de sus hombros, luego la alzó a ella en brazos.

—Es hora de regresar al castillo —dictaminó. Echó una mirada a su alrededor, y bufó al comprender que ni Ian ni Kate estaban ya allí. *¡Ilusos románticos! ¿Acaso creían que el momento lo llevaría a él a tomar a esa muchacha ahí junto al lago? ¡Él jamás la tomaría! ¡Jamás!*

Repitiendo ese *jamás* para sí mismo, fue como Cameron transportó a su esposa, primero hasta su montura, luego, una vez más en brazos, hasta dejarla en su habitación.

Al ingresar al castillo, Cameron había *ladrado* varias órdenes a las criadas: *Una tina con agua caliente, unguento para los dolores, una doncella para que atienda a mi esposa.*

Depositó a Hope sobre la amplia cama matrimonial del cuarto de su esposa y, una vez que comprobó que sus órdenes estaban siendo cumplidas, rumiando el mal humor en el que se había sumido, cruzó la puerta que lo conducía a su dormitorio y allí se encerró por el resto del día.

Cameron no quería detenerse a analizar lo que Hope le había hecho sentir. Las peligrosas sensaciones que, su aire inocente y a la vez tan femenino y seductor, habían despertado e invadido cada pulgada de su cuerpo. No. No podía permitirse siquiera pensarlo, porque todo aquello debía estar prohibido para él.

Sentía asco de sí mismo por haber sido tan vulnerable a su encanto, pero también sentía rabia. Rabia hacia ella, por despertar en él aquellas sensaciones. Nunca más debería permitirlo. Él se aseguraría de no bajar la guardia nuevamente en presencia de esa hechicera de ojos color miel y piel de terciopelo.

Durante toda la noche, Cameron luchó para no cerrar los ojos, porque si lo hacía, veía los de ella.

## Capítulo XIII

—Milord —saludó el guardia al ingresar a la sala privada del laird, y solo después de que este le permitiera el ingreso—. Ha arribado un mensajero. Porta los colores de los MacDonald de Skye, y dice traer un mensaje de su laird.

—¡Pues entonces hazlo pasar! —clamó el laird McInnes con ímpetu—. Si ese mensajero viene en nombre de mi buen amigo Colin, entonces es más que bienvenido.

—El hombre asegura ser primo de MacDonald.

—¡Mi buen Dios! ¡Con mayor razón entonces! ¡No te demores, hombre, y tráelo ante mi presencia! ¡Vamos, vamos! —El guardia estaba saliendo de la sala cuando el laird volvió a llamarlo—. ¡Espera! Manda a traer comida y bebida para agasajar a nuestro huésped, y diles a Cameron y a mi nuera que tenemos visitas y que los espero aquí sin demoras.

—Inmediatamente, mi señor —asintió el guardia. Saludó con una inclinación de cabeza al laird y a las dos personas que estaban con él, luego se retiró. No mucho después, hizo su ingreso un hombre joven de unos veintitantos años.

Los lazos de sangre de ese hombre con Colin MacDonald eran evidentes en el color rojizo de su larga cabellera y en los ojos verde-turquesa. Sus rasgos no eran tan delicados como los del laird Colin; no obstante, no podía negarse que fuera un hombre muy apuesto.

—¡Bienvenido a mis tierras, muchacho! —saludó McInnes. Se había puesto de pie para recibir al recién llegado.

—Me honra con su recibimiento, milord. —El joven se inclinó en una reverencia formal, y procedió a presentarse—: Kendrick MacDonald, a su servicio.

—Bienvenido, Kendrick MacDonald —repitió el anciano—. Ven aquí así te presento a parte de mi familia. Dos figuras se habían puesto de pie cerca del escritorio de McInnes—. Ella es... —no terminó la oración, puesto que Kendrick lo interrumpió educadamente. Sus ojos brillaban con picardía.

—Ella tiene que ser su hija, lady Katherine —se inclinó hacia la mujer, y luego besó cortésmente su mano—. He oído a mi primo resaltar la belleza de milady. Claro, —se apresuró a aclarar—, eso fue antes de que milady se desposara con... —miró al hombre de penetrantes ojos azules junto a Katherine, e inclinó su cabeza en un saludo. Una sonrisa de medio lado se había

dibujado en sus sensuales labios—, el señor Mc Dubh. Y, por supuesto, eso también fue antes de que el mismo Colin se desposara con quien ahora es mi prima, lady Keyra.

Ian gruñó por lo bajo. No le agradaba recordar aquel tiempo en el que el laird Colin MacDonald había sido el prometido de Kate.

—Sin embargo —continuó diciendo Kendrick en tono galante—, aunque he podido reconocer fácilmente a milady gracias a las apasionadas descripciones que hiciera Colin, debo decir que mi primo no le ha hecho justicia a su belleza.

Kate le sonrió a Kendrick en agradecimiento por el cumplido, luego le sonrió amorosamente a Ian al oírlo gruñir una vez más. Él, al ver el amor en los ojos de su esposa, olvidó que por un momento había deseado arrancarle la cabeza a ese muchacho atrevido.

El laird había atraído la atención del joven, preguntándole por su gran amigo.

—Oh, mi primo goza de muy buena salud; igual que su señora esposa. Él le envía sus más afectuosos saludos, milord.

Se oyeron unos suaves golpes a la puerta que interrumpieron la conversación.

—¡Pase! —indicó McInnes.

La puerta se abrió lentamente, dando paso a la figura de Hope, quien con un andar etéreo ingresó en la estancia.

—Con su permiso, milord —susurró ella.

—¡Adelante, querida! —respondió McInnes.

Kendrick, al verla, se sintió conmovido hasta en sus fibras más íntimas. Para él, era como estar presenciando la aparición de un ángel. Su mirada, antes galante y seductora hacia Kate, había cambiado por completo y ahora se notaba ensimismada con la recién llegada. En sus ojos verde-turquesa se adivinaba veneración.

—¡Cierra la boca, muchacho, o te tragarás una mosca! —bromeó el laird.

Desde luego, el cambio obrado en MacDonald no había pasado desapercibido a ninguno de los presentes, quienes lejos de enfadarse, parecieron divertirse con su actitud.

Kendrick cerró la boca que no había notado tenía abierta.

—Kendrick MacDonald, deja que te presente a mi querida nuera...

—¿Nuera? —reclamó Kendrick, evidentemente desilusionado.

—Sí, muchacho. Te presento a Hope McInnes, mi nuera —confirmó el laird, aún divertido—. Y

a mi hijo Cameron... —se acercó al joven y le murmuró en voz no demasiado baja—: Es el que camina detrás de ella, y que tiene cara de *pocos amigos* —carcajeó—. Veo que no le ha caído en gracia que te quedaras mirando embelesado a su esposa.

Kendrick no se sonrojó. Un seductor nato como lo era él, jamás lo haría; no obstante, tuvo el tino de disculparse.

—No pretendía faltarle el respeto a milady, ni a usted, lord Cameron —explicó Kendrick, mientras se inclinaba en sendas reverencias—. Es solo que me ha conmovido vuestra belleza angelical... Eso es lo que creí realmente; que estaba en presencia de un ángel, mi señora.

—No debe usted decirme esas cosas, señor —susurró Hope. Se había sonrojado hasta las orejas. No creía que su esposo llevase *cara de pocos amigos*, ni mucho menos que se hubiese molestado porque aquel joven hombre la hubiese mirado *embelesado*, tal como su suegro había indicado. Tampoco tuvo el coraje de alzar los ojos para comprobarlo.

—Vuelvo a pedirle disculpas, milady; y a usted, milord —dijo, dirigiéndose a Cameron.

Cameron apenas inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento para demostrar que aceptaba las disculpas de Kendrick; sin embargo, sus facciones seguían pareciendo esculpidas en granito.

Cameron era presa de una nueva lucha interna. Por un lado se preguntaba por qué le había molestado que ese joven devorara con los ojos a su esposa y que la reverenciara como si ella fuese una divinidad. Tampoco encontraba una explicación a su actitud agresiva, la cual lo instaba a abalanzarse contra Kendrick MacDonald para golpearlo hasta borrarle ese gesto ensimismado.

*¿Acaso había sentido celos? Corrección. ¿Acaso sentía celos?*

*¡No! ¡Claro que no! No puede ser eso*, se dijo, puesto que él no podía celar a una mujer que le importaba menos que nada. A una mujer que no deseaba tener a su lado...

Entonces Cam oyó una molesta vocecita muy dentro de su cabeza. Era una voz que además de resultarle endemoniadamente molesta, también parecía burlarse de él, y que últimamente había habitado allí, en una parte de su conciencia que él no deseaba que ganara mayor terreno.

*¿Realmente no la quieres a tu lado?*

*¿De verdad ella no te importa?*

*¡Maldita voz, y maldita ella por provocarme esto!*

Pronto Cameron buscó una explicación aparentemente coherente, aunque a decir verdad, no le resultó todo lo convincente que él hubiese deseado que fuese.

Se decía que no eran celos lo que sentía, sino que era producto del orgullo aquello que lo había llevado a querer golpear al visitante. Esa muchacha llevaba su apellido. Para todos, Hope MacPherson... McInnes ahora, era su esposa, y él no podía permitir que otros hombres babearan por

ella.

*¡Sí, tiene que ser eso!*, se dijo, con intenciones de tranquilizar su conciencia.

Como cualquier animal lo haría, él solo defendía su territorio y aquello que por derecho le pertenecía. Pero ella no le importaba; ni siquiera la quería... ¿Pero por qué su determinación ya no parecía serlo tanto? ¿Acaso la molesta vocecita se reía de él?

*¡Me estoy volviendo loco!*, pensó Cameron, mientras hacía el esfuerzo de reprimir un gruñido.

—Hijo. Cameron. Quita esa cara, y ven a saludar como Dios manda a nuestro invitado. Él es Kendrick MacDonald, primo de nuestro buen amigo, el laird de Skye.

Cameron carraspeó para aclararse la voz antes de hablar.

—Bienvenido, MacDonald —dijo.

—Gracias, lord Cameron —respondió el joven.

—Tomen asiento —invitó el laird—. Y cuéntanos, Kendrick, ¿qué te trae por estas tierras?

El laird ocupó nuevamente su confortable sillón de madera tallada y tapizado de brocado rojo y oro. El resto de los ocupantes de la sala fue ubicándose en frente de él.

Dos muchachas de la servidumbre ingresaron en la estancia. La primera depositó sobre la mesa una bandeja con sabrosos bocadillos salados. La otra muchacha llevaba otra bandeja con copas y jarras con bebida fresca que se apresuró a servir y repartir a cada comensal.

Una vez que las mujeres se retiraron, luego de inclinarse en respetuosas reverencias, Kendrick por fin comenzó a relatar el motivo de su visita al castillo.

—Mi primo lamenta mucho no haber podido asistir a la boda de milord —dijo, haciendo referencia al enlace entre Cameron y Hope—, pero su esposa, lady Keyra, no se encontraba bien de salud por aquellos días.

—¡Oh! —Exclamó Kate—. Ansío que lady Keyra ya esté recuperada.

—¡Oh, sí, lady Katherine! Mi querida prima ahora goza de excelente salud. De hecho, mi presencia aquí tiene mucho que ver con ese asunto.

—¿Sí? —Preguntó el laird McInnes—. ¿Y cómo es eso, muchacho?

—Verá, milord, lady Keyra se encontraba muy... —titubeó un instante. Buscaba la palabra adecuada para utilizar, sobre todo, en presencia de las damas—, indispuesta —dijo finalmente—. Aunque al poco tiempo se descubrió cuál era el motivo de su indisposición.

—¿Y ese motivo era...? —insistió el anciano, con un poco de impaciencia.

Kendrick sonrió, evidenciando alegría.

—¡Mis queridos primos serán padres!

Dos *¡Oh!* Exclamados con felicidad y por voces femeninas se oyeron casi a la par. Los hombres, quienes también se sentían felices con la noticia, lo demostraron un poco más ruidosamente y prestos a brindar por la grata noticia.

—¡Esto hay que celebrarlo! —Exclamó McInnes.

—¡Sin dudas! —secundó Cameron, que guardaba admiración y gran afecto por Colin MacDonald, quien había demostrado ser un gran hombre, honorable como pocos, al dejar libre a Kate del compromiso de matrimonio que su padre había pactado para que ellos dos se desposaran.

—De hecho —explicó Kendrick—, yo estoy aquí para invitaros a la gran fiesta que desea dar mi primo en dos semanas para celebrar este dichoso acontecimiento. Él ansía que todos vosotros estéis presentes para compartir junto a él y su esposa tamaña alegría.

—Es muy amable mi buen amigo en invitarnos, pero me temo que yo no podré asistir, muchacho —El laird negó con la cabeza para acompañar las palabras, e hizo una mueca de disgusto—. Verás... Mis huesos me recuerdan cada mañana que ya no tengo ni veinte ni treinta años... ¡Nuestro Señor sabe que tengo muchos más! —dijo—. Y últimamente no me he sentido del todo bien. —Volvió a negar lentamente con la cabeza—. Me temo que un viaje de tantos días, y a lomos de caballo, no haría más que dejarme horriblemente achacado —explicó McInnes con evidente pesar.

Hope y Kate observaron al viejo laird con notoria angustia, mientras que Cameron e Ian habían fruncido el ceño en una clara muestra de preocupación.

Era cierto. El laird había tenido varios problemas de salud en el último tiempo, no obstante, ni sus hijos ni sus hijos políticos querían aceptar que el anciano estuviera transitando ya el último tramo de su vida.

—Sin embargo, muchacho —continuó diciendo el laird, ajeno a la emoción que había despertado en los miembros de su familia—, puedes asegurarle a mi buen amigo Colin, que estos cuatro jóvenes —señaló a Kate, Ian, Hope y Cam con un amplio paneo de su mano—, que gozan de excelente salud y cuya juventud les permite hacer grandes travesías a través de las montañas, asistirán encantados a la celebración.

—Mi primo se sentirá halagado, milord. Y aunque estoy seguro añorará su presencia, sabrá comprender sus razones para no realizar tamaño viaje.

—Puedes asegurarle a Colin que yo lamentaré más que él, el no poder asistir. También quisiera que le hicieras saber que me agradecería mucho recibir su visita en el castillo y así poder conocer a su adorable esposa.

Kendrick asintió con la cabeza.

—Le comunicaré sus deseos, milord —prometió.

La tarde transcurrió agradable, en una conversación fluida que viró por distintos temas, entre ellos, la historia de cómo Colin y Keyra, su esposa, se habían conocido. Kendrick no había vuelto a dirigir sus cumplidos hacia Hope, no obstante, no había podido evitar, en varias ocasiones, desviar su mirada hacia ella.

Kendrick MacDonald se sentía irremediabilmente atraído por Hope, aunque era dolorosamente consciente de que esa mujer estaba vedada para él.

Hope, en tanto, se sentía muy emocionada por la perspectiva de asistir a la fiesta del laird MacDonald y su esposa.

Durante ese último tiempo, Hope se había propuesto acercarse a Cameron, y aquel viaje a través de las montañas, la estadía en las islas y, desde luego, la fiesta, serían buenos motivos para estrechar aquella cercanía. Hope también había pensado en algo más, y eso era en lo que se empeñaba en ese momento, mientras Cameron la escoltaba hacia su cuarto, luego de que terminara la cena.

Con el objeto de no levantar sospechas acerca de la falsedad de su matrimonio, Cameron había creído apropiado que en la mayor cantidad de noches posibles, ellos dos se retiraran juntos a sus aposentos, aunque una vez dentro del cuarto de Hope, él se retiraba a su propia habitación utilizando la puerta común que había entremedio.

—Mi señor, hay algo que me gustaría pedirte —dijo ella, luego de armarse de valor.

Cameron le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Algún otro vestido? ¿Hilos para bordar? —Preguntó él, imaginando que lo que ella le pediría sería alguna de esas frivolidades. Si acaso la hubiese conocido un poco mejor, Cameron hubiese sabido que aquellas cosas no le interesaban a su esposa.

Hope sonrió con dulzura, al tiempo que negaba enfáticamente con la cabeza, logrando con ello que algunos de sus rizos se mecieran graciosamente alrededor de su rostro.

—No, mi señor, jamás se me ocurriría pedirte un nuevo vestido, cuando en tu generosidad me has comprado tantos trajes como nunca antes he tenido. Tampoco son hilos de bordar lo que quiero... Aunque si tú deseas que confeccione algún tapiz o quieres un bordado en tus ropas, con mucho gusto lo haré.

Cameron había enmudecido. Definitivamente, Hope era deliciosa y desbordaba dulzura aún cuando hablaba de cualquier cosa, inclusive, de hilos de bordar.

—¿Entonces qué es lo que quieres pedirme? —Preguntó Cameron con curiosidad. Extrañamente, en sus ojos bailaba una chispa de diversión, advirtió Hope.

—Yo... —estaba segura de que él se negaría a su pedido, pero también estaba decidida a

obtener su permiso—. Deseo, profundamente, que me permitas acompañarte en tu visita a los aldeanos. Me complacería mucho poder ayudarte en tus tareas para con ellos.

Cameron abrió mucho los ojos.

—No —dijo, cuando se recobró de su estupor.

—Pero, mi señor —protestó ella. Había olvidado cuánto era que él la intimidaba—. No es extraño que una esposa colabore con su esposo, y yo deseo hacerlo.

Cameron iba a protestarle que ellos *no* eran esposos en el sentido más íntimo de la unión; aunque legalmente, y a los ojos de otros, sí lo eran. Pero Hope, absolutamente firme, continuó con su alegato.

—Además, estoy acostumbrada a estar en contacto con los arrendatarios. Dios sabe que hemos sido Nyah y yo quienes en los últimos años nos hemos ocupado de las personas que habitaban las tierras de...

Hope lamentó haber llevado la conversación hacia ese tema que era un tabú, porque en seguida notó cómo el rostro de Cameron se endurecía. Tragó saliva, respiró profundamente, y procuró ignorar la dureza en el gesto de su esposo.

—A lo que iba —retomó ella—, es que estoy acostumbrada, incluso, a hacer tareas pesadas. Si es necesario, puedo reparar una ventana o un tejado... —Hope se interrumpió, sorprendida. Cameron había soltado una estruendosa carcajada.

—¿Reparar una ventana? ¿Un tejado? —Preguntó él, aún divertido. Sus facciones se habían aflojado y la diversión volvía a brillar en sus hermosos ojos pardos.

—¡Claro! —Exclamó ella con orgullo—. ¿Quién más iba a hacerlo sino? Ya era suficientemente malo para esos pobres viejos enclenques tener que habitar en esas casuchas precarias, como para que además tuviesen que trepar para repararlas. No, Cameron, esos viejecitos no podían hacerlo, y ni Nyah ni yo podíamos soportar ver tanta dejadez.

Caminaban por el corredor. Varios metros antes del final, una criada apareció al fondo del pasillo. Avanzó hacia ellos. Resultaba claro que se dirigía hacia las escaleras. Hope notó que la mujer los miraba con insistencia, pero al pasar a su lado, la criada bajó la mirada e inclinó la cabeza con respeto; luego continuó su camino.

Hope nunca la había visto antes y la inquietó la forma en la que la mujer los había observado. Trató de convencerse de que solo eran ideas suyas. Tampoco le preguntó a su esposo si la criada había sido empleada recientemente; en ese momento, habían llegado a su cuarto y Cameron abrió la puerta.

Tal como se había convertido en costumbre, ambos ingresaron en la amplia estancia perfumada con flores, pero a diferencia de otras noches, Cameron no se retiró a su propio cuarto, sino que

permaneció allí con su esposa, atento a la conversación.

Hope se acercó a la ventana, y abrió los postigos. Contempló el lago, que brillaba a lo lejos, y la luna nueva asomando sobre las colinas. Inspiró el aire fresco y perfumado. Fuera se oía el canto de las ranas y de los grillos.

Volteó lentamente hasta darle la espalda a la ventana y, al hacerlo, se sorprendió al encontrar a Cameron tan cerca de ella... demasiado cerca... Vaciló, luego retomó su relato, aunque tuvo que carraspear para aclarar la voz.

—No es ninguna novedad que el antiguo laird MacPherson llevó al clan a la miseria... Los arrendatarios más jóvenes tomaron sus pertenencias, y se marcharon en busca de otras tierras con mayores posibilidades para subsistir. En cambio los viejos, aquellos que alguna vez habían visto al clan dirigido por el gran hombre que fue mi abuelo, y que habían disfrutado de la grandeza y la prosperidad de las tierras... ahora sumidas en la miseria... —negó con la cabeza tristemente—. Esos hombres y mujeres, ahora arrugados como pasas, temblorosos y aquejados por el reuma, no tuvieron ni los medios, ni la fuerza física o de voluntad como para ir en busca de nuevos horizontes. A ellos no les quedó más opción que permanecer en las tierras mal lideradas por mi padre, ser testigos de su destrucción, y esperar, en esas casuchas que habían visto mejores tiempos, a que la muerte se los llevara, mientras más pronto, mejor.

Cameron sintió el impulso de apretar el hombro de la muchacha en un gesto de consuelo, pero reprimió ese impulso y, para hacerlo, tuvo que esconder el brazo en su espalda y apretar el puño con fuerza. Siguió oyendo atentamente las palabras de Hope.

—Muchos murieron —siguió contándole ella—. Enfermedades, una alimentación deficiente... —sus ojos hacía rato que se habían llenado de lágrimas que ahora empezaban a desbordar de sus órbitas y caían sobre sus mejillas de terciopelo.

Cameron apretó aún más fuerte el puño a su espalda. Sus estúpidos dedos deseaban secarle a ella los ojos y las mejillas empapadas.

—Nyah y yo no estábamos mucho mejor que los aldeanos, aunque sí gozábamos de unos pocos privilegios —sonrió amargamente—. A riesgo de ser castigados, salíamos del castillo a escondidas con el objeto de hacer al menos algo de lo que debería haber hecho el laird, pero que desde luego no hacía —negó con la cabeza. Su mirada estaba fija en un punto, como si estuviese reviviendo aquellos momentos. Ahogó un sollozo, y concluyó con pesar—: Nuestros medios eran desesperantemente reducidos, y casi nunca fueron suficientes...

Cameron se acercó un poco más a Hope. Deseaba con locura estrecharla entre sus brazos, pero no lo hizo. En cambio, le permitió a sus dedos traicioneros que le acariciaran con suavidad las mejillas con la excusa de secar sus lágrimas.

—Ahora comprendo que tú y tu hermano Nyah han sufrido la tiranía de Balgair, tanto como los demás —susurró Cameron.

—Todos hemos sufrido por su culpa —secundó ella.

—Pero —dijo Cameron. Dejó caer su mano a un costado, y con lentitud retrocedió un paso—, yo no puedo mirarte y olvidar que llevas su sangre —sus palabras sonaron con un tono extraño, casi de disculpa.

Hope le sonrió, y asintió con la cabeza. Tomó valor, y se acercó a Cameron.

Él permaneció inmóvil.

Ella levantó la mano y acarició la mejilla masculina con tal ternura, que él sintió que se ahogaba. Sin embargo, Cameron no dio señales de que le afectara aquella caricia o la cercanía de sus cuerpos.

—Y yo no puedo culparte por ello —le respondió Hope, comprensiva. Luego de decir aquello, volvió a alejarse de él, y caminó hacia la ventana. Prefería que él no advirtiera el leve temblor que recorría su cuerpo.

Cameron sintió la fuerte necesidad de olvidar el pasado, y besar a Hope. Besarla hasta que nada tuviera sentido. Pero no pudo hacerlo. No podía.

No era correcto.

Cameron decidió que era el momento de retirarse del cuarto de su esposa.

Ella sintió los pasos de su esposo alejarse hacia el otro extremo de la habitación.

—Tendrás que estar en pie con las primeras luces del día para que puedas tomar tu desayuno, luego partiremos hacia la aldea —dijo Cameron, y logró sorprenderla. Él no había podido retener las palabras, ni la loca necesidad de compartir con ella el día siguiente.

Hope volteó rápidamente hacia él. Su sonrisa era enorme.

—¡Gracias, Cameron! Te prometo que no te arrepentirás de la decisión que has tomado —dijo.

Hope podría haber corrido hacia él para colgarse de su cuello y cubrirlo de besos. Tenía demasiadas ganas de hacerlo, aunque sabía a la perfección que hubiese sido un gravísimo error. Se obligó a permanecer en el lugar. Sus manos apretujaban la tela de su falda con nerviosismo.

—Que tengas buenas noches... Hope —saludó él, llamándola por su nombre de pila, lo cual, para Hope, había sonado mágico.

—Y tú... —desde la distancia, sus ojos se encontraron. Hope esbozó una dulce sonrisa antes de pronunciar su nombre con mayor dulzura aún—: ...Cameron.

Cameron cerró los ojos durante un instante. Tragó saliva. Primero se obligó a reaccionar. Su mente le jugaba malas pasadas y él no podía permitirselo. Tenía que salir del cuarto de Hope antes

de que cometiera alguna estupidez irreparable.

Envió la orden a sus piernas para que estas se movieran y, sin decir más, abandonó la habitación femenina.

Esa noche no fue igual a ninguna otra para ninguno de los dos.

Esa noche, algo había cambiado entre ellos...

## Capítulo XIV

El sol aún no había empezado a despuntar, y Hope ya estaba en pie.

Buscaba dentro de su ropero, entre los nuevos vestidos que su esposo había mandado a hacer para ella. Quería vestirse con un traje bonito y que al mismo tiempo le sentase cómodo.

Después de pasar varias perchas, se decidió por un vestido marrón, que si bien delineaba sus formas con sutileza, no se ajustaba a ellas. Era un traje ideal para un paseo por el campo. La prenda estaba delicadamente adornada en el talle justo debajo del busto, en los puños de las mangas y en el ruedo, con cintas de raso color rosa y puntillas,

Una vez que se hubo vestido, Hope se sentó frente al espejo de la cómoda con intenciones de peinarse. Cepilló sus rizos y los recogió con algunas horquillas. Su peinado resultó en un moño flojo que con seguridad no soportaría todo el día, pero Hope no había tenido intenciones de despertar a su doncella para que la peinara a esas horas tan tempranas. Le parecía que hubiese sido desconsiderado de su parte hacerlo, por lo tanto, se conformó con su propio trabajo que, a decir verdad, no había quedado nada mal.

Le sonrió al espejo. Se sentía muy emocionada con la perspectiva de acompañar a Cameron en la visita a los arrendatarios de las tierras de los McInnes. También la ilusionaba en demasía que él hubiese accedido a llevarla con él. Sin dudas, era un gran paso en su matrimonio... aunque no fueran esposos en la intimidad. Ahuyentó esos pensamientos. No quería ensombrecer su ánimo con ellos ahora.

Por un momento, Hope sí se permitió pensar en su hermano Nyah y en su gente. Con suerte, Nyah ya habría empezado a hacer las mejoras que tenía previstas para las casuchas de sus propios arrendatarios.

Hope sabía que, aunque Nyah en un principio se había negado, finalmente había aceptado el préstamo que el laird McInnes, conociendo la situación por la que atravesaba el clan, le había ofrecido.

Estaba segura de que su hermano administraría a conciencia cada libra y que pronto el clan empezaría a recuperarse de la miseria en la que había estado sumido por culpa de Balgair y su pésima administración. Conocía a Nyah y podía apostar, sin temor a equivocarse, que él trabajaría muy duro para conseguirlo. También, hasta devolverle el último penique al amable laird McInnes.

Hope escuchó que se abría la puerta del cuarto de su esposo y se apresuró a salir al pasillo

para ir a su encuentro.

Cameron se sorprendió al ver a Hope ya levantada. Alzó una ceja.

—¿Acaso te has caído de la cama? —le preguntó con evidente diversión en la voz y un poco en los ojos.

Hope le sonrió por la broma.

—No quería retrasarme —fue su respuesta, y evitó decirle que la ansiedad por compartir ese día junto a él, había sido la culpable de que ella dejara la cama tan temprano.

—Aún no ha despuntado el alba —señaló Cam—. Podrías haber descansado un poco más.

—Ya no podía dormir —confesó, y luego preguntó, con intenciones de alejar la atención de su persona—: ¿Hoy debes entrenar con Mc Dubh?

Cameron negó con la cabeza.

—No. Los días en los que debo hacer las visitas a los arrendatarios, Ian y yo acostumbramos suspender las prácticas por esa jornada —le explicó—. Es para ganar tiempo.

—Claro —asintió ella.

—¿Te apetece que vayamos a desayunar? —le preguntó él, y le ofreció a ella su brazo en gesto galante.

Hope asintió, y enredó su brazo al de Cameron. Sentía que el corazón iba a estallarle de emoción de un momento a otro.

—Confío en que anoche durmieras bien —dijo Cameron, percatándose, casi al mismo tiempo de que pronunciaba las palabras, de que realmente le interesaba saber cómo había descansado ella.

—¡Oh, sí! —Exclamó Hope, con los ojitos chispeantes. No había dormido mucho en realidad, porque gran parte de la noche la había pasado recordando su último encuentro con él, y cuando por fin había podido quedarse dormida, Cameron había permanecido presente también en sus sueños.

Había tenido un hermoso sueño, recordaba. Sonrió.

—¿Qué? —Preguntó Cameron, al notar la sonrisa en los labios de fresa de la muchacha. Extrañamente, también había sido una buena noche para él.

—¿Que, qué? —Rebatió ella, no comprendiendo a qué se refería Cameron.

—Has sonreído —señaló él. En un acto reflejo acarició la comisura de los labios de Hope, y sintió la suave piel en la yema de sus dedos.

—¡Oh! —se sorprendió Hope. En primer lugar porque no se había percatado de que sonreía y, en segundo lugar, porque no esperaba en absoluto su caricia. Hope prefirió alzarse de hombros y callar. No se atrevía a decirle que había sonreído por su causa. Además, seguramente no le hubiese salido ni una palabra, si hasta el aire parecía haberse atascado en sus pulmones.

—¿No me lo dirás? —Insistió Cameron.

Hope jamás había visto a su esposo de esa manera. ¿Acaso sería posible que un milagro se estuviera obrando y que Cameron empezara a volver a ser el hombre que todos le habían dicho que él había sido alguna vez?

Rogó internamente para que fuera así.

Le gustaba. Le gustaba mucho esa faceta de él. Cam se veía más relajado y con una breve chispa de diversión bailoteando en sus ojos... *¡Qué hermosos son sus ojos cuando se ven así!*, pensó Hope, conmovida.

—¡No! ¡No voy a decirte por qué razón he sonreído! —Se animó a decirle, luego esbozó una sonrisa aún más amplia, que sirvió para que él quedara mucho más intrigado que antes.

En tanto conversaban, habían llegado al salón. La estancia aún se encontraba vacía. Era demasiado temprano para que su padre, o Kendrick MacDonald se hubiesen levantado, y como Ian sabía que ese día no habría práctica de espadas, seguramente se quedaría en la cama de su cabaña un rato más.

—¿Te apetecería tomar el desayuno en la cocina? —Le preguntó Cameron a Hope.

—¿En la cocina?

Hope se sintió extraña. Conocía la historia gracias a Kate. Ella le había contado que Cameron, ella misma y Mc Dubh, siempre habían preferido desayunar en la cocina. Era un hábito que guardaban desde pequeños, y ahora Cameron la invitaba a ella a formar parte de esa costumbre. Se sentía halagada... y feliz. Irremediablemente feliz. ¿Cuántas cosas más cambiarían entre ellos a lo largo del día?

—Mhmm —asintió Cameron, ajeno a los pensamientos de Hope—. Es un lugar muy acogedor, y nuestra cocinera es una mujer muy amable. Te prometo que te sentirás a gusto.

Hope tragó saliva para aclarar su garganta.

—Desde luego que me encantará desayunar allí —dijo complacida y, aunque logró ocultarlo bien, bastante emocionada.

Cameron condujo a Hope hacia la enorme cocina del castillo. El reino de Annette. Al ingresar en la cálida estancia, los asaltó el delicioso aroma de los panecillos recién horneados y de la aromática bebida caliente.

Cameron se acercó por detrás a la regordeta y anciana cocinera, se alzó sobre el hombro de la mujer, y la besó cariñosamente en la mejilla.

La mujer, presa del asombro, volteó hacia los recién llegados. Sus ojos especuladores lo observaban a él con detenimiento.

Hope imaginó que la anciana también había notado el sutil cambio que se había obrado en Cameron.

—Annette —la llamó él—. Hope y yo deseamos tomar el desayuno aquí en la cocina.

La mujer asintió. Antes de hablar, carraspeó para aclararse la garganta.

—¡Por supuesto, muchacho, faltaba más! Me alegra que vinieran... como en los viejos tiempos —concluyó en un susurro en el que la emoción estaba mal disimulada.

La cocinera volteó hacia el largo mueble rústico que había contra la pared, sobre la superficie del mismo era donde ella preparaba los manjares que luego deleitaban a la familia y a las visitas. Secó sus lágrimas con prisa, y luego hizo señas con la mano en dirección a la gran mesa que ocupaba el centro de la estancia.

—¡Vamos, vamos, ocupen sus lugares! —Exclamó, procurando esta vez ocultar la emoción tras una máscara de euforia, entonces añadió—: Ya creía que mis cuentos no te agradaban...

Desde que Ian y Cameron eran pequeños, y a quienes años después se había sumado Kate, la amable cocinera los había fascinado no solo con sus exquisitos y abundantes platillos, sino también con leyendas y relatos de tiempos inmemoriales.

Claro que a Cameron le agradaba la compañía de la anciana, quien los seguía mimando a pesar de que *sus pequeños*, tal como ella los llamaba, habían crecido hacía ya varios años. Pero Cameron había dejado de ser una buena compañía para sus afectos y, sin siquiera proponérselo, se había aislado, no solo de Annette, sino un poco también del resto de la familia.

Su presencia física había seguido estando allí, entre ellos, pero hubiese sido igual que en su lugar hubiera un muro de piedras, o un bloque de hielo... Hasta ahora.

Algo en el interior de Cameron había empezado a mutar. Tal vez fuera el hielo que empezaba a derretirse, o el muro que el dolor había construido alrededor de su corazón, igual que una coraza, el que empezaba a desmoronarse... De todas formas, era temprano aún para afirmarlo con certeza; no obstante, había indicios de un cambio, y esos indicios parecían no pasar desapercibidos para quienes lo rodeaban.

—Ya estoy crecidito para cuentos, loca mujer —dijo Cameron con cariño—, pero no dudo de que a Hope le gustará escucharlos.

La anciana le sirvió el desayuno a la pareja. Mientras ellos daban cuenta al porridge de avena y a los panecillos, les relató un breve cuento de hadas que, según dijo, había pasado en su familia de

generación en generación, y se especulaba que la protagonista, una *sidhe* de los bosques, había sido una tátara-tatarabuela de su tatarabuela...

Poco después de terminar la abundante comida, Hope y Cam abandonaron las cocinas. En el camino hacia los establos, comentaron el relato que habían oído un rato antes.

—Cuando Ian y yo no éramos más que un par de críos y Annette nos contó esa historia por primera vez —rió con ganas—, te juro que me la creí por completo. ¡Hasta le pregunté si acaso ella, por descender de un hada, no tenía alas! ¿Te lo imaginas?

Sí, Hope podía imaginarse al pequeño Cameron, un muchachito de mechitas rubias, con ojitos pícaros y sonrisa de diablillo adorable, mirando la espalda de Annette y esperando el momento en el que ella desplegara sus alas de hada. Sonrió ante la imagen que su cabeza había creado para ella. Seguramente Cam se le parecería bastante.

—Me lo imagino... —asintió—. Pero si hasta yo dudé de si acaso la leyenda era eso, solo una leyenda, o si se trataba de una historia real, ¡y eso que ya no soy una niña! Es que Annette lo relata con mucho convencimiento —concluyó.

—Tiene un don para contar historias la querida Annette —secundó Cam.

Ya habían llegado a los establos.

Cameron habló con el mozo de cuadras, y le pidió que ensillara su caballo y el de su esposa. Una vez hecho el pedido, volvió su atención hacia ella y notó una sombra de tristeza en sus ojos.

—¿Y ahora qué pasa? —No debería interesarle se dijo, pero al formular la pregunta, lo había hecho con verdadero interés.

—Nada —mintió Hope, pero era verdad, sí que le pasaba algo... De pronto, se había sentido triste al imaginar que si ella y Cameron tuvieran niños, los pequeños disfrutarían de los mimos y de los relatos de Annette, pero claro, eso no sucedería...

Cam sonrió apenas. Había notado que ella evadía el darle una respuesta.

—¿No me dirás ni por qué razón sonreías antes, ni tampoco por qué te has entristecido ahora?

—No estoy triste, de veras —lo tranquilizó ella—. Y es mejor que no, que no te confiese el porqué, ni de una, ni de otra cosa.

Cameron asintió.

Había reflexionado que ella tenía razón. Era mejor mantener un poco las distancias. No tenía ningún sentido que él hurgara en los pensamientos de ella, mucho menos en sus sentimientos. Podía resultar peligroso para su cordura. Y al fin y al cabo, a él no debería importarle. Pero... su turbación aumentaba al descubrir que a cada instante que transcurría, Hope pasaba a interesarle un poco más.



## Capítulo XV

El laird Galen McInnes seguía siendo el cabeza de familia, no obstante, debido a su avanzada edad y a sus últimos y cada vez más frecuentes achaques, hacía un tiempo ya que Cameron era quien se encargaba realmente de la administración del clan, y eso incluía supervisar a los arrendatarios. Incluso, ya había empezado a dispersarse el rumor de que el anciano laird pronto dimitiría en favor de su hijo varón.

Los campos fértiles se abrieron igual que un abanico ante los asombrados ojos de Hope. Ella y Cameron cabalgaban a la par por las tierras de McInnes, que resultaron ser ricas y bien cuidadas, y se mostraban a los espectadores con un colorido variado y brillante bajo los primeros rayos de sol.

En una de las verdes colinas de la zona, de las que estaban reservadas exclusivamente para el pastoreo, un importante rebaño que pacía plácidamente, era supervisado por un muchacho larguirucho de cabellos rubios que contaría con no más de catorce o quince años de edad. El joven, que había estado a la sombra y con la espalda recostada contra el tronco de un álamo, de inmediato se incorporó y se quitó el sombrero al advertir que Cameron se le aproximaba.

—Milord —saludó respetuosamente con una inclinación de cabeza. Luego hizo lo propio con Hope y se inclinó en una reverencia al reconocerla—: Milady.

—¿Qué tal, Boyd? —Dijo Cameron a modo de saludo.

—Muy bien, milord. Gracias por preguntar. ¿Y usted cómo se encuentra hoy? —Respondió el joven con respeto.

—Bien, muchacho. Me encuentro muy bien. ¿Se encuentran tus padres en casa? —quiso saber.

—Sí, milord. Ellos están allí —con la mano con la que apretujaba el sombrero, señaló hacia una pintoresca cabaña cuyo techo alcanzaba a divisarse un poco más allá, colina abajo.

—Entonces mi esposa y yo les haremos una visita a tus padres —anunció Cam.

—Los recibirán con gusto a usted y a milady —dijo el chico con voz sumisa.

—Nos vemos luego, muchacho —saludó Cameron, conforme con la información que Boyd le había proporcionado. Se alegraba de que los padres del joven estuvieran en la casa, de esa forma, él y Hope no tendrían que regresar más tarde por ese camino, en cambio, podrían rodear la propiedad y volver por detrás de las colinas.

Después de despedirse de Boyd, los jinetes retomaron la marcha dejando atrás hectáreas de fértiles tierras cultivadas con pastizales tiernos. Bajaron la colina y se encontraron con la cabaña del pastor. Ya desde el jardín podían olerse las deliciosas galletas siendo horneadas en el interior de la construcción de adobe y paja.

Como era de esperar, la pareja fue recibida con júbilo por los padres de Boyd. Para ellos era un honor recibir a los señores del castillo en su hogar, sobre todo porque los McInnes siempre habían sido muy generosos y comprensivos con ellos. Lo eran con todos sus arrendatarios, a decir verdad. Además, se sentían honrados de que la nueva señora los visitara. Pronto estuvieron los cuatro, Flora, Edwyn, Cameron y Hope, alrededor de la mesa, frente a jarras de bebida fresca y a un plato rebosante de *shortbreads* recién sacadas del horno.

Cameron hizo las preguntas de rigor al hombre. Luego de que el pastor le comunicara cuáles eran sus necesidades y proyectos para el mes entrante, Cameron los analizó y le señaló algunos puntos que él creía podían redituarse más y entre los dos llegaron a un acuerdo.

Un quejido, primero suave, luego más estridente, se hizo oír desde el interior de un pequeño catre de madera.

Flora se disculpó, se puso de pie, y se alejó hacia el camastro. Alzó en brazos a un pequeño de siete u ocho meses de vida, quien al sentirse en brazos de su madre dejó de berrear de inmediato, aunque con su cabecita hurgaba en el escote de la blusa de ella.

Flora buscó el refugio de un rincón oscuro de la vivienda, y se acomodó en una silla de madera con el asiento de paja. Acomodó al bebé en su regazo, y le ofreció el pecho, teniendo la deferencia de taparse con un retazo de lino blanco. Durante un largo tiempo le dio de mamar a su hijo.

Los hombres seguían conversando de los temas que eran de su interés. Hope permanecía junto a ellos; escuchaba su charla, aunque su atención se desviaba una y otra vez hacia el conmovedor espectáculo que tenía lugar en un rincón apartado de la cabaña.

Flora solo volvió a reunirse con su esposo y los invitados cuando el pequeño se hubo sentido satisfecho, aunque el niño no había vuelto a dormirse por lo que la mujer lo llevó con ella. Tomó asiento junto a la mesa, entonces el bebé comenzó a removerse en sus brazos; hacía fuerza con sus piecitos sobre la falda de su madre en un claro pedido de que ella se incorporara nuevamente.

—Lo siento —se disculpó Flora, mientras se ponía de pie y daba unos pasos hamacando a su hijo—. ¡Ay, mi niño malcriado que quiere que lo pasee! —Exclamó. Luego empezó a susurrarle una canción de cuna con intenciones de hacerlo dormir.

Hope sonrió. Toda la escena entre madre e hijo la había cautivado. También se puso de pie y se acercó a Flora. El bebé tenía la regordeta mejilla apoyada en el hombro de su madre. Hacía burbujitas, a modo de juego, con su boquita y su saliva.

—Es un niño precioso... —clamó Hope. Instintivamente, alzó la mano y con las puntas de sus dedos le acarició a él la mejilla.

Flora, al notar la ternura en la mirada de lady Hope, se atrevió a preguntarle:

—¿Desea usted cargar en sus brazos a mi hijo, milady?

Hope se sintió sorprendida por la pregunta. No comprendió cómo, pero Flora había adivinado sus deseos.

—¡Oh, Flora! ¿Y de ser así, usted me lo permitiría?

—¡Pero claro que sí, milady!

—Es que... —dudó Hope—. A decir verdad, yo jamás he alzado a ningún niño en brazos y es... es muy pequeño —expuso con temor.

—¡Oh, milady, pero si no debe usted preocuparse, verá que es muy fácil! —Exclamó. Una gran sonrisa se había dibujado en sus labios. Sin mediar más palabras, Flora avanzó el paso que la separaba de Hope, y le entregó al niño.

Hope abrió enormemente sus ojos con sorpresa al encontrarse con el cuerpecito regordete del bebé entre sus brazos. El niño también abrió sus ojos. Él había empezado a adormecerse, pero al sentirse cambiado de un par de brazos a otro, volvió a despabilarse; pero no berreó. Al contrario. El bebé se mantuvo quieto y con su mirada inocente posada en el rostro de la desconocida.

Hope acercó su nariz al cuellito rollizo para hacerle cosquillitas, entonces descubrió que el niño olía deliciosamente a leche. Él aprovechó que ella agachara su cabeza, y alzó su manita regordeta hacia algo que llamaba su atención, y por fin lo atrapó. Gorjeó en respuesta, seguramente feliz de haber atrapado su presa.

Un rizo castaño que había escapado del peinado de Hope, era todo lo que al niño le interesaba en ese instante.

Una risa de absoluta felicidad burbujeó en la garganta de Hope y se reflejó en todo su rostro. Se veía radiante.

Cameron, atraído por la risa musical, desvió la mirada hacia su esposa.

Había estado tan absorto en sus asuntos con el pastor, que se había perdido toda la escena anterior, pero al menos podía darse el lujo de contemplar aquella que ocurría ahora.

Cameron se quedó literalmente embobado y, por varios instantes, de esos en los que el tiempo transcurrido en ellos no se puede precisar, se perdió en la cautivadora sonrisa de Hope y en la dulzura que emanaba de su ser mientras acariciaba la manito del pequeño, aquella manito que había atrapado un tesoro que no deseaba soltar.

Durante aquella fracción de tiempo, Cameron se remontó al pasado. Meses atrás, él había anhelado fervientemente formar una familia. Había ansiado desposarse y tener hijos. Pero aquellos anhelos habían sido suyos cuando Brenna vivía, pero ahora ella ya no estaba. Ahora estaba Hope.

Hope hubiese sido una buena madre. Inconscientemente, Cameron lo sabía. No obstante, él no podía tener hijos con ella, porque esos niños tendrían la sangre de los MacPherson, y él, eso, no podía permitirlo.

Por primera vez desde que Brenna muriera, y después, desde que su padre lo obligara a desposarse con una MacPherson, Cameron no sintió ira, sino dolor. Mucho dolor. Por Brenna, por él, y también por Hope.

\* \* \*

Cameron y Hope se despidieron de Edwin, Flora y del bebé, que ya había vuelto a dormirse cuando ellos se retiraron de la cabaña; y continuaron con su camino. Restaban muchas familias aún por visitar ese día y, con seguridad, la jornada siguiente sería igual de ajetreada.

La parcela arrendada por una familia numerosa, aún más numerosa que la del pastor, fue la siguiente en el itinerario de lord y lady McInnes.

Ya desde lejos se distinguían algunas volutas de humo abrirse paso desde el interior del bosque y elevarse hasta el cielo, donde se confundían con las nubes.

—Mira allí —Cam señaló con su mano hacia el humo que se elevaba sorteando las ramas de varios altos especímenes de árboles apostados alrededor del granero de los Gordon, en donde funcionaban los hornos de la destilería—. ¡El muy desgraciado ya está secando una nueva partida de cebada! —Exclamó entre risas.

Hope se tapó la boca con una mano, y ahogó una sonrisa también.

—¿Quieres decir que hay una destilería en tus tierras?

—Así es... Y esa destilería es el mayor orgullo de Mervin. Ya lo verás.

Al poco rato, los esposos llegaron a la cabaña de los Gordon.

Un muchachito pecoso de no más de diez años, en cuanto los vio acercarse, se apresuró a acudir a su encuentro y ayudarlos con los animales. En tanto, un hombre de unos cincuenta años asomó su cabeza desde el granero, construido a unos cuarenta o cincuenta metros de la casa familiar. Al reconocer a los visitantes, clamó:

—¡Oh, mi señor Cameron, en un momento me reuniré con ustedes! —prometió el hombre a voz

en cuello.

Cameron asintió en respuesta. El hombre volvió a desaparecer dentro de la construcción de madera, y no demoró más que unos instantes en volver a emerger.

—Pasen, por favor. No se queden aquí afuera que ya empieza a refrescar —dijo, mientras abría la puerta de la cabaña de par en par.

El resto de los miembros de la familia, quienes estaban en el interior de la vivienda, se pusieron de pie y saludaron educadamente a los recién llegados.

El cuarto principal de la cabaña era una larga estancia dividida en dos ambientes: en uno, había una larga mesa y varias sillas; el otro extremo estaba ocupado por varios telares, canastos con lanas de colores y una mesa con prendas ya confeccionadas y pulcramente dobladas.

Cameron le explicó a Hope que todas las mujeres de la familia Gordon eran artistas del tejido y que parecían cultivar el don desde que salían de la cuna. Los hombres, en cambio, como ella ya había adivinado por lo que le dijera su esposo minutos atrás, se dedicaban a la destilería. Los Gordon se jactaban de que su *Uisge Beatha*[7] era la mejor que podía conseguirse en toda la extensión de las Tierras Altas, y ciertamente, no se equivocaban.

En el hogar de los Gordon, los esposos fueron recibidos con, desde luego, un vaso de whisky que Hope no pudo terminar. Solo unos pocos sorbos habían sido suficientes para que sus mejillas lucieran arreboladas.

—No estoy acostumbrada a beber —dijo a modo de disculpa cuando el dueño de casa le preguntó con extrañeza si acaso el sabor de la bebida le había disgustado.

—¡Pero, milady! ¡Como buena escocesa que usted es, debería gustar de la bebida!

—No insistas, Mervin. Si mi esposa bebe un sorbo más de tu *agua de vida*, me veré obligado a cargarla —clamó Cameron, habituado a reconocer los síntomas que provoca el alcohol en alguien que se excede, o por el contrario, en alguien que no está acostumbrado a beber. Intuía que a este último grupo pertenecía la muchacha.

A Hope parecía causarle gracia todo lo que los demás decían.

Cameron sonrió. Ese era uno de los síntomas de la bebida, y aunque hubiera sido escasa la que ingeriera, el alcohol empezaba a tener sus efectos en ella. Para colmo, Cameron sospechaba que Mervin no se conformaría hasta hacer que Hope bebiera, al menos, un vaso más de whisky. A él mismo ya le había llenado el vaso tres veces, claro que él sí estaba acostumbrado a beber, y tres vasos no le provocaban ni cosquillas.

Pensó que lo más apropiado sería sacar a su esposa de allí de manera urgente.

Cameron se puso de pie, con mano firme tomó a Hope de debajo del brazo para que ella hiciera lo mismo. Ella lo miró, haciendo un evidente esfuerzo por enfocar los ojos en su rostro. Cameron

frunció el ceño. El asunto estaba peor de lo que había creído en un principio.

—Nos vamos, Mervin —anunció Cameron. Luego inclinó la cabeza en un saludo a las damas de la familia y al dueño de casa—. Gracias por vuestra hospitalidad. Señoras. Mervin.

—Que tengan un buen día, milord. Milady —los saludó Mervin.

Las mujeres hicieron lo propio, aunque Eilín avanzó dubitativa hacia ellos. Llevaba algo entre sus manos.

—Antes de que se retiren, permítame entregarle un obsequio, milady —se animó a decir la muchacha. Ella era la hija mayor de Berta y Mervin, los dueños de casa.

Los señores del castillo detuvieron la marcha, entonces Eilín depositó el bulto entre los brazos de Hope. Era una manta tejida al telar.

—Espero que le agrade, milady —dijo sumisa—. La he hecho yo misma... para usted. Los colores... son los del tartán de caza de los McInnes. Pensaba acercársela al castillo, pero ya que nos han honrado con vuestra visita, veo apropiado entregarle ahora este humilde obsequio.

Hope lo sabía. Grandes cuadros azules, marrones, blancos y rojos, cruzados por finas líneas amarillas. Indiscutiblemente, era el color del tartán que su esposo lucía cuando salía de cacería. Ayudada por Cameron, Hope abrió la manta para poder observarla íntegramente, y se quedó sin palabras. Era bellísima.

—¡Oh, Eilín, qué preciosidad! —Exclamó. Aunque su lengua parecía más pesada, pudo pronunciar las palabras sin inconveniente—. Eres una gran tejedora —añadió con admiración.

—Gracias por el cumplido, milady —respondió Eilín. Había agachado la cabeza y sus mejillas se habían sonrojado.

Hope seguía con su mirada fija en la manta, luego dirigió su atención hacia los grandes telares que ocupaban un extremo del cuarto. Siguió meditando, y meditando. Alzó la vista hacia su esposo, y dudó. Volvió a mirar la pieza de tartán en sus manos y una vez más los telares, y a Eilín.

—Yo... estaba pensando —dijo por fin. Se veía dubitativa.

Cameron inclinó la cabeza levemente hacia adelante y hacia la derecha, y frunció el ceño. Sus ojos estaban fijos en el rostro de su esposa. Ella parecía debatirse con algún dilema.

—Se me ha ocurrido algo... —dijo ahora Hope, aunque de allí no avanzaba.

Cameron se sentía impaciente. No podía imaginar con qué le saldría esa mujercita ahora.

—¿En qué estás pensando, esposa? —Le preguntó, con intenciones de forzarla a soltar las palabras que era evidente daban vueltas en su cabeza.

—Eh... quisiera pedir algo, mi señor. A ti, y a Eilín...

Ahora Cameron alzó una ceja. Eilín se mostró aún más sorprendida.

—¿A mí, mi señora? Pues puedes pedirme lo que desees —respondió Eilín apresuradamente. Apreciaba con sinceridad a lady Hope. Desde que la viera el día de la boda, presintió la bondad en ella.

—¿Y qué es eso que deseas, esposa? Si es que se puede saber... —inquirió Cam.

—Esto... yo... —inspiró profundamente y se alzó en toda su estatura para infundirse valor. Ahora que había pensado un poco más en sus ideas, se daba cuenta de que eran bastante locas y que Cam podría enfadarse; no obstante, ya había empezado a hablar y no podía retractarse diciendo simplemente, *nada*. Bien. La suerte estaba echada.

—Hope... —Cameron pronunció su nombre entre dientes, signo evidente de su poca paciencia en el asunto.

Hope sonrió débilmente.

—Es... estaba pensando que las aldeanas del clan... de mi hermano —Hope tuvo el tino de no mencionar el apellido MacPherson para no despertar la aprensión, o el enojo en Cameron—. Ellas no saben confeccionar sus propios tejidos y dependen de comerciantes para hacerse con telas y mantas —una vez que empezó su discurso, se sintió más segura y se dio cuenta de que ya no podía parar—. En tiempos de mi abuelo había grandes tejedoras, pero ellas murieron hace mucho tiempo y no hubo nadie que siguiera con el oficio. Tal vez si... —por primera vez alzó los ojos hacia su esposo. Tragó saliva—. Estoy segura de que sería muy beneficioso para ellos si pudieran aprender...

Cameron inspiró profundamente.

—¿Y qué sugieres? —Preguntó. Era como si hubiese hablado entre dientes y exhalado aire con lentitud mientras pronunciaba aquellas pocas palabras.

—Tal vez, si tú lo permitieras, y si Eilín quisiera, ella y alguna de sus hermanas podrían viajar a las tierras de... mi hermano, y enseñar a las mujeres... Solo deberían ir un tiempo, no mucho... ¿un mes, quizás? —Expuso Hope, y aguardó.

Y Eilín, quien parecía entusiasmada con la idea, también esperó.

Y Cameron... Cameron no se apresuró en dar una respuesta.

Él sabía que, al acceder a que dos de las tejedoras de su clan instruyeran a las mujeres MacPherson en el tejido, estaría contribuyendo a que, en cierta forma, ese clan mejorara sus condiciones de vida. Le resultaba difícil digerir esa idea, pero debía también recordar que Nyah y su gente eran distintos y que él no podía hacerles pagar a ellos pecados que no habían cometido. Hacía poco que había comprendido aquello, y aunque lo comprendía, qué difícil le resultaba conciliarse con aquella reflexión.

Todos estaban pendientes de su respuesta.

Cameron sentía en su rostro la mirada suplicante de Hope, pero ni siquiera la miró cuando por fin asintió levemente con la cabeza.

Que Brenna lo perdonara, fue su amargo pensamiento al consentir.

En tanto, Hope, parecía resplandecer de dicha.

—Gracias, mi señor. Eres muy generoso —le dijo. De frente a él tomó sus manos, las alzó hacia sus labios, y las besó demostrándole su agradecimiento y devoción.

Cameron, sorprendido, buscó su mirada, y algo sucedió dentro de él.

Por un momento, Cameron olvidó el dolor que estrujaba su pecho y, en su lugar, sintió como si una llama se hubiese encendido allí, justo en su interior. Solo pudo pensar en la ternura que le inspiraba su pequeña esposa, con aquellas mejillas arreboladas, los ojos húmedos de emoción y los labios de fresa entreabiertos y dejando que su tibio y dulce aliento se escapara entre ellos lentamente hasta hacerle cosquillas a él en la garganta...

Pero solo duró un momento.

Cameron parpadeó como si pretendiera salir de alguna especie de hechizo, entonces sus ojos, esos ojos que por una breve fracción de tiempo habían dejado de estar vacíos, volvieron a ensombrecerse. Carraspeó y aplastó con puño de hierro la pequeña llama que había ardido en su pecho, reduciéndola a cenizas. Y cuando habló, su voz no denotó emoción alguna.

—Si Eilín está de acuerdo, ella y alguna de sus hermanas partirán en tres días hacia las tierras de mi cuñado —casi se atraganta al decir aquello, aunque nadie podría haber afirmado que lo notara—. Llevarán una escolta de cinco hombres que permanecerá en el castillo mientras dure la estadía de su visita allí, prevista, en un principio, para un mes. También llevarán algunos telares y lanas de colores, cortesía de mi señora esposa.

Eilín asintió, entonces los esposos se retiraron de casa de los Gordon para darles tiempo a las muchachas de prepararse para el viaje.

—Gracias —volvió a decirle Hope a Cameron cuando cabalgaban uno junto al otro a través del campo en dirección hacia un denso bosque ubicado a algunas hectáreas por delante de ellos.

Cameron asintió con la cabeza, pero ya no dijo nada.

Al menos durante un buen rato necesitaba guardar silencio y, de ser posible, no pensar en nada; ni en que había colaborado con los MacPherson, ni en Brenna, ni en las cosas que empezaba a producir Hope en él...

No. Cameron no quería pensar en nada, de lo contrario, estaba seguro de que enloquecería.



## Capítulo XVI

Los esposos visitaron a algunos arrendatarios más ese día, pero cuando la noche amenazó con caer sobre ellos, Cameron dictaminó que era hora de regresar a la fortaleza. Una succulenta cena los esperaba ya servida.

Todos los lugares alrededor de la mesa principal, excepto los que correspondían a Hopey Cameron, ya habían sido ocupados.

Kendrick MacDonald, quien aún no había emprendido el viaje de regreso a Skye, también se había sumado a la reunión y conversaba animadamente con Galen... Hasta que advirtió la presencia de Hope en la sala, entonces, sus ojos y su atención se desviaron sin remedio hacia la esposa del hijo de su anfitrión. Kendrick procuró disimular, más le resultó imposible. Ella, de apariencia tan angelical y pura, lo enloquecía.

—Entonces, muchacho, no olvides informarle a mi buen amigo Colin que mis hijos y sus esposos partirán hacia Skye en nueve días para llegar a tiempo para la celebración —decía él laird Galen McInnes.

Kendrick asintió con la cabeza. Procuraba prestar atención a las palabras de su anfitrión, también, intentaba fingir que Hope no estaba en el recinto, puesto que Cameron McInnes, su afortunado esposo, estaba junto a ella, y él debería hacer lo posible por no ofenderlo. No obstante, parecía que sus atrevidos ojos no entendían razones, porque aunque los apartara, siempre volvían a ella con miradas fascinadas.

Y su boca... ¡Oh, su boca, si tan solo pudiera haberse mantenido cerrada! Pero no. Su boca se abrió y rompió el silencio respetuoso que se había instalado entre ellos dos; dos seres que ningún futuro tenían, aunque él grandes esperanzas albergara, y le habló... Kendrick le habló a Hope y, estúpidamente, lo hizo halagando su aspecto.

—Su resplandeciente belleza hace avergonzar a la luna, lady Hope... —dijo, aún a sabiendas de que debería haber callado.

Hope bajó la mirada a sus manos apoyadas sobre su regazo. Estaba segura de que sus mejillas se habrían tornado del color del fruto del serbal. MacDonald se comportaba de forma atrevida al decirle a ella, una mujer casada, esas cosas. Ella debería ponerlo en su lugar, pero se sentía tan avergonzada que no encontraba las palabras justas para reprimirlo; entonces, simplemente guardó silencio.

Cameron apretó las muelas.

MacDonald estaba cruzando los límites al intentar seducir a su esposa en sus propias narices. *El muy maldito... ¡Maldición!* Gruñó Cameron mentalmente, mientras apretaba los puños bajo la mesa. *¿Pero a mí qué demonios me importa después de todo? Si MacDonald quiere a la MacPherson, de buena gana se la obsequio. Que se la lleve con él a las islas... y me dejen tranquilo. Que se la lleve...*

Cameron se puso de pie con brusquedad.

—Mi esposa y yo nos retiraremos a nuestros aposentos. Si nos disculpan... —anunció con sequedad.

Hope alzó los ojos hacia su marido.

—Tu esposa y tú, apenas han probado bocado —acotó Galen, quien observaba a su hijo de manera especulativa.

—Hemos tenido una jornada agotadora; además, no tenemos apetito —dijo como toda explicación, y tomó a Hope del antebrazo para que ella se pusiera de pie.

Hope obedeció a su esposo de inmediato.

—¿Tú no tienes apetito, querida? —preguntó el laird a Hope, mientras hacía oídos sordos a las palabras de su hijo.

Hope volvió a mirar brevemente a Cameron para de inmediato dirigir su atención a su suegro. Negó con la cabeza en respuesta a su pregunta.

—Si lo deseas, puedo hacer subir una bandeja a tu habitación.

—No —negó también con la cabeza para reafirmar su negativa—. No será necesario, milord. Mi esposo está en lo cierto. Hoy ha sido una jornada agotadora, y nada me apetece tanto como dormir.

Galen asintió.

—Bien, querida. Si es así, entonces les deseo que pasen una buena noche.

—Gracias, milord.

Cameron posó una mano posesiva en la cintura de su esposa, y la guió hacia el corredor en donde se abría paso la escalera de piedra. Ascendieron en silencio.

Al llegar al recodo del final de la escalera y subir los últimos escalones, Cameron alcanzó a ver el vuelo de una falda oscura desaparecer en el otro extremo del tenuemente iluminado corredor. Imaginó que sería alguna de las criadas terminando de alistar los cuartos de esa planta. Aunque

generalmente esas tareas se hacían durante la mañana, no sería extraño que algún miembro de la familia hubiese pedido algún capricho especial a última hora. Probablemente, Ian y Kate se quedaran a dormir en el castillo y, en ese caso, la criada estaría alistando un cuarto para ellos, imaginó, y no prestó mayor atención al asunto.

Los esposos ingresaron al cuarto, luego, él cerró la puerta tras su espalda.

Un acogedor fuego crepitaba en la chimenea y mantenía la habitación a media luz. Los gruesos cortinados de las ventanas permanecían cerrados. Hope se acercó a la cómoda, y encendió unas velas para iluminar más la estancia.

Cameron no se había movido de su lugar junto a la puerta. Hope volvió a acercársele, se detuvo frente a él, y permaneció expectante.

Hope intuía que algo había ocurrido a su esposo durante la cena y que por esa razón había decidido que ellos dos se retiraran al dormitorio. No quería ilusionarse falsamente con que Cameron pudiese haber sentido celos de los cumplidos que le había hecho MacDonald a ella; no obstante, su reacción, luego de las palabras de Kendrick, había sido inmediata.

Destellos casi mágicos parecían desprenderse del cabello de Hope cuando el fuego de la chimenea se refractaba en su superficie. A Cam le dio la impresión de que una docena de luciérnagas jugaba a las escondidas entre sus rizos castaños... y sintió fuertes deseos de acariciar los mechones y de tomarlos entre sus dedos para palpar si resultaban tan suaves al tacto como lo parecían a la vista... ¡Oh, y cuántos deseos sintió también, de llevarlos hasta su nariz y aspirar su dulce perfume!

Ella lo miraba...

Lo miraba sin ser consciente de lo que acababa de despertar en él.

Cameron avanzó un paso hacia Hope. No podía dejar de contemplar su larga cabellera cobriza. Mientras, se preguntaba cómo se sentirían las puntas de ese cabello deslizándose en una caricia sobre su pecho.

Y avanzó otro paso.

La distancia que los separaba era extremadamente escasa.

Hope contuvo el aliento... *¿Acaso puede ser posible que...?* pensó, aunque no tuvo el valor de concluir la frase. Temblaba de anticipación.

Un paso más... y otro... Entonces ya no quedó espacio posible entre ellos dos.

Cameron alzó una mano hacia la mejilla de Hope, y ella cerró los ojos. Y esperó.

Pero el contacto no llegó a producirse.

Cameron sacudió la cabeza para espabilarse, y abrió mucho los ojos con sorpresa al

comprobar dónde se encontraba. Fue como si despertara de un trance.

Y se enfureció...

Con rapidez dejó caer su brazo a un costado, y respiró en profundidad. Ella... ¡Maldición! Gruñó. El hechizo ya había quedado atrás, no obstante, cada gramo de su cuerpo le pedía a gritos fundirse con el glorioso cuerpo de... ella.

Cameron buscó en su interior el único recurso que podía salvarlo de cometer el mayor error de su vida: la rabia.

—No deberías comportarte como una ramera —soltó sin compasión, aunque en el fondo, su garganta se había atragantado con las palabras.

Hope abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo dices, esposo? —Preguntó con evidente dolor en la voz. Temblaba, aunque ya no de expectación.

—En el salón, aceptando los cumplidos de MacDonald, te comportaste como una cualquiera. Deberías cuidar las apariencias. Recuerda que eres una McInnes —masculló con ironía.

—¿Cómo una cualquiera? —preguntó con la voz quebrada—. Yo jamás acepté sus cumplidos... —se defendió en susurros.

—Tampoco los rechazaste —espetó con furia.

Cameron no sabía exactamente por qué razón sentía tanta rabia: Si por celos hacia Kendrick MacDonald, o por el hecho de que Hope fuese capaz de despertar celos en él cuando en realidad debería resultarle indiferente.

—Yo... Lamento si te he causado una mala impresión, esposo mío. Yo... yo no sabía qué decir...

—¿O no le has dicho nada porque te gustaron sus cumplidos?

—No, Cameron, no —negó con la cabeza. Sus ojos ardían, pero se negaba a derramar más lágrimas. Alzó los ojos hacia él, y en su mirada, Cameron advirtió cierto desafío. Hope inspiró profundamente antes de decirle—: Solo me importa lo que tú pienses o sientas por mí.

Entonces Cameron ya no supo qué argumentar.

Él sabía que debía retroceder. Un paso, dos, tres... los que fueran necesarios hasta que pudiera salir del cuarto de la que por ley era su esposa; sin embargo, no pudo.

En lugar de huir, Cameron alzó la mano y esta vez su palma sí entró en contacto con la suave mejilla de Hope. Sintió tal tibieza al tocarla, que la sensación se extendió hasta el interior de su cuerpo.

—Yo no debo sentir nada por ti, Hope... —le dijo él, y la inflexión en su voz al pronunciar aquellas palabras, se oyó muy similar a una disculpa.

Hope fue al encuentro de la mano que su esposo aún mantenía sobre su mejilla, y acarició brevemente el dorso de la mano masculina.

—Lo sé —le respondió, entonces mantuvo su palma quieta y, sutilmente, sus dedos se intercalaron con los de él—. Y ya ves que no te exijo nada.

Cameron asintió con la cabeza. Se sentía extrañamente conmovido.

Una breve llama de esperanza se había encendido en el interior de Hope. Cameron había dicho *no debo y, no debo*, difería bastante de *no puedo*. Según sus principios, él *no debía* sentir nada por ella, puesto que no lo consideraba correcto; no obstante, aunque el deber fuera un hecho, podía ocurrir que sin proponérselo sintiera alguna especie de afecto por ella... Es decir, Cameron *podía* sentir, aunque *no debiera*.

Hope le sonrió para tranquilizarlo. Él, de alguna manera, parecía inquieto.

—Ahora ve a dormir, esposo mío —le dijo con cariño. Ella no tenía razón alguna para ocultarle cuáles eran sus sentimientos por él.

Cameron frunció el ceño justo antes de esbozar lo que parecía un atisbo de sonrisa de lado.

—¿Acaso me estás despidiendo de tu dormitorio, esposa? —preguntó, con lo que fácilmente podía pasar por diversión.

Hope rió ampliamente.

—Así es —asintió.

Cameron se preguntó por qué razón le costaba tanto alejarse de ella, cuando sabía que no había nada que fuese más correcto que eso. Ahuyentó esos pensamientos y volteó su palma hacia arriba para tomar la mano de Hope, entonces la llevó hasta sus labios para depositar un breve beso en sus nudillos; luego la soltó, y se alejó hacia la puerta que unía ambos dormitorios.

—Que pases una buena noche, Hope —la saludó a modo de despedida.

—Y tú, esposo mío...

Cuando Cameron se retiró a sus aposentos, Hope se quitó la ropa de día y se vistió con un sencillo camisón que la cubría hasta los tobillos. Cepilló su largo cabello y lo peinó en una larga trenza que sujetó en un extremo con una cinta blanca.

Sabía que debía haberse molestado con su esposo cuando él le recriminó que ella se hubiese comportado como una cualquiera. No obstante, aunque en un principio sus palabras la hirieron profundamente, pronto había reflexionado que el enfado de él estaba movilizado por alguna clase de

sentimiento, y ella estaba casi segura de que se trataba de celos. Y si Cameron era capaz de sentir celos por ella, entonces tal vez... Prefirió no llegar a ninguna conclusión, aunque el pensamiento se mantenía latente dentro de su cabeza.

Hope sopló las velas que había encendido para iluminar el cuarto. Descorrió apenas las mantas, y se metió entre las sábanas. Suspiró.

El cansancio de una fuerte jornada ahora se hacía presente en un fuerte dolor de cintura, también, en que los ojos prácticamente se le cerraban solos.

De cara al techo, estiró su cuerpo sobre el colchón procurando relajar cada uno de sus músculos, entonces su pie dio con algo frío...

El miedo paralizó su capacidad de reacción durante un instante. Permaneció inmóvil, rogando para que su pie solo hubiese tocado un pliegue frío de la sábana. Su razón le decía que esa suposición lejos estaba de ser correcta.

Cerró los ojos, y tragó saliva. Tal vez, también rezó.

Transcurrió un segundo, dos, tres... tal vez fueron siete u ocho, entonces algo se movió con sigilo bajo las sábanas, y reptó sobre su tobillo.

Un grito de terror escapó de la garganta de Hope y, casi al mismo tiempo en un solo movimiento sincronizado, se sentó, empujó su espalda contra la pared, y recogió sus piernas contra su pecho.

Al grito de Hope le siguió el estruendo de la puerta del cuarto al estrellarse contra la pared y, pronto, ella se vio rodeada por los fuertes brazos de su esposo.

Después de que dejara el cuarto de su esposa, Cameron había alcanzado a quitarse las botas, el morral, la espada, y la camisa rústica. Estaba desabrochando su cinturón para quitarse el plaid y meterse en la cama, cuando oyó el grito desesperado de Hope. Sintiendo que el corazón latía en su garganta, no lo había pensado dos veces, y había corrido hacia el cuarto de ella.

Ella temblaba. Temblaba vigorosamente. Era evidente que no podía calmarse.

—¡Hope! ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó Cameron. Mientras, palpaba con sus manos los brazos de la muchacha para comprobar si acaso ella había sido herida.

Ella no respondía. El único sonido que abandonaba su cuerpo tembloroso era su respiración agitada y el retumbar de su corazón, que Cameron percibía sobre su propio pecho.

—Hope, hálame por favor. ¿Qué es lo que pasa, niña?

Ella no podía hablar. Únicamente fue un sollozo aquello que escapó de su garganta, y su mano temblorosa señaló hacia los pies de la cama.

Cameron miró en la dirección que ella señalaba, pero el cuarto era apenas iluminado por las ascuas del fuego en la chimenea y él no alcanzaba a ver nada fuera de lugar.

—Encenderé una vela —dijo.

Ella se aferró con más fuerza a sus hombros, y volvió a sollozar.

—Shhh —la consoló. Acarició su cabeza con explícita ternura—. Todo estará bien, Hope. Te lo prometo.

Ella pareció creerle. Aflojó un poco su agarre para permitirle a él apartarse y encender una de las velas que apenas un instante antes ella había apagado.

Con el cuarto iluminado, Cameron advirtió la mortal palidez de su esposa, y se maldijo. También se preguntó qué podría haberla aterrado de aquella forma.

Volvió a su lado.

Ella tenía la mirada fija en los pies de la cama.

Con cautela para no alterarla aún más, Cameron tomó la barbilla de Hope con las puntas de sus dedos y le volteó el rostro hacia él. Ella, inevitablemente, volvía a desviar sus ojos hacia el colchón.

—Hope, mírame —le ordenó con suavidad—. Mírame —volvió a repetirlo.

Esta vez, ella obedeció.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntarle Cameron cuando supo que había captado su atención. Ella no dejaba de temblar entre sus brazos.

—Allí... —balbuceó Hope. Alzó una mano trémula hacia los pies de la cama—. Hay algo... —dijo, y volvió a convulsionarse al recordar la espantosa sensación que le produjera sentir al animal reptando sobre su pierna.

—De acuerdo. Veré qué hay allí —dijo él.

En un principio, Hope se negó a soltarlo. Cameron le tomó las manos y aflojó sus dedos hasta liberarse. Se puso de pie. Ella temblaba.

Cameron decidió que debía terminar de inmediato con aquello.

Tomó un extremo de la manta y de la sábana juntas, y las descorrió con un rápido movimiento. Un nuevo grito de Hope atravesó sus oídos, mezclado esta vez con el sisear de la serpiente que con rapidez se escabulló debajo del lecho.

—¡Mierda! —exclamó él, mientras se acuclillaba para mirar debajo de la cama.

Se oyeron pasos a la carrera en la escalera, luego en el corredor y, poco después, un nuevo portazo resonó en la noche.

—¡Qué es lo que pasa aquí! —aulló Galen.

El laird, quien aún permanecía en el salón, había escuchado los gritos de terror de Hope y no había podido ignorarlos. Había acudido junto con un guardia a inspeccionar qué ocurría en el cuarto de su nuera. Al abrir la puerta, se había encontrado con la muchacha acurrucada en la cama, y con su hijo acucillado junto a ella.

—Una serpiente —masculló Cameron en respuesta—. ¡Había una maldita serpiente en la cama de mi esposa! —dijo. Volvió a ponerse de pie, solo para inclinarse hacia Hope y alzarla en brazos.

—¿Una serpiente aquí? —preguntó su padre, extrañado, y sin dejarle a su hijo ocasión de responder, añadió una nueva pregunta—: ¿Ya la atrapaste?

—Sí, una serpiente aquí, entre sus sábanas. Y no, no pude atraparla todavía. Huyó bajo la cama —explicó, mientras acunaba a su esposa entre sus brazos igual que si ella fuese una niña pequeña.

—Bien, llévate a tu mujer de este cuarto —ordenó Galen, quien había advertido el terror cincelado en el rostro de su nuera. Entre el cansancio por la ajetreada jornada, y el susto, ella parecía a punto de desmayarse—. Vayan. Nosotros nos encargaremos de la intrusa —indicó el hombre mayor.

El guardia estaba echado de cara al suelo inspeccionando bajo los muebles.

Cam asintió. Ninguno mencionó nada más, pero se dirigieron una rotunda mirada en la que daban a entender que resultaba por demás extraño que hubiese una serpiente en la zona; con mayor razón, dentro de la cama de la muchacha.

Cameron no alcanzó a abandonar el cuarto.

—La tengo —anunció el guardia.

Cuando el hombretón se puso de pie, mantenía al reptil con cuidado y pericia entre sus manos. Una intimidante mirada de color anaranjado se desprendía de la cabeza parda.

—El veneno de esta desgraciada es mortal... En *Hogmanay*[8], mi pobre primo de las *lowlands*[9] pasó a mejor vida por culpa de una como esta —dijo el guardia. Sujetaba con firmeza la cabeza del ofidio.

—Deshazte de ella —le ordenó el laird—. Y dejo en tus manos que averigües cómo llegó este animal a la cama de mi nuera, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello, mi señor —dijo el hombre antes de abandonar el dormitorio.

—¿Crees que tu esposa necesite ser atendida por la sanadora? —Preguntó Galen a su hijo. La

muchacha, finalmente parecía haberse dormido o desmayado en brazos de Cameron, quien se apresuró a negar con la cabeza.

—Creo que no será necesario —dijo, y aferró con mayor fuerza su carga.

—Bien... voy a retirarme ahora... —anunció el hombre mayor, y se dirigió hacia la puerta de entrada. Se volvió hacia su hijo—. Cameron... no la dejes sola.

Cameron observó el pálido rostro de Hope. Ella mantenía los párpados cerrados. Se veía tan vulnerable que algo dentro de su pecho estrujó su corazón.

Negó una vez más con la cabeza.

—No la dejaré sola... —dijo simplemente. Su padre, conforme, se retiró a sus aposentos. Una vez que Galen los dejó solos, Cameron avanzó al interior de su cuarto, cerró la puerta que unía ambas habitaciones, y se dirigió hacia su amplia cama.

Cameron se inclinó para depositar a Hope sobre el colchón. Al sentir que el fuerte agarre de su protector se aflojaba, ella se removió inquieta. Entreabrió los ojos.

—Aquí estarás segura —la tranquilizó él.

Cameron esperó a que ella apoyara la cabeza en la almohada, entonces la cubrió con las mantas. Se sentó en un sillón de madera con cojines que había cerca de una de las paredes, y desde allí la observó.

Ninguna otra mujer había dormido antes en su cama, y la primera, sería una MacPherson. Algo se apretujó en la boca de su estómago.

Cameron dudaba de que la serpiente se hubiese refugiado entre las sábanas de Hope por sus propios medios. Era sabido que esa clase de ofidios no era frecuente en la zona, mucho menos, debería de haberlos entonces dentro del castillo. Que el reptil apareciera en el cuarto de su esposa, para Cameron tenía un significado explícito. Apostaba su alma a que se trataba de un código.

El día de la boda, alguien se había encargado de hacerle llegar a él un mensaje por escrito. Esta vez, la palabra no había sido escrita en un papel, no obstante, el significado era el mismo, y era manifiesto: *Traidor*.

*¿Y si el ofidio hubiese mordido a Hope... y ella hubiese muerto? Se preguntó Cameron alarmado, y él mismo se respondió de inmediato: Venganza... quien enviara el mensaje, hubiese también cobrado venganza por mi traición...*

Dos mensajes, y un solo símbolo...

*Lo siento, Hope... por mi causa has corrido peligro*, pensó con remordimiento.

Decidió que debería hablar con el laird MacKenzie para explicarle cuál había sido el

verdadero objetivo de su matrimonio con Hope MacPherson. Porque Cameron estaba convencido de que eran los MacKenzie quienes estaban detrás de los atentados.

No juzgaba a la familia de Brenna, su ex prometida; al contrario, hasta los comprendía, aunque también era cierto que ellos estaban equivocados. Hope no podía sufrir ningún daño. Ella era inocente; siempre lo había sido.

Hope se acurrucó en la cama, y sollozó.

Cam se acercó a ella. Comprobó que soñaba. La pobrecilla sufría una pesadilla.

—Shhh... —la tranquilizó. Se sentó en el borde de la cama, y le acarició a ella el cabello—. Duerme, pequeña. Te prometo que nadie te hará daño —susurró con voz calma, en una promesa que trascendía el corto espacio de tiempo que podía ocupar una sola noche.

Ella volvió a sollozar.

Cameron suspiró. Sabía que cometía un gran error, sin embargo, por primera vez aplastó el pensamiento de advertencia, descorrió las mantas, y se recostó junto a su esposa. La refugió bajo su brazo, y ella descansó su cabeza sobre su amplio pecho desnudo.

Al sentirse protegida, Hope por fin pudo relajarse. Apoyó una mano sobre el pecho de su esposo, y exhaló un suspiro de alivio; entonces volvió a caer en un sueño profundo.

La iluminación en el cuarto era bastante buena. Los cortinados estaban descorridos y permitían que la luz de la luna se filtrara a través de la ventana. Sobre la mesa de noche ardía una vela a medio consumir, y en la chimenea, las ascuas habían sido recién reavivadas y de ellas se desprendían algunas llamas oscilantes.

Cameron observó el delicado perfil de la mujer que descansaba la cabeza sobre su pecho. Ella le pareció frágil y diminuta entre sus brazos, y unas salvajes ansias de protegerla invadieron su interior. Esa caja que él suponía vacía, de pronto parecía no estarlo tanto. Pero él no debía...

*No debo...* se dijo, mientras su mano, desobediente, se alzaba hasta alcanzar una hebra de fino cabello que a ella se le había desprendido de la trenza. Atrapó el mechón entre sus dedos, y lo sintió suave y fresco.

*No debo...* se dijo, mientras inclinaba apenas su cabeza para que su sentido del olfato se deleitara con la fragancia dulce y floral que se desprendía de la cabellera completa.

*No debo...* se dijo, mientras la misma mano que antes transgrediera las débiles barreras que separaban lo correcto de lo incorrecto, se alejaba aún más de lo que la corrección dictaba, y acariciaba la mejilla de la muchacha.

Hope se removió entre los brazos de su esposo, y en busca de más de su calor y protección, se pegó más a su costado. Su tibio aliento acarició el cuello de Cameron, quien en un intento de mantener la locura a raya, volvió a repetir en su mente una y otra vez su mantra.

*No debo...* se dijo, cuando era evidente que ya no solo su mano o su nariz le desobedecían, sino que lo hacía su cuerpo entero. Su mano había capturado la cabeza de Hope a la altura del cuello y la nuca, y ya la alzaba levemente, mientras que su torso se inclinaba para ir a su encuentro.

*No debo... ¡Por Dios, no debo!* fue el último pensamiento de Cameron cuando sus labios se fundieron con los de su esposa.

## Capítulo XVII

Era la primera vez que Hope era besada de esa manera.

El día de la boda, Cameron había besado a Hope en los labios, pero aquello no había sido más que *apoyar sus labios sobre los de ella*, en cambio ahora... ahora...

La sorpresa despertó a Hope, quien se encontró atrapada entre un enorme colchón que parecía engullirla, y el cuerpo de su esposo sobre ella.

En un principio, Hope creyó que soñaba. ¿De qué otra manera podría explicar ella que Cameron la estrechara entre sus brazos con tanta fiereza y que devorara su boca con tamaña pasión?

Debía de ser un sueño... no obstante, parecía real. Demasiado real.

*Es un sueño...* se dijo Hope, aunque alzó los brazos y rodeó el cuello de su esposo para acercare aún más a él, y aunque no supiera con exactitud qué hacer, responder a su beso.

Si se trataba de un sueño, no deseaba volver a despertar... jamás.

Cameron besaba a Hope con pasión desenfrenada. Sus manos no seguían ningún dictamen más que el del instinto, y su piel, ardiente, reclamaba a gritos fundirse con la piel de ella. Se sentía salvaje, y al mismo tiempo, una extraña emoción invadía su pecho. Su corazón, el cual él había creído muerto hacía tiempo, parecía una tropilla de caballos salvajes galopando sin freno.

Las emociones rigieron los actos de los esposos, hasta llevarlos al límite.

Nada más existía: ni el pasado ni el futuro, solo el ahora tenía lugar en aquel cuarto y entre aquellas sábanas...

Hasta que la razón volvió a reclamar la mente de Cameron con su fuerte aguijón; entonces, un nuevo *no debo*, se transformó en pensamiento...

No debía sentir que la gloria era tener a su esposa entre sus brazos; tampoco, sentir que se esfumaría la vida de su cuerpo si se apartaba de ella.

No debía, ¡pero por Dios que eso era lo que él sentía!

Pretendió con un nuevo beso ignorar su propia conciencia, no obstante, el peso de esta

resultaba demasiado concreto. Sabía que debía apartarse de Hope, ¡pero cuánto le costaba alejarse de ella!

Abrazó a Hope con mayor intensidad. Con ardor, su boca resiguió el perfil femenino hasta llegar a su sien. Depositó allí un beso, cerró los ojos, y se demoró unos instantes mientras absorbía la dulzura de su perfume.

¡Cuánto le costaba alejarse de ella!

Un beso más... solo uno. Un beso que él pudiera atesorar en su muerte en vida.

*No debo...*

*Uno más... solo un beso más...*

*No debo...*

—No debo —logró por fin articular en voz alta. Atrapó el rostro de Hope entre sus manos, y la besó en la frente; entonces volvió a susurrar con los labios aún medio apoyados contra su piel—: Lo lamento, Hope... Lo lamento, y no te imaginas cuánto; pero no debo. No debo.

Entonces Cameron se alejó de ella. Se sentó en el borde de la cama con los pies descalzos en el suelo. Descansó los codos sobre sus muslos, y encerró su cabeza entre sus manos.

El corazón de Hope no lograba recuperar la calma.

Esa noche, algo había cambiado definitivamente entre ellos dos.

Ella alzó la mano para acariciar la espalda de él, pero se contuvo y volvió a bajarla. Se volteó hacia el otro lado de la cama, y ahogó un sollozo.

Cameron podría quererla, pero su sangre, la sangre MacPherson, siempre se interpondría entre ellos.

Esa noche, Hope lloró en silencio.

Cameron no abandonó la habitación, pero ya no volvió a recostarse a su lado. La tentación podía ser demasiado poderosa cuando en él se desataba una impetuosa lucha entre la pasión y la razón.

\* \* \*

Hope se despertó cuando la claridad de un nuevo día inundó la habitación.

Se sentó en la cama, con la espalda apoyada en el respaldo, y recorrió la estancia con la mirada. Estaba sola, comprobó. En su inspección también dio con uno de sus vestidos. La prenda de color verde oscuro estaba extendida a los pies de la cama. Imaginó que Cameron pensaría que ella no querría entrar a su cuarto después del susto que había sufrido a causa de la serpiente la noche anterior, y había hecho que le llevaran algo de ropa allí.

La noche anterior... Hope tocó sus labios con las yemas de sus dedos. Aún percibía en su boca el sabor de Cameron...

Saltó de la cama al recordar que ese día ella y su esposo deberían visitar al resto de los arrendatarios. Esperaba que Cameron no se hubiese ido ya, y sin ella.

Con premura se quitó el camisón, y se vistió con las prendas que alguien había dejado sobre la cama. Debajo del vestido había encontrado una delgada camisa de lino. Sus botas estaban en el suelo. Se las calzó. Desarmó la trenza despeinada y alisó sus cabellos con los dedos, entonces volvió a trenzar el cabello y a sujetarlo con la misma cinta. Una vez que estuvo lista, sin siquiera comprobar su aspecto en el espejo, corrió fuera del cuarto.

Bajó las escaleras y atravesó el salón vacío como una exhalación. Ingresó a la cocina; esperaba que Cameron aún estuviese allí tomando su desayuno. Pero solo encontró a la anciana cocinera, quien sacaba algunos bollos dorados del horno.

—Bue... Buenos días —saludó agitada por la carrera.

—Buenos días, lady McInnes —la saludó la mujer.

—¡Oh, Annette, por favor, llámeme Hope, no lady McInnes! —le pidió con cariño a la anciana.

La mujer le dedicó a la señora del castillo una amplia sonrisa a la cuál faltaban algunas muelas, y asintió con la cabeza.

—Como quiera, querida.

—¿Ha visto usted a mi esposo? —quiso saber Hope con premura.

—¡Ya lo creo que sí! Estuvo aquí. Comió un poco de porridge de avena y un panecillo. ¿Puede usted creer que solo comió uno, cuando acostumbra comer una bandeja él solito? No, no, ese muchacho... —dijo en tono de reprimenda—. Andaba apurado. Dijo que debía visitar a los arrendatarios —acotó.

—¿Annette, hace mucho rato que Cameron se retiró de la cocina? —preguntó, dejando traslucir un atisbo de desilusión en la voz.

—No, mi querida. No hace mucho, pero sí llevaba prisa.

Hope recobró un poco de esperanzas.

—Gracias, Annette. Iré a ver si puedo alcanzarlo. Tal vez aún esté en el establo.

—¿Pero milady, no desayunará usted? —protestó la mujer.

—No, querida Annette. No puedo detenerme a desayunar cuando aún puede que alcance a mi esposo. Debo ir con él.

—Bueno, pero llévese algunos panecillos para el camino —dijo, mientras con rapidez ponía algunos bollos dentro de un trapo limpio para luego entregárselos a Hope, quien después de agradecerle a la anciana, de inmediato abandonó la cocina.

Hope volvió a cruzar el salón, pero esta vez en dirección hacia la puerta de ingreso, la cual agradeció encontrar apenas entornada.

Abrió la pesada hoja de madera, y un rayo de sol impactó en sus ojos. Los cerró durante un breve instante y, aún medio cegada, giró hacia su derecha y corrió siguiendo la pared del castillo.

Al llegar al final del frente de la construcción, Hope dobló una vez más hacia la derecha, hacia los establos. Iba con tanta rapidez, que no alcanzó a ver a la persona que se acercaba en dirección contraria a la que llevaba ella, e impactó de lleno contra un amplio pecho que adivinó masculino.

No era necesario que Hope alzara los ojos para comprobar que se trataba de Cameron. Su olor también permanecía aún impregnado en sus fosas nasales y en su vívida memoria. Se sonrojó notoriamente.

—¿Ibas a irte sin mí? —se animó a preguntarle a media voz y con timidez. Sus mejillas adoptaron un matiz aún más intenso.

—Iba a hacerlo —le respondió él. Tomó la barbilla de Hope con una mano, y alzó su rostro para encontrarse con sus ojos, los cuales se veían dorados y translúcidos como la miel. Su otro brazo permanecía alrededor de la cintura de su esposa. Al chocar, él la había abrazado para que ella no cayera hacia atrás. Cameron retomó la oración, y le confesó—: Iba a hacerlo. Pero no pude...

Hope tragó saliva.

—¿Por qué?

Cam sonrió.

—Porque te había hecho una promesa, y no me gusta faltar a mi palabra. Además, no pude...

Fue el turno de Hope de sonreír.

—Ya has dicho que no has podido irte.

Cam negó con la cabeza. Lo cierto era que la promesa que él le había hecho a ella no había sido lo único que lo detuvo.

—No pude irme sin ti, Hope. No sé qué voy a hacer, pero he comprendido que no puedo permanecer lejos de ti... —le confesó.

—Cameron... Anoche... —susurró Hope, mientras los recuerdos guiaban las puntas de sus dedos hacia sus propios labios.

—Shhh —Cam la silenció. Su mirada, hechizada, se había fijado en los labios de ella. Reemplazó los dedos de Hope por los suyos propios, y la acarició allí donde la noche anterior la había besado con tanta pasión y desenfreno. En algo que podría haber sido tomado como un anhelo, y a la vez como un pensamiento en voz alta, dijo—: Si tan solo te hubiese conocido en otras circunstancias... Si tú...

—Si yo no tuviera sangre MacPherson corriendo por mis venas —concluyó ella con dolor.

Cameron asintió.

—Entiéndeme, por favor —le rogó—. No debo faltar a mi promesa, Hope. No debo.

*Nunca mancharé la sangre de los McInnes, con la sangre de asesinos.* Había sido su promesa. Hope lo recordaba muy bien.

—Entiendo... —le dijo ella.

Entendía. Hope entendía las razones que Cameron tenía para no unir su sangre a la de ella; pero comprender no restaba dolor a su pena.

El silencio reinó durante algunos segundos en los que solo se oyó el trino de los pájaros y el relinchar de un caballo a la distancia.

—Yo... iba a buscarte —dijo de pronto Cameron, cambiando de tema radicalmente. Cuando Hope frunció el ceño con desconcierto, explicó—: Para visitar a los arrendatarios. ¿Estás lista para partir ahora?

—Eh... —dudó un momento, luego asintió—. Sí. Estoy lista.

Hope no estaba segura de estar preparada para soportar lo que le deparaba su matrimonio a medias con Cameron McInnes y la variabilidad de emociones que ello suponía. Lo más probable era que como resultado, su corazón quedara hecho trizas; no obstante, estaba decidida a no dejarse amedrentar. Haría frente a cada noche y a cada nuevo amanecer y, de ser posible, no se permitiría perder las esperanzas.

En algunas ocasiones, Hope aún guardaba entre sus más profundos anhelos que Cameron

llegara a quererla. A veces le parecía una idea descabellada, otras veces, como ahora que él la tenía entre sus brazos y ella podía percibir su corazón llevando un ritmo acelerado bastante parecido al de ella, no tanto...

## Capítulo XVIII

*Dos días después*

—¿Puedo suponer que si estás aquí, es porque cumpliste con la misión que se te había encomendado? —Preguntó el hombre de gesto adusto.

—Me temo que no, mi señor —tuvo que reconocer la mujer. Había bajado la mirada con temor por las represalias que el hombre pudiese tomar con ella por haber fallado.

El puñetazo se estrelló estruendoso contra la madera del escritorio.

—¡Te advertí que no admitiría errores, sin embargo, me dices que no has cumplido con tu misión! ¿Y aún así has tenido el valor de regresar a estas tierras, mujer estúpida? —Inquirió en voz alta y poderosa. Apoyó las manos en la madera, y se puso de pie en gesto amenazante.

La mujer se encogió en el lugar.

—Lo... lo lamento, mi señor. Yo he hecho tal como me has mandado, pero algo salió mal. La... la serp... —tragó saliva. El pavor le provocaba sudores a lo largo de la espina y en las palmas de las manos. Se las restregó en la falda de color gris humo—. La serpiente no la ha mordido...

—¡Y *la MacPherson* sigue viva! —Gruñó el hombre entre dientes, no en una pregunta, sino en una rotunda afirmación mezclada con rabia.

—Me temo que sí, mi laird; pero no por mi culpa, se lo juro.

—Deberías haber permanecido en las tierras de McInnes hasta cumplir con la misión que se te había encomendado claramente; no regresar aquí.

—Pero mi señor —protestó la mujer, sin atreverse a alzar los ojos—, allí se armó un revuelo. El laird McInnes dijo que ninguno de sus guardias descansaría hasta que no averiguaran cómo llegó la serpiente a la cama de su nuera. Ninguno se creyó que el bicho ese pudiese aparecer allí por sí solito... ¡Iban a atraparme!

—¿Y crees que aquí estás más segura que allí, mujer estúpida? —dijo el laird con voz amenazante—. ¿Acaso no temes mi ira? Porque te aseguro que deberías de temer —dijo, mientras

llevaba su mano a la empuñadura de asta de ciervo de su *Dirk*.

—No mi laird, por favor —gimió. Se arrojó de rodillas a los pies del hombre y se aferró a sus tobillos. Mantenía la cabeza gacha, cerca de los pies de él cuando añadió con voz titubeante al principio—: Yo... yo puedo recompensar mi falta con valiosa información que tengo para usted.

—La única información que yo deseaba oír, era la que anunciara la muerte de *la* MacPherson —espetó con evidente odio al pronunciar el apellido que tanto dolor había traído a su vida.

—Pero, mi laird, le prometo que esta información le será de mucha utilidad. Se lo prometo —se apresuró a asegurar con desesperación. Se aferró con mayor fuerza a las piernas del hombre, y apoyó su mejilla en su tobillo—. Deme una nueva oportunidad, mi señor. Por favor, sea benévolo con esta pobre sierva que no quiere más que hacer su voluntad.

Por un breve instante, el laird pareció apiadarse de la mujer.

—Bien. Habla —ordenó.

La sierva suspiró con alivio. La sangre parecía volver a circular por sus venas.

—McInnes y su esposa partirán en siete días hacia Skye. Han sido invitados a una fiesta por el laird MacDonald. No llevarán escolta, más que a Mc Dubh, y también los acompañará lady Katherine. Serán solamente ellos cuatro, mi señor, nadie más.

Los ojos del laird brillaron con malicia, como si inmediatamente hubiese entretejido un nuevo plan en su mente.

—Retírate —le ordenó a la sierva—. Búscate alguna tarea para hacer en las cocinas hasta que vuelva a requerir de tus servicios —dijo, luego, dirigió su atención a su consejero, quien había presenciado toda la escena en silencio desde el otro extremo del escritorio—. ¿Qué crees? —le preguntó.

—La informante dijo que McInnes y su gente emprenderían el viaje en siete días —meditó un instante e hizo cálculos mentales mientras urdía un plan. Buscó un papel y una pluma, luego trazó un precario mapa. Señaló varios puntos mientras le comunicaba al laird lo que había planeado—: Contando que estamos al este, a dos días de las tierras de McInnes, deberíamos salir de aquí en cuatro días. Dos días nos llevaría acercarnos a sus tierras, y en los dos días restantes podríamos seguir avanzando hacia el oeste. De esa forma nos adelantáramos a ellos y podríamos emboscarlos aquí en las montañas —marcó una cruz en un punto estratégico del mapa manuscrito—, cuando vayan de camino a las islas.

El laird asintió conforme. Ni él mismo hubiese tramado un plan más brillante.

—Creo que la suerte estará a nuestro favor, George. Ellos viajarán sin escolta...

El consejero interrumpió las especulaciones del laird.

—Es sabido que Mc Dubh y Cameron McInnes no necesitan de ninguna escolta para protegerse. Ellos mismos se valen de su destreza e inteligencia para ello. No obstante —señaló el hombre, quien meditaba en el asunto concienzudamente—, si lady Katherine los acompañará, podemos utilizarla para volver vulnerable a Mc Dubh. Ella es su debilidad, y es sabido también, que la muchacha es muy apreciada por su hermano. Si la capturamos, tendríamos una gran ventaja a nuestro favor.

—Estoy de acuerdo contigo en ese punto, pero de ser posible, lady Katherine no debe ser dañada —acotó el laird.

—Procuraremos que así sea, mi señor. En cuanto a la esposa de McInnes...

El laird se irguió en toda su estatura. Con determinación rotunda, dijo:

—*La MacPherson* no puede salir con vida de la refriega.

—Así será entonces, y...

*Shhh* indicó el laird, y con una seña le mostró a su consejero la puerta. Había oído un ruido sospechoso al otro lado de la madera, como si alguien estuviese escuchando a hurtadillas del otro lado.

El hombre más joven, casi sin hacer ruido con sus pisadas, se apresuró a acercarse a la puerta. Asió el pomo, y tironeó con fuerza con intenciones de atrapar al figón.

Nada.

Miró hacia ambos lados. Y nada.

En el corredor se respiraba un vacío mortecino. Las débiles llamas de las antorchas adosadas a la pared apenas se balanceaban en una danza monótona mecida por la sutil corriente de aire y dibujaban sombras que crecían hacia el techo en formas fantasmagóricas.

El consejero negó con la cabeza.

—Nada —dijo, para reforzar su seña—. Si aquí había alguien, seguro fue esa sierva, figoneando para enterarse si acaso hablábamos acerca de su propia suerte.

El laird asintió conforme con la deducción de su hombre de confianza. Le hizo señas para que volviera a cerrar la puerta y se acercara al escritorio.

—Prepara a los hombres. Nos atenderemos a tu plan, y partiremos en cuatro días con las primeras luces de la mañana —ordenó el laird.

El primer plan había fallado, pero por su alma juraba que ahora tendría éxito.

Nadie se lo impediría.

\* \* \*

Poco después, al amparo de la noche y de la oscuridad, una figura vestida íntegramente de negro, y encapuchada, abandonó la fortaleza a lomos de caballo. Se dirigía hacia el oeste, y llevaba prisa. Demasiada prisa.

## Capítulo XIX

La tarde estaba pronta a caer. Los viajeros se sentían agotados, y el viento frío y seco del noreste, que hacía rato que había empezado a soplar con más fuerza, los estaba calando. Se sentían presurosos por detenerse a descansar. Solo buscaban un sitio sencillo; alguna posada o tal vez alguna taberna con cuartos que les proporcionara refugio cálido y, al mismo tiempo, que se encontrara alejada del camino.

Esa mañana habían iniciado el viaje hacia las islas. Un viaje que habían tenido que reorganizar y emprender de manera apresurada.

\* \* \*

Un visitante inesperado había llegado la noche anterior al castillo McInnes y había pedido hablar de manera urgente y en privado con Cameron. Ellos se habían encontrado a solas en la biblioteca. Solo entonces la mujer había dejado caer la capucha hacia atrás, y así había desvelado su identidad ante él.

—Lady Fiona... —expresó Cameron con sorpresa al reconocer a lady Fiona MacKenzie. Algo se había apretujado en la garganta de Cam. Ella era la hermana menor de Brenna y su sola visión abarrotaba su mente de recuerdos y de sentimientos encontrados. Procuró ahuyentarlos, además, un alerta se había encendido en su cabeza—. ¿Pero qué hace usted aquí? ¿Ha venido acaso sin una escolta?

—Sí, lord Cameron. Ha sido necesario que emprendiera esta travesía con urgencia, y sola. No se preocupe usted por mí. No soy yo quien corre peligro.

—¿Peligro? ¿Pero de qué está hablando?

—Eso es lo que he venido a advertirle. Usted y su esposa corren peligro.

Cameron alzó una ceja en gesto especulativo.

—¿Quiere explicarme? —preguntó, arrastrando las sílabas hasta convertirlas en más largas de lo que deberían haber sido.

—Desde luego. De otro modo, no me hubiese molestado en cabalgar dos días, ¿no le parece? —se atrevió a bromear ella.

Cameron no pudo más que sonreír.

—Es verdad, lady Fiona. Deberá usted disculpar mi estúpida pregunta, y por favor, tome asiento —le ofreció, señalando un confortable sillón.

Ella aceptó, y descansó su cuerpo fatigado en el mobiliario. Sacudió su falda sutilmente con el dorso de la mano. La prenda se veía polvorienta a causa del viaje. Al comprobar que era imposible mejorar el aspecto de su ropa, se encogió de hombros y volvió su atención a su interlocutor, quien también había tomado asiento, pero en un sillón de un cuerpo, frente a ella.

—Y bien —dijo Cameron, alentándola para que comenzara a hablar.

—Como le he dicho, milord, usted y su esposa corren peligro. Sé de buena fuente que lady McInnes ha sufrido un atentado que, gracias a Nuestro Señor, no ha rendido más frutos que un susto.

—¿Me permitirá usted preguntarle cómo sabe eso, milady?

—Milord, si usted me hace esa pregunta —sonrió—, me obligará a confesar que he estado escuchando detrás de las puertas.

Cameron asintió ante su clara respuesta.

—¿Y qué más escuchó, lady Fiona?

—Me mortifica mucho tener que confesar que mi padre está detrás de ese vil atentado, milord... Mi padre no comprende. Él se siente traicionado por usted y desea venganza.

—Créame que no lo juzgo, milady. Para lord MacKenzie, quien, permítame aclararle, goza de mi plena estima, debe haber resultado un acto vil y traicionero de mi parte que me desposara con un miembro de la familia MacPherson; pero...

—No, milord. No necesita usted brindarme explicaciones. Yo no juzgo su sabio proceder, el cual ha traído paz entre las familias McInnes y MacPherson... Y mi padre tampoco debería de hacerlo.

—¿Lady Fiona, usted no cree que mi proceder, al desposarme con Hope MacPherson, haya sido reprochable?

—No, milord; en absoluto. La paz entre dos familias justifica cualquier acto. Además, tengo

mis razones, que por el momento pretendo reservar solo para mí, que me impiden sentir animosidad en contra de su esposa o por el resto de su familia; exceptuando claro está, a su padre y a sus dos hermanos mayores, quienes han pagado con su vida por las salvajadas que cometieron.

—¿Cree usted que...? —Cameron guardó silencio.

Fiona entrecerró los ojos para observar mejor al hombre frente a ella. Adivinaba dolor en los ojos pardos de quien fuera el prometido de su hermana mayor. Sabía cuánto él la había amado, y sospechaba que él nunca dejaría de quererla, al menos un poco.

—¿Qué iba a preguntarme, milord? No guarde silencio, por favor.

Cameron negó con la cabeza.

—No me haga caso, milady; y por favor, dígame qué más ha averiguado.

Ella asintió. Sospechaba cuál podría ser la pregunta que McInnes no había llegado a pronunciar. Por lo pronto, ella también guardaría la respuesta.

—Mi padre había infiltrado en el castillo una espía. Lo lamento, pero yo no lo supe hasta que ella regresó a nuestras tierras.

—¿Una sierva, no es así? —Preguntó él.

La investigación realizada para desentrañar el misterio de la aparición de la serpiente en el lecho de Hope, los había llevado a sospechar de la mujer que hacía poco tiempo había sido empleada para realizar tareas de limpieza. Y las sospechas se confirmaron cuando ella había desaparecido como por arte de magia al día siguiente.

—Así es —confirmó lady Fiona—. La sierva tenía órdenes de... —tragó saliva y desvió la mirada. Se sentía avergonzada. La orden había sido impartida por su padre—. Ellos esperaban que la serpiente mordiera a lady McInnes... —dijo.

No era necesario que lady Fiona completara la oración. Quedaba claro que el objetivo del atentado había sido la muerte de Hope. Cameron sintió que se helaba la sangre en sus venas...

*Si Hope hubiese muerto...*

Una sensación de vacío en el estómago le provocó náuseas que se obligó a reprimir. Inspiró profundamente.

—Tendré que hablar con su padre de inmediato, lady Fiona. Él no puede dañar a Hope. Ella debe quedar excluida de este asunto —dijo con firmeza y resolución.

—Por supuesto, milord. Pero por lo pronto, mi padre no querrá oír razones y se limitará a atacar. De hecho, estoy aquí para advertirle a usted que mi padre, el laird, ya está enterado de sus planes de viajar a las islas del oeste. Él y sus hombres planean emboscarlo en las montañas.

—Entonces pospondré mi viaje y acudiré a sus tierras a brindarle una explicación al laird MacKenzie. Este asunto debe ser aclarado cuanto antes. Debo evitar que corra sangre inocente — indicó. Iba a ponerse de pie, pero Fiona le hizo señas para que aguardara.

—No creo que esa sea una buena idea. En cambio, me parece que resultaría más apropiado que usted y su escolta partieran hacia Skye antes de tiempo. Si su viaje ha sido planeado para dentro de cinco días, entonces deberían partir de inmediato, a primera hora de ser posible. Mi padre tiene planeado salir de sus tierras en dos días para adelantárseles, pero, si en cambio es usted quien se le adelanta, él no podría alcanzarlos.

Cameron negó con la cabeza, disconforme con el plan de la mujer.

—Usted sugiere que huya, lady Fiona, y esa no es mi manera de proceder.

—No, milord, usted se equivoca. Yo no le pido que huya, sino que evada a mi padre y a sus hombres en esta ocasión. Es imperioso que yo hable con él. Confío en que una vez que yo le cuente algunas cosas que él desconoce, entrará en razones. Luego, usted podrá hablar con él, y estoy segura de que podrán arreglar sus diferencias.

—¿Por qué no habló entonces antes con él, en vez de urdir este descabellado plan de evasiones, milady? —inquirió Cameron, especulativo.

—Porque no podía arriesgar la suerte, milord. Solo por eso. Nada me garantizaba que mi padre comprendiera de inmediato lo que debo explicarle, y si a pesar de mis palabras él seguía adelante en sus ansias de venganza, entonces su vida y la de lady McInnes se hubiesen perdido, y yo jamás hubiese podido perdonármelo al haber tenido la oportunidad de impedirlo. ¿Me comprende ahora?

—Sí, milady, la comprendo aunque no pueda estar completamente de acuerdo con usted. Yo...

Fiona volvió a interrumpirlo.

—Solo le estoy pidiendo una tregua, milord. Adelante su viaje y finja que nada malo lo acecha. Si Nuestro Señor acompaña mis planes, a su regreso ya podrá hablar con mi padre sin necesidad de enfrentar, usted o su esposa, peligro alguno.

Cameron, aunque no muy convencido, finalmente aceptó.

Luego de que él conversara el asunto con Ian, ellos habían reprogramado la partida para el día siguiente a primera hora. Aunque lady Fiona le había asegurado a Cameron que el laird MacKenzie no planeaba dejar sus tierras hasta dentro de dos días, por precaución, él y Mc Dubh habían acordado que tomarían una ruta alternativa.

En otras ocasiones, tanto Ian como el mismo Cameron, para dirigirse hacia Skye, normalmente habían viajado hacia el noroeste, rodeando las tierras de los MacPherson por el límite oeste. En cambio ahora, para evadir aquella ruta que podía resultar demasiado predecible, se dirigiría en un principio hacia el norte, siguiendo el cauce de Loch Ness, hasta Inverness; de allí, recién entonces se

abrirían camino hacia el noroeste hasta Gairloch, en donde abordarían una embarcación para cruzar el Minch y arribar así a la Isla de Skye.

En esa primera jornada, habían cabalgado durante todas las horas de sol, claro está que con algunas paradas que los viajeros se habían permitido para tomar algunos alimentos, estirar las piernas, y aliviar vejigas. A esas horas, ellos habían logrado dejar atrás Inverness y, bordeando el Fiordo de Beaully hacia el oeste, también varias millas más que iban descontándose del largo camino que aún les restaba recorrer.

Una nueva ráfaga de viento frío hizo que Cameron se planteara el regresar hasta el monasterio de Beaully para pedir refugio; desde luego, opción que descartó de inmediato por lo irracional. Seguramente encontrarían una posada de un momento a otro, se alentó mentalmente, mientras los caballos continuaban la marcha monótona por el camino, delimitado a la derecha por un frondoso bosque y algunas planicies de praderas verdes, y a la izquierda por el fiordo, el cual los guiaba en una ruta tácita

Una secuencia repetitiva de sonidos atrajo primero la atención de Ian, quien iba a la cabeza de la comitiva, luego del resto del grupo.

Se había oído claramente el crujir de una cadena y, de inmediato, el ruido seco producido por una madera al golpearse.

Crujir de cadena, *plop*. Crujir de cadena, *plop*.

Unos metros más adelante, los miembros del grupo vieron una pequeña construcción de madera enclavada en un claro delimitado por un medio círculo de álamos plateados. El responsable de la secuencia de sonidos repetitivos era un cartel que, sujetado con dos trozos de cadena, pendía de una viga horizontal cerca del alero de la construcción.

—Me adelantaré para comprobar si tienen cuartos disponibles —anunció Ian. No dudaba de que se tratara de una taberna o posada.

Cameron asintió conforme, entonces Ian se adentró en el claro.

Al llegar frente a las dependencias, Ian desmontó de *Warrior*, su semental, lo amarró a un palenque, e ingresó a la que ya había comprobado al leer el cartel desde cerca, se trataba de una posada.

Al cabo de un rato, Ian volvió a salir al patio e hizo señas al resto del grupo para que se acercara. Justo cuando Cameron y las mujeres se habían unido a él, aparecieron desde detrás del hospedaje, un hombre delgado y desgarrado, y un muchacho de cabello pajoso de color zanahoria y el rostro lleno de pecas claras.

—Encárguense de que los animales sean cepillados y de que reciban ración doble de forraje y abundante agua —indicó Ian, al tiempo que extendía al hombre mayor las riendas de *Warrior* y *Heaven*, el caballo de Kate, y dos chelines que había extraído de su sporrán.

Cameron hizo lo propio, entregando las riendas de sus animales al muchacho pelirrojo. También le entregó un par de monedas y las mismas indicaciones que impartiera su amigo un instante antes.

—Vamos. La dependienta de *La gallina tuerta* prometió calentarnos un poco de carne y verduras —indicó Ian, complacido.

Al oír sus palabras, todo el grupo también lo estuvo, aunque Cameron alzó una ceja ante el nombre del establecimiento.

—¿La gallina tuerta? —preguntó jocoso.

Ian asintió. Sonreía ampliamente.

—Un nombre horrible, pero por dentro, el lugar no está tan mal —informó, aunque a esas alturas del viaje, cualquier cosa les hubiese parecido excelente.

No demoraron más su ingreso a *La gallina tuerta*. Desde el cartel que había atraído la atención de los viajeros, una gallina con un parche de pirata parecía mirarlos con su único ojo sano.

Cameron negó con la cabeza mientras pensaba a quién se le habría ocurrido semejante nombre para ponerle a la posada.

Otro rechinar de cadenas, y el *plop* seco de la madera. La secuencia era cada vez más frecuente. El viento seguía aumentando su intensidad.

Cerraron la puerta a sus espaldas. Era mejor que el frío se quedara afuera.

Al firmar el registro por las dos habitaciones, Cameron e Ian no habían creído necesario mentir acerca de su identidad. Tal vez, en un futuro lamentaran el no haberlo hecho, pero en ese momento, no sospecharon las distintas posibilidades que pudiera acarrear tan nimio asunto.

Los cuatro comensales se acomodaron en una mesa cercana a la chimenea. El calorcillo que el fuego desprendía resultaba tremendamente agradable para sus cuerpos fríos y cansados. Un buen baño caliente hubiese resultado mejor, pero la posadera no había podido brindarles tantos lujos. En cambio, tuvieron que conformarse con la promesa de que al subir a sus cuartos tendrían una jarra con agua caliente y una jofaina para que pudieran higienizarse.

Devoraron con voracidad los alimentos que les fueron servidos, y que sabían delicioso. Mientras disfrutaban de la cena, los dos hombres planeaban el itinerario de viaje para el día siguiente.

—Bordearemos el fiordo de Beaully —dijo Cameron—, luego ascenderemos hacia el noroeste hasta Muir of Ord, y desde allí nos internarnos en las montañas, siempre siguiendo la dirección noroeste, hacia Loch Luichart.

Ian asintió, pero acotó:

—Mañana deberíamos concluir la jornada de viaje más temprano —sugirió Ian—. Si en esa zona no conseguimos una posada, que es lo más probable, entonces deberemos acampar a la intemperie, y sería mucho mejor si contáramos con luz para buscar un buen refugio.

—Se hará así, querido amigo. Tal vez tengamos suerte y podamos toparnos con alguna cueva en la roca; pero si no es así, deberemos improvisar algo.

—Mhmm —asintió Ian.

Kate sonreía de manera soñadora desde que había oído a su hermano pronunciar la palabra *cueva*. No pudo resistirlo. Apoyó su mano en el antebrazo de su esposo, y exclamó:

—¡Oh, Ian! ¿Recuerdas la noche que pasamos en esa cueva en las montañas cuando viajamos juntos hacia Skye? —recordó Kate.

Cameron frunció el ceño. Su hermana ahora estaba casada con Mc Dubh, pero en ese entonces, no.

Ni Kate ni Ian prestaron atención a Cameron, en cambio, Mc Dubh le dedicó una amorosa mirada a su mujer, y tomó su mano, tal como había hecho él aquella noche de lluvia en la que el destino los había encontrado solos.

Aquella vez, que hoy parecía lejana en el tiempo aunque solo habían transcurrido diez meses, Ian no se había creído suficiente para Katherine, a pesar de ello, él había sentido la imperiosa necesidad de sentir su cercanía. Impulsado por esa necesidad que le había resultado imposible resistir, él había tomado su pequeña mano en la suya, y la había retenido durante toda la noche, como si en ello le fuera la vida... y algo de cierto había en esa afirmación. Kate siempre había sido su vida.

Ian se inclinó hacia la que finalmente se había convertido en su esposa, y le dijo con voz grave:

—Nunca podría olvidarlo, mi amor —al pronunciar aquellas palabras, Ian apretó aún más la delicada mano de ella, indicándole con ese gesto que atesoraba cada detalle de esa noche.

Kate experimentó una creciente emoción en el centro del pecho, entonces Ian llevó la mano de ella hasta sus labios, y depositó un cálido beso en su palma.

¡Cuánto había sufrido Kate durante ese viaje a Skye! Había tenido que luchar con uñas y dientes para que Ian comprendiera que a ella nada podía importarle más que el amor de él. ¡Qué obstinado había resultado su querido Ian!

Ian... su Ian.

Kate alzó la mano que tenía libre, y le acarició a él la mejilla. Había sido tal su obstinación, que habían estado a punto de perderse el uno al otro. ¡Qué infeliz sería ella si ahora no lo tuviera a él!

Ian se acercó más a su esposa, y le susurró al oído.

—Jamás volvería a cometer semejante estupidez.

Katherine no se sorprendió de que Ian adivinara sus pensamientos. Entre ellos siempre había existido una conexión especial. Una especie de percepción mágica. Cuando Katherine le respondió, lo hizo con infinito amor, y ternura expresa en la voz.

—Lo sé.

Hope observaba conmovida la demostración cariñosa de los esposos. No los envidiaba, puesto que ella era incapaz de sentir semejante sentimiento; no obstante, cuánto anhelaba que alguna vez ella también pudiera ser receptora de una mirada así, tan colmada de amor...

Pero Cameron difícilmente llegara a mirarla alguna vez de esa manera. ¿Cuántos milagros deberían de ocurrir para que algo así se produjera?

Era imposible... y ella lo sabía.

Antes de que Cameron la mirara a ella con tal devoción, primero se congelarían los infiernos. Más, con soñar con que fuera posible, Hope no hacía ningún daño a nadie... más que a ella misma, claro está.

—¿Podemos retirarnos ya a dormir? —Preguntó Kate a Ian—. Estoy agotada —acotó, aunque la sonrisa pícaro que dirigió a su esposo permitía a los testigos imaginar que dormir, no era justamente lo que estaba en sus planes. Al menos, no en los planes que involucraran a las próximas una o dos horas.

—¡Desde luego, amor mío! —respondió Ian con un entusiasmo tan pícaro como el de la sonrisa de su esposa.

Después de excusarse y despedirse de Cameron y Hope, ellos no demoraron mucho en desaparecer escaleras arriba.

Hope los siguió con la mirada. Sonreía.

—¿Tú tampoco te has creído que esos dos irán a dormir, no es así? —sugirió Cameron. Ahogó la risa con un largo trago de vino.

—No. No me lo he creído en absoluto —secundó Hope, también sonriendo. Dirigió una mirada hacia la escalera vacía, y añadió lo que debería haber sido solo un pensamiento, pero que por alguna razón se escapó entre sus labios en forma de voz—: Se nota que se aman con locura...

—Sí, se aman con locura... —ratificó Cameron. Su mirada también estaba posada en la escalera tenuemente iluminada. Permaneció en silencio, y cuando Hope creyó que él ya no diría nada más, haciendo referencia aún a Ian y a Kate, Cameron añadió—: Pensar que estuvo por perderla por culpa de su obstinación.

Hope asintió. Conocía la historia. Una tarde, su cuñada se la había contado con lujo de

detalles. Recordó cómo había terminado la aventura.

—Pero no la perdió... —dijo, casi en un susurro.

Cameron volteó el rostro lentamente hacia Hope, y sus miradas se encontraron durante un largo e intenso momento. Muchos pensamientos, demasiados tal vez, bombardearon la mente del hombre. Hope solo pudo sentir.

Ya no volvieron a tocar el asunto, y cuando se retiraron a dormir y se recostaron en la misma cama pero sin tocarse, Cameron seguía pensando en las últimas palabras que él y Hope se habían dicho.

Las reflexiones habían hecho referencia a la historia entre Ian y Kate, pero de alguna manera, Cameron ahora también las podía sentir demasiado aplicables a su propia situación.

*Pensar que estuvo por perderla por culpa de su obstinación.*

*Pero no la perdió...*

*Pero no la perdió... repitió una vocecita dentro de su cabeza.*

## Capítulo XX

Los cambios producidos en el cielo durante la noche, que incluían espesas nubes oscuras y un viento pesado y bastante violento, habían sido indicios casi inequívocos de que se avecinaba una tormenta. No obstante, no había caído ni una sola gota, y como por un milagro, aunque no era de extrañar en realidad en aquella zona acostumbrada a un clima cambiante, el día finalmente había amanecido despejado, aunque con una brisa fresca que agitaba las ramas de los árboles en una danza constante.

Luego de un descanso reparador y un copioso desayuno, la comitiva había vuelto a ponerse en marcha. Ya llevaban cinco largas horas de cabalgata, cuando Kate rogó que se detuvieran.

—¡Oh, cielo santo, por favor, apiádense de nosotras, señores! —exclamó, dirigiéndose a su guapo esposo y a su hermano, no menos guapo, pero como Kate solo tenía ojos para su querido Ian, la belleza masculina del resto de los hombres quedaba eclipsada desde su punto de vista. Se removió sobre el caballo. Con aquel gesto, dejaba más que manifiesto que su trasero ya no aguantaría un segundo más sobre la montura. Realmente lo sentía entumecido, al igual que sus muslos. Y eso sin contar que su espalda parecía a punto de quebrarse de dolor.

Hope también se sentía agotada y dolorida, pero ella no se animaba a pedirle a los hombres por un descanso. No contaba con la confianza que Kate sí tenía con ellos, y temía que se enfadaran con ella por retrasarlos. Por lo tanto, soportaba sus penurias estoicamente y en el más absoluto silencio.

Además, Hope iba tan abstraída en lo acontecido la noche anterior, que prácticamente no podía prestar atención a nada más... Excepto a la presencia real y tangible de Cameron cabalgando a su lado.

En la posada *La gallina tuerta*, Ian había alquilado dos cuartos; uno para los esposos Mc Dubh, y otro para los esposos McInnes, es decir, para Hope y Cameron. Como era de esperar, en cada cuarto había habido únicamente una cama matrimonial bastante más pequeña que la que Hope y Cameron ocuparan juntos en el cuarto de él, y los esposos habían tenido que compartirla.

Hope había sabido con antelación que nada ocurriría entre ella y Cam. No obstante, ese conocimiento previo de la realidad no le impidió experimentar un millar de sensaciones producidas por la peligrosa cercanía de sus cuerpos vestidos únicamente con ropas ligeras de dormir, o por el roce accidental e inevitable que se producía ante cada sutil movimiento de alguno de ellos.

El corazón de Hope había bailoteado dentro de su pecho durante toda la noche, y estaba completamente segura de que su respiración había mantenido un ritmo irregular, con sobresaltos;

inspiraciones y exhalaciones, a veces profundas, a veces cortas y repetitivas; y hasta alguna que otra apnea.

Ella no se había sentido tranquila, en absoluto. Cameron lograba apabullarla y despertar cada uno de sus sentidos. Pero lo que más reconfortó a Hope, fue comprobar que el estado de su esposo había sido muy similar al de ella...

Y en efecto, aunque tal como supiera Hope que ocurriría, nada había sucedido entre ellos dos, más que un intercambio etéreo de sensaciones y emociones que cada uno se aseguró de no demostrar, podía afirmarse que Hope tampoco le había resultado indiferente a Cameron.

—¡Necesito detenerme ahora! —volvió a gruñir Kate, con su mezcla de feminidad, impaciencia, y una pizca de tozudez que jamás la había abandonado en sus diecinueve años de vida.

—¿Qué dices, Cam, podremos detenernos ahora? —preguntó Ian a su cuñado y mejor amigo, en realidad, un hermano para él, y una de las personas, junto con Kate y el laird Galen McInnes, por las cuales Ian siempre se había sentido dispuesto a dar su vida, y su sentir no era diferente ahora.

Cam esbozó una mueca, torciendo un poco la boca de lado, y escudriñó una vez más los alrededores.

Todo el trayecto que habían recorrido desde esa mañana, cuando abandonaran *La gallina tuerta*, podía decirse que había sido tranquilo y sin sobresaltos. No se habían cruzado más que con dos o tres personas en toda la jornada. No obstante, durante las largas horas de viaje, Cameron no había podido despegarse en ningún momento de la molesta sensación de que eran observados.

*Tal vez es absurdo*, se dijo Cam.

Él jamás se había identificado por tener un sexto sentido como sí parecían tenerlo su hermana y su querido amigo, a quienes les resultaba sencillo percibir más allá de lo palpable y evidente. ¿Por qué razón, entonces, Cameron debería ahora creer que el *don* se había despertado en sus entrañas? Porque era justamente ahí, en la boca del estómago, que anidaba esa densa sensación, y en su espalda, justo sobre sus hombros, como si uno o más pares de ojos estuvieran posados insistentemente allí.

*¡Son tonterías!*, se reprochó. Había mirado una vez más entre los árboles, y allí no había más que vegetación y rocas.

Asintió con la cabeza. Ian aún aguardaba su respuesta.

—Sí. Nos detendremos junto a Loch Maree para poder refrescarnos y para que los animales puedan beber un poco de agua —consintió. Entonces, a Cameron le pareció oír un débil suspiro, seguramente de alivio.

Cam estaba seguro de que había sido su esposa quien exhalara el delicado suspiro. Le echó un vistazo de reojo. Ella cabalgaba junto a él, y de sus labios no había salido ni una sola queja, pero

ahora, al observarla detenidamente, notó que se veía exhausta. *Pobrecilla*, se dijo. *¡Qué desconsiderado he sido!*

Al llegar a orillas del lago, Kate se apresuró a apearse de su montura y flexionó y estiró sus piernas para relajarlas. También se masajeó el trasero con vigor. Con el ceño fruncido miró a su hermano, quien rezagado junto a Hope, recién llegaban al lugar de descanso.

—¡Maldito tirano! —Le dijo en tono de broma, con lo que arrancó carcajadas no solo a Cam, sino también a Ian, quien negaba con la cabeza—. Iré a... —señaló con su mano hacia unos arbustos—. Bueno, ya saben... —necesitaba orinar de manera urgente, pero una dama no podía ventilar a los cuatro vientos sus necesidades orgánicas aunque fueran algo básico y natural.

—No vayas sola —le pidió Cameron a su hermana, aunque su tono grave había alertado a Ian, a quien le bastaba un gesto para entenderse con su amigo.

Se conocían demasiado bien, entonces Ian podía percibir claramente que algo le preocupaba a su cuñado. Miró a Cam con gesto interrogante.

—Por precaución —dijo Cam dirigiéndose hacia Ian, aunque su mirada le dijo que había algo más, aunque no pretendía asustar a las damas.

Ian asintió. *A buen entendedor, pocas palabras* dice el refrán.

—Vamos, Kate. Tu hermano tiene razón. Es mejor que no nos dispersemos en solitario —dijo Ian, luego tomó a su esposa del brazo, y juntos desaparecieron detrás de unos arbustos.

Cameron por fin se apeó del corcel, y de inmediato se acercó a la montura de Hope para ayudarla. Alzó sus brazos y la tomó por la cintura con manos firmes.

Hope percibió la tibieza y el poderío de las enormes palmas de Cameron alrededor de su cintura, y otra vez, su corazón comenzó a tocar una extraña y acelerada sinfonía. Lo sintió cerca... demasiado cerca cuando él la apeó del animal. Tan cerca que la respiración de Cameron le acarició la frente y le produjo escalofríos en la espina.

Hope se sentía flotar tanto con el cuerpo como con su mente... De hecho, no fue consciente de que no sentía las piernas, hasta que Cam la depositó en el suelo, y estuvo a punto de desplomarse.

—¡Oh! —exclamó sorprendida cuando las piernas no la sostuvieron.

Como Cameron no había separado completamente sus manos del torso de Hope, volvió a sostenerla. Sin perder tiempo, Cam rodeó su diminuta cintura con uno de sus fuertes brazos, mientras que al otro lo pasó por debajo de las piernas femeninas, y la alzó hacia él.

—¡Oh! —volvió a exclamar Hope, esta vez sonrojándose violentamente. El instinto hizo que alzara sus brazos y los enredara alrededor del cuello de su esposo. Su mirada vagaba obnubilada desde los ojos pardos de él, que ya no estaban ocupados por la nada, sino que en ese instante refulgían, y su boca, la cual estaba a no más de un palmo del rostro femenino.

—Sientes las piernas dormidas, ¿no es así? —le preguntó Cameron con voz ronca. El delicioso cuerpo de la muchacha le resultaba cada vez más tentador. Y sus ojos, reflejo de una mirada que combinaba inocencia y sorpresa, lo volvían loco... igual que su boca; una fruta prohibida que él ya había osado probar aunque le fuera vedada.

—¡Creo que sí, que se me han adormecido las piernas! —Asintió con una risita—. Aunque ahora... Oh... —esbozó una mueca graciosa—. ¡Oh, cielos! Es como si miles de hormigas caminaran debajo de mi piel —dijo, mientras movía los pies para que pasara la tortuosa sensación que no dejaba de provocarle risa.

Hope rió musicalmente, y Cameron se olvidó del mundo.

Con su preciada carga en brazos, Cameron se acercó hasta una piedra lo bastante grande como para que le sirviera de asiento, y se sentó sobre ella. Mantuvo a Hope en su regazo. El brazo que había sostenido las piernas de la muchacha, dio paso a la acción de la mano que lo terminaba.

Los ágiles dedos de Cameron alcanzaron el ruedo del vestido, y desaparecieron debajo de la tela gruesa. Tocaron un tobillo cubierto por una bota corta de cuero blando, y siguieron ascendiendo hasta la pantorrilla. La mano allí se dedicó a masajear la piel con la excusa de aliviar el hormigueo de las piernas de la muchacha. Pero pronto, la palma, ya no en un masaje sino en una suave caricia, siguió ascendiendo... y dejó atrás la rodilla, y alcanzó el tibio muslo...

Los ojos de Hope se abrieron de par en par con asombro evidente.

Cameron no podía hacerle el amor a su esposa, menos en ese lugar a la vista de todos. Aunque hacerle el amor a Hope era lo que él más deseaba en el mundo. Ya no podía negarlo. No a sí mismo.

La palma, aunque reticente, volvió a descender y a retomar el masaje inocente; aunque no podía haber nada de inocente en el contacto cuando cada célula de sus cuerpos reclamaba más.

—¿Mejor? —le preguntó con voz rasposa.

Hope asintió con la cabeza.

—M... mejor —dijo.

Hope creyó que Cameron la soltaría y la alejaría de él, después de todo, ella le había dicho que ya se sentía mejor. No obstante, fue grande su sorpresa cuando la mano que había acariciado su pierna apareció nuevamente fuera del vestido, y voló hacia su rostro. Le apartó algunos rizos que la brisa atraía hacia sus ojos, y le acarició la mejilla sin dejar de mirarla. La apretó más a su cuerpo con el brazo que aún rodeaba su cintura, y apoyó sus labios en un cálido beso sobre su sien. Así mantuvo Cameron a Hope, fuertemente pegada a su enorme cuerpo, hasta que volvieron a tener compañía.

El ruido de trastos les anunció que Ian y Kate habían vuelto a orillas del lago. Al mirar en su dirección, comprobaron que ellos sacaban las cacerolitas y las cucharas de las alforjas de los

caballos.

Hope adivinó una sonrisa en los labios de su esposo. Los había sentido moverse sobre la piel de su frente, y no se equivocó.

—Esos dos ya deben tener hambre —dijo él con diversión.

El rugido de las tripas de Cameron le arrancó a Hope una dulce carcajada.

—¡Y tú también, esposo mío! —señaló ella. Se incorporó apenas para poder mirarlo a los ojos. Sus brazos aún rodeaban el cuello de él.

—¿Y tú, querida, no tienes apetito? —le preguntó él con gracia.

—Bastante —reconoció. Su estómago no había rugido, pero en silencio le reclamaba alimentos.

—Deberíamos ayudarlos, entonces. ¡Dios sabe que mi cuñado es un pésimo cocinero! Y mi hermana... bueno, nunca fue la cocina su mayor virtud —dijo Cameron.

—¿Y tú sí sabes cocinar, esposo? —Quiso saber. ¡Cuánto le gustaba esa atmósfera de complicidad que reinaba entre ellos dos en ese instante!

—¡Soy un excelente cocinero, querida! Ya te lo demostraré algún día.

Hope sonrió. *Ya te lo demostraré algún día*, había dicho él, sin tal vez percatarse del sentido de perpetuidad que sus palabras imprimían a su relación.

—Deberíamos ir con ellos, entonces —dijo Hope.

—Sí, deberíamos —respondió él, pero ninguno de los dos se movió.

Hope permaneció con sus brazos alrededor del cuello de su esposo, y él con su brazo fuerte alrededor de su diminuta cintura. Sus torsos firmemente unidos uno al otro, y sus miradas embelesadas, unidas en una silenciosa comunicación.

*Te amo, Cameron McInnes. Te amo más que a mi propia vida.*

*Si pudiéramos huir del tiempo... Si pudiéramos dejar atrás el pasado, y ser solo presente...*  
Pensó Cameron.



## Capítulo XXI

El patio del castillo MacKenzie bullía de actividad aunque aún no había despuntado el sol en el horizonte. Los caballos habían sido equipados con alforjas repletas de provisiones, y los hombres, todos fuertemente armados con espadones y puñales, obedeciendo la orden del señor feudal, ya se encontraban prestos a partir.

El puente levadizo de pesada madera empezó a descender lentamente con un estruendo de cadenas y goznes, sobre la honda fosa que rodeaba la imponente fortaleza de piedra caliza de color amarillo pálido, construida tres siglos atrás.

El vigía había visto la llegada de dos hombres que vestían tartanes de cuadros verdes, azules y negros, combinados con líneas rojas y blancas. Seguramente serían algunos de los informantes que el laird MacKenzie había enviado a las montañas días atrás, se dijo; entonces hizo descender el puente para permitirles el ingreso al castillo.

—¿Qué? —gruñó el laird momentos después, cuando se entrevistaba, en el mismo patio, con los recién llegados. Su tono era exasperado. La rabia era imposible que no brotara de cada poro de su piel.

—Me temo que sí, milord —confirmó con gesto contrito uno de ellos, el de menor estatura. El hombrecillo se había quitado la boina en señal de respeto hacia su laird, y la estrujaba nerviosamente entre sus manos. Su cabeza levemente gacha, sin hacer contacto visual con su superior, era otro claro signo de respeto y sumisión.

—Es tal como acabamos de decirle, milord —acotó el otro. Llevaba el cabello grasiento atado en una coleta en la nuca. Su metro ochenta y siete de estatura no servía para amedrentar a MacKenzie, quien lo miró con enfado. El hombre tragó saliva, y prosiguió con su relato—: McInnes y su esposa, acompañados por Mc Dubh y lady Katherine, partieron hace dos días hacia las islas... Me temo que han adelantado su viaje, y...

—¡Y nos han tomado ventaja! —concluyó el laird. Caminó nervioso, mientras meditaba. De pronto, agitó en el aire, para descargar su rabia, una varilla de abedul que llevaba en la mano, y gruñó a viva voz—. ¡Maldición! ¡Ya no tenemos ni la más remota posibilidad de alcanzarlos!

Los recién llegados, quienes habían sido enviados a espiar las rutas aledañas a las tierras de McInnes, y que se habían visto obligados a transmitirle a su señor las noticias frescas, impulsados por su instinto de supervivencia, dieron un paso hacia atrás.

MacKenzie seguía con su retahíla de insultos y maldiciones. Su decepción, al ver truncado su plan de emboscar a quien había sido el prometido de su hija, era mayúscula.

—¿Cómo puede ese diablo tener tanta suerte? —masculló. Se detuvo nuevamente frente a sus espías, estrechó las cejas, y preguntó con interés—: ¿Y dicen además, que Cameron McInnes y sus acompañantes tomaron una ruta alternativa?

El hombre más bajo asintió con nerviosismo. MacKenzie era imponente al lado de su modesto metro setenta de estatura. Además, aunque el laird no hubiese parecido un gigantesco oso, hubiese impuesto su autoridad de todos modos; desde luego, su aspecto feroz acentuaba su magnificencia.

—Así es, milord. Exactamente como acaba de decir. Se fueron para el norte. Pero no debe preocuparse, mi señor —se apresuró a acotar—. Ya envié a uno de mis *perros* —dijo, refiriéndose a uno de sus hombres rastreadores—, para que les siguiera el rastro... hasta el fin del mundo, de ser necesario.

—Así espero —gruñó MacKenzie—. De lo contrario, aquí empezarán a rodar cabezas —amenazó.

El hombrecillo llevó sus manos instintivamente hacia su garganta; no fuera a ser que el hombre decidiera que la primera cabeza en rodar, fuera la suya. El del pelo grasiento, en cambio, logró mantener la compostura, aunque el miedo se hizo evidente en sus ojos claros.

—Ahora retírense los dos de mi vista —ordenó el laird. Los volvería a llamar cuando *el perro* llegara con datos exactos acerca de la ruta tomada por el traidor de McInnes.

Los hombres obedecieron de inmediato.

—Con su permiso, milord —dijeron casi al unísono e inclinándose en reverencias. Al instante, habían desaparecido de su vista.

MacKenzie volteó hacia su *mano derecha*, quien se había mantenido al margen de la conversación, pero tal como era su costumbre, observando y analizando cada aspecto de la situación.

—¿Hay noticias de mi hija? —Quiso saber el laird.

El hombre rubio negó con la cabeza.

—Seguimos sin más pistas que esa nota que fue encontrada en el cuarto de lady Fiona. Pero no debería preocuparse, mi señor. Los hombres que enviamos a Edimburgo para constatar la veracidad de la esquila, pronto deberían de traernos noticias.

—¡Maldita niña! —masculló el laird.

La muchacha había desaparecido del castillo hacía ya varios días y, en su lugar, solo habían encontrado una nota en la que la joven informaba a su padre que había tenido que partir de inmediato hacia Edimburgo, a visitar a su tío abuelo, y que no había podido esperar para pedirle a él permiso

para realizar el viaje.

Desde luego, a MacKenzie le había resultado extraño que la muchacha decidiera viajar de improviso y, para colmo, sin una escolta. Aunque era cierto que Fiona MacKenzie gozaba de una personalidad bastante especial: era muy inquieta y, por qué no decirlo, despreocupada y aventurera, por lo tanto, tampoco podía extrañar demasiado su alocado comportamiento. No obstante, el laird estaba enfadado con ella.

El laird MacKenzie esperaba que los hombres enviados en busca de Fiona, pronto regresaran de Edimburgo con la buena nueva de que la chica, efectivamente, se encontraba en el castillo de su cuñado, y que gozaba de buena salud. Dios sabía que su corazón no podría soportar la pérdida de su otra hija.

¡Oh, pero cuando agarrara a la muchacha! La pondría sobre sus rodillas, y la zurraría como si fuese una niña. ¡Bien merecido se lo tendría Fiona por actuar de manera tan arriesgada!

—Vuelva cada uno a su puesto. La travesía se posterga para dentro de dos días —indicó MacKenzie, luego, acompañado por su caudillo, se dirigió hacia el interior de la edificación de piedra; seguramente, para trazar un nuevo plan de ataque.

## Capítulo XXII

—¡Fiona! ¡Tú has enloquecido, mujer! ¿Cómo se te ocurre venir justamente aquí? ¿Te das cuenta de que te has arriesgado tremendamente al viajar a través de las montañas sin una escolta, con los peligros que tal aventura podía acarrear para ti?

De solo pensar en las atrocidades que podría haber sufrido la muchacha, a él se le helaba la sangre en las venas y la garganta se le inundaba de gusto amargo.

Ella se acercó a él, y le rodeó el cuello con los brazos. Él era bastante más alto que ella, por lo tanto, debía alzar la cabeza para perderse dentro de sus amorosos ojos castaños. Fiona adoraba su mirada, la cual era el reflejo de un alma bondadosa y pura a pesar de los horrores vividos.

—¡Oh, querido, pero no podía pasar ni un minuto más alejada de ti! —Le dijo—. ¡No imaginas cuánto te he extrañado durante todo este tiempo!

—Y yo a ti, mi amor —confesó él, enternecido ante la muchacha. Reforzó el amoroso abrazo con el que la rodeaba, hasta pegarla completamente a su cuerpo; entonces cerró los ojos mientras se deleitaba con el dulce perfume de sus cabellos—. Pero ambos sabemos que tu padre jamás consentirá lo nuestro... —dijo con voz ronca, aunque sin revelar la tristeza que estrujaba su pecho.

—¡Deberá consentirlo! —exclamó firmemente.

Fiona intentó erguirse, pero él se lo impidió, y con una suave caricia volvió a recostar la cabeza de ella contra su pecho. Ella oyó el corazón masculino latir desbocado debajo de la desgastada franela de la camisa.

—Nunca lo hará... —volvió a repetir él con profundo dolor.

Él amaba a Fiona MacKenzie desde el primer momento en el que la había visto, y por alguna gracia del Señor, o milagro inexplicable, ella había sentido lo mismo por él. Pero el destino se había confabulado para que el amor entre ellos se tornara prohibido.

—Casémonos —sugirió ella.

—Nunca podremos, Fiona... —acotó.

Fiona por fin alzó el rostro hacia él, y sus miradas se encontraron. Alzó una mano, y acarició el rostro masculino.

—¿Me amas? —le preguntó con voz quebrada.

—Te amo más que a mi vida, Fiona. Lo sabes.

—Entonces hazme tu esposa. Si no puedo vivir mi vida a tu lado, entonces prefiero morir. Cástate conmigo —le rogó entre sollozos—, entonces mi padre jamás podrá separarnos.

—Él querrá destriparme —le dijo él con una sonrisa. Y era cierto, no exageraba. Eso, también lo sabían los dos.

—Lo sé; pero no lo hará. Yo me encargaré de que entienda cómo son las cosas en realidad, y deberá consentir que te amo, y que eres mi esposo. Pero debemos casarnos hoy mismo. Debe de haber por aquí algún párroco que consienta desposarnos —planeó con entusiasmo.

—¿Estás segura, Fiona? —él temía que ella diera ese importantísimo paso, y que después se arrepintiera. En ese caso, si Fiona se desposaba con él y después lo abandonaba, él moriría sin remedio.

La mirada de ella, empañada de lágrimas y rebosante de amor, y su sonrisa, le dijeron que esa funesta posibilidad jamás ocurriría si de la voluntad de Fiona dependía.

—Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida. Te amo. Te amo y deseo con todo mi corazón ser tu esposa para siempre.

—Entonces lo serás, Fiona MacKenzie. Hoy mismo serás mi esposa en todas las de la ley —le prometió él, y selló esa promesa con un profundo y apasionado beso que debieron obligarse a interrumpir si no querían consumir el matrimonio antes de que la unión fuera bendecida.

## Capítulo XXIII

—¡Mira qué belleza, Cameron! —Exclamó Hope, conmovida, cuando la majestuosa ensenada de Gairloch apareció frente a ellos. El paisaje era magnífico. La playa era de arena clara y estaba bordeada por espesa y colorida vegetación, y se curvaba en forma de U alrededor de las azules aguas—. ¿Puedo... puedo desmontar? —le preguntó a su esposo.

—Claro que puedes —le dijo él, y se apresuró a ayudarla.

Hope corrió hacia la orilla. Sus pies, enfundados en las botas de cuero blando, se enterraban en la arena fina de la costa. Imaginó que esa sería la sensación que provocaría caminar sobre una nube. La brisa agitó su falda de lana gruesa, la cual se arremolinaba alrededor de sus tobillos al compás de sus pasos. Hope reía. No podía parar de reír... Y Cameron, en secreto, rió con ella.

Hope nunca había contemplado un espectáculo semejante.

Volvió su vista hacia atrás, y le hizo señas a su esposo para que se reuniera con ella. Deseaba compartir ese instante con él; lo deseaba con todo su corazón. Mientras esperaba que Cameron llegara a su lado, Hope alzó sus ojos un poco más, y quedó obnubilada al contemplar las pardas Montañas de Torridon, cuya cúspide jugaba a las escondidas detrás de nubes blancas y grises.

Había tantas maravillas para ver que, sinceramente, la muchacha no sabía exactamente hacia dónde mirar.

—Mira allí —señaló Cameron. Había llegado junto a ella y la había tomado por los hombros para voltearla de cara una vez más hacia las aguas de Loch Gairloch. A su espalda, le susurró cerca del oído—: Es Skye.

Hope siguió la dirección de la mano de Cameron.

Entre nubes, a la distancia, se dibujaba la ondulante geografía de la isla. Hope recordó que Kate le había hablado de la isla y de las bellezas naturales que allí encontrarían. Ahora, fascinada y aunque a la distancia, Hope comenzaba a apreciarlas con sus propios ojos.

Gritos de aves, que la muchacha no había visto en su vida, se entremezclaban en el aire junto con el romper de las olas en la orilla y el rumor de las aguas. A Hope le llamó la atención un ave en particular, del color blanco más puro, con las puntas de las alas de color oscuro, negro, le pareció que era. El ave caminaba torpemente sobre la arena. A Hope le recordó el gracioso andar de un pato. Otra ave, de la misma especie aunque de un plumaje más grisáceo, había ascendido hasta un cúmulo

de rocas, y pasaba su largo pico apenas curvado hacia abajo en la punta, a lo largo de sus plumas. Parecía muy entretenido en su tarea.

*Rab-rab-rab*, el grito estridente sobresalió sobre los otros. Hope alzó la vista, y detectó a la primera ave que había visto, la del andar gracioso, ahora en pleno vuelo. Ciertamente, en el aire era mucho más majestuosa. Con sus largas y estrechas alas extendidas surcó el cielo hasta introducirse mar adentro, luego, se lanzó en picado hacia las aguas a una velocidad de vértigo. Una vez conseguida la presa, el ave giró de cara al viento, y agitó pesadamente las alas hasta que consiguió levantar nuevamente vuelo. Hope lo vio acercarse a la orilla, sobrevolarlos a ella y a Cam, y desaparecer entre los arbustos.

—¿Qué ave era esa? —preguntó Hope a Cam, no sin sentir un poco de vergüenza por su ignorancia.

—Un alcatraz —le respondió él—. ¿Te gusta?

—¡Sí! Es muy gracioso para caminar, pero en vuelo... es maravilloso. ¿Lo has visto sumergirse? —le preguntó entusiasmada. Cameron asintió. Hope buscó con la mirada al ave sobre la roca. Señaló con su mano—. Ese no es blanco como el otro, ¿pero es de la misma especie, no es así?

—Sí, ese también es un alcatraz; aunque de menor edad. Por esa razón su plumaje aún no es completamente blanco. ¿Ves lo que hace, eso con su pico y su cabeza sobre sus plumas?

—Mhmm. ¿Por qué lo hace, acaso se quita las pulgas?

Cameron rió y negó con la cabeza.

—Extiende sebo sobre sus plumas para que el agua no penetre en ellas cuando se sumerja en el mar.

—¡Oh, pero qué inteligente! —exclamó. Luego alzó sus ojos hacia su esposo con admiración—. Eres muy sabio. Yo no sabía todas esas cosas; siquiera había visto nunca un... alcatraz. Creerás que soy una completa ignorante —afirmó con temor, y bajó los ojos avergonzada.

Cameron tomó la barbilla de su esposa para alzar nuevamente su rostro, instándola así a que lo mirara.

—¡Claro que no, Hope, no digas tonterías! —le aseguró—. De ninguna manera considero que seas ignorante; al contrario, me pareces una muchacha en extremo inteligente. Y me reconforta que no temas aprender, y que preguntes cuando quieras saber algo que desconoces.

—¿No... no te molesta?

—¿Qué me preguntes? —Quiso saber él. Ella asintió con la cabeza—. No, Hope, no me molesta en absoluto; al contrario, me... —inspiró profundamente antes de añadir—: me agrada.

Hope sintió una profunda alegría hincharle el pecho.

—Nunca había visto tanta agua —dijo con inocencia, mientras señalaba las aguas de la ensenada de Gairloch.

—Deduzco que tampoco has navegado nunca.

—Nunca —confirmó ella. Frunció el ceño. Las aguas se veían oscuras mar adentro, y agitadas en su superficie por el viento—. ¿Es peligroso? —Preguntó con un poco de preocupación.

—No tienes que temer, Hope. Estaré en todo momento contigo, y te hago la promesa de que no permitiré que algo malo te suceda, ¿me crees?

Hope sintió que sus latidos reverberaban con fuerza. Se le ocurrió pensar que hasta Cameron alcanzaría a oírlos.

—¿Me crees? —Volvió a preguntar él. Ella había permanecido en silencio.

—Con todo mi corazón —fue la respuesta apasionada de ella.

La marea parecía agitarse también dentro del pecho de Cameron; no obstante, antes de que él efectuara cualquier movimiento o dijera alguna palabra más, vieron a tres hombres acercarse por la orilla.

—¡Lord McInnes! —Saludó uno de ellos, también había alzado la mano.

Cameron lo reconoció de inmediato. Tomó deliberadamente la mano de Hope, y la llevó con él, al encuentro de los recién llegados.

—¡James! —Saludó Cameron—. Es un gusto verte.

Los dos hombres se estrecharon en un fuerte abrazo. En tanto, Ian y Kate se unieron al grupo. Luego de los saludos y presentaciones, James tomó la palabra.

—Hace dos días llegó un mensajero a Skye, con una nota lacrada con el sello de McInnes, en donde se le informaba a mi laird que habían adelantado el viaje, y que arribarían a Skye en breve, pero desde Gairloch. Mi Laird Colin ha querido que yo viniera a recibirlos, y que los llevara sanos y a salvo hasta la isla.

—Tu laird es muy generoso al enviarte a ti, su mano derecha y hombre de confianza. Me consta la fuerte amistad que los une.

James sonrió.

—Ahora a mi laird y a mí nos unen lazos aún más poderosos, milord. Hace algunos meses me he desposado con Claire, la hermana menor de Colin.

—¡Felicitaciones, hombre! —exclamó Cameron con sinceridad. Dejó escapar una carcajada.

—Muchos hemos dejado la soltería atrás desde la última vez que nos vimos —indicó James.

Cameron guardó silencio. Era cierto. Desde la última vez que él pisara las islas, se habían celebrado varios matrimonios... hasta él mismo se había desposado...

Asintió brevemente con la cabeza, y procuró cambiar de tema.

—¿Cuándo podemos partir?

—¡De inmediato! —Le aseguró James—. Como no sabíamos la fecha exacta en la que llegaríamos a Gairloch, desde que nosotros mismos arribamos, nos hemos mantenido listos para la partida.

Cameron volvió a asentir. Al cabo de unos pocos minutos, caballos y pasajeros se encontraron a bordo de la embarcación, y en viaje hacia Skye.

Tal como le prometiera Cameron a Hope, él se mantuvo en todo momento cerca de ella, y aunque Hope lo notó un poco más sombrío que instantes antes, él no dejó de señalarle a ella distintos puntos de interés, o animales que avistaban, y de indicarle sus nombres o características.

Hope no sintió miedo de navegar. Solo temió a las ilusiones, que a cada instante parecían ganar más terreno a la precaución, y eso, en su situación particular, podía ser mucho más peligroso que naufragar.

## Capítulo XXIV

Apenas el vigía avistó la embarcación desde la torre, hizo sonar el cuerno para dar aviso de la llegada de los visitantes; y el bullicio y la actividad se vieron de inmediato acrecentados tanto en el interior del castillo, como en el patio, a pesar de las pesadas gotas de lluvia que habían comenzado a caer.

Cameron colocó su capa sobre los hombros de Hope aunque ella se oponía, y la refugió debajo de la capucha. El abrigo, a ella le quedaba enorme, pero al menos la mantendría seca durante un buen rato.

—¡Pero tú te empaparás! —volvió a protestar.

—Shhh —la acalló él. Había acomodado su plaid de manera que le abrigara la espalda y el pecho, pero Hope estaba en lo cierto, se empaparía de todos modos; no obstante, Cameron estaba decidido a que fuera ella la que contara con el mayor abrigo posible. Temía que ella fuera a enfermarse.

La embarcación fue atracada por fin en una ensenada, y los pasajeros se mostraron prestos a desembarcar cuanto antes. Las nubes habían oscurecido por completo el cielo, y las pesadas gotas de lluvia se habían transformado ya en un fuerte aguacero con ventisca.

Algunos aldeanos se apiñaron en la entrada de la fortaleza. La curiosidad que sentían por ver a los recién llegados, era más poderosa que el mal tiempo. Batían palmas y cantaban en gaélico en señal de bienvenida.

Unas pocas gallinas que habían sido sorprendidas por el aguacero, agitaban las alas, y desorientadas correteaban en círculo bajo una sinfonía de enloquecidos cacareos.

Las puertas dobles de pesada madera maciza se abrieron de par en par, y la larga cabellera rojiza de Colin MacDonald otorgó la nota de color al gris atardecer. El joven laird atravesó con largas zancadas el patio embarrado, sin importarle en lo más mínimo que sus botas se ensuciaran, y fue al encuentro de las visitas. Una sonrisa radiante se dibujó en su rostro cuando llegó junto a sus amigos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —los apuró—. Ya habrá tiempo para saludos y presentaciones cuando estén refugiados bajo techo y junto al fuego.

Colin ordenó a sus caballerizos que se encargaran de los animales, y a dos de sus hombres que

llevaran las alforjas y bolsas de viaje de las visitas hasta dentro del castillo; luego volvió a unirse al grupo y los guió hasta la fortaleza. Los cinco, iban ya hechos una sopa; no obstante, los recién llegados tuvieron el tino de agradecer el gentil recibimiento que les hacían los aldeanos; Cameron e Ian, incluso, repartieron algunos peniques a los más pequeños, quienes corrieron hacia sus cabañas de piedra en cuanto recibieron la recompensa.

—¡Amigos míos, qué alegría volver a verlos! —exclamó Colin, una vez que estuvieron dentro del salón.

—La alegría es mutua, querido amigo —secundó Cameron, entonces los dos hombres se estrecharon en un fuerte abrazo—. Mi padre te envía sus más cordiales saludos y felicitaciones —dijo después.

Colin inclinó la cabeza en agradecimiento, y sonrió con añoranza. Apreciaba sinceramente al laird McInnes.

—Dile a tu padre que mi primo Kendrick me transmitió su mensaje, y que lo comprendo. Dile también que después de que nazca mi hija, le haré una visita.

Cameron asintió.

—Se lo diré; y puedo asegurarte que se sentirá muy complacido.

—¡Tú sigues insistiendo con que será una niña; sin embargo yo... presiento que será un niño!

Una sonriente mujer joven, que no tendría más que veintitrés años, alta y delgada, aunque con una suave curvatura abultando su vientre, se había acercado al grupo. Colin tomó su mano de inmediato, y la llevó hasta sus labios para depositar un beso cariñoso en las puntas de sus dedos. Le sonrió amorosamente. Era indudable que el joven laird estaba rematadamente loco por ella.

—Permíteme que te presente a mis queridos amigos —dijo Colin, dirigiéndose a su esposa. Él adoraba como el fuego resaltaba los matices rojizos de los cabellos castaños de ella, sonrojaba sus mejillas, y así sus hermosos ojos verdes cobraban protagonismo. Estaba más que enamorado de su esposa, pero más le valía concentrarse ahora en los recién llegados. Aún no había siquiera saludado como era debido al resto del grupo.

—Estoy encantada de poder conocerlos finalmente —dijo Keyra, mientras dirigía una mirada amable al grupo que, si bien era de desconocidos, ella adivinaba quién era quién—. ¡Colin me ha hablado muchísimo de todos ustedes!

—Ella es mi amada esposa, Keyra. La he encontrado en el norte —dijo Colin con una sonrisa bailoteando en los labios.

Keyra sonrió. Sus ojos brillaban divertidos. Dirigió una mirada a su esposo y carraspeó, instándolo a que contara la verdad.

Colin carcajeó.

—Es cierto, lo más apropiado sería decir que ella me encontró a mí —dirigió una mirada de advertencia a su mujer, aunque siempre en carácter divertido, luego añadió—: y no pienso contar más del asunto.

Una estruendosa carcajada resonó a espaldas de Colin. Se trataba de James, desde luego. Él conocía la verdadera historia de cómo se habían conocido Lady Keyra y Colin. Colin sabía que terminaría contando la historia a sus amigos, pero no sería en ese momento, no; debía proteger un poco más su orgullo. Decidió que pospondría el relato para cuando estuvieran en privado, tal vez en el solar disfrutando de alguna bebida caliente junto al fuego.

—Cierra el pico, James —advirtió Colin. Luego volteó hacia sus amigos, y por fin hizo las debidas presentaciones, y él mismo saludó al resto de los visitantes: a lady Katherine, a lady Hope McInnes, y a Ian Mc Dubh. Con Mc Dubh se midieron con la mirada durante unos breves instantes, producto del recelo que habían sentido entre ellos en el pasado; pero pronto ambos se dieron cuenta de que ya no había motivos que los enemistara, así que se saludaron de manera afectuosa.

—Es un gusto volver a verte, Colin; y por fin conocer a tu adorable esposa, con quien espero entablar una gran amistad. Seremos muy buenas amigas las tres —vaticinó Kate, mientras tomaba a Keyra y a Hope de las manos.

Keyra tampoco tenía motivos para sentir animadversión hacia Katherine. Si bien su esposo había estado muy enamorado de la muchacha en el pasado, eso justamente había quedado allí, en el pasado, y había sucedido antes de que Colin y ella se conocieran. Además, Keyra era consciente de que en cierta forma se debía a Kate que ella hubiese encontrado a Colin en las montañas; y no temía que Colin volviera a enamorarse de la hija menor del laird McInnes. A Keyra le constaba que el amor que le profesaba su esposo era verdadero y demasiado profundo como para que el reencuentro con un amor de juventud alterara sus sentimientos. Sonrió con sinceridad.

—Desde luego, Kate —asintió Keyra por fin. Las tres mujeres ya se habían dado permiso mutuamente para llamarse por el nombre de pila, y obviar así el *lady*—. Tú, Hope y yo seremos grandes amigas.

Como buena ama del castillo y anfitriona que era lady Keyra MacDonald, pronto ordenó que se dispusiera todo lo necesario para un baño en las habitaciones de los anfitriones. Los cuartos habían sido alistados el día anterior esperando la llegada de las visitas para los próximos días, así como también se había ordenado tener siempre agua caliente a disposición; fue por ello que los baños estuvieron listos de inmediato.

Para cada pareja de esposos había sido dispuesta una de las mejores habitaciones de las que disponía la fortaleza, después de las que ocupaban los señores. Kate e Ian desaparecieron dentro de su cuarto. Volverían a reencontrarse todos, anfitriones e invitados, en el salón a la hora de la cena; para lo cual no faltaba mucho. Hope y Cameron ocuparon las dependencias contiguas.

Un fuego intenso chisporroteaba en la chimenea e iluminaba la cálida estancia amueblada con elegancia y buen gusto. Hope se acercó a la fuente de calor, y extendió las manos. Por su espalda descendió un escalofrío antes de que el calor penetrara las capas de su ropa.

—¡Oh, qué delicia! —exclamó—. No había notado cuan helada estaba.

—Toma el baño caliente que ya está listo, Hope; eso te reconfortará —sugirió Cameron.

Hope echó una mirada hacia la bañera de madera. Había una sola, y apenas estaba separada del resto del cuarto por un biombo diminuto que lo cierto es que no servía de nada. Volteó el rostro hacia su esposo, y negó con la cabeza. El agua aún chorreaba de sus largos cabellos y seguían regando la ya demasiado mojada ropa que vestía. Se acercó a él.

—Tú estás más empapado que yo. Mírate, Cameron —tomó un extremo del plaid que cubría los hombros de su esposo, lo levantó un poco, y con la otra mano palpó la camisa que él llevaba debajo. Volvió a negar con la cabeza—. ¡Cielo santo, debes quitarte esto, o enfermarás! Tú eres quien debe tomar ese baño en primer lugar; luego lo tomaré yo.

Cameron sonrió. Sus ojos brillaban divertidos.

—No sería muy caballeroso de mi parte tomar el baño primero. Deberemos usar la misma agua, y no quisiera que cuando llegara tu turno, estuviese fría y sucia.

—¡Oh, vamos, déjate de bobadas; caballerosidad y un comino! —exclamó Hope envalentonada. No estaba dispuesta a que su esposo pescara un resfriado, y si para ello debía ponerse firme, lo haría aunque su cara se tornara granate y las manos le temblaran ante semejante osadía. Respiró profundamente, y alzó la barbilla; entonces añadió—: Tu capa ha evitado que mi ropa se empapara, en cambio la tuya es una sopa. ¡Vamos, vamos, quítatela de una buena vez! —dijo, y con manos temblorosas comenzó a desenganchar el broche de plata que Cameron utilizaba para sujetar la manta.

Cameron permaneció inmóvil dejando que Hope desprendiera su ropa. No es que no hubiese querido moverse, es que su cerebro no le ordenaba al resto de su cuerpo que cobrara movimiento. Cada neurona parecía haberse concentrado en los sentidos.

Su vista se recreaba con la diminuta y grácil figura femenina; en sus manos, que él notaba temblar levemente mientras manipulaban su broche y su manta. En su olfato, que se empeñaba en aspirar y retener en su seno el exótico bouquet que conformaban la fragancia femenina y dulce de Hope, entremezclada con el olor a lluvia, a hierba y tierra mojada... Sus oídos, aturdidos por el retumbar de su propio corazón... El tacto... cielos, el tacto... las manos de Hope rozaban inocentemente la piel de su pecho, y él ardía. Tragó saliva; sentía la garganta seca provocado por los deseos que sentía de saborear a Hope en un beso apasionado y profundo...

Cameron cerró los ojos, y se obligó a contenerse. No sabía cuánto podría aguantar. Volvió a abrir los ojos, pero continuó inmóvil.

Hope se alejó un poco de Cameron. Dejó el broche de plata sobre la mesa de noche, y extendió el plaid empapado sobre el respaldo de una silla cerca del fuego. Al notar que su esposo no se movía, Hope volteó el rostro hacia él. Su corazón bombeaba demasiado fuerte, tanto, que hasta respirar se le estaba haciendo difícil.

—¿Ne... necesitas que te ayude con las botas o con el resto de... la ropa? —preguntó vacilante. Si él le decía que sí, ella moriría con seguridad. La camisa húmeda se pegaba al amplio pecho de Cameron. Tragó saliva. Se sentía nerviosa. Estaba segura de que no podría soportar permanecer tan cerca de su esposo, cuando él vestía tan poca ropa, y contener los deseos que sentía de tocarlo.

Cameron negó con la cabeza; aunque también vacilante. Tomó asiento en una silla, y procedió a quitarse las botas.

Hope se apresuró a recoger las prendas mojadas que su esposo dejaba en el suelo, luego se dirigió hacia la mesa de noche en donde dejó, junto al broche de plata, el pequeño puñal que Cameron ocultaba en su bota. Volvió a acercarse al fuego y comenzó a quitarse sus botas. Su intención era que Cameron aprovechara esa precaria intimidad para sumergirse en la tina de agua caliente; y él así lo hizo.

Hope oyó los pesados pasos cruzar la habitación, luego el bamboleo del agua, y algunas gotas que salpicaron el suelo cuando él por fin se hundió en el líquido reconfortante. Gracias a su visión periférica, Hope vio a Cameron enjabonarse de pies a cabeza, y luego aclararse la espuma sumergiéndose por completo en la tina. Claro que para sumergir la cabeza, él había tenido que flexionar las piernas, y sus rodillas y sus fuertes muslos habían sobresalido de la bañera. Cameron era un espectáculo sin igual, que momentos después, como escultura de bronce bruñido, se puso de pie en toda su gloria, y comenzó a secarse vigorosamente con una toalla.

—Ya puedes ocupar tú el baño, Hope —le dijo él.

Hope sintió que las mejillas se le encendían. Se reprochó mentalmente. Con esa actitud tan infantil, él seguramente adivinaría que ella lo había espiado mientras se bañaba. Procurando mantener la vista alejada del cuerpo de su esposo, Hope recogió su bolsa de viaje, y desapareció detrás del biombo.

Apoyó el equipaje sobre una silla que había cerca de la tina, y sacó algunas prendas para ponerse esa noche. Las extendió sobre el bastidor con intenciones de que se desarrugaran, y además, de que reforzaran su intimidad. Hecho esto, Hope se desvistió y dejó las prendas húmedas en el respaldo de la silla; luego las acercaría al fuego para que terminaran de secarse.

Hope se introdujo en la tina, y de inmediato sintió una punzada de desilusión. El agua ya se había entibiado y, lejos de reconfortarla, le provocaba escalofríos. Tomó la barra de jabón dispuesta a apresurar el proceso del baño cuánto le fuera posible, y comenzó a enjabonarse el cuerpo y la larga cabellera. En eso estaba, cuando Cameron irrumpió detrás del biombo.

—¿Qué...? ¿Cameron, qué...? —preguntó Hope. Había querido preguntar *¿Cameron, qué haces aquí?* Pero las palabras se habían atascado en su cerebro al verlo aparecer sorpresivamente, e intentar precariamente ocultar su cuerpo desnudo bajo el agua. La poca espuma que había producido el jabón no ayudaba de mucho. Dejó que sus largos cabellos cayeran hacia adelante para tapar su torso.

—Te he traído un poco más de agua caliente. Supuse que la de la tina ya estaría tibia, sino fría

—dijo él. En efecto, Hope advirtió que Cameron cargaba un recipiente que había estado calentándose al fuego.

—Gra... —Hope carraspeó para aclararse la voz—. Gracias, Cameron. Puedes dejarlo allí —señaló el suelo e iba a añadir que ella misma iba a volcar el agua en la tina; sin embargo, Cameron la interrumpió. Había adivinado sus intenciones.

Cam negó con la cabeza. Su cabello húmedo se balanceó en torno a sus hombros vestidos únicamente con una camisa de lino que se veía un poco arrugada al haber estado dentro del equipaje.

—Yo la volcaré en la tina. Esto pesa demasiado para que tú lo cargues, y no quisiera que te derramaras encima el agua hirviendo. Sal un momento del barreño.

—No —fue la categórica respuesta de ella.

—¿No? —preguntó él con una chispa de diversión en sus ojos al adivinar el pudor de ella.

—No saldré de la tina. Eh... tomaré frío —dijo, a modo de excusa, ante lo que Cameron rió más ampliamente—. Vuélcala si quieres.

—Deberías salir del barreño. Sería solo un momento. Si te quedas dentro, puedo quemarte sin quererlo.

Hope recogió las piernas para dejarle espacio.

—No me quemarás; confío en ti —dijo. Luego, al notarlo aún dudar, añadió en tono divertido —: Si sigues vacilando, el agua que cargas estará más fría que la del baño.

Cameron asintió. Ella estaba en lo cierto. Volcó el agua con sumo cuidado, procurando que el chorro caliente no cayera cerca del cuerpo de Hope; cuerpo que le resultaba imposible no espiar. Ella parecía una ninfa, con su piel de porcelana y largos cabellos echados hacia adelante, que se rizaban producto de la humedad.

—¿Puedo lavarte el cabello? —le preguntó Cameron, aún hipnotizado en las suaves hebras mecidas acompasadamente sobre la superficie del agua apenas espumosa, aunque sutilmente turbia.

Hope bajó la mirada, y solo fue capaz de transmitir su respuesta afirmativa con una leve inclinación de cabeza.

Cameron tampoco pronunció palabras; tal vez temía romper el hechizo del que había caído preso. Rodeó la tina, y se arrodilló a espaldas de Hope.

Con una ternura de la que ya no se creía capaz, Cam echó la masa de bucles hacia atrás, y la humedeció un poco más. Luego se inclinó peligrosamente hacia adelante y, al hacerlo, rozó con su boca la oreja de Hope.

—Alcánzame la barra de jabón —pidió con la voz enronquecida.

La cerrada cercanía y el tibio aliento sobre su cuello, provocaron un agudo estremecimiento a lo largo de la columna de la muchacha. Con manos temblorosas tanteó el fondo del barreño; lugar al que en algún momento que no lograba recordar con precisión, ella había dejado caer la pastilla. Cuando Hope por fin la encontró, sus dedos se hundieron en la superficie que estaba blanda y resbaladiza debido a la inmersión prolongada.

—Toma —dijo con voz apenas audible y el estómago anudado en tensión.

Cameron advirtió que la mano de la muchacha temblaba levemente; si se descuidaba, su propio pulso también carecía de la firmeza habitual. Enjabonó la larga cabellera y el cuero cabelludo con movimientos suaves, que más correctamente sería llamarlos caricias. Cuando lo creyó conveniente, tomó un jarro de peltre, y lo cargó con un poco del agua limpia que había quedado en el caldero.

—Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos para que pueda aclararte el jabón.

¿Qué cerrara los ojos? Hacía rato que Hope lo había hecho, completamente abstraída en las caricias que su esposo le prodigaba. Echó la cabeza hacia atrás, y de inmediato sintió el agua correr sobre su melena.

Cameron repitió el proceso dos veces más, hasta que el cabello de la muchacha estuvo libre de espuma, luego lo escurrió y lo frotó con vigor con un trozo de lino. Sin soltar el cabello volvió a inclinarse hacia ella.

—Ponte de pie así te secas —sugirió, provocando una vez más una oleada de agitación en ella.

Hope no se negó, aunque se moría de vergüenza. Cuando se puso de pie, Cameron rodeó sus hombros con una toalla de lino que la cubría hasta las rodillas. Él permanecía detrás; a su espalda. Salió del agua, entonces él pegó su cuerpo al de ella, y le rodeó la cintura. La retuvo en un abrazo durante un par de segundos que se convirtieron en eternidad.

—Eres hermosa, Hope... hermosa —susurró. Cameron había cerrado los ojos mientras absorbía el perfume y el calor de ella. Su pecho, que había permanecido muerto durante lo que parecía haber sido siglos, se agitaba revolucionado como hacía largo tiempo no lo hacía.

Sonaron unos golpecitos a la puerta. Ninguno de los dos los oyó; o tal vez lo hicieron, pero prefirieron ignorarlos.

Cameron alzó el cabello de Hope, y buscó su cuello con los labios. Rozó la tibia piel, y ascendió hasta el lóbulo de la oreja dejando en el camino algunos besos desperdigados.

Nuevos golpes en la puerta; esta vez un poco más fuertes.

—Hope, Cam, ¿están ahí? —Se oyó la voz de Kate del otro lado de la puerta—. Ya debemos bajar a cenar —dijo.

Cameron suspiró con resignación.

—Sí, Kate. Bajaremos al salón en un momento —respondió a su hermana. Luego se apartó de Hope, y los dos, de inmediato, advirtieron el vacío que quedaba entre sus cuerpos cuando ellos se alejaban.

Unos minutos más tarde, los esposos se habían unido al resto de los comensales en el gran salón del castillo de MacDonald. Sentados en la mesa principal, junto a los anfitriones, conversaban alegremente. Cameron parecía mucho más animado de lo que había estado en el último tiempo.

—¿Qué ella te secuestró? —preguntó Cam, entre carcajadas, solo para confirmar que lo que contaba James no fuera una exageración.

James, el mejor amigo y cuñado de Colin; no había logrado mantener su boca cerrada y había soltado la historia completa, sin olvidarse ni de una coma, acerca de la verdadera manera en la que Colin y Keyra se habían conocido.

Colin gruñó. Si bien no le molestaba en absoluto cómo habían resultado las cosas al final, recordar que él, un guerrero experto, líder de un clan, hábil y diestro en el manejo de la espada, cuchillos y arco y flecha, había sido secuestrado por una mujer... su mujer, aunque en ese momento ellos no se conocían, claro, dañaba fuertemente su orgullo.

—Me tomó distraído —dijo Colin a modo de excusa; con lo que se ganó un nuevo coro de risotadas provenientes de sus ruidosos amigos.

—Es cierto —intervino Keyra, la feliz secuestradora—, lo tomé por sorpresa y con todos sus sentidos empeñados en cazar a un pobre conejo...

Como era de esperar, la defensa de la mujer solo provocó más risas.

—Ya, mi amor —dijo Colin con ternura explícita—, no trates de limpiar mi honor, que ante esta mesnada de sabandijas, solo logras el efecto contrario.

—Lo cierto es que no puedes quejarte de cómo terminó tu aventura, querido amigo —lo consoló James.

—Desde luego que no —asintió Colin—. Mi aventura me deparaba un final inmejorable; con esta esposa que sigue teniéndome prisionero... —los enamorados se sonrieron. Ninguno era prisionero en realidad, solo dos almas libres que habían elegido amarrarse fuertemente una a la otra, y que no deseaban ser liberadas de manera alguna—. Y con una hermosa niña... o niño, en camino.

—Brindemos por ello —propuso Cameron, y levantó su copa de peltre cargada de vino. El resto de los comensales lo secundó de inmediato.

—Yo propongo que brindemos por todos nosotros; felices y recién casados —propuso Colin en cambio. Hacía referencia no solo a su matrimonio con Keyra, sino también a los enlaces de James y su hermana Claire; Mc Dubh y Kate; y el de Cameron y Hope. Las cuatro bodas habían ocurrido en los últimos meses, aunque la más reciente era la de McInnes y la muchacha MacPherson.

—¡Por todos nosotros! —secundó James.

—¡Recién casados y felices! —añadió Mc Dubh.

La palma de la mano de Cameron se tornó húmeda. Miró a Hope a su lado. Ella lo miraba con sus grandes ojos, expectante, y su corazón saltó en su pecho. ¡Cielo Santo, de alguna manera, él también se sentía feliz con la mujer que tenía a su lado!

Una sonrisa sincera se dibujó en los labios de Cameron. Tomó la mano de Hope en la suya, y la retuvo con fuerza al tiempo que alzaba su copa.

—¡Felices recién casados! —dijo, uniéndose al brindis; y una lágrima solitaria resbaló por la mejilla de Hope.

Aunque la cena y la charla habían sido agradables, la reunión no se extendió hasta largas horas de la noche. Los anfitriones comprendían que las visitas se sentían exhaustas a causa del trajín del viaje, y no quisieron retenerlos demasiado tiempo.

Pronto, Hope y Cameron se encontraron recostados en la misma cama, uno junto al otro, recordando los chistes o las anécdotas que se habían contado en la mesa, y riendo aún. Los envolvía una atmósfera distendida y de cierta complicidad.

De un momento a otro, Cameron hizo silencio. Volteó el rostro hacia Hope, y la miró a los ojos. Le acarició la mejilla con ternura.

—No he mentado cuando dije que estaba feliz —confesó.

En un principio, Hope no comprendió a qué se refería él. Frunció el ceño, y él le acarició la frente con las puntas de sus dedos.

—Me gusta cuando haces eso —le dijo.

—¿Esto? —le preguntó ella, y frunció el ceño con mayor intensidad y de manera divertida.

—Sí, eso —le dijo, y rió ante la gracia de la muchacha; últimamente lo hacía con frecuencia, y se debía a Hope; Cameron lo sabía. Él que la había creído una desgracia, ahora comprendía que ella se estaba convirtiendo en su salvación. Ya no se sentía tan muerto, ni tan frío... Empezaba a sentirse más como él mismo, como el viejo Cameron, el que había sido alguna vez... Se preguntó si alguna vez volvería a ser completamente el mismo hombre que había sido; seguramente no; pero Hope lo acercaba bastante.

—Y a mí me gusta cuando haces esto —le dijo ella, y le acarició a él la comisura de los labios levemente curvada hacia arriba.

—Hacía mucho tiempo que no sonreía —confesó—, pero tú... Tú me haces sonreír, Hope... Me haces feliz.

Hope sintió que su corazón se estrujaba en un puño, mezcla de felicidad y de emoción. Ella que anhelaba hacer feliz a Cameron, hacerlo sonreír, pero que en su estado racional creía que no era más que una quimera, ahora comprobaba que su mayor sueño comenzaba a convertirse en realidad.

—¡Dios, Cameron, hacerte feliz es lo que más deseo en esta vida!

—Y lo estás logrando...

Cameron tomó a Hope entre sus brazos, y la retuvo junto a su pecho. Su corazón latía fuerte, y el de ella también. Hope intuía que esa noche él no le haría el amor, y a decir verdad, eso no le resultaba demasiado importante en ese momento. La conexión que empezaba a gestarse entre ellos iba mucho más allá de un intercambio físico.

—Cuéntame de tu niñez, Cameron. Quiero saberlo todo de ti —le pidió, y él la complació con sus palabras, y con hermosas anécdotas que la hicieron reír.

No le resultaba difícil a Hope imaginar al muchachito larguirucho de rizos rubios y flacuchos brazos, según como él se describía a la tierna edad de ocho años, manipulando una pesada espada de madera y aprendiendo las técnicas de ataque y defensa junto a su mejor amigo Ian, con quien descubrió también, su esposo había hecho muchas travesuras.

—¿Quemaron la casucha del guardabosques? —Preguntó asombrada.

—Pero fue un accidente —se defendió él, sin dejar de reír, luego completó—: No imaginábamos que la pipa fuera tan frágil, mucho menos que se prendería fuego la paja del suelo.

Hope alzó la vista, y la fijó en la boca de su esposo.

—¿Fumabas pipa? —le preguntó—. ¿Pero ya no, no es cierto? —alzó la mano pero sin llegar a tocar la boca de él—. Tus dientes no están manchados por el tabaco... —meditó en voz alta.

Cam negó con la cabeza.

—Esa fue la única vez. Ian y yo teníamos unos catorce años. Sabíamos que a esas horas de la tarde la vivienda se encontraba desocupada, así que nos pareció el mejor refugio para nuestras actividades secretas. Habíamos conseguido una pipa de manos de una... —se aclaró la garganta con un carraspeo, torció la boca en una mueca divertida—, de una prostituta de la aldea a la cual habíamos visitado. Era una época de novedades para nosotros —dijo a modo de disculpa—, y buscábamos experimentar con lo desconocido; por un lado con el... —iba a decir sexo, pero se abstuvo—. Eh... ya sabes. No, no sabes, en realidad —corrigió, entonces añadió—: con las relaciones físicas; y por otro lado, con el tabaco; por cierto, para nada bien visto este último por el Rey James, mucho menos por mi padre.

—Oh, me imagino que milord no habrá estado muy feliz entonces de que tú y Mc Dubh quemaran la casucha por estar fumando.

Cameron carcajeó.

—En lo más mínimo. Cuando mi padre descubrió la verdad, nos obligó a Ian y a mí a reconstruir con nuestras propias manos la cabaña del guardabosque. Para nuestro beneficio, Ian conocía bastante de trabajar con la madera puesto que su padre, recientemente fallecido en esa época, había sido carpintero y le había enseñado a él el oficio antes de morir; de todos modos, nos llevó más de cinco meses que la cabaña quedara en condiciones de ser habitada.

—Milord, eras un diablillo —lo reprendió Hope con dulzura.

—Lo cierto es que sí, milady, no puedo negarlo; y de nada me sirve mentir, cuando mi querida hermana te contaría la verdad... aunque ella no conoce muchas de las diabluras cometidas por Ian y por mí —concluyó con aires de triunfo.

—Me gusta conocer tu pasado de tu propia boca, y más me complace que me hables con la verdad.

—Si hay algo que puedo prometerte, es que de mí siempre obtendrás la verdad.

Hope asintió. Lo que le decía Cameron era cierto. Desde que ellos se conocieran, ya fuera para bien o para mal, él siempre le había hablado de frente y con sinceridad; jamás le había hecho falsas promesas, u ocultado sus verdaderas intenciones, y debía estarle agradecida aunque en muchas ocasiones pasadas ella saliera lastimada.

—Ahora duerme, esposa. Mañana, y cada noche que le siga a esa, te prometo que si tú lo deseas, te contaré más aventuras de mi pasado.

—Eso me gustaría mucho.

—Entonces así será —dijo, y mantuvo a Hope entre sus brazos hasta que el sol despuntó en el horizonte.

La rutina se repitió cada noche. Cuando se recostaban uno junto al otro, Cameron atraía a Hope hacia su cuerpo y la retenía junto a su pecho mientras le contaba alguna anécdota y reían juntos; después, aún abrazados, dormían.

De manera sutil, pero contundente, el lazo entre los esposos se estrechaba más y más con el correr de los días, y no pasó desapercibido a los ojos de Kate e Ian, quienes notaban, maravillados, el cambio obrado en Cameron. Ellos no tenían dudas de que Hope era la esperanza y la salvación para el futuro laird McInnes.

## Capítulo XXV

La fortaleza MacDonald se había llenado de personas en el último día; todas eran miembros de la familia o amigos entrañables del laird y su esposa, quienes habían extendido especialmente las invitaciones para la celebración que oficialmente había comenzado esa mañana, continuaría durante la noche con un gran *cèilidh*, y se extendería por tres jornadas enteras.

Entre otros, desde Londres habían arribado Gwen, hermana mayor de Colin, y su esposo, el baronet Robert Graham. Desde el norte, Lizzie, la hermana del medio del laird MacDonald, y su esposo, el laird Ethan Graham, hermano gemelo de Keyra.

Las celebraciones contarían con comidas abundantes y variadas, baile, música, juglares, representaciones teatrales, partidas de caza y juegos al aire libre, entre los que se encontraría tiro al blanco y algunos de los juegos típicos de las tierras altas, como el lanzamiento de tronco, del martillo, el tira y afloja con cuerda; también podrían sumarse los más diestros a contiendas de espadas.

Ese último *entretenimiento* era el que habían elegido, por un lado Colin y su cuñado Ethan; por otro, Ian y Cam. Las mujeres, alrededor de ellos, vitoreaban cada una a favor de su esposo. En tanto, Robert, su esposa y algunas parejas más, habían elegido divertimentos menos violentos.

Habían terminado los enfrentamientos de esgrima, aunque en ninguno de los casos hubo ganadores. Los competidores, gracias al fuerte adiestramiento que poseía cada uno de ellos, y también al fuerte orgullo que los movilizaba, ¿por qué no decirlo?, se declararon empatados. Ninguno había sido capaz de verse derrotado.

Una vez que se estrecharon las manos, los hombres llevaron a sus esposas frente a los muñecos confeccionados en paja que servirían de blancos de arquería.

Colin y Keyra se enfrentaron en una competencia feroz. Ambos eran diestros en esa disciplina, y si uno daba en el blanco, entonces el otro aumentaba la apuesta y le partía la flecha al darle justo en el centro. Se notaba que no era esa la primera vez que se enfrentaban, también, que lo estaban pasando estupendamente bien.

Frente a otro de los muñecos de paja, se encontraban Ian y Kate. Ella tomó uno de los arcos y una flecha, y se colocó de lado, dispuesta a prepararse para disparar.

Ian se acercó provocativamente a la espalda de su mujer, y le susurró al oído con intenciones de distraerla.

—¿Necesitas que te enseñe cómo se hace?

Kate, traviesa y divertida, volteó el rostro hacia él, y le respondió en el mismo tono sensual y bajo en el que había hablado él. Solo ellos dos oían las palabras que intercambiaban.

—No es necesario, mi amor; ya me han enseñado a hacerlo.

Ian gruñó al recordar que quien le había enseñado había sido el mismísimo Colin MacDonald cuando ella todavía era su prometida. Los celos que sintió Ian aquella vez al ver al laird tan cerca de Kate, habían sido feroces, y ahora, de solo recordarlo, volvía a experimentarlos.

Ian volvió a gruñir, pasó uno de sus fuertes brazos alrededor de la cintura de la que ahora era su mujer, y la apretó contra su cuerpo con un salvaje sentimiento de posesividad bullendo en sus venas. Kate había conseguido lo que quería.

—Yo podría haberte enseñado mucho mejor que él —masculló con la voz ronca. Su mujercita sabía muy bien cómo volverlo loco en todos los sentidos posibles que admitía esa palabra.

Kate volvió una vez más el rostro hacia Ian, buscó la boca de él con la mirada, luego interceptó sus ojos, y le sonrió sugestivamente. Volteó la vista hacia el blanco, acomodó la flecha, tensó y alzó el arco; entonces disparó. No acertó en el centro, pero sí en el borde de la diana.

—No me cabe duda de que tú me habrías enseñado mejor —dijo sobre los labios de su esposo. Alzó la mirada, y añadió provocativamente—. Hazlo.

¡Oh, sí!, Ian lo haría, pero luego, tal vez otro día. En ese instante, lo único que hizo fue apoderarse de la boca de su mujer con un beso profundo que la dejó sin aire.

—Te enseñaré todo lo que sé, mujer de mi vida —le dijo Ian cuando pudo separar unos segundos su boca de la de ella. La tomó en brazos, y caminó hacia la fortaleza; entonces añadió—: Y empezaremos ahora, pero en nuestro dormitorio.

—Que no te sorprenda —dijo Cam a Hope. Ellos dos habían presenciado toda la escena aunque no habían oído las palabras que la pareja había intercambiado. Hope había quedado con la boca abierta—. Esos dos se la pasan provocándose, y después terminan en el dormitorio. Con seguridad es allí donde se dirigen ahora.

—A ese paso, tu hermana pronto estará en el mismo estado que lady Keyra —vaticinó Hope con diversión, haciendo referencia al embarazo de la dueña de casa.

—Yo creo que mi hermana ya está en el mismo estado que lady MacDonald.

—¿Lo crees? —preguntó Hope con ilusión.

—Mhmm, lo creo fervientemente. Siempre me he caracterizado por ser muy observador, sobre todo en los asuntos que se refieren a mi hermana... Creo que se debe a la costumbre de cuidarla siempre —se justificó—. Y en este último tiempo la he notado... ¿cómo decirlo? Más rellena, digamos.

—Pero ella no ha dicho nada...

—Tal vez solo está esperando confirmarlo...

—Sería una gran alegría para toda la familia... Tu padre se pondría muy feliz.

—Sí, lo sé —asintió Cam. Era consciente de que su padre estaría loco de contento con un par de nietos correteando por la fortaleza y por las suaves lomadas de las tierras de McInnes. Cameron también sabía que su padre estaría loco de contento si él le diera un heredero...— ¿Jugamos? —le preguntó a Hope con intenciones de cambiar el tema que él mismo había fomentado.

Hope parpadeó. Sintió una punzada de dolor en el centro del pecho al notar que Cameron deseaba dejar de hablar de niños, aunque de inmediato la ahuyentó. Hacía varios días que las preocupaciones o los lamentos habían estado lejos de su mente, y deseaba permanecer así, al menos, un tiempo más.

—Yo nunca he practicado arquería.

—¿No? —preguntó sorprendido.

—No.

Cameron lo meditó un instante antes de hacer su propuesta.

—¿Quieres que te enseñe?

—¿Lo harías?

Cameron afirmó con la cabeza. Tal vez fuera para él una sentencia y su caída directa al infierno; o, por el contrario, su pasaje de ida directo al paraíso; si es que algo así existía en realidad.

—Entonces estaría muy complacida de que fueras mi maestro, Cameron.

Cameron tomó uno de los arcos que descansaban sobre una tarima, cerca de los puntos de disparo, y buscó una flecha; volvió junto a Hope, y le entregó el arma. Luego comenzó con la instrucción.

—Párate de lado, no de frente al blanco —indicó—. ¿Ves cómo lo hace lady Keyra? —señaló a la mujer que en ese momento estaba presta a disparar.

Hope asintió e imitó a lady MacDonald.

—Muy bien —la alentó Cam—. Ahora separa un poco los pies. Entre ellos debe quedar una apertura no mayor a la distancia entre tus hombros.

—¿Así? —preguntó la muchacha con timidez. No deseaba decepcionar a su esposo; ansiaba con todo su corazón hacer las cosas bien para que él se sintiera orgulloso de su discípula.

—Exacto; justo así. Ahora, con tu mano izquierda, y con firmeza, toma esta parte del arco —dijo, señalando la parte central de la varilla flexible. A espaldas de la muchacha, Cameron también sostenía el arma. Su brazo derecho rodeó a Hope, y la ayudó a posicionar la flecha—. Debes sostener y tensar la cuerda con las yemas de los tres dedos centrales, y la flecha quedará entre tu índice y el anular. Yo te ayudaré la primera vez, ¿de acuerdo?

Hope volteó el rostro hacia Cameron, y él se quedó sin aliento. Sus enormes ojos le transmitían a él el entusiasmo y la fascinación de su portadora... ¿Acaso sus propios ojos brillarían con esa misma fascinación, al sentirla a ella tan cerca de su cuerpo, y ahora, al poder contemplar tan de cerca su mirada color ámbar?

—De acuerdo —consintió ella, tal vez ajena a las atribuladas sensaciones que despertaba en él.

Cam parpadeó, y señaló la diana con la cabeza.

—Vuelve tu vista al frente; debes concentrarte en el blanco —*¡Y por Dios de los Cielos, dejar de desconcentrarme a mí!* Claro que eso último no lo dijo, y las palabras que sí habían sido pronunciadas, salieron de entre los labios de Cameron como un ronco siseo, y le acariciaron a Hope los cabellos que caían sobre su frente.

Hope obedeció la indicación de su esposo. Un poco turbada, volvió a mirar el arco, más precisamente, el lugar en el que su mano y la de Cam se tocaban, y su pulso vaciló.

—Mantén el pulso firme, inspira profundamente y, cuando lo hagas, alzaremos el arco y tensaremos la cuerda hasta que esa mano alcance la altura de la comisura de tus labios; entonces te centrarás en el blanco, y soltarás la cuerda.

Hope asintió brevemente. Si Cam estuviese a varias millas de distancia, seguramente no resultaría un problema para ella que su pulso se mantuviera firme; pero con él pegado a su cuerpo, con su aroma masculino envolviéndola, y con su cálido aliento acariciándole el cuello; ni en broma podría lograr que su pulso no temblara. Aún así lo intentó. Siguió las instrucciones de Cam, y él fue acomodándole el cuerpo a la posición correcta; incluso, le alzó un poco el codo derecho que ella había mantenido por debajo de la línea del hombro.

—Suéltala —dio la orden él, cuando lo creyó conveniente; y Hope, obediente, siguió su indicación.

La flecha salió disparada hacia el muñeco de paja, y asentó en lo que podría decirse, era el inicio del cuello. Hope no había acertado en la diana pintada en el centro del pecho de la figura, pero

su tiro no había estado mal en absoluto.

—¡Sí! —Clamó ella y, producto de su entusiasmo, volteó hacia Cameron, le rodeó el cuello con los brazos y, luego de ponerse en puntas de pie, le asentó un efusivo beso en la mejilla que a él lo dejó perplejo durante un instante. El arco había sido olvidado en el suelo—. ¡Lo hice, Cameron, mira!

Ella le señalaba a él el muñeco de paja al cual, de haber sido un hombre de carne y hueso, le hubiese asentado un flechazo de muerte, aunque la sagita no hubiese ido directo al corazón. Pero Cameron no podía mirar hacia donde Hope señalaba; él solo era capaz de mirarla a ella.

—¡Lo hice! —Volvió a exclamar ella con entusiasmo. Aún rodeaba a Cam con uno de sus brazos. Lo miró a los ojos, y lo encontró mirándola.

—Lo hiciste, pequeña... —Cameron entrecerró los ojos, y una extraña sonrisa curvó sus labios. A simple vista podía parecer una expresión burlona, pero él no se burlaba de ella, sino de sí mismo. Sus labios se curvaron aún más—. ¡Sí que lo hiciste! —exclamó, consciente de que ella lo había hecho... Lo había flechado a él por completo, y no se refería justamente a la arquería cuando pensaba en ello.

## Capítulo XXVI

Una repentina ventisca que empezó a azotar desde el mar, obligó a los concurrentes a abandonar los juegos al aire libre, y a refugiarse con prisa dentro de las paredes de la fortaleza. Una vez que estuvieron dentro, de inmediato fueron sugeridas nuevas fuentes de entretenimiento para lo que restaba de la tarde; como partidas de ajedrez en el solar, o conversaciones amenas junto al fuego y regadas en abundancia con vino tibio especiado.

Al caer la tarde, los presentes se retiraron a sus respectivos dormitorios para mudarse de ropa y prepararse para la cena. En general, no demoraron mucho en esos menesteres, y pronto se reunieron en el salón, alrededor de mesas conformadas por caballetes y largos tablones que habían sido vestidos con largos y finos paños de lino blanco.

Platos de los más variados fueron servidos, y la bebida, vinos y ales, siguieron corriendo libremente durante toda la noche. En ningún momento se vio copa alguna vacía, puesto que las siervas se apresuraban a llenarlas en cuanto sus dueños las vaciaban.

Hope no se explicaba cómo los hombres podían tolerar tanto alcohol dentro de sus cuerpos y no mostrar mayor indicio que una sonrisa bastante recurrente en sus labios y, tal vez, la voz un par de tonos más altos. Se los veía alegres; pero de ninguna manera embriagados, y ella había perdido la cuenta de cuántas jarras de vino habían vaciado, mientras que ella, con una sola copa y una segunda que se negaba a terminar, ya sentía las mejillas caldeadas, las piernas medio flojas, y también, las ganas de reír en todo momento.

Mientras los comensales disfrutaban de la cena, un bardo los había deleitado con la delicada música que arrancaba a las cuerdas de un laúd; pero ahora que degustaban los postres, la animación era más activa. Luego de una breve representación teatral, en la que se contaba la leyenda de un rey antiguo, fue el turno de un par de bufones de divertir a los presentes.

—Para el siguiente número, necesitaré de vuestra colaboración, mis señores —anunció Shaco, el más alto de los dos cómicos, mientras se acercaba al estrado en donde el laird y sus convidados disfrutaban del espectáculo.

—¡Oh, qué sorpresa, Shaco! —exclamó Colin—. Pues entonces debemos ceder el honor a alguno de nuestros invitados —dijo divertido, e hizo una gran reverencia para señalar a la gente apostada alrededor de la mesa. En su fuero interno, Colin esperaba que el bufón escogiera al estirado de su cuñado, el baronet Robert Graham, el esposo de una de sus hermanas; se divertiría un buen rato si era así; pero para su decepción, Shaco eligió a otra *presa*.

—Milord, milady —saludó educadamente Shaco, con una profunda reverencia, a Cameron y Hope; luego buscó sus manos—. Vosotros seréis los asistentes perfectos para este número.

Cameron tenía intenciones de negarse. No le gustaba hacer el ridículo, y estaba seguro de que de ese número no saldría nada que no fuera una absoluta ridiculez; pero Hope ya se había puesto de pie, y él no podía dejarla sola. Tragándose un gruñido, la siguió a la pista.

—Deberéis hacer lo que mi compañero Colum y yo os indiquemos, ¿de acuerdo? —explicó Shaco, y Cam volvió a tragarse un gruñido.

Cameron estaba seguro de que su rostro no se vería muy feliz en ese instante; en cambio el de Hope, se veía radiante, notó; y sin darse cuenta, sus propias facciones se aflojaron un poco.

—Bien —asintió Cameron aún de mala gana—. Vamos, hombre, dinos de una buena vez qué debemos hacer.

—Sí, milord —respondió Shaco, y se inclinó en una nueva y profunda reverencia. Con un gesto adrede de inocencia, pero con un brillo delator en los ojos, añadió—: No sabía que milord tenía tanta prisa por jugar.

Las palabras del bufón provocaron que los invitados de inmediato estallaran en carcajadas. Cameron fulminó con la mirada al hombrecito de ropas grotescas y exageradamente coloridas; en tanto Hope ahogó una sonrisa divertida.

—Venid aquí, amigo —llamó Colum al gaitero—, y tocad un reel —le pidió. Cuando los primeros acordes de la gaita empezaron a llenar el aire con música divertida, Colum volvió su atención a la pareja y a Shaco.

—Mirad atentamente lo que haré —dijo Shaco, y de inmediato comenzó a ejecutar el paso básico de la danza; parecía una especie de galope. El hombrecillo se desplazaba por la pista con pasmosa elegancia y delicadeza. Volvió junto a Cam y Hope, los tomó de la mano, y añadió—: Ahora me acompañaréis vosotros.

Cameron gruñó, no obstante, Shaco no le dio opción de rehusar, y llevó a los esposos, tomados uno de cada una de sus manos, a recorrer la pista al compás de la música.

Luego de ejecutar una vuelta casi completa al salón, el bufón se detuvo y con seriedad miró a Cam, quien había gruñido igual que un oso en cada nuevo paso que había marcado.

—Milord, me complace el entusiasmo que ponéis al ejecutar la danza —dijo con seriedad mal disimulada adrede.

En un primer momento, Cam, tomado por sorpresa, frunció el ceño. El ridículo hombrecito no solo le estaba haciendo hacer tonterías, sino que para rematarla, le tomaba el pelo... De reojo divisó la figura de Hope, y le pareció que ella se tapaba la boca. Volteó el rostro hacia ella y, en efecto, descubrió que la muchacha hacía lo imposible por ocultar la risa.

Cameron supo que Hope intentó ponerse seria cuando notó que él la miraba, pero falló estrepitosamente. Los ojitos le lagrimeaban, ¡y por Dios que esta vez era por estar divertida! Cameron sintió que su corazón se estrujaba en un puño; la muchacha parecía feliz, y si era así... ¡Al diablo con todo!

—¡Anda, riéte de mí! —le dijo, mientras se ponía frente a ella. Él también había estallado en carcajadas y, como un coro, también lo hicieron muchos de los presentes, al menos, quienes observaban la escena. Cuando las risas sonoras pasaron a ser sonrisas, y su rostro se relajó, Cameron extendió una mano hacia su esposa para que ella la tomara—. Vamos a enseñarles a estos dos cómo se baila el reel —expuso, refiriéndose a Shaco y Colum.

Hope sintió su rostro perder el color y luego recuperarlo con mayor intensidad. Sus ojos, abiertos desmesuradamente, parecían sorprendidos, aunque también mostraban una buena cuota de preocupación. Se acercó a su esposo, y le habló en secreto.

—No bailo desde niña... y temo haber olvidado cómo se hace.

—Dudo que lo olvidaras... —su mirada profunda atravesó a Hope cuando añadió en el mismo tono que ella había utilizado—: Yo creí que había olvidado cómo ser feliz; pero tú me has devuelto la memoria.

Hope sintió que las piernas se le volvían de gelatina; estaba segura de que no la sostendrían. Su corazón se agitaba inquieto dentro de su pecho, rebosante de un amor desbocado que pedía a gritos salir a la luz.

Cameron apretó la mano de Hope, y fue tal la conexión que se creó entre ellos, que sintieron que sin necesidad de palabras, compartían un secreto.

Se dirigieron hasta el centro de la pista, donde Shaco y Colum los esperaban con más parejas que habían sumado a la danza; entre ellos se encontraban Ian y Kate; pero en ese instante, Cameron y Hope solo tenían ojos para ellos mismos.

Se desplazaron por el salón al ritmo del reel, y aún cuando les tocaba cortar el contacto de sus manos y separarse por un ínfimo instante para dibujar algunos pasos con otros bailarines, sus ojos no lograban apartarse en absoluto.

Se sonreían... y cuando sus manos volvían a unirse, hasta el aire respirado les parecía más dulce. Sus palmas parecían desprender chispas al menor contacto... Tal vez fueran las ansias, la expectativa... el deseo, el que las provocaba.

El paso que parecía un delicado galope los llevó hasta el extremo del salón. Volvieron a girar, a separarse, y a volver a unirse. Un giro, y otro. Una vez más las manos unidas; y los ojos, confesándose todo...

Cameron se salió de la coreografía, y tomó a Hope de la cintura con gesto posesivo; entonces ambos desaparecieron en la oscuridad del pasillo que llevaba a las escaleras.

Como en un solo movimiento sincronizado, el poderoso cuerpo masculino apresó a la muchacha contra la fría pared de piedra, tomó el delicado rostro entre sus manos y, con pasión incontrolable, se apoderó de su boca en un beso enfebrecido.

La pasión ahuyentó los pensamientos. Por el tiempo que el destino dictaminara, no habría principio ni fin... No habría pasado; solo presente.

Sin cortar el beso, Cameron pasó un brazo por detrás de la espalda de Hope y el otro por debajo de sus piernas, y la alzó contra su pecho. A tientas subió la escalera apenas iluminada por antorchas adosadas a la pared, cuyas llamas se bamboleaban a su paso apresurado. Llegaron al dormitorio y terminaron sobre la cama, sin ser completamente conscientes de cómo habían llegado hasta allí.

Cameron volvió a apresar el rostro de Hope entre sus manos, y separó su rostro una corta distancia; la justa para poder mirarla. Ella se veía resplandeciente, con las mejillas encendidas, los bucles desordenados alrededor del rostro, y la mirada húmeda; y Cam pudo reconocer pasión, emoción, y... amor, en sus ojos sinceros. Entonces se sintió afortunado, y dichoso; dichoso como pocas veces se había sentido.

Le acarició la mejilla como si reverenciara a una divinidad. Una sensación extraña, que podía parecerse demasiado a la ternura, había tomado su pecho como refugio y ascendía hasta su garganta. Ella despertaba en él un sinfín de emociones profundas y poderosas que, hacía poco lo había descubierto pero ahora lo confirmaba fehacientemente, lo llenaban de paz.

Hope se creía en el paraíso. Jamás había experimentado en su vida una pasión tan arrolladora, ni una sensación tan sublime, como la que despertaba Cameron en ella cuando la tenía entre sus brazos... o cuando la besaba. Su pecho se alzaba en inspiraciones cortas y repetitivas, y todo su ser se agitaba por dentro y se erizaba por fuera en una silenciosa aunque impetuosa tempestad.

El tiempo parecía haber dejado de existir, aunque los segundos, consumidos entre suspiros, seguían discurriendo.

Cameron descendió hasta los labios de Hope y los recorrió con los suyos en una caricia reverencial que poco a poco fue profundizando. Descendió por el niveo cuello, y se encontró con la barrera de la ropa interponiéndose egoísta en su camino. Sus manos acudieron en su ayuda para desprender los botones delanteros, forrados de tafetán, del jubón de seda. Uno a uno fueron desprendidos los veinticinco botoncillos, entonces con delicadeza, Cameron alzó un poco el torso de Hope y terminó de quitarle la prenda. Sus manos se deslizaron sobre la túnica color maíz que ella vestía, en una caricia por el vientre plano y la cintura hasta llegar a la espalda; luego descendió otra vez hasta la cintura para poder quitarle la falda de tartán que vestía.

Cameron la besó una vez más en los labios antes de apartarse.

Hope lo miró desconcertada; temía que él volviera a dejarla como había hecho en ocasiones anteriores. Cameron adivinó su inquietud. Sentado en el borde de la cama, le acarició la mejilla y negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa colmada de ternura.

Sin pronunciar palabra, Cameron se quitó las botas de piel de ciervo, los calcetines y el plaid, luego descorrió las mantas para que Hope se recostara sobre las sábanas, y se arrodilló sobre el colchón. Descalzó los pies de la muchacha, y los recorrió en una caricia que pronto tomó camino ascendente por las pantorrillas, los muslos y las caderas; y llevó consigo la prenda de fino lino color maíz.

Antes de desnudar a Hope por completo, Cameron se quitó por la cabeza la camisa de lino blanca que vestía; entonces ella pudo admirarlo por primera vez en toda su gloria masculina. La muchacha sintió que la invadía el pudor cuando su esposo la dejó sin ropas, pero él pronto logró que la vergüenza desapareciera, cuando con besos y caricias la llevó hasta las estrellas.

Hope no sabía qué hacer, entonces dejó que el instinto y su esposo la guiaran...

Alzó las manos hasta el cuello de Cameron, primero dubitativa; luego, con mayor decisión, dejó que sus palmas recorrieran los hombros y los brazos masculinos... la espalda... los laterales del torso musculoso...

Con cada nueva caricia inocente que Hope le prodigaba, Cam se enardecía más y más; y ella siquiera era capaz de imaginar que pudiera provocar en él tan poderoso efecto. Pero lo cierto era que Cameron estaba al borde de todo... de volverse loco, de explotar, de que su corazón se le saliera del pecho...

Con cuidado y lentamente para evitar lastimarla, Cam se internó en el cuerpo de Hope, y ahogó en su propia boca el gemido de dolor de la muchacha cuando él rompió la última barrera de su inocencia. Se detuvo un instante y, por un glorioso par de segundos, se dedicó solo a besarla...

El beso fue tornándose más profundo... más intenso... más posesivo; y sin que siquiera fueran conscientes de que lo hacían, sus cuerpos empezaron a moverse y a llevar el mismo ritmo sincronizado.

El vuelo a las estrellas se hizo más alto, y con cada nuevo beso, con cada nueva caricia, ascendían más y más... hasta que ya no fue posible ascender, entonces el universo estalló solo para ellos dos; para esas dos almas que acababan de convertirse en una, para esos dos cuerpos que habían encontrado la manera de decirse sin necesidad de palabras, lo que sentían.

El paraíso existía; Cam y Hope acababan de estar allí.

## Capítulo XXVII

Cuando Hope despertó, aún no había despuntado el día. Recordaba haberse dormido cobijada entre el pecho y los fuertes brazos de su esposo. *Mi esposo...* pensó con ilusión. Ahora, ella y Cameron eran esposos en todas las de la ley, pues su unión se había consumado. Se sentía tan feliz, que le parecía que el corazón desbordaría de su pecho.

Tanteó la cama, pero la encontró vacía, y de inmediato la preocupación llenó su cabeza. *¿Acaso...?* No, no quería pensar en ninguna probabilidad; en cambio, se sentó en la cama, y escrutó la habitación apenas iluminada por la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas de la ventana, a medias descorridas. Entonces lo vio... y su corazón se apretujó de angustia.

Cameron estaba sentado contra la pared, junto a la chimenea de piedra, donde ardían apenas unas miserables brasas. Descalzo y con el torso desnudo, solo vestía el plaid alrededor de la cintura. Con las piernas flexionadas, había apoyado los codos sobre las rodillas, y tomaba su cabeza inclinada entre las manos. Hope, con dolor, intuyó lo que le sucedía.

Descendió de la cama, cubrió su cuerpo desnudo con una bata que encontró cerca y, con sigilo, se acercó a su esposo. Al llegar a su lado, extendió la mano, y acarició los largos y dorados cabellos que caían hacia adelante y le cubrían a él el rostro.

—No debes sentirte culpable por lo que pasó entre nosotros. Tú... tú habías bebido demasiado, y...

Cameron alzó la vista. Fruncía el ceño. Lentamente tomó la mano de Hope y la retuvo en su palma. Ella se veía tan triste, que su propio corazón pareció sangrar.

—No estaba ebrio cuando te hice el amor, Hope —dijo él.

—Seguramente sí... Habías bebido demasiado durante la cena —insistió ella—; es por ello que no recordaste tu promesa de nunca unir tu sangre a la... mía. No debes culparte, Cameron.

—Hope —comenzó a decir él, conmovido hasta en sus fibras más íntimas—. No estaba ebrio —volvió a repetir—. Cuando el día de nuestra boda hice esa promesa, me sentía herido... estaba muerto. No era yo. No era el que siempre había sido, ni el que soy hoy, gracias a ti.

—Yo... No estoy segura de comprender lo que quieres decir...

—Cuando te hice el amor, sabía lo que hacía. Mis facultades, aunque embriagadas por las

sensaciones que tú provocas en mí, eran óptimas. Es decir, fui totalmente consciente de que estaba contigo...

—¿Y ahora te arrepientes? —quiso saber ella, y el temor a una respuesta afirmativa fue evidente en su voz.

Cameron soltó la mano de su esposa, estiró los brazos, la tomó por la cintura, y la atrajo hacia él; ella quedó de pie entre sus piernas flexionadas. Alzó el rostro y la miró a los ojos. Ella respiraba agitadamente; la sentía temblar sutilmente entre sus manos.

—No me arrepiento en absoluto —fue la rotunda respuesta de él.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó desconcertada y emocionada también. Si no había entendido mal, Cameron acababa de decirle que no se arrepentía de haberle hecho el amor.

Cameron esbozó una sonrisa.

—Necesitaba pensar y, para hacerlo, era imperioso que me alejara de ti —le confesó. Una de sus manos empezó a vagar por la espalda de ella. Otra sonrisa—. ¿Ves lo que me ocurre? Si te tengo cerca, no puedo dejar las manos quietas...

Hope también sonrió.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó con inocencia, lo que hizo que Cam carcajeara.

—¡Yo diría que muy bueno!

—Sí, yo también lo creo... pero aún así necesitabas pensar...

Cam bajó la vista.

—Es cierto —fue su seria respuesta, luego volvió a mirarla a los ojos y le explicó lo que le ocurría—: Pensaba que tal vez Brenna nunca me perdona por haberme desposado contigo, o por haberte hecho el amor y unido mi sangre a la tuya...

Hope entrecerró los ojos; habían empezado a arderle. Cam continuó hablando; necesitaba ser sincero con ella.

—Puede que para Brenna tú representes un enemigo por ser una MacPherson, y sienta que he traicionado su memoria... No podría culparla si es así; yo mismo lo creía.

Hope tragó saliva. La angustia había anudado su garganta. Sus ojos no solo ardían, sino que se habían llenado de lágrimas. Las palabras de Cam dolían demasiado. Estaba segura de que Brenna MacKenzie siempre estaría entre ella y su esposo... Pero la última palabra que Cam pronunció volvió a reverberar dentro de su cabeza... ¿Acaso él había dicho *creía*?

Hope pestañeó para ahuyentar las lágrimas, y formuló la pregunta en voz alta.

—¿Has dicho, *creía*, o he escuchado mal?

—Has escuchado bien —confirmó él—. Yo también te creía mi enemigo, pero ya no.

Con aquella afirmación, Hope sintió que el alma retornaba a su cuerpo.

—Reconozco que he sido muy terco, y que el dolor cegaba mi mente. Reconozco que desde que nos desposamos no he hecho más que lastimarte y hacerte pagar a ti los pecados de otros; pero ya no, Hope. Tú llevas en tus venas sangre MacPherson y eso será así siempre; pero ya no puedo ni quiero creerte mi enemigo. Tampoco siento remordimientos por haber hecho el amor contigo —declaró.

—¿Ya no me odias? —preguntó en un susurro ahogado.

—Nunca te he odiado. Odiaba lo que representabas, odiaba, sí, tu sangre; pero mis enemigos, los que verdaderamente lo fueron, ya pagaron sus pecados. Tardé en comprenderlo porque el dolor me impedía razonar fríamente; y aún así, aunque lo intentaba, nunca fui capaz de odiarte...

—¿Entonces no estabas aquí lamentándote? —preguntó ella solo por confirmar, y lo hizo entre lágrimas y sonrisas que acariciaron el corazón masculino.

Él negó con la cabeza, y sonrió.

—No, no estaba lamentándome; estaba... reflexionando acerca del pasado, del presente, y del futuro, digamos.

—Del futuro... —repitió Hope, pensativa. El pasado para Cam había sido Brenna y lo que había sucedido, bueno y malo; el presente... el ahora, en el que estaban juntos; pero el futuro...— ¿Estoy en tu futuro? —se animó a preguntarle.

—Ansío que sí —respondió él con determinación. Siempre haciendo contacto visual, Cameron la atrajo otro poco más hacia él, y besó su vientre—. Te quiero en mi presente, y en mi futuro. Tú eres mi esposa, Hope. Eres mi mujer... —susurró con pasión. Estiró las piernas, y tironeó de la cintura femenina hasta que ella quedó sentada en su regazo.

—¿Crees que algún día puedas quererme? —le preguntó con timidez. Percibía que Cameron la deseaba, pero querer... querer con el corazón... eso era lo que ella deseaba fervientemente.

Cameron tomó su rostro, cerca, muy cerca del suyo.

—¿Aún no te has dado cuenta, no es así?

—¿De qué?

—De que te amo, Hope.

—¿Me... me amas?

—Más que a mi propia vida... y te amo más a cada instante que pasa. Hope... —con el rostro de ella entre sus manos le preguntó—: ¿Crees que podrás perdonarme algún día por los desprecios y las humillaciones que te he hecho?

—No tengo nada que perdonar porque siempre comprendí tu pena. Percibía que actuabas a través del dolor que laceraba tu pecho, así que no podía ni puedo juzgarte.

—Tú eres un ángel, Hope. Un ángel que yo no merezco...

Hope no le respondió con palabras; acercó su boca a la de él, y lo besó con inocencia. Si algún resquicio de oscuridad quedaba cubriendo el corazón de Cam, ese beso, lo hizo desaparecer por completo.

Cameron separó su boca de la de su esposa.

—*Tha mise Cameron McInnes a-nis 'gad ghabhail-sa Hope MacPherson gu bhith 'nam chéile phòsda... Ann am fianais Dhé 's na tha seo de fhianaisean tha mise a'gealltainn a bhith 'nam fhear pòsda dileas gràdhach a gus tairis dhuitsa... Gus an dèan Dia a'bhàs ar dealachadh* — Pronunció Cameron, mientras sus ojos se perdían en los de ella, y así le desnudaba su alma.

Hope, emocionada, rompió a llorar. Esos eran los votos que habían intercambiado el día de la boda. Aquella vez, ella había sido sincera al recitarlos, pero Cameron no; sin embargo, ahora Hope sentía que Cam los pronunciaba sinceramente y con el corazón.

—*Gus an dèan Dia a'bhàs ar dealachadh* —«Hasta que Dios nos separe con la muerte» Repitió Hope, y sellaron la promesa con un nuevo beso... y ese beso, los llevó a amarse una vez más.

El paraíso existía...

## Capítulo XXVIII

El sol del mediodía, que se filtraba a través de las ventanas, iluminaba la habitación con intensidad. Una suave brisa cálida mecía las cortinas entreabiertas y traía consigo el dulce perfume del brezo que cubría las praderas alrededor de la fortaleza.

Hope se estiró en la cama, y abrió los ojos. Parpadeó sorprendida.

Recostado de lado, y apoyado en uno de sus codos, Cameron permanecía abstraído en ella. Sus facciones se veían relajadas, tal como si hubiese dormido una semana entera; y sus ojos, en los que esa mañana parecía resaltar el color verdoso, se asemejaban asombrosamente a los de un lince, y lucían llenos de luz.

—¿Qué haces? —le preguntó Hope, mientras retiraba hacia atrás un mechón de cabello que a Cameron le caía sobre la mejilla. Él atrapó su mano, y antes de responderle, le besó sensualmente la cara interna de la muñeca. Un estremecimiento de puro placer recorrió la espalda femenina.

—Te miro —le respondió con desparpajo. Sin dejar de mirarla a los ojos sugestivamente, trazó un círculo con su lengua tibia en el mismo lugar que segundos antes había besado.

—¿Y qué ves? —quiso saber ella; y había hecho un gran esfuerzo para que la voz le saliera con claridad. De repente, el aire se le había atascado en los pulmones.

Cameron recorrió con los dedos el lateral del rostro de su esposa, desde la sien hasta la barbilla; luego se dirigió hacia sus labios y los recorrió de una comisura a otra. Ella le sonrió, y le besó las puntas de los dedos con timidez, y el corazón de Cam bombeó con fuerzas sobrenaturales dentro de su pecho.

—Veo a la mujer que amo...

—¿Y cómo es posible que ocurriera un milagro así...? —casi sin que se diera cuenta, su pensamiento se había transformado en voz. Para ella aún resultaba increíble que él la amara.

Cameron negó con la cabeza ante sus palabras.

—Tú eres mi milagro, Hope... —inclinó el rostro hacia el de ella, tan cerca que podía aspirar su perfume, y susurró sobre sus labios—: Tú eres mi milagro.

—Te amo, Cameron McInnes... —alcanzó a decir Hope entre besos, y el cuerpo entero de él se

estremeció.

Ella lo amaba. Ella que era un ángel y que él no la merecía, lo amaba. No le alcanzaría la vida para agradecer su bondad y gratitud. No le alcanzaría la vida para agradecerle al Señor el haberla cruzado en su camino.

\* \* \*

—¿Qué dices si hoy nos escapamos de todos, y hacemos, nosotros dos solos, una excursión por la isla? —propuso Cam mucho después, cuando su mujer descansaba la cabeza en su amplio pecho y él le acariciaba el cabello deliciosamente desordenado.

Hope lo miró. En sus ojos bailoteaba el entusiasmo. La idea de pasar todo el día, o lo que restaba de esa jornada, a solas con su esposo, le resultaba maravillosa.

—¿Crees que el laird MacDonal y su esposa se enfaden si lo hacemos?

—No, no se molestarán en absoluto —respondió con total seguridad. Con delicadeza recostó la cabeza de su mujer en la almohada, y se sentó en la cama para vestirse—. Pediré que nos preparen una cesta y así podremos adentrarnos en la isla y hacer un picnic cerca de los Cuillins. Dicen que la vista de los montes es impresionante.

—Oh, los montes Cuillins... Creo que es de ellos que Kate me ha hablado alguna vez. Recuerdo que describía maravillada su color negro, tan poco común, y las caídas de agua... decía que los montes, salpicados de nieve, son incomparables.

—Esos son —carcajeó Cam al recordar a su hermana—. Desde que Kate visitó Skye con mi padre, cuando ella aún era una muchachita, quedó enloquecida con los paisajes. Me he cansado de oírla hablar de los Cuillins, aunque creo que ha sido el color de las aguas que rodean a Skye las que la han enamorado por completo.

Hope sonrió. Ella sabía el por qué.

—¿Qué he dicho que es tan gracioso como para hacerte sonreír?

—¿Sabes por qué le fascina a tu hermana el color de las aguas?

—No tengo idea —aceptó.

—Dice que le recuerdan el color de los ojos de su esposo... es un pensamiento tan romántico —suspiró Hope; de cara al techo, su rostro se veía soñador.

Cam sonrió; debería haber imaginado que ese era el motivo que tenía su hermana para adorar el color de las aguas... adoraba todo lo que tuviera esa tonalidad de azul, en realidad; y claro, era la del color de los ojos de Ian. Negó con la cabeza.

—Debe ser algo que tenemos los McInnes —dijo en tono guasón—, porque desde que vi tus ojos, no puedo mirar miel o ámbar sin pensar en ti.

—Oh, Cameron... —volvió a suspirar Hope, esta vez con voz y gesto aún más soñador. Se sentía tan feliz, que temía estar soñando.

—Iré a pedir esa cesta, y regresaré por ti —se obligó a decir Cam, y se puso de pie de camino a la puerta. Si no se iba del cuarto de inmediato, volvería a hacerle el amor a su mujer; que no era una mala idea en absoluto. Rió de sus propios pensamientos. Volvió la vista atrás, y no pudo irse—. Pero antes un beso más —pidió, y se acercó a su esposa como un ebrio frente a una copa de dulce vino.

—Recuerda cuánto te amo, Cameron McInnes —le pidió Hope, cuando él, luego de saciar parcialmente su necesidad de un beso, volvió junto a la puerta.

—Y tú recuerda cuánto te amo yo a ti.

—Oh, mi amor, pierde cuidado, que eso quedará atesorado en mi corazón por el resto de mis días.

—No tardaré —le prometió con la voz ronca, tal vez de deseo, tal vez provocado por la emoción. Ella lo conmovía como nadie lo había conmovido jamás.

Hope asintió con la cabeza.

—Yo tampoco demoraré mucho en vestirme.

Cam salió al pasillo, y cerró la puerta a su espalda. No se retiró de inmediato, y alcanzó a oír el revuelo de mantas y los pasos apresurados de su esposa, seguramente yendo en busca de ropa que ponerse. Ella tarareaba una alegre canción que a él lo hizo sonreír en la soledad del corredor. ¡Cielos, cuánto la amaba!

\* \* \*

—Te ves bien —notó Ian, y se lo hizo saber a su amigo—. Hace días que con Kate estamos notando algunos cambios en tu humor; pero hoy, me arriesgo a decir que estás mejor que nunca.

Cameron sonrió de lado, aunque mantuvo el hermetismo durante un momento.

Los amigos se habían encontrado en el salón del castillo cuando Cameron iba de camino a las cocinas, e Ian iba hacia el patio, en donde Kate y Keyra lo esperaban junto a Colin. Ellos habían organizado una competencia de arquería. Ian llevaba un chal colorido en una de sus manos.

—¿Ahora vestirás chal? —bromeó Cam al ver la prenda y para evadir la conversación. No es que quisiera mantener en secreto que amaba a Hope, pero si se detenía a conversar con su querido amigo, tardaría más en reunirse con su esposa, y en ese momento, lo único que deseaba era estar junto a ella.

—Sí, me ha dado un poco de frío —bromeó para seguirle el juego. Ambos sabían que el abrigo era para Kate—. Anda, vete. Veo que ahora no te sacaré palabra; pero si el motivo es que deseas regresar junto a la persona que ha grabado esa sonrisa tonta en tu cara, bienvenido sea.

—Si no me equivoco, tú tienes la misma sonrisa estúpida en la tuya —rió, e Ian se unió a sus estruendosas carcajadas.

—Seguramente —consintió Mc Dubh, mientras se alejaba hacia la puerta de entrada sin parar de reír.

Cameron ingresó en las amplias cocinas del castillo de MacDonald, y pidió a las cocineras que le prepararan una cesta con comida y bebida abundante para un picnic. Las mujeres de inmediato se pusieron manos a la obra con la tarea.

Una vez en el salón, Cameron se cruzó con su hermana, quien seguramente había ido a comprobar con sus propios ojos el buen aspecto que él tenía. Evidentemente, Ian no había mantenido la boca cerrada y había ido a contarle la noticia a su mujer.

Kate no había sido tan discreta, ni mucho menos comprensiva, como sí lo había sido Mc Dubh. Había retenido a su hermano durante un buen rato, haciéndole toda clase de preguntas que a Cam le arrancaron más de una sonrisa, pero también le hicieron poner los pelos de puntas. La muchachita, aunque con buenas intenciones, podía ser bastante impertinente cuando se lo proponía.

—Ya, Kate, dejemos el interrogatorio para otra ocasión. Mi esposa me espera —expuso Cam categóricamente, al comprobar que Katherine aún no tenía intenciones de dejarlo partir.

—Oh, sí, Cam; lo siento. Ve, ve —lo apuró y, con emoción, vio a su hermano cruzar el salón a paso vivo y subir las escaleras de dos en dos.

—¿Y, ya has comprobado que lo que te dije es cierto?

Kate asintió. Sentía un nudo en la garganta, solo que esta vez era la felicidad la que lo provocaba. Acababa de conversar con el verdadero Cameron McInnes, no con el ser frío y vengativo en el que el dolor lo había convertido. Un ángel le había devuelto a su hermano...

—Mi hermano está enamorado... —murmuró con la voz ahogada.

—Hasta el mismísimo tuétano —consintió Ian.

—Yo intuía que Hope sería su salvación —susurró, y lágrimas de felicidad desbordaron de sus ojos.

Ian rodeó a su esposa con los brazos, y la atrajo hacia su pecho. Él sentía la misma emoción y felicidad que ella; no obstante, Kate últimamente estaba más sensible y, si no se equivocaba, y estaba seguro de que no porque conocía las curvas de su esposa muy bien, ella se veía más exuberante. Frunció el ceño. Luego hablaría con su esposa al respecto; ahora debería hacer algo para que ella dejara de sollozar.

—Vamos, mi amor. Los MacDonald nos esperan en la liza —dijo para distraerla. Sin siquiera pensarlo, su mano resbaló con sutileza por el vientre levemente redondeado de su mujer. Sonrió—. Demostrémosles lo que somos capaces de hacer.

Kate secó sus lágrimas y asintió, se arrebujó más en el chal colorido y, de la mano de su esposo, salió al patio para unirse al desafío de los dueños de casa. Mientras caminaba se dijo que cuando volvieran a estar solos hablaría con Ian. Estaba muy llorona últimamente, y tenía una sospecha de a qué podría deberse... Si esa sospecha se confirmaba, Ian se pondría muy feliz.

## Capítulo XXIX

Cameron subió las escaleras sorteando los escalones de dos en dos. Se sentía igual que un muchachito enamorado. Ni en sus tiempos de jovencito había sentido tanta expectación antes de ver a una mujer. Pero Hope le había calado hondo...

Estaba seguro de que la encontraría sentada frente al tocador, peinando su larga cabellera ondulada... podía imaginarla con una facilidad asombrosa. Él entraría a la habitación, y ella lo miraría a través de la superficie de plata pulida del espejo, y le sonreiría con su dulzura habitual... Sonrió como si le devolviera la sonrisa a la imagen en su mente, y abrió la puerta.

La estancia recibió a Cameron con un silencio ensordecedor; hasta le pareció más fría que momentos atrás, cuando la había dejado para ir hasta las cocinas.

—¿Hope? —preguntó, pero ninguna respuesta llegó a sus oídos.

Oteó el lugar. Fruncía el ceño.

Los postigos de las ventanas estaban abiertos de par en par y las cortinas se mecían grotescamente con el gran ingreso de aire.

—¿Qué demonios? —Cruzó el cuarto a grandes zancadas. Las presillas de uno de los paños de las cortinas estaban desgarradas y, al observar con mayor detenimiento, Cameron vio varios elementos caídos sobre el tocador y desparramados en el suelo. La sangre se heló en sus venas, y una decena de posibilidades cruzaron por su mente.

Aún sin querer darse por vencido, y sin querer reconocer lo que a simples luces era un hecho, Cameron registró cada centímetro y rincón de la habitación. No había allí rastros de Hope; solo su ropa en el armario, las mantas revueltas sobre la cama, y su perfume invadiéndolo todo. El aire se atascó salvajemente en sus pulmones, hasta que lo expulsó con un gruñido feroz que ardió en su garganta.

Cameron buscó sus armas. Guardó un *sgian dubh* dentro de su bota, y ajustó la funda de su espada a su cintura. Abandonó el cuarto, y descendió las escaleras como alma que lleva el diablo. Salió al patio.

Ian vio a su amigo correr hacia los establos, y presintió que algo malo sucedía. Corrió tras él; el tiempo le había demostrado que su intuición nunca fallaba. Alertados, Kate y Colin lo siguieron.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ian en cuanto ingresó a las caballerizas.

Cameron ensillaba su caballo desesperadamente; sus movimientos llegaban a ser torpes por momentos. No respondía. El temor había anulado sus sentidos. Parecía enceguecido, puesto que no veía a quienes lo rodeaban. Tampoco oía; en sus oídos bullía su propia sangre.

Ian lo tomó del hombro, y Cam reaccionó con un movimiento violento que refrenó a tiempo al enfocar su vista y comprobar que se trataba de su amigo.

—¿Qué pasa, Cam? ¿Qué te preocupa?

—Se la han llevado —fue lo único que dijo, y volvió su atención a la tarea de ensillar su caballo.

—¿Qué? ¿A quién se la han llevado? —Ian quiso interrumpir la acción de su amigo, pero él no se lo permitió.

Cam lo miró y el corazón de Ian se encogió en un puño al descubrir el salvaje temor en los ojos de su amigo. Cameron estaba aterrorizado.

—A Hope. Se la han llevado... los MacKenzie —afirmó. No tenía dudas de que ellos eran los principales implicados en la desaparición de su esposa.

—¿Qué dices, Cameron? —Intervino Katherine—. ¿Cómo los MacKenzie harían algo así? ¿Para qué querrían llevársela?

Para Ian no eran necesarias las explicaciones.

—Kate, luego te explicaremos. Ahora debes quedarte en un lugar seguro; yo iré con tu hermano a buscar a su mujer —dijo, luego se dirigió a Colin, quien conocía parte de la historia puesto que habían conversado al respecto en los primeros días de su llegada a la isla—: MacDonald, ¿puedes dar la alarma de la desaparición de lady McInnes?

—De inmediato —convino el laird, y salió al patio para organizar a sus hombres para la búsqueda de la esposa de su amigo.

—¿De qué estás hablando, Ian? —Preguntó Kate con evidente preocupación en la voz—. ¿Acaso los MacKenzie no son aliados de nuestro clan?

Ian negó con la cabeza.

—Han sucedido algunas cosas, Kate...

—¡Habla, Ian, por favor!

—Los MacKenzie ya han atentado contra la vida de lady Hope... y, si ahora ella ha desaparecido, los únicos que podrían tener motivos para llevársela, son ellos.

Mientras Ian ensillaba su propio caballo y daba algunas explicaciones a su esposa, Cameron llevó su caballo afuera, montó, y echó a galopar hacia el norte. Recorrería la parte costera de la isla para descubrir si los secuestradores aún estaban en Skye, o si ya habían embarcado.

Colin había ordenado a Katherine y a Keyra que se encerraran en la biblioteca, y había apostado allí a dos guardias para que las custodiaran. También había enviado a varios hombres a recorrer todo el perímetro del territorio. Si Hope y sus secuestradores aún estaban en Skye, los encontrarían.

Ian salió disparado en la misma dirección que llevaba Cameron. Debía custodiar y proteger a su amigo; hacía ya muchos años que había jurado dar su vida, de ser necesario, por los McInnes.

Las patas del corcel a galope salpicaban manchones pesados de arena oscura y agua a su paso por la orilla de la playa. Las aguas lamían sus patas cada vez que las olas se acercaban a la costa en el suave vaivén que contrastaba con la frenética carrera que llevaban animal y jinete.

El retumbar de los cascos competía de igual a igual con los latidos del corazón de Cameron, que a punto estaba de salirse del pecho. Hacía un buen rato que galopaba, y aún no había encontrado rastros de su mujer. La desesperación iba en aumento con cada instante que transcurría.

No podía perderla... de ser así, su vida se iría con ella.

En algún momento, Ian alcanzó a su amigo y se puso a la par. Al poco rato, fue Colin quien se les unió y les hizo señas para que se detuvieran.

Cameron no obedecía, en su carrera contra el tiempo, solo estaba el horizonte, hasta entonces vacío.

—¡Detente, Cameron! —Gritó Ian en una competencia contra el viento. Ian había alcanzado a entender las palabras de MacDonald. Iban en la dirección equivocada.

Cam por fin obedeció. Su cabello revuelto, la respiración agitada y su corazón enloquecido, lo hacían ver desesperado; tal como se sentía.

—Tenemos una pista —dijo Colin por fin.

—¿Dónde? —Pregunto Cam, presuroso.

—Hacia el sureste. Mis hombres han encontrado al vigía inconsciente. Vivirá, pero ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. También había una nota clavada en la puerta del refugio del vigía, cerca de donde yacía el guardia... los hechos acontecidos me hacen suponer que es para ti —explicó, luego extendió a Cam el pergamino enrollado.

La misiva, escrita con la floritura y el dolor del laird MacKenzie, no hacía más que confirmar las sospechas de Cameron.

«Traidor, venid solo; no arrastréis contigo inocentes al infierno, y pagad por tus pecados. Frente a la sepultura de mi hija, regaré la tierra con la sangre de asesinos y traidores.»

—Necesito una embarcación ahora, Colin —pidió McInnes.

—En cuanto he leído el pergamino, ordené a mis hombres alistaran una —informó Colin—. El navío espera tu llegada para partir.

Cam agradeció con una inclinación de cabeza.

—Entonces debo irme ahora; no puedo retrasar más mi partida. De la misiva de MacKenzie deduzco que no hará daño a Hope hasta no tenerla en sus tierras... y supongo que aguardará mi llegada para perpetrar su venganza; no obstante, no puedo arriesgarme a que en un arrebato de ira decida terminar con la vida de mi esposa antes de tiempo.

Los otros dos hombres asintieron, los tres espolearon sus monturas, y emprendieron una nueva carrera, esta vez, en la dirección contraria. Cameron se maldecía por no haber recorrido ese camino desde un principio; de ser así, tal vez hubiese alcanzado a Hope y a sus secuestradores antes de que se embarcaran. Ahora ellos le sacaban una buena ventaja.

Cuando llegaron junto a la embarcación, la tarde comenzaba a caer.

Cameron entregó su caballo a uno de los hombres de MacDonald para que lo embarcara. Colin le informó que unas alforjas habían sido llenadas con provisiones y habían sido subidas a bordo. Cameron agradeció a su amigo con un fuerte abrazo.

—Estoy en deuda contigo, Colin MacDonald —expuso McInnes.

—Nada de eso —refutó el pelirrojo, y añadió—: Tres de mis guerreros más fuertes te acompañarán, amigo mío. Tienen órdenes de protegerte, y de seguir tus mandatos.

—No, Colin. Debo ir solo. MacKenzie así lo exige. Además, no tienes por qué enemistarte con los MacKenzie; esta no es tu causa.

—Se ha convertido en mi causa desde el mismo momento en el que han violado la seguridad de mi fortaleza, y han secuestrado a uno de mis huéspedes —expuso rotundamente, y no retrocedería en su decisión.

Cameron, con resignación, aceptó la ayuda del laird; al menos por el momento.

—Cuida de mi hermana —pidió Cam a Ian. Una extraña sensación en el centro del pecho le hacía temer el no volver a verla.

—Me temo que Kate deberá quedar al cuidado de milord —dijo Ian, indicando a MacDonald; quien asintió de inmediato—, hasta nuestro regreso.

—Tú no vas —dijo Cam.

—De ninguna manera —refutó Ian rotundamente—. Yo iré contigo.

—El que vaya conmigo estará expuesto a perder la vida, y tú, querido amigo, tienes mucho por lo cual vivir.

Ian sonrió de lado. Con que Cameron también sospechaba del estado de Kate.

—Lo sé... pero si el destino quiere que mi vida se trunque hoy por salvar la tuya, entonces moriré feliz.

—Y mi hermana me matará por ello... si es que no muero también en la contienda. No hay más discusión, Ian. Hoy te prohíbo seguirme.

—Ni lo sueñes, hermano. Prefiero morir con honor, que vivir con la vergüenza de no haber hecho nada por protegerte —y las palabras de Ian tampoco admitían discusión.

Cameron tuvo que aceptar la decisión de su amigo y, en silencio, rogó al cielo el no tener que arrepentirse en un futuro. Ni Ian ni él habían alcanzado a despedirse de Katherine; aunque era mejor así. De haberlo hecho, la muchacha hubiese insistido con acompañarlos, y eso ellos no podían permitirlo.

El navío soltó amarras con las últimas luces del día. Llegarían a la otra orilla con noche cerrada, lo cual sin dudas dificultaría el rastreo de huellas o pistas para seguir a los secuestradores; no obstante, no podían permitirse el perder más horas aguardando la nueva salida del sol... Deberían buscar sin descanso y, de ser posible, rescatar a Hope antes de que llegaran a las tierras de MacKenzie.

Tenían cuatro días por delante... Ese era el lapso que restaba antes de que MacKenzie ejecutara la sentencia. Cuatro días... apenas un soplo en el tiempo.

## Capítulo XXX

Hope había sido sorprendida por los dos hombres cuando, después de haberse vestido con una sencilla túnica de franela color marrón y una falda de lana, cepillaba su larga cabellera sentada frente al tocador.

Los hombres habían actuado con sigilo, fue por ello que la muchacha no había advertido su presencia dentro del cuarto hasta que no fue demasiado tarde. Había visto el reflejo en la superficie pulida del espejo, y volteado el rostro; pero antes de que pudiera emitir palabra, una enorme palma había cubierto su boca y, de inmediato, había sido reemplazada por una mordaza.

Intentó liberarse. Pataleó y aporreó al gigantón con sus pequeños puños.

—Quédate quieta, milady —le había susurrado el hombre al oído. Él era muy alto y corpulento, y la sujetaba fuertemente entre sus brazos, lo que hacía imposible que Hope, con su tamaño en clara desventaja, pudiera defenderse. Con su accionar solo había alcanzado a desparramar varios elementos sobre el suelo.

Los dos highlanders la empujaron hacia la ventana con intenciones de hacerla salir al exterior. Hope, en un nuevo intento desesperado por impedirselos, se aferró con fuerza a uno de los paños de las cortinas; pero nada obtuvo con ello más que desgarrar las presillas del barral.

Su corazón palpitaba con fuerza. Se sentía aterrada, no iba a decir que no. Aún así, se obligó a no perder la compostura. Tenía que liberarse de sus captores y, para ello, era imperioso que mantuviera la mente clara y en calma para aprovechar la menor oportunidad que se le presentara.

El hombre que la había capturado la sostenía sin ningún esfuerzo por la cintura; ella siquiera alcanzaba a tocar el piso con sus pies. La sacó del cuarto, y la llevó a través del parapeto hasta la parte posterior del castillo. Allí la bajó a tierra por una precaria escalerilla construida con ramas gruesas y otras no tanto. Daba la impresión de que la construcción no aguantaría el peso de todos. Crujía a cada paso, no obstante, por lo visto era más fuerte de lo que Hope podría haber imaginado porque los tres llegaron al suelo sanos y a salvo.

El hombre de cabellera corta, que no era el encargado de trasladarla a ella, se deshizo de la escalerilla al ocultarla entre los altos pastizales. Más allá, las onduladas colinas se elevaban abruptamente y de manera irregular en una combinación pletórica de colores.

Rodearon los establos por detrás, se internaron en la espesa maleza, y pronto apareció ante ellos un pequeño amarradero. Al acercarse, Hope pudo advertir la presencia de un bote oculto detrás

de un recodo.

El del cabello corto comprobó que el guardia, tendido sobre la hierba, todavía estuviera inconsciente. Era evidente que ellos mismos habían provocado ese estado al hombre al arribar a la isla.

Buscó dentro del sporran que colgaba de sus caderas, y sacó un pergamino enrollado; lo extendió y, con un pequeño puñal del que colgaba una tira de tartán, lo clavó en la puerta de la casucha que servía de puesto del vigía. Una vez hecho esto, embarcaron y se alejaron de Skye. Primero remaron cautamente, pero cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para que no se oyera el chapotear de los remos en el agua; remaron como si en ello les fuera la vida.

Los hombres se habían arriesgado al incursionar en la isla y en la fortaleza a plena luz del día, no obstante, era evidente que no eran improvisados y que sabían lo que hacían. En ningún momento Hope los había notado dudar; al contrario, ellos se habían conducido de manera sincronizada y precavida; a ello se debía que hubiesen podido dejar la isla sin ser vistos.

Hope volteó el rostro hacia Skye, cada vez más lejos de su alcance, y las lágrimas desbordaron de sus ojos. *Cameron...*

Al llegar a la otra orilla dejaron el bote en la costa. Caminaron un buen trecho hasta llegar a un bosquecito. Allí, ocultos, había un par de caballos. El moreno de cabello hasta los hombros hizo montar a Hope de lado delante de él; y emprendieron la marcha.

Hope desconocía dónde se encontraban. No era el camino que había hecho con Cameron para arribar a Skye; deducía que ahora estarían mucho más hacia el sur, pero fuera de ello, no tenía idea de dónde estaba exactamente. Además, sus captores evitaban los caminos porque hasta ahora había visto que procuraban avanzar entre bosques, o allí donde hubiese algo que les sirviera para ocultar su presencia.

Habían recorrido un buen trecho cuando el del cabello largo le quitó la mordaza.

—No te haremos daño, milady; pero que ni se te ocurra gritar, de lo contrario, me obligarás a utilizar la fuerza. Además, de nada te serviría porque aquí nadie puede oírte —le advirtió—. ¿Tenemos un trato?

Hope asintió con la cabeza.

—¿Por qué me hacen esto? —Quiso saber.

—Mis órdenes son las de llevarte a cierto lugar, y no hacerte daño a menos que sea necesario. Por lo tanto, si te comportas tal como hemos acordado, nada te ocurrirá en el camino. Pero mantente en silencio, milady, porque no contestaré a ninguna más de tus preguntas, y si vuelves a hablar, me obligarás a colocarte la mordaza. ¿De acuerdo?

Hope volvió a asentir, y ya no preguntó nada más aunque tenía un centenar de interrogantes

rondando en su cabeza.

Cabalgaron durante toda la noche y al día siguiente, casi sin pausa. Habían cambiado de caballos en dos ocasiones, lo cual demostraba a Hope una vez más que sus captores no eran improvisados y que habían planeado hasta el último detalle de aquella incursión y rapto.

Hope se sentía cada vez más aterrada, y no dejaba de preguntarse a dónde la llevarían. Además, el cansancio estaba haciendo mella en su organismo. Le dolían todos los músculos y el estómago le rugía de hambre; apenas le habían dado algunos pedazos de pan y queso y un poco de agua de tanto en tanto. Los hombres también habían ingerido el mismo alimento que ella, pero ellos tenían mayor resistencia y prácticamente no mostraban señales de incomodidad.

Un fognazo cruzó el firmamento y, casi a la par, se oyó el rugir de un trueno; entonces el cielo se abrió en un aguacero salvaje que en pocos instantes dejó a los viajeros empapados. Aún así, los hombres no detuvieron la marcha y siguieron su camino; dejaron atrás millas de fango, pastizales encharcados, y árboles a su paso.

El aire gélido se filtraba a través de la ropa empapada de Hope creándole un malestar que parecía hasta descomponerle el estómago. Tiritaba igual que una hoja oscilada por el viento.

El hombre que la custodiaba buscó en una de las alforjas del caballo. Sacó una manta tejida, y la echó sobre los hombros de la muchacha. Al menos con el abrigo el viento ya no la calaba hasta los huesos; no obstante, el agua que empapaba su ropa, parecía filtrarse a través de su piel.

Cabalgaron durante lo que podría ser horas y, a cada segundo, Hope se sentía más exhausta y más descompuesta. Le dolía la cabeza y ya no podía hacer nada para controlar el temblor de su cuerpo. Tenía frío, mucho frío. Los ojos se le fueron cerrando, y su mente se dispersó.

Sintió que la movían. Ahora se sentía más cómoda; su cabeza descansaba sobre algo... tal vez el brazo de su captor. Le llegaban voces, a veces lejanas, otras tan cerca y tan fuerte, que parecían retumbar dentro de su cabeza. El frío era mucho mayor. Algo rozó su frente.

—Está ardiendo —escuchó Hope que decía alguien, le pareció que era el hombre que cabalgaba con ella y que la sostenía, aunque no podía asegurarlo.

Las voces continuaron metiéndose en su cabeza, aunque ella ya no podía distinguir las ni razonar qué decían. Solo quería dormir...

—Nada podemos hacer Edom.

—Pero, Farlan; si no hacemos nada, la muchacha morirá.

—La muchacha morirá de todos modos, y lo sabes.

—Tal vez el laird recapacite al verla... no es más que una muchachita.

—No lo hará. Ya basta, Edom. Tenemos una orden que cumplir, y no podemos dejar que algo

interfiera; de lo contrario, será nuestra cabeza la que rueda. El laird no soportará más infortunios en esta causa, y lo sabes; es por eso que nos ha enviado a nosotros en esta misión.

El repiquetear de los cascos del caballo al galope sobre la tierra húmeda reverberaba dentro de la cabeza de Hope con una intensidad insoportable.

En un salto brusco, su cabeza cayó hacia atrás. Gimió. Sintió nuevamente que algo rozaba su frente y que reacomodaban su postura. Entreabrió los labios resecos, y por ellos escapó una sola palabra. Un nombre...

*Cameron... Lloriqueó Hope. Cameron...*

—Shhh —la consoló Edom. Nada más podía hacer por ella.

Hope entreabrió los ojos, pero volvió a cerrarlos cuando notó que al mundo se le había dado por volverse borroso y girar enloquecido. El frío iba en aumento... y el cansancio a la par...

*Cameron...*

Hope podía verlo... su sonrisa, sus ojos, ya no más vacíos. La amaba; él se lo había dicho. Dios le había concedido el milagro que ella había pedido... Ella había hecho feliz a su esposo; ella había logrado que él volviera a sonreír y que sus ojos se llenaran de luz...

—*Gus an dèan Dia a'bhàs ar dealachadh*[10], mi amor —susurró.

Hope solo quería dormir...

## Capítulo XXXI

Tal como Cameron había previsto, cuando él y sus guardias llegaron a la otra orilla, era noche cerrada, lo cual dificultó el rastreo de huellas o pistas; pero como no podían darse el lujo de perder horas, el grupo cabalgó durante toda la noche.

Con las primeras luces del día, los rastreadores finalmente dieron con algunos indicios. Al menos dos caballos habían pasado cerca del camino principal en las últimas horas, y seguían dirección este. Fácilmente podía tratarse de los captores de Hope.

Cameron no quería permitirse siquiera un mínimo descanso, pero si no se detenían al menos un par de horas para reponer fuerzas, los caballos morirían de agotamiento y, con semejante pérdida, terminarían retrasándose aún más en la persecución.

Durante las dos primeras jornadas, los resultados para Cameron y sus guardias habían sido alentadores. Creían estar no demasiado lejos de su objetivo, no obstante, un tremendo aguacero que cayó esa noche y se prolongó hasta entrada la madrugada, se encargó de dificultarles la tarea al borrar toda huella que los animales de los perseguidos podrían haber dejado. Luego de eso, ya no volvieron a encontrarles el rastro.

Cameron había guardado esperanzas de rescatar a Hope antes de que llegaran a las tierras de MacKenzie. Eso hubiese garantizado la vida de su esposa; sin embargo, los días habían transcurrido sin que pudieran darles alcance.

Ya se encontraban cerca de las lindes de las tierras del que hubiera sido su suegro. A Cameron no le quedaba más recurso que negociar por la vida de su esposa.

\* \* \*

—Milord, hemos traído a la muchacha —comunicó Edom a su laird.

MacKenzie alzó la cabeza de las notas que estaba apuntando en un grueso tomo.

—¿La MacPherson está aquí? —preguntó el hombre mayor con intenciones de confirmar los dichos de uno de sus mejores guerreros, a quien él había encomendado la misión de secuestrar a la esposa de McInnes.

—Sí, milord; la muchacha está en el lugar que habéis ordenado; pero... —titubeó Edom, al tiempo que desviaba la mirada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —inquirió con prepotencia y también con un poco de ansiedad por ver de una vez su venganza consumada. Esa enfermiza necesidad lo devoraba por dentro desde que había perdido a su hija mayor.

—Si queréis verla con vida; deberíais apresurarte. Ella ha enfermado... No creo que le quede mucho tiempo... —explicó, y negó con la cabeza.

—¡Demonios! —Masculló, en tanto su puño se estrellaba sobre la superficie de la mesa escritorio—. ¡Que la desgraciada aguante hasta la llegada de McInnes! —exteriorizó sus deseos mientras se ponía de pie. Caminó hacia la puerta; aun cavilaba—: Él no puede estar muy lejos. Quiero que el traidor vea como con mis propias manos termino con la vida de su mujer.

—Milord... —iba a protestar Edom, pero el laird ya había abandonado el estudio. Lo siguió con prisa.

\* \* \*

El laird y una treintena de hombres llegaron sin demora al predio en donde se encontraba la sepultura de Brenna MacKenzie. El pequeño cementerio, junto a la capilla familiar, se encontraba a pocas hectáreas de la fortaleza principal.

MacKenzie se apeó del caballo, e indagó a Farlan, quien había permanecido en el lugar para custodiar a la prisionera.

—¿Dónde está? —no era necesario que aclarara a quién se refería.

—Allí, milord —dijo, mientras señalaba un bulto menudo tendido a los pies de un viejo ejemplar de álamo plateado.

El laird caminó hacia su prisionera. Gruñó despectivamente.

—¿Por qué esta mujer viste nuestros colores?

Edom avanzó hacia el laird para brindarle explicaciones.

—Yo la abrigué, milord; de lo contrario, milady hubiese muerto en el camino. Ella vestía poca ropa y con la tormenta se le había empapado...

MacKenzie se acercó más a Hope, dispuesto a arrancarle el plaid que la envolvía. Aún antes de llegar a su lado, notó que ella tiritaba profusamente. Tomó una orilla de la tela, y la apartó de la cabeza de la muchacha.

Hope apenas alzó el rostro pálido. Sus ojos se veían vidriosos, y su mirada, absolutamente perdida. El corazón de MacKenzie se encogió en un puño. Ella no era más que una niña. No podía tener más de diecisiete o dieciocho años.

Cerró los ojos. Él no era un asesino. Había matado en batalla, sí; pero jamás a indefensos, ni a mujeres, ni a niños...

Apretó la empuñadura de asta de ciervo de su puñal. Él no debía tener compasión. Los MacPherson no la habían tenido para con su hija Brenna, y él tenía que tomar venganza por la muerte de su hija...

La muchacha gimió, y susurró algo ininteligible a través de sus labios resecos.

MacKenzie se puso de pie. Necesitaba tomar distancia de la que sería su víctima, para así recuperar el coraje. No resultaba fácil para él lo que tenía que hacer; sin embargo, estaba decidido a llevarlo a cabo.

La llegada de Cameron McInnes y su escasa comitiva se anunció ya desde la distancia con un tropel de caballos.

MacKenzie se mantuvo erguido junto a su prisionera, tenía ambas manos sobre las empuñaduras de sus armas: su espada y su puñal. Sus hombres estaban prestos para reprimir a los recién llegados.

—¡McInnes! —Gruñó el hombre mayor—. Te advertí que vinieras solo. Al traerlos a ellos —señaló con la cabeza a los acompañantes de Cameron, solo has propiciado su muerte.

Cameron se apeó del caballo y, en cuanto lo hizo, fue flanqueado por dos highlanders que le impidieron dar un paso más.

—Nadie tiene que morir hoy, milord —expuso Cameron con aparente tranquilidad. Por dentro bullía de ansiedad y temor.

—Eso es lo que tú quisieras, McInnes... lo que tú quisieras; pero esta historia se cerrará a mi manera, no a la tuya. Asesinos y traidores morirán hoy.

Un gemido atrajo la atención de Cameron, quien por fin advirtió el pequeño bulto a los pies del viejo laird.

—¡Hope! —Gritó con desesperación, y quiso avanzar; pero pronto fue reducido por los hombres de MacKenzie. Ian y los tres hombres de MacDonald también estaban fuertemente cercados —. ¿Qué le has hecho? —Inquirió Cam. Su pecho subía y bajaba en respiraciones profundas.

—Ella aún sigue en el mundo de los vivos, McInnes; pero no por mucho tiempo.

—¡La has dañado!

—Nada tengo que ver con su estado. Ella enfermó, eso es todo.

—¡Déjame llevarla con una sanadora, milord!

El laird carcajeó.

—¿McInnes, acaso te has vuelto loco? ¿Cómo supones que te dejaré llevarla con una sanadora, cuando estoy a punto de acabar con su vida de una vez por todas?

Cam negó con la cabeza, y procuró tranquilizarse. Solo quería correr hacia Hope, tomarla entre sus brazos y llevarla lejos del peligro y de todo; pero estaba acorralado.

Cameron estaba seguro de que podría entablar una lucha contra los hombres de MacKenzie. Estaban en clara desventaja numérica, sin embargo, sabía que Ian y los hombres de MacDonald presentarían pelea también con tal de apoyarlo. Tal vez vencieran, tal vez no... la segunda opción era la más probable. De la manera que fuera, de lo que sí estaba seguro, es que no podría salvar la vida de Hope con esa táctica. MacKenzie estaba junto a ella y, al menor movimiento agresivo de su parte, no dudaría en quitarle la vida...

Cam cerró los ojos un instante e inhaló en profundidad. Solo le restaba negociar, y que Dios lo amparara...

—Tienes contigo a una inocente que ninguna relación tiene con tu dolor —dijo de manera pausada, reprimía la impotencia que sentía.

MacKenzie alzó una ceja.

—¿Ninguna relación? Esa mujer lleva en sus venas la sangre de asesinos... de los asesinos de mi hija —espetó con rabia y dolor.

—Pero ella no es una asesina, milord; debes creerme. Yo, igual que tú, lo creía; pero luego comprendí cuán errado estaba. Te escucho hablar, milord, y es como si me escuchara a mi mismo antes de abrir los ojos y comprender la verdad...

—¿La verdad, McInnes? La única verdad aquí es que tú has deshonrado la santa memoria de mi hija al desposarte con su peor enemigo —espetó en voz alta.

—No, milord, yo no he deshonrado a tu hija. Brenna MacKenzie permanecerá por siempre en un lugar sagrado de mi memoria y de mi corazón. Y Hope no es su enemigo, tampoco el tuyo. Ella es inocente; tan inocente como lo fue tu hija en manos de sus verdugos.

—No hables más, McInnes; porque solo logras que mi rabia aumente.

—Milord, si tanta necesidad tienes de aplacar con sangre tu sed de venganza, entonces te ofrezco la mía —dijo, y alzó las manos hacia adelante, con las palmas hacia arriba en señal de rendición—. Sé piadoso, milord. Toma mi sangre, y perdónale la vida a ella.

MacKenzie negó con la cabeza. No podía aceptar. No podía...

Se acuclilló junto a su prisionera y la tomó por la nuca para alzar su cabeza y que el cuello quedara expuesto. Cerró los ojos un breve instante, inspiró profundamente, y buscó con la mano libre su puñal.

—¡No! ¡No, MacKenzie, no lo hagas! —gritó Cameron su desesperación, al advertir lo que hacía el laird. Mientras, forcejeaba salvajemente con tres hombres tanto o más corpulentos que él—. ¡Déjala!

—¡Malditos! —gruñó Ian, quien no había dudado en secundar a su amigo en la lucha y también se batía contra otro grupo a fuerza de espada.

Uno de los hombres de MacKenzie le propinó a Mc Dubh un fuerte golpe en la cabeza, cerca de la sien, con el extremo de la empuñadura de una espada. Ian se desplomó en el suelo, inconsciente. Un hilo de sangre que brotaba cerca de su ceja, se deslizaba sobre su mejilla y se perdía cerca de su boca.

—¡Déjala, MacKenzie! —Volvió a exigir Cameron. Sus oponentes lo habían desarmado y sometido; al igual que al resto de sus hombres. Treinta contra cinco no era una batalla justa. De rodillas en el suelo, sintió cómo un fuego conocido laceraba sus entrañas—. Si la tocas, eres hombre muerto —advirtió con voz gutural. No se daría por vencido; estaba dispuesto a luchar por Hope costara lo que costara.

El galope de un caballo distrajo la atención del laird, a quien le faltaba valor para llevar a cabo su cometido. Cameron aprovechó esos valiosos instantes, y la duda del otro, para actuar.

Un highlander se había acuclillado detrás de Cameron para maniatarlo; y él no debía permitirselo. Bajó la cabeza con lentitud, inspiró, cerró los ojos, y el siguiente movimiento que hizo, llevó manifiesta toda su furia. La parte posterior de la cabeza de Cameron impactó de lleno en la nariz del hombre, quien cayó hacia atrás; su nariz sangrando y fracturada. En el mismo instante en el que el hombre caía, y antes de que cualquiera pudiera reaccionar, Cameron, con agilidad, se impulsó hacia arriba en un salto hasta quedar afirmado en el suelo sobre las plantas de sus pies, primero en

cucullas, y de inmediato se levantó y, al hacerlo, golpeó también con la cabeza a otro de sus oponentes.

—¡Alto, McInnes! —Ordenó el laird cuando advirtió la violenta trifulca que se había armado. Su mano vaciló cuando acercó el puñal a la garganta de la muchacha.

—¡No! —rugió Cam, y se lanzó hacia MacKenzie; pero no alcanzó a llegar junto a él. Dos de los guardias se interpusieron en su camino y, otra vez, lo arrojaron al suelo. Recibió golpes de puño y patadas a los cuales respondió con todas sus fuerzas; sin embargo, nuevamente se encontraba impotente; esta vez, de cara al suelo.

El caballo que antes los había alertado, por fin llegó al pequeño cementerio. Dos figuras, una de ellas encapuchada, lo montaban. Una mujer se apeó con prisa. Corrió hacia el laird sin que alguien la detuviera. El hombre encapuchado no tuvo la misma suerte; pronto fue flanqueado con recelo por los guardias del señor del castillo y se vio obligado a permanecer quieto en el lugar. En apariencia se veía tranquilo; por dentro, era un volcán en ebullición.

—¡Basta, padre! —exclamó la mujer.

El laird alzó la cabeza, y su mirada se encontró con la de su hija.

—¿Dónde estabas? —inquirió él hombre. La muchacha había desaparecido hacía al menos dos semanas sin dejar más que un rastro falso. La mitad de sus hombres aún la buscaba por los cuatro puntos cardinales.

—Eso no importa ahora —dijo ella con calma, y acortó la distancia que la separaba de su progenitor—. Lo importante es lo que estás a punto de hacer, padre... Pero doy gracias a Nuestro Señor por haber llegado justo a tiempo para detener semejante locura.

—Vete al castillo, y espérame allí, Fiona —ordenó el hombre—. Nada logras con tu presencia aquí.

—No, no me iré hasta que hablemos y tú desistas de tu descabellada idea.

Fiona había llegado al castillo buscando a su padre, entonces uno de los guardias la había puesto al tanto de su ubicación. Al ver la escena que se había montado cerca de la sepultura de su hermana, Fiona había dilucidado el resto.

—¡Maldición, Fiona! Lo que ocurra aquí no es asunto tuyo; aunque deberías sentirte feliz de que finalmente vengaré la muerte de tu hermana.

Fiona negó con la cabeza. Se acuclilló junto a su padre, y apoyó su mano sobre la de él. De alguna manera, de pequeñas, ella y su hermana siempre habían logrado tener influencias sobre su padre. Fiona esperaba, ahora que ella se había hecho mayor, seguir teniendo el mismo poder sobre él.

—Este que veo aquí, dispuesto a asesinar a sangre fría a una mujer inocente, no eres tú —

susurró Fiona con voz pausada—. No permitas que el dolor te arrastre a cometer una injusticia, ni caigas a la altura de asesinos desalmados... Tú eres un buen hombre; siempre lo has sido. No eres esto... Te ruego que no me defraudes ahora, padre.

—Déjame, hija... déjame hacerlo —la voz del laird se oyó quebrada de dolor.

Fiona negó el pedido de su padre.

—No puedo permitir que dañes a Hope MacPherson —mientras decía aquellas palabras, y ante la atenta mirada de su padre, Fiona cerró su palma sobre el filo del puñal. Con ese gesto dejaba en claro su postura, la cual reafirmó con palabras—: Defenderé su vida hasta las últimas consecuencias, porque a ella, le debo la mía...

MacKenzie alzó la mirada hacia su hija. Su mano temblaba, ahora visiblemente.

—¿De qué hablas?

—Lo que has oído. Es tiempo de que conozcas la verdad. Una verdad que hasta ahora he ocultado por diferentes motivos; pero es tiempo de que tú la conozcas.

MacKenzie negó con la cabeza; incrédulo.

—Eso no es posible...

—Lo es; y estoy dispuesta a contártelo todo. Suelta el puñal, padre.

MacKenzie se rehusaba. Fiona inició su relato...

—Cuando Balgair MacPherson y sus dos hijos mayores, Darach y Beathan, nos secuestraron a Brenna y a mí, nos llevaron hasta su fortaleza y nos encerraron en una mugrienta mazmorra. Por lo que oímos, sus planes eran los de pedirte un suculento rescate por nosotras, aunque Brenna y yo sospechábamos que no nos devolverían incluso cuando recibieran el pago...

»Pasadas unas cuantas horas de nuestra llegada, Hope y su hermano Nyah, el actual laird MacPherson... —Fiona hizo una pausa antes de proseguir—, se enteraron de los planes de sus mayores y de nuestra presencia en sus tierras, y se escabulleron a escondidas en los calabozos para vernos. Habían trazado un plan...

Nos liberaron a Brenna y a mí de la mazmorra, y nos refugiaron en un pasadizo secreto que solo Hope y su hermano conocían... Según supe, su abuelo les había revelado el secreto mucho antes de morir; pero los hermanos mayores, e incluso Balgair, no conocían de su existencia. Brenna y yo debíamos permanecer ocultas allí hasta que nuestros captores creyeran que habíamos logrado huir y que ya estábamos fuera de sus tierras, solo entonces sería el momento oportuno para que nos fugáramos. El tiempo transcurrió con lentitud mayúscula...

Fiona desvió la mirada un momento. Los recuerdos aún tenían el poder de desgarrar su alma. Inspiró profundamente antes de proseguir.

—Balgair sospechó de inmediato de la participación de sus hijos menores en nuestro escape. ¿De qué otra forma podríamos haber logrado escabullirnos Brenna y yo sino? —Entrecerró los ojos. El horror que había presenciado, aún estaba allí, grabado a fuego en sus retinas... sabía que jamás se borraría—. Los tres hombres interrogaron a Hope y a Nyah... ¡Cielo Santo... fueron tan salvajes...! —negó con la cabeza—. A ella... a Hope, la abofetearon un par de veces, y tuvieron el tino de detenerse; pero a Nyah... —las lágrimas anegaron sus ojos—. Padre, no te imaginas la golpiza que tuvo que soportar... aún hoy guarda cicatrices de ese día... Pero ninguno de los dos reveló dónde estábamos ocultas Brenna y yo. Ninguno de ellos nos delató, aún cuando tuvieron que soportar los golpes...

—¿Es cierto esto que me estás diciendo, Fiona? —quiso saber su padre, visiblemente impactado por el relato.

—Absolutamente, padre. Y no es todo. Cuando nuestros captores se resignaron a que ya no estábamos a su alcance, Hope y Nyah nos sacaron a Brenna y a mí de sus tierras. Nos custodiaron hasta que divisamos a Cameron McInnes y a mi primo Jason; solo entonces ellos regresaron, quien sabe si a soportar más golpizas... Fue para protegerlos que mi hermana y yo insistimos a lord McInnes y a mi primo Jason para que nos trajeran a casa de inmediato. No podíamos permitir que advirtieran la presencia de Hope y Nyah y que quisieran lastimarlos...

El laird sintió las náuseas ascender hasta su garganta... ¿Qué había estado a punto de hacer? Miró a la muchacha que temblaba hecha un ovillo... La muchacha que él había estado a punto de asesinar, y que había salvado a sus hijas... Sintió asco, mucho asco de sí mismo. Abrió la mano, y dejó caer el puñal.

—¡Dios, Fiona, soy un monstruo!

—No, padre; no lo eres —cerró los ojos y elevó una plegaria en agradecimiento mientras refugiaba a su progenitor en un abrazo—. Déjame compartir tu dolor, que también es el mío... Déjame consolarte, padre...

El laird asintió, y dejó que su hija lo abrazara durante un momento. Necesitaba de ese abrazo tanto como al aire. Al cabo de un momento, respiró profundamente, y se irguió. Lentamente se puso de pie.

—Soltadlos —ordenó a sus hombres—. ¡Por Dios, soltadlos ya!

Cameron se levantó y corrió hacia Hope en cuanto se vio liberado.

La persona que había acompañado a Fiona también se acercó a paso rápido al grupo. Cuando estuvo frente a ellos, dejó caer su capucha y retiró la capa hacia atrás para dejar su cabeza y su ropa al descubierto.

MacKenzie alzó la cabeza y, durante un instante, se mostró impactado. Avanzó hacia él para enfrentarlo.

—¿Eres *el* MacPherson al cuál le debo la vida de mi hija? —Quiso saber.

El hombre asintió quedamente con un movimiento de cabeza.

—Debemos hablar...

—Ya lo creo, milord —dijo Nyah, y dirigió una mirada hacia Fiona. Ella le sonrió. El laird frunció el ceño ante aquel intercambio—. Pero primero me gustaría asegurar la salud de mi hermana.

—Claro —consintió el hombre, y ordenó a uno de sus guardias que fuera de manera urgente en busca de la sanadora. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para reparar el grave error que había cometido... Pero lo cierto era que la esposa de McInnes se veía cada vez peor...

## Capítulo XXXII

Cameron nunca había sentido tanta impotencia en su ser, como cuando los tres hombres lo habían tenido inmovilizado y de cara al suelo.

Oía hablar a Fiona MacKenzie a sabiendas de que ella era la única esperanza que le restaba para salvar la vida de Hope; la fuerza bruta o las negociaciones no habían funcionado. Se sentía tan inútil...

Ese instante le sirvió también para reflexionar... ¿Qué clase de joya era su esposa, que había arriesgado su vida y soportado golpes por salvar la vida de dos mujeres desconocidas...? Y lo mismo Nyah... *el* MacPherson.

Cameron sintió fuertes remordimientos por haberlos repudiado en un principio, antes de comprender que los nuevos MacPherson eran gente buena y noble que merecían su más absoluto respeto. Había anhelado que el laird MacKenzie también lo comprendiera a tiempo.

Cuando el laird dejó caer su puñal, el alma había regresado al cuerpo de Cameron. En cuanto lo habían liberado, se había puesto de pie impulsado por la ansiedad y la desesperación, y había corrido hacia ella.

No ignoraba que Hope se encontraba mal. MacKenzie no le había hecho daño, pero ella había enfermado y su estado, desde lejos, no parecía muy alentador. Durante el tiempo que había durado el altercado, ella se había limitado a temblar involuntariamente, a gemir y toser de vez en cuando. Cameron temía verdaderamente por su vida.

Cameron cayó de rodillas junto a su esposa.

—Hope —la llamó, sin obtener respuesta. Pasó un brazo debajo de la cabeza de su mujer, y la levantó un poco. Ella entreabrió los labios resecos. Le acarició la mejilla, y sintió su piel arder—. Hope, debes despertar... —se inclinó hacia ella y le susurró al oído—. Debes quedarte conmigo. No puedes dejarme... No puedes... No puedes, ¿me oyes?

Cameron sintió una mano pesada posarse sobre su hombro. Al mirar, advirtió que se trataba del viejo laird. El hombre se veía sinceramente arrepentido.

—Debes perdonarme, McInnes... Yo no sabía... Acepta mis disculpas y mi hospitalidad. Por favor, trae a tu esposa al castillo —ofreció.

Aunque no la justificara, Cameron comprendía la forma en la que había actuado el laird; no obstante, no podía separar de su cabeza que Hope había enfermado al ser secuestrada... Apretó los puños, y cerró los ojos. Qué difícil le resultaba perdonar...

—Vamos, McInnes. La sanadora está en camino —indicó Nyah.

Para Nyah, el joven laird del clan MacPherson, también resultaba difícil ver a su hermana al borde de la muerte y no explotar de rabia y desesperación. Pero al crecer rodeado de gente como su padre y sus hermanos, quienes lo habían castigado físicamente cada vez que él había exteriorizado sus emociones, Nyah había aprendido a reprimir cualquier demostración que pudiera revelar cuál era su verdadero estado de ánimo. Además, la vida se había encargado de demostrarle con vívidos ejemplos que era sabio perdonar... La venganza no era buena consejera, y no debía ser el rencor el que rigiera sus actos. Inhaló una profunda bocanada de aire, y tragó saliva.

—Vamos, McInnes. Vamos —volvió a repetir. En su mano sintió la delicada palma de Fiona. Ella lo acompañaba en su dolor y lo apaciguaba en su rabia. Nyah intuía que era la única persona capaz de percibir sus verdaderas emociones.

MacKenzie vio a su hija de la mano del laird de los MacPherson y, aunque su primera reacción fue la de oponerse, supo que no sería lo más sensato. Nada más que un enfrentamiento lograría con ello. Ella lo miraba a él con ojos soñadores de muchacha enamorada, y el joven a ella, con sincera adoración.

Todos los círculos se cerraban... El destino tenía maneras extrañas de obrar...

Cameron alzó en brazos a su mujer, y montó con ella en su caballo. Hope respiraba débilmente y no dejaba de estremecerse. A él le pareció aún más frágil, aún más pequeña. La apretó más contra su pecho. Se negaba a dejarla ir.

Al llegar a la fortaleza, Fiona condujo a Cameron hasta un cuarto confortable que asignaron a Hope. Una vez que él recostó a la muchacha sobre la cama, Fiona lo despidió de la habitación, y él se vio obligado a obedecer, aunque renuente.

Mientras esperaban la llegada de la sanadora, entre Fiona y una doncella lavaron a Hope y le reemplazaron la ropa sucia por un camisón seco y limpio; luego la arrojaron con mantas abrigadas.

En cuanto las mujeres le concedieron permiso, Cameron volvió a ingresar a la habitación, y ya no se separó de su esposa.

La sanadora, una mujer parca, bastante entrada en años, y gran conocedora del poder curativo de las plantas, se acercó a Hope y la examinó con detenimiento. Mientras lo hacía, la anciana movía la cabeza hacia un lado y hacia el otro, como si negara a veces y otras como si afirmara. Fruncía el

ceño y gesticulaba con la boca.

Cameron miró a Fiona con gesto interrogante, y ella se alzó de hombros. Ninguno de los dos entendía qué significaban todos esos gestos; era como si la mujer hablara consigo misma... tal vez lo hacía.

Finalmente, la anciana volvió a negar.

—No os aseguro que vaya a salvarse... las fiebres la están consumiendo.

—¿Qué dices, mujer? ¡Debes hacer algo para salvar a mi esposa!

—Eso no está en mis manos, milord. Yo os diré qué hacer; pero... —negó con gesto apesadumbrado; las palabras no eran necesarias.

—Haré lo que digas, sanadora; no me daré por vencido, me oyes. Mi esposa no morirá —expuso con determinación.

La mujer se encogió de hombros, luego rebuscó en el bolso que llevaba cruzado a su cuerpo con una correa de cuero, hasta que encontró lo que buscaba.

—Tomad, milord —dijo por fin la sanadora, y le extendió a Cameron dos bolsitas de lino cerradas en el extremo con un cordón.

Cameron olió las bolsitas; a una no le sintió ningún aroma especial, sin embargo la otra desprendía un fuerte olor aromático, cálido y picante.

—Deberéis colocar un poco de esta hierba —señaló la primera bolsita, la que contenía planta seca de verbena *officinalis*—, en un jarro con agua caliente. Lo dejaréis reposar durante unos minutos antes de dárselo de beber a la enferma. Debéis darle tres jarros de esa infusión al día para que baje la fiebre. De la misma manera prepararéis y le daréis de beber la raíz seca de jengibre... con suerte, aplacará la enfermedad...

Cameron asintió, y Fiona corrió fuera de la habitación para ordenar trajeran jarros y agua caliente para hacer los preparados.

Cam sacó de su morral una libra escocesa, y se la entregó a la mujer.

—Cúrale la cabeza a mi amigo —le pidió, y señaló a Ian.

Ian permanecía en un rincón del cuarto, sentado en un banco de madera. La sangre de su herida había secado, pero le había quedado un dolor agudo en la zona de la cabeza en donde lo habían golpeado. No demostraba incomodidad, pero Cam intuía que su amigo podía estar sintiéndose mal.

Lo que sentía Ian, más allá del dolor provocado por el golpe, era rabia por no haber podido hacer mucho durante el enfrentamiento. No había sido esa la primera vez que él y Cameron habían estado en desventaja en un combate, aunque nunca la diferencia numérica había sido tan abismal

como ese día; sin embargo, Ian no estaba acostumbrado a ser derrotado.

En cierta forma, Ian sentía que le había fallado a su amigo... Pensaba que si ellos se hubiesen impuesto ante los hombres de MacKenzie, lady Hope no hubiese estado tanto tiempo expuesta y sin atención, y tal vez ahora no se encontraría con un pie en el paraíso...

—Ya está, sanadora; estoy bien —mintió Ian, para que la mujer dejara de toquetearle la herida sobre la ceja de su ojo derecho. La impaciencia le impedía permanecer más tiempo quieto. Necesitaba moverse con urgencia, o enloquecería.

—Bebe esto para el dolor, muchacho impaciente —le gruñó la mujer, y le entregó una botellita que contenía un brebaje oscuro.

Ian quitó el corcho que mantenía tapado el recipiente y bebió un largo trago. Hizo una mueca ante el sabor horrendo, pero no hizo más mención que esa. Luego guardó la botella en su sporran, y sacó dos chelines que entregó a la anciana.

—Por tus servicios —dijo, y cuando la mujer inclinó la cabeza en un saludo, Ian añadió—: Gracias.

La anciana mujer se retiró del cuarto.

Ian se acercó a su amigo.

Cameron, sentado en el borde de la cama de Hope, había retirado hacia atrás el cabello húmedo que caía sobre la frente de su esposa, y le refrescaba el rostro con un paño empapado en agua fresca. Ella tiritaba al sentir la frescura sobre su piel ardiendo; y Cameron se estremecía de dolor al verla en tan deplorable estado.

Ian posó una mano sobre el hombro de su amigo en señal de apoyo.

—Estaré en el pasillo si me necesitas —dijo. Consideraba que en ese momento, su amigo necesitaba intimidad. Se retiró del cuarto cuando McInnes asintió con la cabeza.

Dos siervas habían entrado al cuarto hacía un buen rato. Una había dejado una jarra con agua hirviendo y dos jarros pequeños para preparar las tisanas que debían darle de beber a la enferma.

Cameron siguió las instrucciones de la sanadora, preparó las bebidas, y las dejó reposar. Mientras tanto, escurrió el paño en la vasija con agua limpia que la otra de las muchachas había dejado sobre la mesilla de noche, y enjugó una vez más el sudor de la frente y mejillas de su mujer.

Cuando le pareció correcto, Cam sostuvo a Hope por la espalda, y la levantó un poco; lo justo para que ella pudiera beber las medicinas. Acercó el primer jarro a sus labios.

—Bebe, Hope —la instó con suavidad, y volcó algunas gotas de la tisana sobre la boca de ella.

Hope entreabrió los labios al sentir el líquido. Tenía sed... demasiada. Su estado era de absoluta confusión. Era como si estuviese ahí y, al mismo tiempo, como si estuviese lejos, demasiado lejos como para oír con claridad. Tampoco era capaz de hilar un pensamiento; varios a la vez daban vuelta en su cabeza, inmersos en una bruma espesa y pesada. Se sentía tan cansada...

—Vamos, Hope. Debes beber la medicina —insistió Cameron, y no le permitió recostar la cabeza en la almohada hasta que, entre toses y largas pausas, ella bebió hasta la última gota de las dos tisanas—. Eso es, amor mío; eso es... —la alentó. Volvió a arrojarla y se inclinó hacia ella para besarla en la frente.

Hope pestañeó débilmente, y movió la cabeza. Un susurro ahogado escapó de entre sus labios.

—Cam...

—Aquí estoy, pequeña —le acarició la mejilla con infinita devoción. Volvió a inclinarse hacia ella, y le habló al oído con voz ronca—. Aquí estoy. Nada me alejará de tu lado, y no permitiré que tú me dejes... ¿me oyes?

Hope no podía responderle, pero una lágrima desbordó de uno de sus ojos.

Cameron inspiró profundamente, y soltó el aire con lentitud antes de volver a hablar. Cada una de sus palabras nacía en un lugar profundo dentro de su corazón. Acarició la frente de su mujer, y resiguió su perfil, allí donde había ido a morir su lágrima solitaria.

—No ha llegado aún el momento, Hope. Debes quedarte conmigo. Debes sanar... —Cameron cerró los ojos, estrechó a su mujer con sus brazos, y apoyó la cabeza sobre las mantas, sobre el vientre plano de ella—. Te necesito... ¡Dios Santísimo, Hope! No imaginas cuánto te necesito...

\* \* \*

Cameron dejó que Hope durmiera un par de horas antes de volver a hacerle beber las medicinas. Repitió el proceso durante lo que restaba del día, y durante toda la noche. A mitad de la mañana del día siguiente, la fiebre parecía haber empezado a remitir y, con ella, los temblores se habían aplacado.

Hope se removió en la cama. Al menos ya no estaba presa de una quietud mortuoria. Con dificultad intentó destaparse un poco. Empezaba a sentir un calor sofocante; pero se encontraba débil

como para alzar los brazos y descorrer las mantas. Volvió a moverse y con ello atrajo la atención de su esposo, quien preparaba las nuevas dosis de infusiones.

Al notar el movimiento, Cameron se acercó a la cama y examinó la frente de Hope. Notó que la piel ya no ardía como la noche anterior.

—¿Hope? —la llamó. ¿Acaso se había obrado un milagro, y ella había despertado—. ¿Me oyes, amor mío?

Cameron aguardó un instante que le pareció eterno, entonces ocurrió; la vio asentir débilmente con la cabeza...

Cayó de rodillas junto a la cama. Sentía tanta emoción y agradecimiento, como jamás había sentido antes. Encerró el rostro de su esposa entre sus enormes manos.

Ella se veía tan blanca como el ala de un alcatraz... como el ave que tanto había llamado la atención a Hope cuando habían pisado la ensenada de Gairloch; pero aún estaba viva; aún estaba con él, y le pertenecía; el Señor no se la había arrebatado...

—¿Sientes calor? —le preguntó. Ciertamente, ella se veía acalorada.

Hope volvió a asentir.

—De acuerdo, te quitaré una manta —le dijo, mientras descorría el abrigo hacia los pies de la cama—. ¿Así está mejor?

Un nuevo asentimiento. Y la esperanza de Cameron crecía a pasos agigantados.

—Tienes que beber las medicinas, y también tendrás que ingerir algún alimento —indicó Cam. Se sentía eufórico. Se puso de pie y buscó los jarritos, pero antes de llevárselos a Hope, salió al pasillo.

Ian alzó la cabeza en cuanto sintió los pasos de su amigo. Se impulsó hacia arriba como un resorte.

—¿Ella está bien? —preguntó con el ceño fruncido. Cam no se veía desesperado, así que intuía que no se había equivocado al formular la pregunta.

Cam asintió.

—Creo que está mejor.

—Me alegro, hermano —se acercó a Cam, lo abrazó y le palmeó la espalda.

—¡Cuidado que lograrás que vuelque las medicinas!

Ian carcajeó al darse cuenta de que su amigo portaba un jarro en cada mano.

—¿Qué haces con eso aquí?

Cam miró los jarros y se alzó de hombros.

—No sé —sonrió. Había querido hacer todo a la vez—. Iba a dárselo a ella; pero se me ocurrió pedirte que fueras a las cocinas en busca de algo para que ingiera mi esposa...

Ian asintió al comprender la euforia de su amigo.

—Ve con ella; regreso de inmediato —le prometió Mc Dubh, y se alejó con prisa hacia la otra ala del castillo.

Cuando Ian regresó al cuarto con una bandeja, iba acompañado por Fiona y Nyah, quienes también habían permanecido en vela durante toda la noche en espera de novedades.

Cameron había incorporado un poco a Hope, quien recostada sobre varias almohadas, había abierto los ojos. Ya no veía borroso, tampoco se sentía tan mareada; era como si el mundo, por fin, hubiese dejado de dar vueltas a su alrededor. La debilidad persistía, pero era de esperar, considerando que hacía varias jornadas que no ingería alimento alguno.

La convaleciente recibió los saludos de Mc Dubh, Fiona MacKenzie, y de Nyah, quien en sus ojos no podía ocultar la emoción al comprobar que la vida de su hermana ya no corría peligro. Luego, los visitantes volvieron a dejar solos a los esposos.

Cameron acercó una silla a la cama y la bandeja con alimentos.

—¿Qué te parece si empezamos con la sopa de avena? —sugirió.

—Bien —pronunció Hope, y Cam la recompensó con una sonrisa.

Cucharada tras cucharada, Cameron fue dando de comer a su esposa. Luego la dejó descansar hasta la próxima comida.

Hope parecía recuperar fuerzas a medida que el día transcurría. El peligro había quedado atrás. Y, con el paso de cada nueva jornada, hasta que se completó una semana entera, la enferma fue recuperándose por completo. Los últimos dos días de reposo, fueron solo por seguridad para que ella no tuviera una recaída.

—Te ves hermosa —le dijo Cam junto al oído.

Ella peinaba su larga cabellera frente al espejo. Le sonrió a través del reflejo en la superficie de plata pulida. Dejó el cepillo sobre el tocador, y volteó hacia su esposo.

—Te sentí junto a mí... Eras como una cuerda que me impedía alejarme...

Cameron supo que ella se refería a su período de enfermedad. Le acarició la mejilla, y su pulso tembló un poco. Aún lo atormentaba el saber que había estado a punto de perderla.

—No podía dejarte ir... no podía...

Hope rodeó el cuello de Cameron con sus brazos.

—Si de mí depende, nunca me separaré de tu lado.

—Te tomo la palabra, pequeña; porque me diste un susto de muerte.

Hope sonrió, y sus ojos se llenaron de lágrimas a causa de la emoción. Ahora que su mente estaba clara, podía recordar algunas palabras que había oído entre brumas en su período de convalecencia y, en todos esos recuerdos vagos, Cameron se había oído desesperado.

Alzó su rostro hacia él.

—Bésame, esposo —le pidió.

—¡Cielo Santo! —exclamó. Cameron atrapó la cintura de su mujer, y la atrajo hacia su cuerpo—. Estoy esperando poder hacerlo desde que te dejé aquella mañana en la habitación para ir en busca de una cesta... —le confesó.

Y cuando Cameron unió su boca a la de Hope, entonces ya no hubo lugar para las palabras.

## Capítulo XXXIII

Mientras Hope había estado convaleciente, muchos habían sido los acontecimientos ocurridos en el castillo de MacKenzie; acontecimientos que recién ahora a ella le eran revelados...

—¿Qué se han desposado? —Preguntó, sus ojos abiertos de par en par ante la sorpresa. No podía creer lo que su hermano y Fiona MacKenzie... MacPherson ahora, le estaban comunicando.

—Así es, hermanita —le confirmó Nyah. Nos desposamos hace unas semanas, cuando tú estabas en viaje hacia Skye.

—Pero... ¿Y el laird que ha dicho? Porque se lo han confesado, ¿no es así?

—Mi padre está muy complacido con la noticia —expuso Fiona.

Hope frunció el ceño con desconfianza e hizo un mohín. Le costaba creer tal cosa. ¿MacKenzie *complacido* con una boda entre su hijo y un MacPherson?

Fiona carraspeó, y se removió incómoda en la silla.

—Anda, dile la verdad a mi hermana —la alentó Nyah con un apretón de manos y una cálida sonrisa.

—Eh... lo cierto es que Nyah y yo tuvimos que desposarnos a escondidas. Mi padre jamás habría consentido una boda entre nosotros antes de conocer la verdadera naturaleza de mi esposo y de mi cuñada... Pero cuando supo lo que ustedes dos habían hecho por Brenna y por mí, mi padre comprendió que no tenía motivos para guardarles antipatía... De todos modos, para esa altura, nuestra unión ya era un hecho.

—Cuando le comunicamos a milord MacKenzie que nos habíamos unido en matrimonio, puso el grito en el cielo —simplificó Nyah.

—Pero pronto se retractó, y te aceptó como su yerno —corrigió Fiona a su flamante esposo; a quien amaba desde el instante en el que lo había visto por primera vez, dispuesto a salvarla y a sufrir cualquier dolor con tal de resguardar su vida.

—¿Y ahora qué harán? —quiso saber Hope. Se sentía muy feliz de que su hermano también hubiese hallado una persona a quien amar; que lo amara tan profundamente como era evidente que Fiona lo amaba; y con quien él pudiera compartir el día a día.

—Partiremos hacia nuestras tierras hoy mismo —le comunicó Nyah—. No podemos ausentarnos por más tiempo. Nuestros aldeanos nos necesitan; además, han llegado nuevos arrendatarios, y espero el arribo de otros tantos para las próximas semanas.

—¡Oh, Nyah! ¿Es eso cierto?

—Absolutamente, hermanita. Se ha corrido la voz de que el clan MacPherson será lo que era antes; un clan de gente trabajadora y honrada, y muchos que una vez se habían ido, han elegido volver. El clan está floreciendo; y ahora que el laird tiene una lady, también llegarán los niños... Sangre nueva, mi querida Hope; sangre que dignificará el nombre de nuestros antepasados.

Hope tomó las manos de su hermano y de su cuñada.

—Que así sea —dijo con ferviente anhelo, luego sonrió—: Ya quiero ver a ese montón de sobrinos y sobrinas que me regalarán.

La pareja asintió.

Ian se acercó al grupo con intenciones de despedirse.

—Yo también partiré hoy mismo, lady Hope. Iré en busca de Kate, que a esta altura, sin tener noticias frescas de tu estado de salud, debe tener al pobre lord MacDonald loco de los nervios —se inclinó hacia ella para besarla en la mejilla, y le habló en secreto para que nadie más lo oyera; Cameron los miraba atentamente—. Me complace sinceramente verte repuesta. Tú has salvado a mi amigo, y te estaré eternamente agradecido —dijo, luego la besó en la mejilla antes de volver a erguirse—. Nos veremos en las tierras de milord McInnes en unos días, si Nuestro Señor así lo quiere.

Ian saludó a su amigo y al resto de los presentes, luego se retiró. Partiría en un momento hacia Skye, y lo acompañarían los tres hombres de MacDonald. Luego regresaría por fin a casa con Katherine, su mujer... y su futuro hijo.

—Ya es tiempo de que nosotros también regresemos a nuestro hogar, amor mío —indicó Cameron cuando él y Hope volvieron a quedar solos en el solar.

—No veo la hora de que ello ocurra, milord —secundó.

Cameron le tendió la mano para que ella se pusiera de pie. Hope alzó la mano hasta la mejilla de su amado, y buscó sus ojos.

—¿Has podido despedirte de ella? —Hope se refería a Brenna. Sabía que su esposo había sentido la necesidad de hacerlo.

Cameron asintió con la cabeza. Hope notó que ya no había dolor que ensombreciera su mirada cuando recordaba a Brenna MacKenzie, y se alegró profundamente.

—¿Qué sientes ahora? —Quiso saber.

—Paz. Me siento en paz.

—Entonces sí, esposo mío; ya es hora de regresar a casa.

Cameron se perdió en sus ojos color ámbar, y le recorrió los labios con el pulgar.

—Ya es hora.

# Epílogo

*Castillo de McInnes - Catorce meses después*

—¡Vete! Vamos. No puedes estar aquí —dijo Kate, y empujó a su hermano fuera de la habitación. Tuvo intenciones de cerrar la puerta, pero Cameron la detuvo a tiempo para que la madera quedara apenas entornada.

—¡Quiero estar con ella, Kate! ¿Acaso no lo entiendes?

—No hay nada que puedas hacer, así que mejor vete a beber algo —sugirió. Sacó la cabeza entre la puerta entreabierta y el marco para ver el corredor—. Ian, hazme el favor de llevarte a mi hermano de aquí.

—Ya lo he intentado, Kate; pero no me hace caso. Insiste con estar ahí dentro, con ella.

—¡Es absurdo, Cameron! —dijo, dirigiéndose a su hermano una vez más, y ya con poca paciencia—. Ustedes, los hombres, son muy fuertes para la batalla, pero para momentos como este son demasiado flojos; así que fuera de aquí los dos. Esto es cosa de mujeres —fue lo último que Kate masculló antes de cerrarles la puerta en la cara.

Cameron miró a Ian con intenciones de quejarse.

Ian alzó los hombros.

—No me mires a mí. Cuando yo me la llevé, ya tenía ese carácter... será cosa de ustedes, los McInnes —se defendió, y ambos rompieron a reír.

—¿No será que tú la consientes demasiado?

—Puede ser —rió Ian; le resultaba imposible no consentir a su esposa.

—Vamos, tomemos ese maldito trago que mi adorada hermanita acaba de sugerirnos... ¡Por Dios que lo necesito!

—Supongo que necesitarás más de un trago... esas cosas suelen durar horas... —meditó Ian. Su experiencia en esos asuntos avalaba sus palabras. Hacía unos siete meses, cuando llegó al mundo su hijo John Galen Mc Dubh, él había atravesado lo mismo por lo que hoy pasaba su amigo.

Al llegar al gran salón, se encontraron con Nyah. El joven MacPherson estaba sentado frente a la mesa. Una botella de Whisky y tres vasos reposaban sobre la superficie.

—Allí tienes a otro con reciente experiencia que puede decirte qué hacer —expuso Ian, divertido.

El aludido, flamante padre de una niña a la que habían llamado Brenna, levantó la cabeza de su trago.

—¿Ya te han corrido? —Preguntó Nyah. No esperó respuesta, y añadió—: Sabía que lo harían. Empieza a beber, McInnes; no hay nada mejor que puedas hacer en este momento, y esperar, claro.

Al poco rato, Galen se unió al grupo de hombres.

Galen McInnes hacía un año había dimitido al liderazgo de su gente en favor de su hijo varón. Ahora era Cameron el nuevo laird del clan McInnes, mientras que Galen disfrutaba de su recientemente estrenado papel de abuelo; y ahora, si el Señor así lo quería, lo convertirían en abuelo por segunda vez...

No fue hasta entrada la madrugada que la comadrona, Kate y Fiona salieron de la habitación de Hope, y se dirigieron al salón, en donde los hombres hablaban, se paseaban de aquí para allá, reían, se ponían serios... y bebían para aplacar los nervios. Pero en cuanto las oyeron llegar a ellas, los cuatro enmudecieron a la par y se quedaron inmóviles, expectantes esperando las buenas nuevas.

Kate por fin sonrió. En sus ojos era imposible que pasara desapercibida la emoción que sentía. Se acercó a Cameron, y tomó sus manos.

—Tu mujer te espera —le anunció.

Cameron no esperó que Kate le dijera nada más, la besó en la mejilla, y corrió escaleras arriba. El corazón latía desbocado dentro de su pecho.

Llegó frente a la entrada del cuarto que compartía oficialmente con su mujer desde que habían regresado de las tierras de MacKenzie. Ya nunca más habían pasado una noche lejos uno del otro. Apoyó la mano en el picaporte, y abrió la puerta.

Hope, reclinada en la cama sobre un montón de almohadas, lo recibió con una amplia sonrisa. Se veía radiante. A Cameron le pareció más hermosa que nunca.

Ella alzó el brazo, y le tendió la mano.

—Ven a ver a tu hijo, amor mío.

Ella cobijaba un pequeño fardo contra su pecho.

Cameron avanzó. Cuando llegó junto a la cama, Hope descorrió la mantilla que cubría al pequeño para que el flamante padre pudiese admirarlo.

Cam contuvo el aliento ante el pequeño milagro.

*Mi hijo...* pensó. Una indescriptible sensación de orgullo hinchaba su pecho, mientras que la emoción hacía estragos en su garganta. Hope instó a su marido a que se sentara en el borde de la cama. Lo necesitaba; ¿acaso había adivinado que a él le temblaban las piernas? Cam se sentó frente a ella.

—Mi hijo —dijo en voz alta. Y volvió a dar gracias, pero en silencio, por la bondad y la paciencia de su esposa; por el amor que le había ofrecido y le ofrecía cada día, desde el día mismo de la boda, aún cuando él solo le había pagado con desprecio; y por tan inmenso regalo—. Nuestro hijo... —expresó con adoración.

—¿Quieres tomarlo en brazos?

—Creo que sí —dijo con nerviosismo, y rió.

Hope rió con él, y le hizo un lugar a su lado. Cuando Cameron estuvo sentado junto a ella, ambos con la espalda sobre las almohadas, le entregó el bebé.

Cam tomó al pequeño entre sus enormes brazos, y la felicidad desbordó todos los límites posibles.

—¿Qué nombre le pondremos? —Le preguntó Hope en un susurro emocionado.

Cameron miró a Hope... su mujer; su gran amor... Ella y el niño lo eran todo para él... eran su vida. Eran su paz...

Cam sonrió. Había encontrado el nombre perfecto.

—Siochaint[11].

Hope asintió conforme. No había un mejor nombre para ese pequeño.

—Lo llamaremos Siochaint.



# Otros títulos de la Serie Highlands

Highlands I - El Guardián de mi corazón

Highlands II - Rehén de tu amor

# Biografía

Brianna Callum es un seudónimo utilizado por la escritora argentina Karina Costa Ferreyra para firmar algunas de sus obras.

Es autora de relatos y de novelas románticas contemporáneas, de aventuras e históricas de ficción (de época, romance escocés, etc.), y algunas con tintes sobrenaturales. Sus creaciones se distinguen por la manera en la que logra plasmar las sensaciones y emociones de los personajes, haciéndolos palpables para el lector.

Karina nació el 20 de marzo de 1975, en Capital Federal, Argentina. Actualmente reside en Capilla del Monte, Córdoba, Argentina.

En el segundo año de secundaria ganó un segundo puesto en un concurso literario escolar.

Vio su primera novela publicada en formato electrónico bajo el sello de *Editora Digital*, el 18 de mayo de 2009. Esa novela fue *Diez años después*. Con esa misma novela, participó también, en junio de 2009, en el *Especial de Nuevos Talentos*, de la web española de novela romántica *Autoras en la Sombra*.

Durante 2009 y 2010, *Editora Digital*, continúa publicando sus títulos, y su novela *El Guardián de mi corazón*, se posicionó desde el 18 de octubre de 2009, en el primer puesto de la lista de los más vendidos de la editorial.

En abril de 2011, con su relato *Pero me acuerdo de ti...* gana el primer puesto en el concurso de relatos *Ponle letra a esta canción*, organizado por el blog literario español, *Alas para Volar*.

En agosto de 2011, *Editorial Pelicano* (Ed. de Miami, USA), **publica en papel** su novela romántica contemporánea: *Carrusel, la historia de un amor*, la cual recogió muy buenas críticas y, a siete meses de su publicación, pasó a ser parte de los títulos más vendidos de dicha editorial.

En septiembre de 2011, *Editorial El Maquinista* (Ed. de España), **publica en papel** su novela romántica contemporánea: *Mi corazón es tuyo\**, la cual cosechó excelentes críticas y apareció en la lista de los libros más vendidos de romántica de Fnac España desde el 13 de octubre de 2011 hasta los primeros días de febrero de 2012 ininterrumpidamente, oscilando en distintos puestos del ranking.

En noviembre de 2011, con su relato *Sólo un momento*, resulta entre los dieciocho ganadores

en el *Certamen de Relatos Románticos de Ediciones Rubeo* (Ed. De España). El libro con los relatos ganadores, titulado: *Ese amor que nos lleva...* se **publica en papel** en marzo de 2012.

En diciembre de 2011, con su micro-relato *Amor a primera vista*, resulta entre los ganadores en el *Certamen Cien mini-relatos de amor y un deseo satisfecho*, organizado por *Editorial Éride*, colección *Letra eNe*. El libro con los mini-relatos ganadores se **publica en papel** en febrero de 2012.

En marzo de 2012, bajo el sello editorial *Createspace*, se **publica en papel** *Alas de mariposas*, una deliciosa recopilación de relatos y micro-relatos de su autoría.

En julio de 2012, bajo el sello editorial *CreateSpace*, se **publica en papel** *El Guardián de mi corazón* (Serie Highlands I).

En septiembre de 2012, bajo el sello editorial *CreateSpace*, se **publica en papel** *Rehén de tu amor* (Serie Highlands II).

En enero de 2013, bajo el sello editorial *CreateSpace*, se **publica en papel** *Besos negados*.

# Bibliografía de Brianna Callum

## Publicados En Papel

-Carrusel, la historia de un amor (Editorial Pelicano) (Agosto 2011 **ISBN978-1-937482-22-0**).

-Mi corazón es tuyo (Editorial El Maquinista) (Septiembre 2011 **ISBN:978-84-938890-0-5**).

-Cien mini-relatos de amor y un deseo satisfecho (Aparece su micro-relato: *Amor a primera vista*) (Editorial Éride Colección Letra eNe) (Febrero de 2012 **ISBN: 978-84-15425-57-1**).

-Ese amor que nos lleva... (Aparece su relato romántico con tintes policiales: *Sólo un momento*) (Editorial Rubeo) (Marzo de 2012 **ISBN: 978-84-939865-3-7**).

-Alas de mariposas - Recopilación de relatos y micro-relatos (Ed. CreateSpace) (Marzo de 2012 **ISBN: 978-1475053555**).

-El Guardián de mi corazón (Highlands I) (Ed. CreateSpace) (Julio de 2012 **ISBN:978-1478314554**).

-Rehén de tu amor (Highlands II) (Ed. CreateSpace) (Septiembre de 2012 **ISBN: 978-1479288465**).

-Besos negados (Ed. CreateSpace) (enero de 2013 ISBN: 978-1482043594).

### **Publicados En Formato Electrónico**

\*(Disponibles los derechos para publicación en papel).

-Serie Highlands I El guardián de mi corazón\*;

-Serie Highlands II Rehén de tu amor\*;

-Serie Enamorados I Mi corazón es tuyo\*;

-Serie Enamorados II Oculto en el corazón\*;

-Título independiente: Besos negados\*;

-Título independiente: Diez años después\*;

-Título independiente: Carrusel, la historia de un amor\*;

-Alas de mariposas - Recopilación de relatos y micro-relatos\*.

### **Terminados inéditos**

-Título independiente: Un instante... y para siempre;

-Título independiente: Juramentos de Sangre:

-Serie Highlands III Corazones enemigos.

**E-mail de contacto**

brianna.callum@yahoo.com.ar

**Blog oficial de la autora**

<http://novelasromanticasdebriannacallum.blogspot.com>

**Página de la autora en Facebook**

<https://www.facebook.com/briannacallum>

**Página de la serie Highlands (libro) (Página creada y administrada por lectoras)**

<https://www.facebook.com/SerieHighlands>

**Book Trailers (Página de Brianna Callum en You Tube)**

<http://www.youtube.com/user/SidheBrianna>

# Índice

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Primera Parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Segunda Parte](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Tercera Parte](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Epílogo](#)

[Otros títulos de la Serie Highlands](#)

[Biografía](#)

[Bibliografía de Brianna Callum](#)

---

[1] Plaid: Manta de tartán. Vestimenta típica de los Highlanders. Consistía en una larga tira de tela que los hombres usaban alrededor del cuerpo sujetando el restante sobre el hombro ajustado con un broche. La colocación del tartán se consideraba un arte, en el que los pliegues quedaban perfectamente colocados. / El tartán, es un tejido típico escocés. Los colores de los tartanes representaba los

colores del clan al que pertenecían.

[2] Reunión social que antaño se llevaba a cabo después de las labores diarias. Podía haber música y danza, o recitación de poemas, cuentos, etc.

[3] Yo, Cameron McInnes, ahora te llevo, Hope MacPherson, para que seas mi esposa.../ Yo, Hope MacPherson, ahora te llevo, Cameron McInnes, para que seas mi esposo.../ En presencia de Dios, y ante estos testigos, prometo ser un fiel y leal amante esposo para ti.../ En presencia de Dios, y ante estos testigos, prometo ser una fiel y leal amante esposa para ti.../ Hasta que Dios nos separe con la muerte.

[4] que sean saludables todos los días. Que sean bendecidos con una larga vida y paz, que envejeczan con bondad y con riquezas. (Oración atribuída al Rev. Donald McLeod, ministro de Duirinich, Skye, Escocia, 1760.

[5] Reunión social; fiesta; celebración.

[6] Morral.

[7] Agua de vida en gaélico escocés.

[8] Celebración tradicional escocesa que se da en la víspera de Año Nuevo.

[9] Tierras Bajas.

[10] Hasta que Dios nos separe con la muerte.

[11] Paz en gaélico escocés.